
LA ÚLTIMA
CARTA
DE
PAPÁ NOEL
UNA NOVELA DE
LIGHLING TUCKER

LA ÚLTIMA CARTA DE PAPÁ NOEL

Lighling Tucker

Copyright © 2025 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición: diciembre 2025

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

Para todos aquellos que habéis perdido a alguien. Os mando un abrazo enorme.

ÍNDICE

LA ÚLTIMA CARTA DE PAPÁ NOEL
SINOPSIS
Capítulo 1: El silencio de diciembre
Capítulo 2: El sobre rojo
Capítulo 3: La decisión
Capítulo 4: El carpintero invisible
Capítulo 5: El villancico desafinado
Capítulo 6: Las primeras huellas
Capítulo 7: El regalo del pasado
Capítulo 8: Día de descanso y risas
Capítulo 9: El carpintero del mercadillo
Capítulo 10: Comer con un desconocido
Capítulo 11: La cita que no fue
Capítulo 12: El peso de los fantasmas
Capítulo 13: El regalo imperfecto
Capítulo 14: Soltar con amor
Capítulo 15: El carpintero nervioso
Capítulo 16: El perdón silencioso
Capítulo 17: Entre dos verdades
Capítulo 18: El abrazo accidental
Capítulo 19: Luces en la oscuridad
Capítulo 20: El deseo imposible
Capítulo 21: El cobarde
Capítulo 22: La última carta
Capítulo 23: La confesión
Capítulo 24: Vuelve a creer
Capítulo 25: Hambre

Epílogo: El legado de la esperanza
¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?
BÚSCAME
OTROS TÍTULOS

SINOPSIS

Lucía tiene 32 años y lleva dieciséis años sin celebrar la Navidad.

Desde que su madre murió en un accidente justo antes de las fiestas cuando ella tenía 16 años, Lucía odia diciembre: los villancicos le parecen una burla, las luces le queman los ojos y la palabra "familia" le sabe a ceniza. Trabaja como editora freelance desde casa, apenas sale y ha construido un muro emocional que nadie ha logrado atravesar… hasta ahora.

El 1 de diciembre recibe un sobre rojo con su nombre escrito a mano y un matasellos de Laponia. Dentro hay una carta firmada por "Papá Noel" que dice:

«Querida Lucía,
Este año has pedido no creer en nada.
Lo respeto.
Pero antes de concederte ese deseo, te propongo un trato: durante los 24 días que faltan para Navidad, recibirás una carta mía cada día.
En cada una habrá una pequeña misión.
Si las cumples todas, el 25 de diciembre dejarás de creer en la Navidad para siempre… y yo desapareceré de tu vida.
Si fallas en alguna, tendrás que volver a creer.
Tú decides.
Con cariño (aunque ya no lo quieras),
Papá Noel»

Capítulo 1: El silencio de diciembre



El primer villancico del año sonó en el supermercado el 28 de noviembre, como un puñetazo sin aviso.

Lucía dejó caer la lata de atún que acababa de coger y sintió cómo el aire se le enredaba en la garganta. *Noche de paz, noche de amor*. Las palabras flotaban entre los pasillos como veneno dulce, pegajosas, insoportables. Abandonó el carrito a mitad de pasillo y salió de allí sin mirar atrás, con el corazón golpeándole las costillas y las manos temblando dentro de los bolsillos del abrigo.

Fuera llovía. Madrid en noviembre era gris y hostil, pero al menos no había guirnaldas todavía. Al menos las calles aún no parecían un escaparate de mentiras.

Caminó deprisa hacia su apartamento en Lavapiés, esquivando charcos y personas con la cabeza gacha. No hacía frío, pero llevaba tres bufandas. Una manía tonta que arrastraba desde hacía años: cubrirse el cuello como si el frío pudiera colarse por ahí y arrancarle algo que ya no tenía.

Subió los cuatro pisos sin usar el ascensor. Prefería el cansancio físico al silencio incómodo de esa caja metálica donde siempre acababa mirándose en el espejo. Lucía evitaba los espejos en diciembre.

Al abrir la puerta de su piso, el olor familiar a café frío y papel viejo la recibió como un abrazo gris. Dejó las llaves en el cuenco de cerámica agrietada que había junto a la entrada, un regalo de su madre, tantos diciembres atrás que ya no recordaba cuántos y se quitó el abrigo sin encender la luz.

La casa estaba en penumbra. Siempre lo estaba. Lucía trabajaba como editora freelance desde hacía seis años, lo que significaba que podía pasar días enteros sin salir, sin hablar con nadie, sin necesitar

nada más que su ordenador, café y la certeza de que el mundo seguía girando allá afuera, sin ella.

Y eso le parecía perfecto.

Se preparó un té que no bebería y se sentó frente al portátil. Tenía tres manuscritos esperando correcciones, pero sus ojos no conseguían enfocar las palabras. En su lugar, miraba fijamente la esquina vacía del salón, donde años atrás solía estar el árbol de Navidad.

Dieciséis años.

Dieciséis diciembres desde aquella noche.

Dieciséis veces que el mundo se empeñaba en celebrar algo que a ella le había arrancado todo.

Su móvil vibró sobre la mesa. Un mensaje de Carla, su única amiga que aún insistía en mantener el contacto:

"Lu, este año SÍ vienes a la cena de Nochebuena. No acepto un no por respuesta. Te quiero."

Lucía dejó el teléfono boca abajo sin contestar. Carla era buena persona, demasiado buena. No entendía que algunas heridas no se curaban con compañía ni con pavos asados ni con risas forzadas alrededor de una mesa.

La Navidad era una actuación colectiva en la que ella se había negado a participar desde los dieciséis años.

Cerró el portátil y se quedó ahí sentada, en la penumbra, escuchando el runrún sordo de la ciudad. Coches, voces lejanas, una sirena a lo lejos. Todo seguía moviéndose, como siempre. El mundo no se detenía por nadie. Ni siquiera por una adolescente que había perdido a su madre la noche del 22 de diciembre, cuando volvían de comprar el último regalo, cuando la carretera estaba mojada y el otro conductor iba demasiado rápido.

Lucía cerró los ojos y apretó los puños.

No lloraría. Ya no lloraba. Hacía años que había construido un muro tan alto y tan sólido que ni siquiera el dolor podía escalarlo. Había aprendido a vivir sin sentir demasiado, sin querer demasiado, sin esperar nada.

Y funcionaba.

Más o menos.

Se levantó para ir a la cocina cuando algo llamó su atención. Un destello rojo bajo la puerta. Se acercó despacio, con el ceño fruncido, y lo recogió del suelo.

Un sobre.

Rojo intenso, del tamaño de una postal. Papel grueso, elegante. Su nombre escrito a mano en tinta dorada: *Lucía Navarro*.

No había remitente, pero en la esquina superior derecha había un matasellos borroso con una palabra que le heló la sangre:

Laponia.

Lucía se quedó mirando el sobre durante un minuto entero, como si fuera una bomba. Luego, con manos temblorosas, lo abrió.

Dentro había una carta escrita con la misma caligrafía elegante:

Querida Lucía,

Este año has pedido no creer en nada.

Lo respeto.

Pero antes de concederte ese deseo, te propongo un trato: Durante los 24 días que faltan para Navidad, recibirás una carta mía cada día. En cada una habrá una pequeña misión.

Si las cumples todas, el 25 de diciembre dejarás de creer en la Navidad para siempre… y yo desapareceré de tu vida.

Si fallas en alguna, tendrás que volver a creer.

Tú decides.

Con cariño (aunque ya no lo quieras),

Papá Noel

Lucía leyó la carta tres veces. Luego una cuarta.

Su primer impulso fue reír, pero la risa se le atascó en algún lugar entre la garganta y el pecho y salió como un jadeo seco, casi doloroso.

¿Papá Noel?

¿Alguien le estaba gastando una broma?

Miró el sobre otra vez, luego la carta, luego la puerta cerrada. Nadie había llamado. Nadie había tocado el timbre. Simplemente… había aparecido.

La rabia empezó a trepar por su columna vertebral como una enredadera venenosa.

¿Quién era el hijo de puta que pensaba que esto era gracioso? ¿Carla? No, Carla no tenía este sentido del humor retorcido. ¿Su padre? Imposible. Hacía tres años que no hablaban.

Arrugó la carta con furia y la lanzó al suelo.

Pero algo la detuvo antes de pisotearla.

Una frase. Una sola frase que se le clavó en algún rincón olvidado del cerebro:

"Si las cumples todas, dejarás de creer en la Navidad para siempre."

Lucía recogió la carta del suelo y la alisó con cuidado.

¿Qué clase de desafío absurdo era ese?

¿Y por qué, en el fondo, en ese lugar oscuro donde guardaba las cosas que no se atrevía a admitir, sentía una chispa de curiosidad?

Se sentó en el suelo, con la espalda contra la puerta, y releyó las palabras una vez más.

"Tú decides."

Lucía cerró los ojos y dejó escapar un suspiro largo, cansado.

—Vale —murmuró al vacío de su salón—. Juguemos, Santa. Pero cuando termine esto, más te vale desaparecer de verdad.

Dobló la carta con cuidado, la guardó en el sobre rojo y la dejó sobre la mesa de centro.

Afuera, la ciudad seguía moviéndose. Los villancicos seguirían sonando. Las luces empezarían a encenderse.

Y Lucía, por primera vez en dieciséis años, acababa de aceptar un trato con la Navidad.

Aunque fuera solo para destruirla.

Capítulo 2: El sobre rojo



Lucía no durmió esa noche.

Se quedó despierta hasta las cuatro de la madrugada, mirando el techo de su habitación con los ojos abiertos como platos, repasando mentalmente cada persona que podría haberle enviado esa carta. La lista era patéticamente corta.

Carla. Su padre. Algún vecino con demasiado tiempo libre. Algún cliente editorial con un sentido del humor enfermo.

Ninguna opción tenía sentido.

Carla era demasiado directa para algo así. Si quisiera que Lucía celebrara la Navidad, simplemente se presentaría en su casa con un árbol y champán, no con cartas misteriosas. Su padre... bueno, su padre llevaba años sin intentar acercarse. Después de lo que pasó tras el funeral de mamá, habían acordado tácitamente mantenerse alejados. Un pacto silencioso de supervivencia.

Los vecinos apenas la conocían. Y sus clientes solo sabían de ella lo que aparecía en sus correos electrónicos: profesional, eficiente, invisible.

Entonces, ¿quién?

A las cinco de la mañana se rindió, se levantó y se preparó un café cargado. La carta seguía sobre la mesa de centro, brillando bajo la luz mortecina de la lámpara de pie. El rojo del sobre parecía más intenso en la oscuridad, como una brasa a punto de convertirse en fuego.

Lucía se envolvió en una manta y se sentó en el sofá, con las piernas recogidas contra el pecho. Cogió la carta y la releyó por enésima vez, buscando pistas. La caligrafía era impecable, anticuada casi, con esos trazos gruesos y delicados que solo conseguía alguien que se había tomado su tiempo. Nada de impresora. Nada de bolígrafo barato.

Esto había sido escrito a mano. Con cuidado. Con intención.

Y eso era lo que más la inquietaba.

"Este año has pedido no creer en nada."

¿Cómo sabía eso? Lucía no lo había dicho en voz alta. No se lo había confesado a nadie. Pero era cierto. Cada diciembre, cuando el mundo se volvía loco con luces y regalos y villancicos empalagosos, ella cerraba los ojos y pedía lo mismo: no sentir nada. Que diciembre pasara como un mes cualquiera. Que el 25 de diciembre fuera solo otro día.

Pero nunca lo había verbalizado.

Era un pensamiento íntimo, oscuro, guardado en lo más profundo de su pecho.

Y alguien lo sabía.

El café le quemó la lengua, pero siguió bebiendo. Necesitaba el dolor, algo tangible que la anclara a la realidad. Porque esto, esta carta, este trato absurdo... se sentía demasiado irreal.

"Si las cumples todas, el 25 de diciembre dejarás de creer en la Navidad para siempre."

Una parte de ella quería creer que eso era posible. Que existía algún ritual mágico, alguna serie de actos que pudieran borrar para siempre esa fecha del calendario de su corazón. Que pudiera despertar el 26 de diciembre y sentir que diciembre había dejado de tener poder sobre ella.

Pero Lucía no creía en la magia. No desde hacía dieciséis años.

Dejó la taza sobre la mesa y se frotó los ojos con las palmas de las manos. Estaba agotada, pero su mente seguía dando vueltas como un hámster en una rueda oxidada.

"Tú decides."

Esas dos palabras le molestaban más que todas las demás juntas.

Porque era mentira. Ella no había decidido nada de lo que le había pasado. No había decidido que su madre muriera. No había decidido que su padre se encerrara en sí mismo y dejara de mirarla a los ojos. No había decidido odiarse cada vez que sonreía porque su madre ya no podía hacerlo.

Las decisiones eran una ilusión. El mundo te pasaba por encima y tú simplemente aprendías a esquivar los golpes.

Pero esta vez...

Esta vez alguien le estaba ofreciendo algo parecido al control.

O al menos a la ilusión del control.

Se levantó del sofá y caminó hasta la ventana. Madrid empezaba a despertar. Las primeras luces anaranjadas del amanecer se colaban entre los edificios, tiñendo el cielo de un gris rosado. La ciudad parecía tranquila desde aquí arriba, casi hermosa. Era fácil olvidar que ahí abajo la gente estaba despertando para correr hacia trabajos que odiaban, hacia vidas que no habían elegido.

Lucía apoyó la frente contra el cristal frío.

¿Por qué le importaba tanto esta estúpida carta?

Porque era diciembre. Y en diciembre, hasta las cosas absurdas dolían más.

Suspiró y volvió al sofá. Cogió su móvil y abrió el chat con Carla. Tenía tres mensajes nuevos:

"Lu, en serio, di que sí."

"Prometo que no habrá villancicos si no quieres."

"Bueno, quizá uno. Pero será uno bonito. Te lo juro."

Lucía sonrió a pesar de sí misma. Carla era implacable. Llevaban siendo amigas desde el instituto, desde antes del accidente. Carla había estado allí cuando todo se derrumbó. Había sido la única que no había intentado obligarla a "superarlo" o a "seguir adelante". Simplemente se había quedado. Callada. Presente.

Y por eso Lucía no podía odiarla, aunque a veces quisiera.

Escribió una respuesta:

"¿Tú me has enviado algo?"

La respuesta llegó casi al instante. Carla siempre tenía el móvil pegado a la mano.

"¿A las 5:30 de la mañana me preguntas eso? ¿Enviarte qué? ¿Un ramo de flores? ¿Un sicario? Dame contexto, mujer."

Lucía dudó. No sabía cómo explicarlo sin sonar paranoica.

"Una carta. Roja. Rara."

"Ooooh, intriga. ¿De un admirador secreto? ¿Alguien te manda cartas de amor y yo sin enterarme?"

"No es de amor. Es... complicado."

"Todo es complicado contigo, Lu. Pero no, no te he enviado nada. ¿Por?"

"Por nada. Olvídalo."

"Espera. ¿Estás bien?"

Lucía miró la pantalla durante un largo momento. ¿Estaba bien? No. Nunca estaba bien en diciembre. Pero tampoco estaba peor que de costumbre.

"Sí. Solo cansada. Hablamos luego."

"Vale. Pero piensa en lo de la cena. Por favor."

Lucía dejó el móvil a un lado sin contestar.



El día pasó en una especie de niebla.

Lucía intentó trabajar, pero no conseguía concentrarse. Las palabras de los manuscritos se desdibujaban frente a sus ojos, se convertían en líneas sin sentido. Cada cinco minutos miraba hacia la puerta, esperando... ¿qué? ¿Otra carta? ¿Una explicación?

Nada llegó.

A las dos de la tarde se rindió y pidió comida tailandesa. Comió directamente del recipiente de plástico, sentada en el suelo, viendo la tercera temporada de una serie que ya había visto dos veces. No importaba. Era solo ruido de fondo. Algo que llenara el silencio.

A las seis, cuando empezaba a oscurecer, sonó el timbre.

Lucía pegó un salto. El corazón le dio un vuelco estúpido, como si fuera una adolescente esperando a su crush. Se levantó despacio y caminó hacia la puerta, con el pulso acelerado.

Miró por la mirilla.

Nadie.

Frunció el ceño y abrió la puerta con cuidado.

El rellano estaba vacío. Pero en el suelo, justo frente a su puerta, había otro sobre rojo.

Lucía sintió que se le erizaba la piel.

Salió al rellano y miró hacia las escaleras. Vacías. Miró hacia el ascensor. Inmóvil. No se oía ningún ruido, ningún paso alejándose.

Quien fuera que había dejado eso, se había esfumado.

Recogió el sobre con manos temblorosas y volvió a entrar, cerrando la puerta de golpe. El corazón le latía tan fuerte que podía oírlo en los oídos.

Esto no era normal.

Esto no era una broma.

Se sentó en el suelo del recibidor, con la espalda contra la puerta, y abrió el sobre.

Dentro había otra carta. Esta vez más corta.

Querida Lucía,

Veo que aún no has decidido si aceptas o no el trato. Lo entiendo. La desconfianza es sabia.

Pero déjame aclararte algo: esto no es una broma. No es una trampa. No hay letra pequeña. Solo un trato honesto entre tú y yo.

24 misiones. 24 días. Una oportunidad de demostrar que tienes razón: que la Navidad no significa nada.

O quizá de demostrar que te equivocas.

La primera misión llegará mañana. Si la ignoras, el trato queda cancelado y yo desapareceré. Si la cumples, seguiremos adelante.

No te pido que creas. Solo que juegues.

Ah, y antes de que lo preguntes: sí, estoy vigilando. Pero no de la forma que piensas.

Hasta mañana,

Papá Noel

PD: Tu café de esta mañana tenía demasiado azúcar. Cuídate.

Lucía soltó la carta como si quemara.

¿Su café?

¿Cómo...?

Se levantó de golpe y corrió hacia la ventana. Escudriñó la calle, los edificios de enfrente, los balcones, las ventanas. Buscaba una cámara, un drone, a alguien con prismáticos. Algo. Cualquier cosa que explicara esto.

Pero no había nada. Solo Madrid, con su tráfico constante y sus miles de ventanas iluminadas.

Volvió al recibidor y releyó la carta. Las manos le temblaban.

"Estoy vigilando."

Lucía sintió una mezcla de rabia y miedo trepando por su garganta. ¿Quién coño se creía que era este tipo? ¿Qué clase de enfermo se dedicaba a espiar a la gente y a enviarles cartas como si fuera un juego?

Agarró su móvil, dispuesta a llamar a la policía.

Pero se detuvo antes de marcar.

¿Y qué les diría? ¿Que alguien le estaba enviando cartas? ¿Que la estaban vigilando? No tenían pruebas de nada. No había amenazas directas. No había nada ilegal en enviar cartas anónimas.

La policía se reiría de ella. O peor, la mirarían con lástima. La loca solitaria que vive encerrada y ahora ve conspiraciones en el correo.

No. No iba a darle esa satisfacción a nadie.

Dejó el móvil sobre la mesa y se quedó ahí de pie, respirando hondo, intentando calmarse.

Piensa, Lucía. Piensa.

Había dos opciones.

Opción uno: ignorar todo esto. Quemar las cartas, bloquear cualquier contacto, seguir con su vida como si nada. El trato quedaría cancelado y "Papá Noel" desaparecería. Fin de la historia.

Opción dos: seguirle el juego. Cumplir las misiones. Averiguar quién estaba detrás de todo esto. Y cuando llegara al final, cuando descubriera la verdad, hacerle pagar por cada segundo de ansiedad que le había provocado.

Lucía miró las dos cartas sobre la mesa.

La rabia ganó.

Cogió un bolígrafo y un papel y escribió con letra firme:

Acepto el trato. Pero cuando esto termine, me debes una explicación. Y más te vale que sea buena.

L.

Dobló el papel, lo metió en un sobre blanco y lo dejó fuera de su puerta.

No sabía si alguien lo recogería. No sabía si alguien leería su mensaje. Pero necesitaba hacer algo. Necesitaba sentir que tenía algo de control, aunque fuera una ilusión.

Volvió a entrar y cerró la puerta con llave. Luego echó la cadena. Y el pestillo.

Se preparó una infusión que tampoco bebería y se metió en la cama, aunque solo eran las ocho de la tarde.

Estaba exhausta. Mentalmente, emocionalmente, físicamente.

Pero justo antes de cerrar los ojos, una parte oscura de su cerebro susurró algo que no quería admitir:

Por primera vez en años, diciembre no era solo aburrido y doloroso.

Era interesante.

Y eso la aterraba más que cualquier otra cosa.



A la mañana siguiente, cuando abrió la puerta para ir a tirar la basura, el sobre blanco que había dejado había desaparecido.

En su lugar, había una pequeña nota roja, del tamaño de una tarjeta de visita:

Trato aceptado.

Prepárate para la primera misión.

Y Lucía… gracias por jugar.

Lucía cerró la puerta y se apoyó contra ella, cerrando los ojos.

No sabía si acababa de cometer el mayor error de su vida o si, por primera vez en dieciséis años, acababa de hacer algo valiente.

Quizá ambas cosas fueran ciertas.

Quizá eso era exactamente lo que necesitaba.

Capítulo 3: La decisión



La tercera carta llegó el 2 de diciembre a las siete de la mañana.

Lucía lo supo porque llevaba despierta desde las seis, sentada en el sofá con una taza de té frío entre las manos, mirando fijamente la puerta como si pudiera atravesarla con la mirada y atrapar a quien fuera que dejaba esos sobres rojos.

Cuando escuchó el susurro suave del papel deslizándose bajo la puerta, se levantó de un salto y corrió. Abrió de golpe, con el corazón desbocado.

El rellano estaba vacío. Otra vez.

Pero esta vez alcanzó a oír pasos bajando por las escaleras. Rápidos, ligeros. Sin pensarlo, salió corriendo detrás de ellos, descalza, todavía en pijama.

—¡Eh! ¡Espera!

Bajó los escalones de dos en dos, agarrándose a la barandilla. Los pasos seguían sonando, siempre un piso por delante. Cuando llegó al segundo piso, vio una sombra doblando la esquina hacia el primero.

—¡Para de una vez!

Aceleró, casi tropezando con sus propios pies. Llegó al primer piso justo a tiempo para ver la puerta de la calle cerrándose.

Salió a la calle.

El frío de diciembre le golpeó las piernas desnudas como un latigazo. La acera estaba mojada por la lluvia nocturna y sus pies descalzos se congelaron al instante. Pero no le importó. Miró a ambos lados de la calle, buscando.

Había un hombre mayor paseando a su perro. Una mujer con un carrito de la compra. Un repartidor descargando cajas de un camión.

Ninguno corría. Ninguno parecía haber salido corriendo.

—Mierda.

Lucía se quedó ahí plantada, jadeando, sintiéndose ridícula. Una mujer en pijama de franela con gatos estampados, descalza en medio de la calle a las siete de la mañana de un día laborable. Si esto aparecía en el grupo de WhatsApp del edificio, nunca lo superaría.

El repartidor la miró con curiosidad.

—¿Está bien?

—Sí, perfectamente —gruñó Lucía, dándose la vuelta y volviendo al portal con toda la dignidad que pudo reunir, que era poca.

Subió las escaleras despacio esta vez, sintiendo cómo los pies le dolían con cada escalón. El frío había sido una mala idea. Cuando llegó a su piso, los dedos se le habían puesto morados.

El sobre rojo seguía en el suelo, esperándola como una burla silenciosa.

Lo recogió con rabia y cerró la puerta de un portazo.

—Vale, gilipollas invisible —masculló—. Tú ganas esta ronda.

Se envolvió los pies con una toalla y se dejó caer en el sofá. Abrió el sobre sin ninguna delicadeza, casi rasgándolo.

Dentro, la carta de siempre. Elegante, perfecta, insoportable.

Querida Lucía,

Misión número 1:

Hoy invitarás a un desconocido a tomar un café. No vale alguien que conozcas, ni siquiera de vista. Tiene que ser alguien completamente ajeno a tu vida.

La única regla: tienes que sentarte con esa persona al menos 15 minutos y mantener una conversación real. Nada de pagar el café desde lejos y salir corriendo.

Sé que odias hablar con desconocidos. Sé que prefieres ser invisible. Pero hoy no puedes serlo.

Tienes hasta la medianoche.

Suerte,

Papá Noel

PD: Bonito pijama. Los gatos te quedan bien.

Lucía arrugó la carta con tanta fuerza que le crujieron los nudillos.

—Hijo de puta.

La había visto. Esa... esa persona, quien fuera, la había visto salir corriendo en pijama. Probablemente se había reído. Probablemente había disfrutado cada segundo de su humillación.

Tiró la carta al suelo y se levantó, furiosa. Necesitaba ducharse. Necesitaba café. Necesitaba un plan para descubrir quién era este psicópata y hacerle pagar por cada segundo de este circo.

Pero primero, al parecer, necesitaba invitar a un desconocido a tomar café.



A las once de la mañana, Lucía seguía sin salir de casa.

Había estado dándole vueltas durante horas. Había considerado todas las opciones posibles. Podía ir a una cafetería cualquiera, acercarse a alguien al azar, pagar su café y largarse. Técnicamente cumpliría la misión.

Pero no. La carta había sido clara: una conversación real. Quince minutos.

Quince minutos hablando con un desconocido.

La idea le provocaba náuseas.

Lucía no hablaba con desconocidos. No desde hacía años. Su vida era un ecosistema cerrado: su casa, su ordenador, Carla, alguna llamada ocasional con clientes. Eso era todo. No había espacio para nadie más. No quería que lo hubiera.

Pero había aceptado el trato.

Y si había algo que Lucía odiaba más que hablar con desconocidos, era perder.

A las once y media se puso el abrigo, cogió su bolso y salió a la calle antes de poder arrepentirse.

Madrid estaba extrañamente animado para ser un miércoles. Los adornos navideños ya habían empezado a aparecer en los escaparates: guirnaldas, luces, figuritas de Papá Noel sonriendo con esa sonrisa insoportable. Lucía apartó la mirada y caminó deprisa hacia la cafetería más cercana.

Era un sitio pequeño, acogedor, con mesas de madera y olor a café recién hecho. Había poca gente: un par de estudiantes con portátiles, un hombre leyendo el periódico, una mujer mayor sentada sola junto a la ventana.

Lucía se acercó a la barra y pidió un café con leche. El camarero, un chico joven con el pelo rapado y un piercing en la ceja, le sonrió.

—¿Algo más?

—Otro café. Para llevar. No, espera. Para aquí. Dos cafés.

El chico la miró con curiosidad pero asintió.

—Marchando.

Lucía pagó y se quedó ahí de pie, con las dos tazas en la mano, mirando a los clientes. Los estudiantes estaban demasiado concentrados. El hombre del periódico parecía querer que lo dejaran en paz.

Quedaba la mujer mayor.

Estaba sentada junto a la ventana, mirando la calle con expresión soñadora. Tendría unos setenta años, pelo blanco recogido en un moño elegante, labios pintados de rojo intenso. Llevaba un abrigo de lana verde esmeralda y un pañuelo de seda al cuello. Parecía sacada de una película antigua.

Lucía respiró hondo.

Venga. Solo quince minutos. Puedes hacerlo.

Caminó hacia la mesa con pasos inseguros. La mujer la miró con ojos brillantes y curiosos.

—Disculpe —dijo Lucía, con voz más aguda de lo habitual—. ¿Le importa si me siento? He pedido dos cafés por error y... bueno, no quiero que se desperdicie.

Era una mentira horrible, pero era lo mejor que se le había ocurrido.

La mujer sonrió. Era una sonrisa amplia, cálida, que le arrugaba las comisuras de los ojos.

—Por supuesto, querida. Siéntate. Aunque dudo mucho que hayas pedido dos cafés por error.

Lucía se quedó congelada a mitad de movimiento.

—Yo... ¿perdón?

—Que no pasa nada —la mujer hizo un gesto con la mano—. Estás cumpliendo una misión, ¿verdad? O una apuesta. O algo por el estilo. Lo veo en tu cara. Tienes esa expresión de "preferiría estar en cualquier otro sitio".

Lucía sintió que las mejillas se le encendían.

—No es... bueno, sí. Más o menos.

—Lo sabía. —La mujer dio una palmada suave—. Siéntate, anda. Me llamo Remedios, pero todo el mundo me dice Reme. Tú debes de ser una de esas millennials con nombres modernos. ¿Cómo te llamas?

—Lucía.

—Precioso. Como la santa de la luz. Aunque no pareces muy iluminada ahora mismo, la verdad. Pareces más bien una que ha perdido la bombilla.

Lucía no pudo evitar soltar una carcajada. Fue una risa corta, sorprendida, casi dolorosa de lo poco acostumbrada que estaba.

—Sí, bueno. Digamos que no es mi mejor momento.

—Los mejores momentos están sobrevalorados —dijo Reme, dando un sorbo a su café—. Los peores son los que te enseñan algo. Aunque duelen como una patada en el culo.

Lucía se sentó, todavía sonriendo. Esta mujer era... inesperada.

—¿Y tú qué haces aquí sola un miércoles por la mañana? —preguntó Lucía, porque parecía lo educado.

—Escaparme de mi hija. Me tiene prisionera en su casa, la muy controladora. Dice que a mi edad no debería salir sola, que me puedo caer, que me puede dar un patatús. Pero yo le digo: Marta,

cariño, si me voy a morir, prefiero hacerlo tomando café en una terraza que viendo la teletienda contigo.

Lucía se atragantó con su café.

—¿Le has dicho eso a tu hija?

—Claro. Hay que ser honesta en esta vida. La sinceridad te ahorra tiempo y disgustos. Aunque ella se cabreó bastante, todo hay que decirlo.

—Me lo imagino.

—Pero bueno, yo qué voy a saber. Solo llevo setenta y tres años viva. Qué voy a saber yo de la vida. —Reme puso los ojos en blanco con un dramatismo teatral que hizo sonreír a Lucía otra vez.

Quince minutos. Tenía que aguantar quince minutos. Ya llevaba... ¿tres? ¿cuatro?

Esto iba a ser largo.

—¿Y tú? —preguntó Reme, mirándola con esos ojos demasiado perspicaces—. ¿Qué te ha traído a invitar cafés a viejas desconocidas?

—Es... complicado.

—Todo lo interesante es complicado, bonita. Cuéntamelo. Tengo todo el día. Y créeme, mi vida es aburrida ahora. Necesito chismorreo.

Lucía dudó. No podía contarle la verdad. Era demasiado absurdo. Pero tampoco quería mentir. Había algo en Reme que la hacía sentir... segura, de alguna forma extraña.

—Digamos que alguien me ha retado a hacer cosas que no haría normalmente. Y esta es la primera.

—Ah. Un reto. Me gustan los retos. Yo hice muchos en mi juventud. Aunque los míos eran más... picantes.

Lucía parpadeó.

—¿Picantes?

Reme se inclinó hacia delante, con expresión cómplice.

—Cariño, yo he hecho cosas que harían que tu generación se desmayara. Y eso que ahora todo el mundo presume de ser muy liberal y muy moderno.

—¿Como qué? —preguntó Lucía antes de poder contenerse.

—Bueno, para empezar, perdí la virginidad con un torero en Sevilla cuando tenía diecisiete años. En la parte de atrás de un café. Durante los Sanfermines.

Lucía casi escupe el café.

—¿En serio?

—Como lo oyes. Se llamaba Paco. O Francisco. No me acuerdo bien. Pero tenía un culo que podías usar de mesa. Y sabía lo que hacía, te lo aseguro.

—Dios mío.

—Luego tuve un affaire con un poeta francés en París. Duró tres semanas. Vivíamos de baguettes y vino barato. No nos duchábamos. Olíamos fatal pero éramos felices.

Lucía se tapó la boca con la mano, entre horrorizada y fascinada.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. También estuve con una bailarina en Barcelona. Se llamaba Mercedes. Tenía unas piernas que llegaban hasta el cielo. Me enseñó cosas que ni sabía que existían.

—Espera. ¿Una bailarina? ¿Eres...?

—¿Bisexual? Pues claro, hija. En mi época no teníamos nombre para eso, pero yo me acostaba con quien me daba la gana. Hombres, mujeres, lo que fuera. Si me gustaba, adelante. La vida es muy corta para desperdiciarla siendo aburrida.

Lucía estaba completamente boquiabierta. Esta mujer de setenta y tres años, con su moño elegante y su pañuelo de seda, tenía más experiencia sexual que ella en toda su vida.

—¿Y tu hija sabe todo esto?

—Dios, no. Se moriría. Marta piensa que su padre fue el amor de mi vida y que yo fui una santa. Pobrecilla. Si supiera...

—¿No fue el amor de tu vida?

Reme se quedó pensativa un momento.

—Manolo fue un buen hombre. Me quiso, yo lo quise. Tuvimos una vida bonita. Pero ¿el amor de mi vida? No. El amor de mi vida fue un arquitecto suizo que conocí en Marruecos en el 78. Se

llamaba Klaus. Nos pasamos tres meses viajando por el desierto en su furgoneta. Hacíamos el amor bajo las estrellas. Fue... mágico.

—¿Y qué pasó?

—Que él tenía que volver a Suiza. Y yo tenía que volver a España. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a dejar su vida atrás. Así que nos despedimos en el puerto de Tánger. Lloramos como críos. Y nunca nos volvimos a ver.

Lucía sintió un nudo en la garganta.

—Eso es... triste.

—Es la vida, bonita. A veces el amor no es suficiente. A veces el timing lo es todo. Yo podría haberme quedado con Klaus y haber sido infeliz lejos de mi familia. O podía volver y construir una vida diferente. Elegí la segunda opción. Y no me arrepiento.

—¿Nunca?

—Bueno, a veces. Cuando es muy tarde y no puedo dormir, pienso en él. Me pregunto qué habría pasado. Pero luego miro a mi hija, aunque sea una pesada, y pienso: esto no habría existido. Mi nieto tampoco. Y eso sí que me daría pena.

Lucía asintió despacio. No sabía qué decir. Esta conversación había tomado un giro que no esperaba.

—¿Y tú? —preguntó Reme—. ¿Tienes a alguien?

—No.

—¿Has tenido?

—Hace tiempo. No funcionó.

—¿Por qué?

Lucía dudó.

—Porque yo... no estaba lista. No estaba bien. Y él se cansó de esperarme.

Reme asintió con comprensión.

—El dolor es así. Te cierra por dentro. Te hace creer que no mereces nada bueno. Que si dejas entrar a alguien, te van a volver a romper.

Lucía la miró, sorprendida.

—¿Cómo...?

—Tengo setenta y tres años, cariño. He visto todas las formas posibles de dolor humano. Y reconozco una herida cuando la veo. Tú llevas una grande. Antigua.

Lucía bajó la mirada hacia su taza de café, que ya estaba fría.

—Mi madre murió hace dieciséis años. En diciembre.

—Ah. —Reme extendió la mano y la puso sobre la de Lucía. Su piel era suave, cálida—. Por eso odias la Navidad.

—¿Tan obvio es?

—Un poco. Tienes esa cara de "preferiría que diciembre no existiera". La he visto antes. En mí misma, de hecho. Mi madre también murió en diciembre. Yo tenía veinticinco años.

—¿En serio?

—Sí. Y yo también la odié durante años. Los villancicos me parecían una burla. Las luces me dolían. Todo el mundo feliz y yo queriendo desaparecer.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo lo superaste?

Reme sonrió con tristeza.

—No lo superé. Aprendí a vivir con ello. Que no es lo mismo. Tardé años, pero un día me di cuenta de algo: mi madre habría odiado verme así. Habría odiado que le entregara diciembre, que era su mes favorito. Así que decidí recuperarlo. Poco a poco. No por ella. Por mí.

Lucía sintió que algo se le rompía en el pecho. Una grieta pequeña, casi imperceptible, pero real.

—No sé si puedo hacer eso.

—No tienes que hacerlo hoy. Ni mañana. Ni el año que viene. Pero algún día, cuando estés lista, lo harás. Y te sorprenderá lo ligera que te sientes.

Se quedaron en silencio un momento. Un silencio cómodo, cálido, como una manta.

—Gracias —dijo Lucía finalmente—. Por el café. Y por... todo lo demás.

—De nada, bonita. Y oye, si tu reto tiene más misiones absurdas, vuelve a buscarme. Necesito más emoción en mi vida. Y tú necesitas más historias escandalosas para distraerte.

Lucía se rió. Una risa real, genuina, que le dolió de lo buena que se sentía.

—Trato hecho.

Salió de la cafetería media hora después, no quince minutos. Había acabado contándole a Reme cosas que no le había contado a nadie. Y Reme le había contado más historias: la vez que se coló en un concierto de los Rolling Stones, la vez que casi la arrestaron en Lisboa por bailar desnuda en una fuente, la vez que le rompió la nariz a un hombre que intentó sobrepasarse con ella en un bar.

Era la mujer más increíble que Lucía había conocido nunca.

Y por primera vez en años, se sintió un poco menos sola.



Esa noche, cuando llegó a casa, encontró otra nota roja bajo la puerta:

Misión cumplida.

Reme es genial, ¿verdad?

Prepárate para mañana.

P.

Lucía se quedó mirando la nota durante un largo momento.

Luego sonrió.

Quienquiera que fuera este "Papá Noel", tenía buen gusto eligiendo a la gente.

Capítulo 4: El carpintero invisible



Mateo Ruiz llevaba despierto desde las cuatro de la mañana.

No era insomnio. Era costumbre. Años de levantarse antes del amanecer para trabajar en el taller, cuando el mundo todavía dormía y el silencio era tan denso que podía oír el crujido de la madera antes de cortarla. Había algo sagrado en esas horas tempranas, algo que le recordaba que todavía estaba vivo, aunque a veces no quisiera estarlo.

Se preparó un café cargado en la cocina diminuta de su apartamento en Rascafría, un pueblo pequeño enclavado en la sierra de Madrid. Desde la ventana podía ver las montañas recortándose contra el cielo todavía oscuro, las cumbres nevadas brillando bajo la luz de la luna menguante. Diciembre en la sierra era brutal: frío, silencioso, hermoso de una forma que dolía.

Perfecto para alguien que llevaba años huyendo del ruido.

Bebió el café de pie, mirando por la ventana, pensando en Lucía Navarro.

No debería estar pensando en ella. No de esta forma. No con esta intensidad.

Era solo otra persona en su lista. Otra alma perdida que necesitaba un empujón. Otra misión. Como todas las anteriores.

Pero no era como las anteriores.

Había algo en ella, en la forma en que se había enfrentado a Reme con esa mezcla de terror y determinación, en la forma en que había reído por primera vez en quién sabe cuánto tiempo, que le había atravesado el pecho como una astilla de madera mal pulida.

Mateo dejó la taza en el fregadero y se puso el abrigo. Eran las cinco de la mañana. Tenía trabajo que hacer.



El taller estaba a diez minutos caminando desde su apartamento, en la parte vieja del pueblo. Era un edificio bajo de piedra y madera, con un cartel descolorido que decía "Carpintería Ruiz" en letras que alguna vez fueron rojas. Su padre había abierto ese taller hace cuarenta años. Mateo lo había heredado cuando tenía veinticinco, junto con una hipoteca aplastante y la expectativa de mantener vivo el negocio familiar.

Lo había intentado. Durante años, lo había intentado.

Hasta que ya no pudo más.

Abrió la puerta del taller y el olor familiar a serrín y barniz lo envolvió como un abrazo. Encendió las luces —bombillas cálidas que colgaban de vigas antiguas— y el espacio cobró vida. Había mesas de trabajo cubiertas de herramientas, estanterías llenas de maderas de distintos tipos, cajones con tornillos y clavos organizados meticulosamente. En un rincón, una estufa de leña que ya estaba encendiendo.

Y en el centro del taller, sobre la mesa principal, docenas de juguetes de madera en distintas fases de construcción.

Caballos con crines talladas a mano. Trenes con vagones que se enganchaban con imanes. Muñecas con articulaciones móviles. Rompecabezas imposibles. Cada uno único. Cada uno hecho con una paciencia que la mayoría de la gente ya no tenía.

Mateo se acercó a la mesa y cogió un pequeño caballo a medio terminar. Le faltaba lijar las patas y darle el barniz final. Lo giró entre las manos, sintiendo el peso de la madera, las imperfecciones que nadie más notaría pero que él conocía íntimamente.

Cada juguete era una promesa.

Cada juguete era una disculpa.



Siete años atrás. Diciembre.

Mateo había sido un hombre diferente entonces. Más joven, más ingenuo, más feliz de lo que tenía derecho a ser. Tenía una esposa, Raquel, que olía a canela y reía con todo el cuerpo. Y tenía una hija, Emma, de cinco años, con rizos castaños y una risa que sonaba como campanitas.

Emma había sido el centro de su universo. Su razón para levantarse cada mañana. Su razón para seguir tallando madera cuando el negocio apenas daba para sobrevivir.

Ese diciembre, Emma le había pedido un juguete para Navidad. Algo específico: un caballo de madera con una crin de lana, como el que había visto en un libro de cuentos. Mateo le había prometido que se lo haría. El mejor caballo que jamás hubiera tallado.

Pero diciembre era la época más ocupada del año. Los encargos se acumulaban. La gente quería mesas nuevas, estanterías, reparaciones urgentes. Mateo trabajaba dieciséis horas al día, llegaba a casa cuando Emma ya dormía, se levantaba antes de que despertara.

"Ya lo haré", se decía. "Todavía quedan dos semanas. Aún tengo tiempo."

El tiempo se le escapó entre los dedos como arena.

El 20 de diciembre, Emma enfermó. Una fiebre que parecía normal al principio. Raquel le dio paracetamol, la arropó, le dijo que todo estaría bien.

Para el 22, la fiebre había empeorado. La llevaron al hospital. Meningitis. Una palabra que Mateo nunca olvidaría, que se le clavaría en el cerebro como un clavo oxidado.

Emma murió el 24 de diciembre a las tres de la madrugada.

Mateo estaba sosteniendo su mano cuando dejó de respirar. Raquel estaba al otro lado, llorando en silencio. Y lo único en lo que Mateo podía pensar era en el caballo de madera que nunca llegó a terminar.

La promesa rota.

El regalo que nunca entregaría.



Los meses después fueron borrosos. Raquel se fue. No podía estar en la misma casa, en el mismo pueblo, respirando el mismo aire que había respirado su hija. Mateo no la culpaba. Él tampoco podía.

Se quedó. Porque no sabía adónde ir. Porque el taller era lo único que le quedaba.

Pasaba los días tallando sin rumbo, haciendo piezas que luego destrozaba, bebiendo más de lo que debía, durmiendo menos de lo que necesitaba. La vida se convirtió en una sucesión de días grises, indistinguibles unos de otros.

Hasta que llegó la primera carta.

Un año después de la muerte de Emma, el 1 de diciembre, Mateo encontró un sobre rojo bajo la puerta del taller. No tenía remitente. Dentro, una carta escrita a mano:

Querido Mateo,

Sé que este año es difícil. Sé que la Navidad es un recordatorio de todo lo que has perdido. Pero quiero pedirte algo.

Termina el caballo. El que le prometiste a Emma. Y cuando esté listo, regálaselo a un niño que lo necesite. No tiene que ser perfecto. Solo tiene que ser real.

Emma querría que siguieras creando. Que siguieras regalando felicidad. Aunque la tuya se haya roto.

Con cariño,

Alguien que cree en ti.

Mateo había llorado al leerla. Llorado de verdad, por primera vez desde el funeral. Había guardado la carta en el bolsillo del abrigo y había empezado a tallar.

Le llevó tres semanas terminar el caballo. Lo hizo con una dedicación obsesiva, lijando cada curva, pintando cada detalle, trenzando la crin de lana con manos temblorosas. Cuando estuvo listo, lo envolvió en papel de regalo y lo dejó en el orfanato del pueblo vecino, sin decir quién era.

Nunca supo quién recibió el caballo. Pero algo en él cambió ese día.

Había cumplido la promesa. Tarde, demasiado tarde, pero la había cumplido.

Y por primera vez en un año, respiró un poco más fácil.



La segunda carta llegó al año siguiente. Y luego otra. Y otra.

Mateo nunca descubrió quién las enviaba. Pero cada una contenía una misión. Pequeñas cosas que lo sacaban de su rutina, que lo obligaban a interactuar con el mundo. Cocinar para un vecino anciano. Reparar gratis un juguete roto. Escribir una carta de agradecimiento a alguien que lo había ayudado sin saberlo.

Eran misiones absurdas, en cierto modo. Pero funcionaban.

Poco a poco, Mateo empezó a sentir algo parecido a un propósito. No era felicidad. No era paz. Pero era movimiento. Era vida.

Al tercer año, decidió convertirse él mismo en el remitente.

Si alguien había hecho esto por él, ¿por qué no hacerlo por otros?

Empezó a observar. A escuchar. A buscar personas que necesitaran un empujón, una señal, una excusa para volver a intentarlo. Gente que había perdido algo. Gente que estaba atrapada. Gente que había dejado de creer en cualquier cosa.

Y cada diciembre, elegía a alguien.

Les enviaba cartas. Les proponía misiones. Les daba una estructura, un reto, algo a lo que aferrarse durante el mes más difícil del año.

Algunos lo ignoraban. Otros lo cumplían a medias. Pero algunos, unos pocos, realmente cambiaban.

Y eso era suficiente.



Lucía Navarro había aparecido en su radar tres meses atrás.

Mateo tenía sus métodos. Conocía gente. Escuchaba conversaciones en cafeterías. Leía foros online donde la gente compartía sus miserias con extraños. Y a veces, alguien mencionaba a una persona que parecía necesitar ayuda.

El nombre de Lucía había aparecido en un grupo de apoyo para personas en duelo. Alguien había escrito:

"Mi amiga lleva dieciséis años sin celebrar Navidad. Su madre murió en diciembre y desde entonces se encierra en sí misma. He intentado todo pero no sé cómo ayudarla. ¿Algún consejo?"

Mateo había seguido el rastro. Había encontrado el perfil público de Carla, luego el de Lucía. Apenas tenía presencia online, pero lo poco que había pintaba un cuadro claro: una mujer de treinta y dos años, editora freelance, viviendo sola en Madrid. Sin fotos recientes. Sin actividad en redes sociales desde hacía años.

Había decidido que ella sería su proyecto de este diciembre.

Pero investigar a Lucía había sido más complicado de lo habitual. Era reservada, casi invisible. Había tenido que seguirla un par de veces para entender sus rutinas. Ir a su cafetería habitual. Observar desde lejos.

Y en algún momento, entre la segunda y la tercera vez que la vio, algo cambió.

Mateo había empezado a fijarse en detalles. En cómo fruncía el ceño cuando trabajaba en su portátil. En cómo sus hombros se tensaban cuando sonaba un villancico. En cómo, a veces, miraba a las familias en la calle con una expresión que era mitad anhelo, mitad dolor.

Había empezado a preocuparse por ella de una forma que no era profesional. De una forma que no era segura.

Y eso lo asustaba.



Mateo terminó de lijar el caballo de madera y lo dejó sobre la mesa. Eran las siete de la mañana. Tenía que preparar la siguiente carta para Lucía.

Se sentó en el pequeño escritorio que tenía en un rincón del taller, cogió papel grueso color crema y su pluma estilográfica. Siempre escribía las cartas a mano. Era importante. Las palabras tenían que tener peso, textura, personalidad.

Pensó en la siguiente misión. Tenía que ser algo que la sacara más de su zona de confort. Algo que la conectara con la alegría, aunque fuera incómoda.

Mojó la pluma en tinta dorada y empezó a escribir:

Querida Lucía,

Misión número 2:

Hoy harás algo que no has hecho en años: cantarás en público.

No importa si desafinas. De hecho, prefiero que desafines. Elige un villancico —sí, un villancico, no te hagas trampa— y cántalo en un lugar público. Un supermercado, una plaza, donde quieras. Pero tiene que ser en voz alta. Tiene que ser ridículo.

Sé que odias los villancicos. Sé que te parecen una burla. Pero quizá, solo quizá, si te permites reírte de ti misma, dejen de tener tanto poder sobre ti.

Tienes hasta la medianoche.

P.

PD: Reme me ha caído genial, por cierto. Tiene razón en todo lo que te dijo.

Mateo releyó la carta. Era cruel, en cierto modo. Pedirle a alguien que odiaba los villancicos que cantara uno era como pedirle a alguien con miedo a las alturas que se tirara en paracaídas.

Pero ese era el punto.

A veces, la única forma de superar algo era enfrentarlo de la forma más absurda posible.

Dobló la carta, la metió en un sobre rojo y escribió el nombre de Lucía con su mejor caligrafía. Luego la guardó en su mochila.

Hoy le tocaría a él entregarla. Él mismo. Como siempre.



Mateo llegó a Madrid a las once de la mañana.

Había cogido el coche temprano, conduciendo por carreteras de montaña cubiertas de escarcha, bajando desde Rascafría hasta la ciudad. El contraste siempre le resultaba brutal: pasar del silencio absoluto de la sierra al caos constante de la capital.

Pero le gustaba. Le recordaba que el mundo era más grande que su dolor.

Aparcó cerca del apartamento de Lucía y caminó las dos manzanas que quedaban. Conocía bien el edificio a estas alturas. Cuatro pisos, sin ascensor, portal viejo con la pintura descascarillada. El apartamento de Lucía estaba en el cuarto piso, segunda puerta a la derecha.

Subió las escaleras despacio, con la mochila al hombro y el sobre rojo en la mano. Había aprendido a moverse en silencio. Años trabajando con madera te enseñaban a controlar cada paso, cada movimiento.

Cuando llegó al cuarto piso, se quedó quieto un momento, escuchando.

Silencio.

Lucía probablemente estaba trabajando. O durmiendo. O haciendo lo que fuera que hiciera para llenar sus días vacíos.

Mateo se agachó y deslizó el sobre bajo la puerta. Luego se levantó y empezó a bajar las escaleras.

Pero esta vez, algo falló.

Pisó mal el tercer escalón. La madera crujió. Fuerte. Demasiado fuerte.

Y desde dentro del apartamento, escuchó movimiento.

Mierda.

Aceleró el paso, bajando los escalones de dos en dos. Escuchó la puerta de Lucía abrirse de golpe.

—¡Eh! ¡Espera!

Mateo corrió. No miró atrás. Bajó el último tramo de escaleras y salió del portal como una exhalación. Giró a la derecha, luego a la izquierda, perdiéndose entre las calles de Lavapiés.

Su corazón latía desbocado. No de miedo. De adrenalina. De algo parecido a la emoción.

Había estado a punto de que lo atrapara.

Y por alguna razón estúpida, una parte de él deseaba que lo hubiera conseguido.



Mateo pasó el resto del día en Madrid, caminando sin rumbo.

Visitó el Rastro, aunque no compró nada. Se tomó un café en una terraza, observando a la gente pasar. Entró en una librería y se quedó media hora hojeando libros que no leería.

Estaba matando el tiempo. Esperando.

A las seis de la tarde, se acercó de nuevo al barrio de Lucía. No al edificio, sino a la zona. Quería ver si cumplía la misión. Quería ver su cara cuando lo hiciera.

No debería. Era cruzar una línea. Había prometido mantenerse alejado, ser solo una presencia anónima. Pero no podía evitarlo.

Se posicionó en una cafetería con vistas a la calle principal. Pidió otro café que no necesitaba y se sentó junto a la ventana.

Y esperó.

A las siete y media, la vio.

Lucía caminaba por la calle con las manos en los bolsillos del abrigo, los hombros tensos, la expresión de alguien que está a punto de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento.

Mateo se inclinó hacia delante, conteniendo la respiración.

Ella se detuvo frente a un supermercado. Miró hacia dentro. Luego miró alrededor, como si estuviera comprobando que nadie la conocía.

Respiró hondo. Y entró.

Mateo dejó dinero sobre la mesa y salió de la cafetería. Cruzó la calle y se quedó cerca de la entrada del supermercado, lo suficientemente lejos para no ser obvio, lo suficientemente cerca para escuchar.

Y entonces, desde dentro, una voz temblorosa, desafinada, maravillosamente terrible, empezó a cantar:

"Noche de paz, noche de amor..."

Mateo sonrió.

No pudo evitarlo. Sonrió como un idiota, ahí plantado en medio de la acera, escuchando a Lucía Navarro destrozar un villancico en un supermercado.

La gente empezó a salir, algunos riéndose, otros aplaudiendo. Lucía salió detrás de ellos, con las mejillas rojas como tomates, pero con algo en los ojos que no había estado ahí antes.

Orgullo. Vergüenza. Alivio. Risa contenida.

Vida.

Mateo se quedó mirándola un momento más, memorizando esa expresión.

Luego se dio la vuelta y se perdió entre la multitud antes de que ella pudiera verlo.



Esa noche, de vuelta en Rascafría, Mateo se sentó en el taller con una cerveza fría y el teléfono en la mano.

Tenía un mensaje de su contacto en Madrid, alguien que lo ayudaba a veces con las misiones:

"Misión cumplida. La chica es una campeona. Horrible cantando, pero una campeona."

Mateo sonrió y dejó el teléfono a un lado.

Se levantó y caminó hacia la estantería donde guardaba una caja de madera vieja, llena de cartas. Las primeras cartas que había recibido. Las que lo habían salvado.

Las cogió una por una, releyéndolas bajo la luz tenue del taller.

"Sigue creando."

"Emma querría que vivieras."

"No estás solo."

Palabras simples. Pero suficientes.

Dejó las cartas de vuelta en la caja y miró por la ventana. Fuera, la nieve empezaba a caer suavemente, cubriendo el pueblo con un manto blanco.

Diciembre. El mes que lo había destruido. El mes que ahora intentaba redimir, una carta a la vez.

Mateo no sabía si lo que estaba haciendo con Lucía era correcto. No sabía si tenía derecho a entrometerse en su vida, a empujarla hacia algo que quizá no quería.

Pero sabía una cosa: ella estaba sola. Como él había estado solo. Y si había aprendido algo en estos años, era que nadie debería estar solo en diciembre.

Nadie.

Ni siquiera alguien que hubiera decidido no creer en nada.

Cogió otra hoja de papel y empezó a escribir la siguiente carta.

Misión número tres.

Y mientras escribía, se sorprendió a sí mismo sonriendo.

Por primera vez en mucho tiempo, diciembre no se sentía solo como dolor.

Se sentía como posibilidad.

Capítulo 5: El villancico desafinado



Lucía llevaba tres horas mirando la carta como si fuera una sentencia de muerte.

"Cantarás en público. Un villancico. En voz alta."

Estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y la carta sobre las rodillas, releyéndola una y otra vez como si las palabras fueran a cambiar mágicamente si insistía lo suficiente.

No cambiaron.

—Hijo de puta —murmuró por décima vez esa mañana.

Este "Papá Noel" sabía exactamente dónde clavar el cuchillo. Invitar a un desconocido a café había sido incómodo, sí, pero había resultado ser una experiencia extrañamente bonita. Esto... esto era diferente.

Esto era cruel.

Los villancicos no eran solo música para Lucía. Eran el soundtrack de la peor noche de su vida. *Noche de paz* sonaba en la radio del coche cuando el otro vehículo se les echó encima. *Campana sobre campana* resonaba en los altavoces del hospital mientras esperaba noticias que nunca llegaron. *Blanca Navidad* la había perseguido durante el funeral, colándose desde alguna tienda cercana como una burla cósmica.

Los villancicos eran veneno envuelto en purpurina.

Y ahora tenía que cantar uno. En público. A propósito.

Se levantó del sofá y empezó a caminar en círculos por el salón. Podía ignorar la misión. Romper el trato. Dejar que "Papá Noel" desapareciera de su vida para siempre.

Pero una parte terca y obstinada de ella se negaba a rendirse.

No iba a darle la satisfacción a ese acosador anónimo de verla fallar en el segundo intento.

Además, después de conocer a Reme, algo pequeño había cambiado dentro de ella. Una grieta minúscula en el muro que había construido durante dieciséis años. Y por esa grieta se filtraba algo parecido a la curiosidad.

¿Qué pasaría si lo hacía? ¿Qué pasaría si se permitía ser ridícula, vulnerable, humana?

—Estoy perdiendo la cabeza —dijo en voz alta, mirando al techo como si alguien pudiera estar escuchando—. Completamente. Esto es demencia.

Pero se puso el abrigo de todas formas.



Eran las seis de la tarde cuando Lucía salió a la calle.

Había pasado el día entero postergando, encontrando excusas. Primero tenía que terminar de revisar un manuscrito. Luego necesitaba comer algo. Después ducharse. Luego cambiar de ropa tres veces porque nada parecía apropiado para hacer el ridículo en público.

Finalmente, cuando el cielo ya empezaba a oscurecerse y quedaban menos de seis horas para la medianoche, se obligó a salir.

Madrid brillaba con luces navideñas. Guirnaldas doradas colgaban de las farolas, escaparates decorados con árboles y regalos falsos, altavoces tocando música festiva en cada esquina. Era como caminar por un campo minado emocional.

Lucía apretó los dientes y siguió adelante.

Había decidido hacerlo en un supermercado. Era el mal menor. Habría suficiente gente para que fuera vergonzoso, pero no tanto como en una plaza pública. Y si todo salía mal, podría salir corriendo y esconderse en los pasillos de productos lácteos.

Eligió el Mercadona de la calle Argumosa. Grande, siempre lleno, con cámaras de seguridad que probablemente grabarían su

humillación para la posteridad.

Perfecto.

Se quedó parada frente a la entrada durante cinco minutos completos, respirando hondo, intentando reunir el valor. Un par de personas la miraron con curiosidad al pasar. Lucía fingió estar mirando el móvil.

—Vale —se dijo a sí misma—. Es solo una canción. Tres minutos. Puedes aguantar tres minutos de vergüenza. Has aguantado dieciséis años de dolor. Esto es nada.

Mentira. Esto no era nada. Esto era aterrador.

Pero entró de todas formas.

El supermercado estaba moderadamente lleno. Gente comprando para la cena, carritos chocando, el pitido constante de las cajas registradoras. Lucía caminó por los pasillos sin coger nada, solo reconociendo el terreno, buscando el lugar perfecto.

¿Dónde hace uno el ridículo en un supermercado?

Pasó por verduras. Demasiado vacío. Por carnicería. Demasiado espeluznante. Por panadería. Demasiados empleados mirando.

Finalmente se quedó en el pasillo central, cerca de las cajas pero no demasiado cerca. Había suficiente espacio. Suficiente gente. Suficiente luz.

Suficientes testigos de su degradación.

Dejó su bolso en el suelo, se quitó el abrigo porque de repente hacía un calor infernal, y se quedó ahí plantada, con las manos temblando y el corazón a punto de salírsele del pecho.

Solo hazlo. Rápido. Como arrancar una tirita.

Cerró los ojos. Respiró hondo.

Y empezó a cantar.

—*Noooche de paaaaz...*

Su voz sonó ridículamente alta en el espacio. Desafinada. Temblorosa. Como si alguien estuviera torturando a un gato.

Lucía abrió los ojos y vio que varias cabezas se giraban hacia ella. Una mujer con un carrito se quedó congelada. Un hombre mayor se ajustó las gafas como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

El pánico la golpeó como un puñetazo.

No. No puedo. Esto es una estupidez.

Pero entonces recordó las palabras de la carta: *"Prefiero que desafines."*

Y algo rebelde y estúpido dentro de ella decidió que si iba a hacer el ridículo, lo haría bien.

Siguió cantando, esta vez más alto. Más desafinado.

—*Noche de amooooor, todo duerme alrededor...*

Un niño pequeño empezó a reírse. Su madre intentó callarlo pero estaba sonriendo. Un empleado del supermercado asomó la cabeza desde el pasillo de cereales con expresión de total confusión.

Lucía sintió cómo las mejillas le ardían. Podía sentir las miradas clavándose en ella desde todas direcciones. Pero ya estaba demasiado metida como para parar.

—*Entre los astros que esparces tu luz, bella anunciando al niñiiiito Jesúuuus...*

Destrozó completamente la nota alta. Sonó como un pato siendo estrangulado.

Alguien soltó una carcajada. Luego otra. Y otra.

La gente no se estaba burlando con crueldad. Se estaban riendo porque era objetivamente ridículo. Porque ella estaba ahí, en medio del supermercado, cantando como si le pagaran por ello pero con el talento de alguien que nunca había dado una nota correcta en su vida.

Y entonces pasó algo inesperado.

Una señora mayor, con un carrito lleno de comida para gatos, se acercó y empezó a cantar con ella.

—*Brilla la estrella de paaaaz...*

Su voz era clara, afinada, bonita. El contraste con la de Lucía era hilarante.

Lucía la miró, sorprendida. La mujer le guiñó un ojo y siguió cantando.

—*Brilla la estrella de amooooor...*

Luego otra persona se unió. Un hombre joven con rastas y una camiseta de un grupo de rock. Luego una pareja de adolescentes. Luego el empleado del supermercado, que claramente había decidido que si no podía echarla, al menos podía unirse.

En cuestión de segundos, había un pequeño coro improvisado de desconocidos cantando *Noche de paz* en el pasillo central de un Mercadona.

Lucía no podía parar de sonreír. Era absurdo. Era maravilloso. Era lo más ridículo que había hecho en su vida.

Cuando terminaron, hubo aplausos. No muchos, no todos aplaudían, pero suficientes como para que Lucía sintiera una oleada de algo cálido en el pecho.

La señora mayor le dio una palmadita en el hombro.

—Tienes la peor voz que he escuchado nunca, pero tienes agallas. Eso cuenta.

—Gracias —dijo Lucía, sin aliento, todavía sonriendo como una idiota—. Creo.

—¿Es una apuesta? —preguntó el chico de las rastas.

—Algo así.

—Guay. Espero que ganes.

La gente empezó a dispersarse, volviendo a sus compras. El momento se disolvió tan rápido como había comenzado. Pero Lucía se quedó ahí plantada unos segundos más, con el corazón todavía acelerado, sintiendo algo extraño.

Ligereza.

Por primera vez en años, había cantado un villancico y no había sentido dolor.

Había sentido ridículo, sí. Vergüenza, absolutamente. Pero también risa. Conexión. Humanidad.

Recogió su bolso y su abrigo y salió del supermercado casi flotando.



Lucía no volvió directamente a casa.

Caminó sin rumbo durante una hora, dejando que el frío de diciembre le despejara la cabeza. Sus pies la llevaron por calles que no había recorrido en años, por plazas iluminadas con luces navideñas que antes evitaba como la peste.

Se detuvo frente al escaparate de una juguetería. Había muñecos, trenes, rompecabezas. Y en el centro, un caballito de madera con una crin de lana.

Lucía se quedó mirándolo, sintiendo un nudo familiar en la garganta.

Su madre le había regalado un caballo así cuando tenía siete años. Lo había llamado Trueno y había dormido con él durante años, hasta que se volvió demasiado mayor para esas cosas.

¿Qué había pasado con Trueno? Probablemente se había quedado en la casa familiar cuando su padre vendió todo y se mudó. Probablemente estaba en un vertedero en alguna parte.

El pensamiento le dolió más de lo que esperaba.

Apartó la mirada del escaparate y siguió caminando.

Su móvil vibró. Un mensaje de Carla:

"Lu, sé que me estás evitando. Pero necesito saber que estás bien. Al menos mándame un emoji. Lo que sea."

Lucía sonrió y escribió una respuesta:

"Estoy bien. Acabo de cantar un villancico en un supermercado. Creo que estoy perdiendo la cabeza."

La respuesta de Carla llegó en dos segundos:

"¿QUÉ?"

"NECESITO DETALLES."

"¿ESTÁS BORRACHA?"

"¿TE HAN SECUESTRADO?"

"LU, CONTESTA."

Lucía se rió en voz alta. Una pareja que pasaba a su lado la miró con curiosidad.

"Tranquila. Todo bajo control. Más o menos. Te cuento otro día."

"¿Vendrás a la cena de Nochebuena?"

Lucía miró el mensaje durante un largo momento.

Hacía tres años que rechazaba esa invitación. Tres años de pasar Nochebuena sola, con las luces apagadas, esperando a que el día terminara.

Sus dedos se movieron sobre el teclado antes de que su cerebro pudiera detenerlos:

"Quizá."

Envió el mensaje y luego se quedó mirando la pantalla, horrorizada.

¿Qué acababa de hacer?

Pero antes de que pudiera retractarse, Carla respondió con aproximadamente treinta emojis de celebración y un mensaje en mayúsculas:

"¡¡¡LO SABÍA!!! ¡¡¡ALGO HA CAMBIADO!!! ¡¡¡TE QUIERO!!!"

Lucía guardó el móvil en el bolsillo, negando con la cabeza pero sonriendo.

Sí. Algo había cambiado.

Y no sabía si era bueno o aterrador. Probablemente ambas cosas.



Cuando llegó a casa, eran casi las nueve de la noche.

Subió las escaleras despacio, todavía procesando lo que había pasado. La adrenalina empezaba a bajar y el cansancio la golpeaba en oleadas.

Al llegar a su puerta, vio algo que ya empezaba a esperar: una pequeña nota roja en el suelo.

La recogió y la abrió:

Misión cumplida.

Has estado magnífica. Terrible, pero magnífica.

¿Ves? Los villancicos no tienen por qué doler. A veces solo son ridículos. Y eso está bien.

Descansa. Mañana viene la siguiente.

P.

PD: El chico de las rastas tenía razón. Tienes agallas.

Lucía se quedó mirando la nota, sintiendo una mezcla de irritación y algo parecido a... ¿agradecimiento?

No. No gratitud. Todavía estaba enfadada. Todavía quería descubrir quién era este tipo y darle un puñetazo.

Pero también tenía que admitir, aunque fuera solo para sí misma, que estas misiones la estaban sacando de su zona de confort de una forma que necesitaba.

Entró en casa y se preparó un té. Se sentó en el sofá con las piernas recogidas y miró por la ventana. Madrid brillaba con luces navideñas, y por primera vez en dieciséis años, no le parecieron feas.

Solo... luces.

Su móvil vibró de nuevo. Otro mensaje de Carla:

"En serio, Lu. Algo está pasando contigo. Y me alegro. Te mereces ser feliz."

Lucía no respondió. Porque no sabía qué decir.

¿Era feliz? No. Todavía no. Pero quizá, por primera vez en mucho tiempo, estaba algo parecido a... ¿esperanzada?

La palabra le sonaba extraña, casi dolorosa.

Esperanza implicaba creer que las cosas podían mejorar. Y Lucía llevaba años sin creer en nada.

Pero ahí estaba, sentada en su sofá, con una taza de té caliente entre las manos, sonriendo al recordar las caras de la gente en el

supermercado cuando había destrozado *Noche de paz*.

Sonriendo.

Dejó la taza sobre la mesa y fue a buscar su portátil. Tenía trabajo pendiente. Manuscritos que revisar. Correos que responder.

Pero cuando abrió el ordenador, en lugar de abrir los documentos de trabajo, abrió un navegador y escribió en el buscador:

"Cómo superar el duelo en Navidad"

Había buscado eso cientos de veces a lo largo de los años. Siempre había cerrado los resultados sin leer nada, porque todos decían lo mismo: permítete sentir, rodéate de seres queridos, busca ayuda profesional.

Consejos que nunca había seguido.

Pero esta vez leyó.

Leyó artículos sobre el duelo complicado. Sobre cómo las fechas especiales podían reabrir heridas. Sobre la importancia de crear nuevos rituales que honren a quien perdiste sin quedarte atrapado en el pasado.

Leyó testimonios de otras personas que habían perdido a sus madres. Que habían sobrevivido a Navidades imposibles. Que habían encontrado formas de seguir adelante sin sentir que estaban traicionando la memoria de sus seres queridos.

Y por primera vez en años, sintió que no estaba sola en esto.

Que había otras personas rotas intentando recomponerse.

Que quizá, solo quizá, ella también podía hacerlo.

Cerró el portátil a medianoche y se fue a la cama.

Antes de apagar la luz, miró la nota roja que había dejado sobre la mesita de noche.

"Tienes agallas."

Sonrió en la oscuridad.

Sí. Quizá las tenía.

O quizá estaba desarrollándolas.

Poco a poco.

Una misión absurda a la vez.



En algún lugar de la sierra de Madrid, Mateo Ruiz estaba sentado en su taller, tallando las orejas de un pequeño conejo de madera.

Tenía el móvil apoyado en la mesa, con la pantalla iluminada. Su contacto en Madrid le había enviado un vídeo.

Era corto, grabado con un móvil tembloroso. Pero mostraba a Lucía en el supermercado, cantando con todo su corazón a pesar de estar completamente desafinada, rodeada de desconocidos que se habían unido a su ridiculez espontánea.

Mateo había visto el vídeo seis veces.

Cada vez que lo veía, sonreía un poco más.

Había algo en la forma en que ella miraba a la gente a su alrededor, sorprendida y conmovida a la vez, que le atravesaba el pecho como una flecha.

Estaba cambiando. Lento, pero seguro.

Y él... él estaba más involucrado de lo que debería.

Dejó el móvil a un lado y volvió a concentrarse en el conejo. Tenía un pedido que terminar. Juguetes para un orfanato en Segovia.

Pero sus pensamientos seguían volviendo a Lucía.

A su sonrisa tímida. A su voz terrible. A esa chispa en sus ojos que había estado muerta durante tanto tiempo y que ahora, poco a poco, empezaba a encenderse de nuevo.

Mateo dejó la herramienta sobre la mesa y se frotó la cara con las manos.

Tenía que tener cuidado. Esto no podía convertirse en algo personal. Tenía que mantener la distancia. Terminar las veinticuatro misiones y desaparecer de su vida.

Como siempre había hecho.

Pero mientras preparaba la siguiente carta, una parte de él ya sabía la verdad.

Ya era demasiado tarde para la distancia.

Ya era personal.

Y eso, en diciembre, era lo más peligroso que podía ser.

Capítulo 6: Las primeras huellas



La carta llegó a las ocho de la mañana del 4 de diciembre.

Lucía estaba despierta, preparando café y todavía procesando el hecho de que había cantado en público el día anterior. Cada vez que recordaba las caras de la gente en el supermercado, sentía una mezcla de vergüenza y orgullo que no sabía cómo gestionar.

Cuando escuchó el susurro del papel bajo la puerta, casi corrió a recogerlo. Ya no intentaba atrapar al mensajero. Había aceptado que era una batalla perdida. Quien fuera que entregaba estas cartas era como un fantasma. Invisible, imposible de atrapar.

Abrió el sobre rojo con más calma esta vez. Casi con familiaridad.

Querida Lucía,

Misión número 3:

Hoy comprarás una planta. Una que necesite cuidados, no un cactus que sobreviva con aire. Algo que requiera atención, agua, luz. Algo vivo que dependa de ti.

La cuidarás durante todo diciembre. Todos los días. Y cuando llegue Navidad, si sigue viva, habrás demostrado algo importante:

Que eres capaz de mantener algo con vida. Incluyéndote a ti misma.

Los viveros abren a las nueve.

Suerte,

P.

PD: Sé que suena fácil. No lo es. Pero confío en ti.

Lucía releyó la carta tres veces.

Una planta.

Parecía absurdamente simple comparado con cantar en público o hablar con desconocidos. Comprar una planta, regarla, ponerla al

sol. Pan comido.

Excepto que Lucía había matado todas las plantas que había tenido en su vida.

Todas.

Sin excepción.

Había tenido un cactus en la universidad que murió misteriosamente en tres meses. Un potus que su madre le regaló cuando se mudó a su primer apartamento que duró exactamente dos semanas antes de convertirse en una cosa marrón y crujiente. Incluso las plantas de plástico parecían marchitarse en su presencia.

No tenía mano para las plantas. No tenía paciencia. No tenía tiempo.

O eso se había dicho siempre.

Pero la verdad, la verdad que no quería admitir ni siquiera en la privacidad de sus propios pensamientos, era que cuidar algo vivo requería esperanza. Requería creer que mañana ese algo seguiría ahí. Requería inversión emocional.

Y Lucía llevaba años evitando precisamente eso.

Se quedó mirando la carta durante un rato largo, con el café enfriándose en sus manos.

"Que eres capaz de mantener algo con vida. Incluyéndote a ti misma."

Ese cabrón sabía exactamente dónde clavar el cuchillo.



El primer vivero estaba a veinte minutos caminando desde su apartamento.

Lucía llegó a las nueve y media, con las manos en los bolsillos y una sensación de déjà vu incómoda. ¿Cuándo había sido la última vez que había entrado en un vivero? ¿Diez años? ¿Más?

El lugar olía a tierra húmeda y verde. Había plantas por todas partes: colgando del techo, apiladas en estanterías, trepando por las paredes. Era hermoso y abrumador a la vez.

Una mujer con delantal verde se acercó con una sonrisa profesional.

—Buenos días. ¿Buscas algo en particular?

—Una planta —dijo Lucía, y luego se dio cuenta de lo obvio que sonaba—. Quiero decir, algo fácil de cuidar. Para principiantes. Para alguien que mata todo lo que toca.

La mujer se rió.

—Ah, una asesina de plantas. No te preocupes, tenemos el arsenal perfecto para eso. Sígueme.

La llevó a una sección llena de plantas pequeñas con etiquetas que decían "Bajo mantenimiento" y "Difícil de matar".

—Estas son tus mejores opciones. Cintas, sansevieria, zamioculcas. Las puedes ignorar durante semanas y siguen vivas.

Lucía miró las plantas. Todas se veían... aburridas. Verdes, sí, pero sin personalidad. Sin nada que las hiciera especiales.

—¿No tienes algo... más?

La mujer la miró con curiosidad.

—¿Más cómo?

—No sé. Algo que... que tenga carácter. Que no sea solo verde y aburrido.

—Bueno, si quieres carácter, las plantas más interesantes también son las más complicadas. Necesitan más atención. Más cuidados específicos.

—No importa. Enséñamelas.

La mujer la guió a otra sección, pero después de veinte minutos mostrándole helechos, orquídeas y plantas con nombres impronunciables, Lucía seguía sin encontrar nada que le llamara la atención.

Nada le hablaba. Nada le decía "llévame a casa".

Salió del vivero con las manos vacías y una creciente sensación de frustración.



El segundo vivero estaba en Malasaña, en un callejón estrecho lleno de tiendas hipster.

Este era más pequeño, más moderno, con música indie sonando de fondo y plantas colocadas en macetas de cerámica pintadas a mano. Había un cartel en la entrada que decía: "Plantas con alma para humanos con corazón".

Lucía puso los ojos en blanco pero entró de todas formas.

Un chico joven con barba y túnica con estilo bohemio la recibió.

—Hola, bienvenida a nuestro santuario verde. ¿Primera vez?

—Sí. Busco una planta.

—¿Qué tipo de energía buscas? ¿Calmante? ¿Energizante? ¿Purificadora?

Lucía parpadeó.

—¿Perdón?

—Cada planta tiene una vibración diferente. Algunas absorben energías negativas, otras estimulan la creatividad, otras te conectan con tu yo interior.

—Yo solo... solo quiero una planta normal.

El chico pareció decepcionado.

—Claro. Aquí tenemos la sección de plantas "normales".

Le enseñó una colección de plantas que se veían exactamente igual a las del primer vivero, solo que tres veces más caras. Lucía agradeció educadamente y salió de allí antes de que el chico empezara a hablarle sobre chakras vegetales.



El tercer vivero estaba en las afueras, en Arganzuela, cerca del Matadero.

Lucía había tenido que coger el metro para llegar, y ya eran casi las dos de la tarde. Estaba cansada, hambrienta y empezando a cuestionarse toda esta misión.

¿Por qué era tan difícil comprar una puta planta?

Este vivero era diferente a los otros dos. Más caótico. Más real. No había música indie ni vendedores con sonrisas profesionales. Era un espacio grande, a medio camino entre almacén y jungla, con plantas de todos los tamaños amontonadas sin mucho orden aparente.

Y estaba casi vacío.

Lucía caminó entre los pasillos, mirando sin mucho interés. Estaba a punto de rendirse cuando escuchó una voz desde algún lugar entre las plantas:

—¡Cuidado con esa!

Se detuvo en seco. Delante de ella había una planta grande con hojas puntiagudas.

—¿Yo?

Un hombre emergió de detrás de una estantería llena de macetas. Tendría unos sesenta años, pelo gris despeinado, gafas redondas empañadas y un delantal lleno de tierra. Parecía un científico loco pero versión botánica.

—Sí, tú. Esa es una agave. Las puntas de las hojas están afiladas como cuchillos. He visto a gente perder medio dedo por acariciarlas sin cuidado.

Lucía dio un paso atrás.

—Entendido. Nada de acariciar plantas asesinas.

El hombre se rió. Era una risa profunda, contagiosa.

—Exacto. Soy Germán, dueño de este caos organizado. ¿Primera vez aquí?

—Primera vez en cualquier vivero en una década.

—Ah, una fugitiva del mundo vegetal. ¿Qué te trae de vuelta?

Lucía dudó. No podía explicarle lo de las cartas, así que improvisó.

—Un... proyecto personal. Necesito una planta. Algo que pueda cuidar. Algo que no se muera en una semana.

Germán la estudió con ojos curiosos e inteligentes.

—¿Historia de asesinatos vegetales?

—Extensa.

—Perfecto. Me encantan los casos difíciles. Sígueme.

Germán la guió a través del vivero, hablando sin parar mientras señalaba diferentes plantas.

—Mira, lo primero que tienes que saber sobre las plantas es que no son decoración. Son seres vivos con necesidades específicas. Algunas son dramáticas, como las orquídeas, que se mueren si las miras mal. Otras son supervivientes natas, como los cactus, que pueden vivir con un vaso de agua al año y luz de microondas.

Lucía se rio a pesar de sí misma.

—¿Luz de microondas?

—Bueno, no literalmente. Pero casi. El punto es que cada planta es diferente. Y encontrar la planta correcta es como encontrar una pareja: tiene que encajar con tu estilo de vida. Si eres caótica, necesitas una planta paciente. Si eres obsesiva, necesitas una planta que tolere tu micromanaging.

—¿Y qué soy yo?

Germán la miró de arriba abajo, pensativo.

—Asustada. Eres alguien que tiene miedo de comprometerse con algo vivo porque has perdido cosas antes. Así que necesitas una planta que sea resistente pero que también te recompense por tu esfuerzo. Algo que te demuestre que el cuidado vale la pena.

Lucía se quedó callada. Este hombre acababa de leerla como un libro abierto en treinta segundos.

—Eso es... bastante específico.

—Llevo cuarenta años rodeado de plantas. Y de gente. He aprendido a leer ambas cosas. Ven, creo que tengo algo perfecto para ti.

La llevó a un rincón del vivero donde había plantas más pequeñas, algunas en flor, otras con hojas de formas extrañas.

Germán cogió una planta con hojas gruesas y carnosas, de un verde apagado, sin flores.

—Esta es una peperomia. No es la planta más glamurosa del mundo. No tiene flores espectaculares ni hojas enormes. Pero es resistente, se adapta bien a la poca luz, no necesita mucha agua. Y lo mejor de todo: cuando la cuidas bien, las hojas se vuelven más brillantes. Más vivas. Es como ver a alguien despertar.

Lucía cogió la maceta y la miró. La planta era pequeña, modesta, casi insignificante. Las hojas tenían un tono verde oscuro, opaco, como si estuvieran cansadas.

Como ella.

—Es... triste.

—Está dormida —corrigió Germán—. Que no es lo mismo. Dale luz indirecta, riégala una vez por semana, háblale de vez en cuando. Verás cómo cambia.

—¿Hablarle?

—Las plantas responden a la vibración del sonido. Es científico, no magia hippie. Aunque tampoco hace daño un poco de cariño.

Lucía sonrió.

—Vale. Me la llevo.

—Excelente. Pero no te vas solo con esa.

—¿Qué?

Germán ya estaba caminando hacia otra sección.

—Si vas a comprometerte con una planta, hazlo bien. Necesitas variedad. Una para practicar la paciencia, otra para practicar la atención. Como tener dos hijos con personalidades diferentes.

—No creo que esté lista para dos plantas.

—Nadie está listo para nada en esta vida. Por eso hay que hacerlo de todas formas.

Se detuvo frente a una planta diferente. Esta tenía hojas segmentadas, gruesas, de un verde oscuro, y en las puntas empezaban a asomar pequeños capullos cerrados.

—Este es un cactus de Navidad. Schlumbergera, para los amigos. Florece en diciembre, de ahí el nombre. Necesita un poco más de atención que la peperomia: luz indirecta brillante, humedad constante, protección del frío. Pero cuando florece, es espectacular. Flores fucsias, rojas, blancas. Una explosión de color en pleno invierno.

Lucía miró los capullos cerrados.

—¿Y si no florece?

—Entonces es que algo no está bien. Demasiada o poca agua, demasiada o poca luz, estrés ambiental. Las plantas son honestas. No pueden mentir sobre cómo están. Si algo va mal, te lo dicen muriendo. O no floreciendo.

—Qué reconfortante.

Germán se rió.

—La vida no es reconfortante, niña. Es honesta. Y eso es mejor.

Lucía cogió el cactus de Navidad con cuidado. Era más pesado de lo que esperaba, la maceta llena de tierra húmeda. Los capullos parecían promesas cerradas, secretos esperando el momento correcto para revelarse.

—Vale. Me llevo las dos.

—Buena elección. Ahora déjame darte la charla de supervivencia vegetal.



Germán pasó los siguientes veinte minutos explicándole todo lo que necesitaba saber.

Le habló sobre la luz: directa vs indirecta, cómo las ventanas orientadas al sur eran como un horno en verano, cómo las del norte eran perfectas para plantas que preferían la sombra.

Le habló sobre el agua: el error más común era regar demasiado, que las raíces necesitaban oxígeno tanto como humedad, que era mejor dejar que la tierra se secara un poco entre riegos.

Le habló sobre las señales: hojas amarillas significaban demasiada agua o poca luz, hojas marrones en las puntas significaban poca humedad, hojas caídas significaban sed o estrés.

—Las plantas te hablan todo el tiempo —dijo Germán—. Solo tienes que aprender su idioma.

—Suena complicado.

—Todo lo que vale la pena es complicado. Las relaciones, el trabajo, mantenerse vivo. Las plantas solo son una versión más honesta de eso.

Lucía asintió, absorbiendo toda la información.

Germán desapareció en la trastienda y volvió con dos bolsas.

—Esto es tierra para macetas, por si necesitas trasplantarlas. Esto es fertilizante orgánico, una vez al mes está bien. Y esto —sacó una pequeña botella con atomizador— es para rociar las hojas. A la peperomia le gusta que la rocíen de vez en cuando. Le recuerda a su selva natal.

—¿Su selva natal?

—Las peperomias son de América del Sur. Bosques húmedos, sombra moteada, lluvias constantes. Ahora está en Madrid, que es básicamente un desierto con edificios. Tienes que compensar.

—Vale. Rociar. Entendido.

Germán la acompañó a la caja y le cobró un precio ridículamente bajo por todo.

—¿Seguro? —preguntó Lucía—. Esto parece demasiado barato.

—Tengo un radar para la gente que realmente necesita plantas. Y tú las necesitas. Considera esto una inversión en tu rehabilitación

vegetal.

Lucía sonrió.

—Gracias, Germán. En serio.

—De nada. Y oye, si tienes dudas, ven cuando quieras. Mi teléfono está en la tarjeta. Puedes mandarme fotos de las plantas, preguntarme lo que sea. Soy como el terapeuta de las plantas. O el terapeuta a través de las plantas. Ambas cosas, probablemente.

—¿Haces esto con todos tus clientes?

—Solo con los que parecen que están a punto de cambiar su vida. Y tú, niña, tienes esa cara.



Lucía volvió a casa en metro, con las dos plantas en una bolsa grande, sosteniéndolas con cuidado para que no se golpearan.

La gente la miraba con curiosidad. Una mujer mayor le sonrió y le dijo:

—Qué bonitas. ¿Son un regalo?

—No —respondió Lucía—. Son para mí.

La mujer asintió con aprobación.

—Bien. Todo el mundo debería regalarse plantas de vez en cuando.

Cuando llegó a su apartamento, eran casi las cuatro de la tarde. Estaba exhausta pero extrañamente satisfecha.

Colocó las plantas en el salón, junto a la ventana que daba al este. Luz indirecta. Perfecta.

La peperomia quedó a la izquierda, sus hojas apagadas pero resistentes. El cactus de Navidad a la derecha, con sus capullos cerrados apuntando hacia la luz.

Lucía se sentó en el sofá y las miró durante un rato largo.

Dos plantas. Dos responsabilidades. Dos seres vivos que ahora dependían de ella.

Era aterrador.

Pero también era... esperanzador.

Cogió el atomizador que Germán le había dado y roció suavemente las hojas de la peperomia. El agua brilló sobre el verde opaco como pequeñas perlas.

—Vale —dijo en voz alta, sintiéndose ridícula pero haciéndolo de todas formas—. Trato. Yo te cuido, tú te mantienes viva. Y los dos intentamos no cagarla.

Las plantas, obviamente, no respondieron.

Pero algo en el pecho de Lucía se aflojó un poco.



Esa noche, antes de irse a dormir, Lucía regó el cactus de Navidad. Solo un poco de agua, como había dicho Germán. Lo suficiente para mantener la tierra húmeda pero no empapada.

Luego miró los capullos. Seguían cerrados, pero parecían un poco más grandes que por la mañana. O quizá se lo estaba imaginando.

Florece, pensó. *Por favor, florece.*

No sabía por qué le importaba tanto. Era solo una planta. Solo una misión absurda de un extraño que la estaba manipulando.

Pero algo en esos capullos cerrados, en esa promesa de color en medio del invierno, le llegaba hondo.

Porque ella también se sentía como un capullo cerrado.

Dormida. Esperando. Sin saber si alguna vez florecería de nuevo.

Su móvil vibró. Un mensaje de Carla:

"¿Cómo va tu crisis existencial?"

Lucía sonrió y respondió:

"Acabo de comprar dos plantas. Creo que estoy perdiendo la cabeza oficialmente."

"¿PLANTAS? ¿TÚ? La mujer que mató un cactus de plástico?"

"Ese era de goma y la goma se degrada con el tiempo. No fue mi culpa."

"Claro, claro. Fotos. Quiero pruebas."

Lucía le mandó una foto de las dos plantas en la ventana.

"OMG son preciosas. Me encanta. Esto es crecimiento personal, Lu. LITERAL Y METAFÓRICAMENTE."

"Eres idiota."

"Pero me quieres. Y en serio, estoy orgullosa de ti. Algo está cambiando. Lo siento."

Lucía miró el mensaje durante mucho tiempo.

Algo estaba cambiando. Germán lo había visto. Carla lo sentía. Hasta ella misma empezaba a notarlo.

Pequeñas grietas en el muro. Pequeñas aberturas dejando entrar luz.

Dejó el móvil sobre la mesita de noche y miró hacia el salón, donde las dos plantas descansaban junto a la ventana, recortadas contra las luces de Madrid.

Mañana las regaría. Mañana las miraría para ver si había cambios. Mañana las cuidaría.

Mañana seguiría viva.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso no le parecía una obligación.

Parecía una elección.



En algún lugar de la sierra, Mateo leía la transcripción del encuentro que su contacto le había enviado.

Germán era un viejo amigo. Mateo le había pedido que estuviera atento si aparecía una mujer de treinta y tantos años buscando plantas, que fuera especialmente amable con ella.

Germán había ido más allá. Le había dado exactamente lo que necesitaba: honestidad, sabiduría y dos plantas perfectas.

Mateo sonrió mientras leía la descripción de la peperomia con hojas apagadas.

Germán entendía las metáforas mejor que nadie.

Dejó el móvil a un lado y cogió otra hoja de papel.

Misión número cuatro.

Tenía que pensarla bien. Hasta ahora había estado empujando a Lucía fuera de su zona de confort, pero siempre con algo de humor, algo de ligereza.

La siguiente tenía que ser diferente.

Más profunda. Más dolorosa. Más real.

Mojó la pluma en tinta y empezó a escribir.

Y mientras lo hacía, se preguntó, no por primera vez, qué haría cuando llegara el día 24.

Cuando tuviera que revelar quién era.

Cuando ella supiera la verdad.

¿Lo odiaría?

Probablemente.

¿Valía la pena?

Miró por la ventana hacia la noche nevada.

Sí. Valía la pena.

Aunque lo odiara. Aunque nunca lo perdonara.

Ver a Lucía Navarro volver a vivir valía cualquier precio.

Incluso el de perderla antes de tenerla.

Capítulo 7: El regalo del pasado



La carta del 5 de diciembre llegó más tarde de lo habitual.

Lucía había estado despierta desde las siete, regando sus plantas, revisando las hojas en busca de cambios, hablándoles en voz baja como le había dicho Germán. Se sentía ridícula haciéndolo, pero también extrañamente bien.

A las nueve, cuando todavía no había aparecido ningún sobre rojo, empezó a preocuparse. A las diez, estaba comprobando la puerta cada cinco minutos. A las once, había abierto la puerta tres veces para mirar en el rellano.

Nada.

¿Y si se había acabado? ¿Y si "Papá Noel" había decidido que ya era suficiente, que ella había aprendido su lección? ¿Y si la había abandonado?

El pensamiento le provocó una punzada de pánico que no esperaba.

No podía terminar ahora. No cuando estaba empezando a... ¿qué? ¿A disfrutarlo? ¿A necesitarlo?

A las once y media, el timbre sonó.

Lucía corrió hacia la puerta y la abrió de golpe.

Un repartidor con uniforme azul la miró con expresión aburrida.

—¿Lucía Navarro?

—Sí.

—Tengo un paquete para usted. Firme aquí.

Lucía firmó con manos temblorosas. El repartidor le entregó una caja pequeña envuelta en papel kraft y se fue sin decir nada más.

Lucía cerró la puerta y se quedó mirando la caja. No era un sobre rojo. Era algo diferente.

La abrió con cuidado.

Dentro había un sobre rojo, sí, pero también otra cosa: un cuaderno pequeño de cuero marrón, desgastado, con páginas amarillentas. Parecía antiguo, como algo que alguien había guardado durante años.

Lucía lo cogió con reverencia y lo abrió. Las páginas estaban en blanco. Todas. Era un diario sin escribir.

Abrió el sobre rojo con el corazón latiéndole demasiado rápido.

Querida Lucía,

Misión número 4:

Hoy escribirás una carta a alguien que ya no está.

Sé que es doloroso. Sé que es lo último que quieres hacer. Pero necesitas decir las cosas que nunca dijiste. Las cosas que te guardaste durante dieciséis años.

No tienes que enviarla a ninguna parte. No tiene que ser perfecta. Solo tiene que ser honesta.

El cuaderno es para ti. Cuando termines la carta, puedes guardarla ahí. O quemarla. O enterrarla. Lo que necesites hacer.

Pero primero tienes que escribirla.

Tienes hasta medianoche.

Lo siento por pedirte esto. Pero créeme cuando te digo que lo necesitas.

P.

PD: Está bien llorar. De hecho, probablemente debas hacerlo.

Lucía dejó caer la carta como si quemara.

No.

No, no, no.

Esto era demasiado. Esto cruzaba una línea. Esto era hurgar en heridas que había pasado años intentando cerrar.

Se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado a otro del salón, con las manos temblando, el pecho apretado, la respiración acelerada.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía este desconocido a pedirle algo así?

Cogió el cuaderno y lo lanzó contra la pared. Rebotó y cayó al suelo con un golpe sordo.

Las plantas la miraban desde la ventana. Silenciosas. Testigos.

Lucía se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con las manos.

No podía hacerlo.

No podía escribirle a su madre.

No había hablado de ella, realmente hablado de ella, desde el funeral. Ni siquiera con Carla. Ni siquiera consigo misma.

Había guardado todo bajo llave. Había construido un muro tan alto que ni siquiera podía ver lo que había al otro lado.

Y ahora este hijo de puta quería que lo derribara con sus propias manos.



Pasaron las horas.

Lucía intentó trabajar. Intentó distraerse con manuscritos, con series, con cualquier cosa. Pero el cuaderno seguía ahí, en el suelo, mirándola acusador.

Cobarde, parecía decir. *Tienes miedo.*

Y tenía razón.

Lucía tenía miedo.

Miedo de lo que sentiría si dejaba salir todo lo que había guardado. Miedo de que, si empezaba a llorar, nunca pararía. Miedo de que la herida fuera tan profunda que abrirla la mataría.

A las seis de la tarde, con la luz del día desapareciendo, Lucía se rindió.

Recogió el cuaderno del suelo. Buscó un bolígrafo. Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas.

Y empezó a escribir.



Querida mamá,

Se detuvo.

Esas dos palabras ya le dolían.

Querida mamá.

¿Cuánto tiempo hacía que no las escribía? ¿Que no las pensaba?

Respiró hondo y siguió.

Querida mamá,

No sé cómo empezar esto. No sé qué decir después de tanto tiempo. Dieciséis años. Dieciséis diciembres sin ti.

Lo primero que quiero decirte es que lo siento.

La mano le temblaba tanto que apenas podía escribir.

Siento no haber sido suficiente para que te quedaras. Sé que no tiene sentido. Sé que fue un accidente. Sé que no elegiste irte. Pero una parte de mí, la parte que tenía dieciséis años y estaba aterrorizada, sigue sintiendo que si yo hubiera sido mejor, más importante, más algo, habrías encontrado la forma de quedarte.

Las lágrimas empezaron a caer. Mancharon el papel, difuminando la tinta.

Siento haber dejado que papá se alejara. Siento no haber luchado más por mantener lo que quedaba de nuestra familia. Pero no sabía cómo. Cada vez que lo miraba, veía tu ausencia. Y creo que él veía lo mismo cuando me miraba a mí.

Siento no ir a tu tumba. Ni siquiera sé si es donde deberías estar. Tú odiabas los cementerios. Decías que eran

lugares tristes para gente que no sabía soltar. Y quizá tenías razón. Quizá por eso no he ido. Porque no quiero soltarte.

Lucía sollozó. Un sonido feo, roto, que salió desde algún lugar profundo de su pecho.

Pero lo que más siento, mamá, es haber dejado de vivir cuando tú te fuiste.

Porque eso es lo que he hecho. Durante dieciséis años, he estado existiendo, no viviendo. He estado esperando. No sé qué. Quizá esperando despertar y descubrir que todo fue una pesadilla. Quizá esperando sentir algo que no fuera dolor o nada.

He odiado la Navidad. He odiado diciembre. He odiado cada villancico, cada luz, cada persona feliz. Los he odiado porque me recordaban lo que perdí. Lo que nunca volveré a tener.

Tuvo que parar. Las lágrimas caían tan rápido que no podía ver el papel.

Se limpió los ojos con el dorso de la mano y siguió escribiendo.

Pero últimamente... últimamente algo está cambiando.

Alguien, no sé quién, me está obligando a hacer cosas. Cosas absurdas, como invitar a desconocidos a café y cantar villancicos desafinados y comprar plantas. Y cada vez que hago una de estas cosas ridículas, siento algo.

No sé si es alegría. No sé si todavía sé qué es la alegría. Pero es algo. Y ese algo me asusta más que el dolor porque significa que estoy viva. Realmente viva. Y no sé si tengo derecho a estarlo cuando tú no lo estás.

Lucía cerró los ojos y dejó que las lágrimas vinieran. No intentó detenerlas. No intentó ser fuerte.

Solo lloró.

Lloró por su madre. Lloró por sí misma. Lloró por los dieciséis años perdidos. Lloró por la adolescente que había sido, aterrorizada y sola. Lloró por la mujer en la que se había convertido, cerrada y rota.

Lloró hasta que no quedaron más lágrimas.

Y luego siguió escribiendo.

Te echo de menos, mamá. Todos los días. Todas las horas. Echo de menos tu risa. Echo de menos cómo olías a vainilla y café. Echo de menos cómo cantabas en la cocina, siempre desafinando, sin importarte quién te escuchara.

Echo de menos cómo me mirabas cuando estaba triste, como si pudieras ver dentro de mí y entender exactamente qué me dolía sin que tuviera que decir nada.

Echo de menos tu voz diciéndome que todo iba a estar bien.

Porque no ha estado bien, mamá. Nada ha estado bien desde que te fuiste.

Hizo una pausa. Respiró.

Pero quiero que esté bien.

Por primera vez en dieciséis años, quiero intentarlo.

No sé si puedo. No sé si soy lo suficientemente fuerte. Pero hay alguien ahí fuera que parece creer que sí lo soy. Y quizá, solo quizá, debería intentar creerlo también.

Así que esto es lo que voy a hacer: voy a seguir adelante con este juego absurdo. Voy a cumplir las misiones. Voy a cuidar mis plantas. Voy a intentar no odiar diciembre con cada fibra de mi ser.

Y voy a intentar vivir de una forma que te haría sentir orgullosa.

Las lágrimas volvieron, pero esta vez eran diferentes. Más suaves. Menos desesperadas.

No te prometo que será fácil. No te prometo que no voy a fallar. No te prometo que no voy a tener días en los que quiera rendirme y volver a esconderme.

Pero te prometo que lo voy a intentar.

Por ti.

Por mí.

Por la chica de dieciséis años que se quedó atrapada en aquella noche y que merece una segunda oportunidad.

Lucía escribió las últimas líneas con mano firme.

Te quiero, mamá. Siempre te he querido. Siempre te querré.

Y siento mucho haber tardado tanto en decirlo.

Tu hija,

Lucía

Dejó el bolígrafo sobre la mesa.

Se quedó ahí sentada, mirando las páginas llenas de su letra irregular, manchadas de lágrimas, temblando con cada respiración.

Lo había hecho.

Había abierto la caja que llevaba desde los dieciséis años cerrada.

Y no se había muerto.

Dolía. Dios, cómo dolía. Pero también se sentía... más ligera. Como si hubiera dejado algo pesado en el suelo después de cargarlo durante años.



Lucía no sabía cuánto tiempo se quedó ahí sentada. Podían haber sido minutos u horas.

Cuando finalmente se levantó, las piernas le temblaban. Fue a la cocina y se lavó la cara con agua fría. Se miró en el espejo del baño.

Tenía los ojos rojos e hinchados. El pelo revuelto. La cara manchada.

Parecía alguien que acababa de sobrevivir a una guerra.

Y en cierto modo, así era.

Volvió al salón y miró la carta. ¿Qué debía hacer con ella?

La carta había dicho que podía quemarla, enterrarla, guardarla. Lo que necesitara.

Cogió el cuaderno y leyó la carta una vez más. Esta vez sin llorar. Solo leyendo. Absorbiendo.

Luego la cerró con cuidado y guardó el cuaderno en el cajón de su mesita de noche. Junto con las otras cartas rojas que había estado guardando.

No la iba a quemar. No la iba a enterrar.

La iba a guardar.

Porque era real. Era honesta. Y era suya.



Esa noche, Lucía no pudo dormir.

Se quedó despierta en la cama, mirando el techo, sintiendo el peso del día sobre su pecho.

A las dos de la madrugada, se levantó y fue al salón. Las plantas seguían en la ventana, recortadas contra las luces de la ciudad.

Se sentó en el sofá y las miró.

La peperomia parecía un poco más verde que ayer. O quizá era solo su imaginación.

El cactus de Navidad seguía con sus capullos cerrados, pero parecían más grandes. Más prometedores.

Lucía se levantó y los roció con agua. Primero la peperomia, luego el cactus.

—Hoy ha sido un día de mierda —les dijo en voz baja—. He tenido que escribirle a mi madre. A mi madre muerta. Y ha sido horrible. Y doloroso. Y no sé si sirvió de algo.

Las plantas no respondieron. Obviamente.

—Pero lo hice. Y eso tiene que contar para algo, ¿no?

Tocó suavemente una de las hojas de la peperomia. Estaba fresca, ligeramente húmeda.

—Vosotras lo estáis haciendo bien. Seguís vivas. Seguís creciendo. Quizá yo también pueda hacerlo.

Se quedó ahí un rato más, en la penumbra del salón, con solo las luces de Madrid iluminando las plantas.

Y por primera vez en mucho tiempo, el silencio no le pareció amenazante.

Le pareció pacífico.



A la mañana siguiente, Lucía encontró otra nota bajo la puerta.

Esta vez no era una carta. Solo una pequeña nota roja, del tamaño de una tarjeta.

Lo has hecho.

Estoy orgulloso de ti.

Descansa hoy. Te lo has ganado.

Mañana seguimos.

P.

Lucía leyó la nota tres veces.

Estoy orgulloso de ti.

Cuatro palabras que no sabía que necesitaba escuchar.

Cuatro palabras que le atravesaron el pecho como una flecha caliente.

Se quedó ahí plantada en el recibidor, con la nota en la mano, sintiendo algo que no había sentido en años.

No felicidad. Todavía no.

Pero algo parecido a esperanza.



Carla apareció a las once de la mañana con croissants y café.

Lucía no le había dicho nada, pero Carla tenía un sexto sentido para saber cuándo la necesitaban.

—Traigo desayuno y no acepto un no por respuesta —dijo cuando Lucía abrió la puerta.

—No iba a decir que no.

—Bien. Porque tengo croissants de chocolate y si no me los como contigo me los voy a comer todos yo sola y luego voy a odiarte por hacerme engordar.

Lucía sonrió a pesar de todo.

Se sentaron en el sofá, con los croissants en platos y el café humeante en tazas.

—¿Estás bien? —preguntó Carla después de un rato—. Y no me digas que sí si no es verdad.

Lucía miró su taza de café.

—No lo sé. He tenido un par de días raros.

—¿Raros cómo?

—Raros de... cosas están pasando. Cosas que no entiendo. Alguien me está enviando misiones. Retos. Y yo los estoy cumpliendo como una idiota.

Carla la miró con los ojos muy abiertos.

—Espera, ¿qué?

Lucía le contó todo. Las cartas. Las misiones. Reme. El supermercado. Las plantas. Y finalmente, la carta a su madre.

Cuando terminó, Carla estaba callada. Inusualmente callada.

—Joder —dijo finalmente.

—Sí.

—¿Y no tienes ni idea de quién es?

—Ninguna.

—¿Y las estás cumpliendo de todas formas?

—Sí.

—Lu... eso es de locos. O sea, podría ser cualquiera. Podría ser peligroso.

—Lo sé.

—Pero lo sigues haciendo.

—Sí.

Carla se quedó pensativa durante un momento.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te está ayudando? Todo esto. ¿Te está ayudando de verdad?

Lucía miró hacia las plantas en la ventana.

—Creo que sí. No sé cómo explicarlo. Es como si alguien me estuviera obligando a hacer todas las cosas que he estado evitando durante años. Y es horrible. Pero también es... necesario.

Carla asintió lentamente.

—Entonces sigue haciéndolo. Pero por favor, ten cuidado. Y si en algún momento sientes que es demasiado o que es peligroso, llámame. ¿Vale?

—Vale.

—Promesa.

—Promesa.

Carla la abrazó. Fuerte. Como solo ella sabía hacer.

—Estoy orgullosa de ti —susurró—. Lo sabes, ¿verdad? Estoy muy orgullosa.

Lucía cerró los ojos y dejó que el abrazo la envolviera.

Dos veces en menos de veinticuatro horas alguien le había dicho que estaba orgulloso de ella.

Y por primera vez en mucho tiempo, empezaba a creer que quizá, solo quizá, tenía razones para estarlo.



Esa tarde, después de que Carla se fuera, Lucía hizo algo que no había hecho desde los dieciséis años.

Fue a la caja de cartón que guardaba en el armario de su habitación. La caja que no había abierto desde la mudanza. La caja llena de cosas de su madre.

La sacó con cuidado y la puso sobre la cama.

Respiró hondo.

Y la abrió.

Dentro había fotos. Muchas fotos. Su madre de joven, sonriendo. Su madre con ella de bebé. Su madre en la cocina, en el jardín, en la playa.

Había una bufanda que olía, muy débilmente, a su perfume.

Había un libro de cocina con anotaciones en los márgenes con la letra de su madre.

Había un collar de plata que su madre usaba siempre.

Lucía sacó cada cosa con reverencia. Las tocó. Las olió. Las miró.

Y lloró. Pero no como el día anterior. Estas lágrimas eran diferentes.

Eran lágrimas de recuerdo. De nostalgia. De amor.

No lágrimas de rabia o dolor.

Cogió una foto de las dos juntas. Lucía tendría unos diez años. Estaban en un parque, comiendo helado, con el sol brillando detrás de ellas.

Su madre la estaba mirando, no a la cámara. La miraba a ella con una expresión de puro amor.

Lucía tocó la foto con cuidado.

—Te echo de menos —susurró—. Pero voy a estar bien. Te lo prometo.

Guardó la foto en el cuaderno de cuero, junto a la carta.

Luego guardó todo lo demás de nuevo en la caja.

Pero esta vez, cuando la cerró, no la metió en el fondo del armario.

La dejó sobre el escritorio. A la vista.

Porque ya no necesitaba esconderla.

Ya no necesitaba esconder nada.



En Rascafría, Mateo estaba sentado frente a su taller, mirando la nieve caer suavemente.

Había recibido el mensaje de su contacto. Lucía había cumplido la misión. Había escrito la carta.

Y según el informe, había llorado durante horas.

Mateo sintió una punzada de culpa.

Había sido cruel pedirle eso. Lo sabía. Había sido hurgar en la herida más profunda.

Pero también había sido necesario.

Porque no podías sanar sin enfrentar el dolor. No podías seguir adelante sin mirar atrás.

Se levantó y entró al taller. Hacía frío, pero la estufa de leña estaba encendida.

Cogió un nuevo pedazo de madera. Roble. Denso, fuerte.

Y empezó a tallar.

No sabía qué estaba haciendo exactamente. Dejó que sus manos trabajaran por instinto.

Poco a poco, la forma empezó a revelarse.

Un corazón.

Pequeño, del tamaño de su palma. Con grietas talladas en la superficie. Pero también con vetas que las atravesaban,

manteniéndolo unido.

Un corazón roto pero completo.

Trabajó en él durante horas. Lijando. Puliendo. Hasta que estuvo suave al tacto.

Cuando terminó, era casi medianoche.

Lo sostuvo en su mano, sintiendo el peso de la madera.

Y supo, sin saber cómo, que este corazón era para Lucía.

No ahora. Todavía no.

Pero pronto.

Cuando llegara el momento.

Cuando ella estuviera lista.

Cuando él tuviera el valor de entregarle no solo sus misiones, sino también su verdad.

Lo guardó en una caja pequeña y la dejó en la estantería.

Luego empezó a escribir la siguiente carta.

Porque el juego continuaba.

Y Lucía Navarro no había terminado de sanar.

Todavía quedaban diecisiete días.

Diecisiete oportunidades.

Diecisiete misiones para enseñarle que la vida, incluso con todo su dolor, valía la pena vivirla.

Capítulo 8: Día de descanso y risas



La carta del 6 de diciembre llegó a las ocho de la mañana, como un reloj.

Lucía la encontró bajo la puerta después de regar sus plantas. La peperomia definitivamente se veía más verde, y uno de los capullos del cactus de Navidad había empezado a abrirse, mostrando un atisbo de color fucsia brillante.

—Buenos días para vosotras también —le dijo a las plantas mientras recogía el sobre rojo.

Se había acostumbrado a hablarles. Ya ni siquiera le parecía raro.

Abrió la carta con una mezcla de curiosidad y aprensión. Después de la misión de ayer, no sabía qué esperar. ¿Otra tarea devastadora emocionalmente? ¿Tendría que escribirle a su padre? ¿Visitar la tumba de su madre?

Pero cuando leyó las palabras, no pudo evitar reírse.

Querida Lucía,

Después de ayer, creo que te mereces un descanso.

Así que hoy la misión es simple: tienes que hacer reír a un desconocido. No vale una sonrisa educada. Tiene que ser una carcajada genuina. De las que hacen que la gente se doble por la mitad.

Puedes contarle un chiste, hacer algo ridículo, lo que quieras. Pero tiene que ser una risa real.

Considéralo terapia. Después de llorar tanto ayer, necesitas equilibrar la balanza con algo de alegría.

Tienes hasta medianoche.

Diviértete,

P.

PD: No valen cosquillas. Eso es trampa.

Lucía leyó la carta tres veces, con una sonrisa creciendo en su cara.

Hacer reír a alguien.

Eso era... casi dulce. Casi considerado.

Después del infierno emocional de ayer, esta misión se sentía como un regalo.

Claro, seguía siendo incómoda. Lucía no era especialmente graciosa. No era de esas personas que contaban chistes en fiestas o que hacían reír a la gente sin esfuerzo.

Pero comparado con escribirle a su madre muerta, esto era pan comido.

Se duchó, se vistió y salió a la calle con una sensación de ligereza que no había tenido en días.

El problema era: ¿cómo haces reír a un desconocido?



Su primera parada fue una cafetería cerca de casa.

Lucía pidió un café y se sentó en una mesa cerca de un hombre de mediana edad que leía el periódico con expresión seria.

Objetivo número uno.

Esperó a que levantara la vista y luego, con toda la intención del mundo, intentó darle un sorbo a su café y "accidentalmente" se lo derramó en la camisa.

El hombre la miró, horrorizado.

—¡Lo siento mucho! —exclamó Lucía, cogiendo servilletas—. Soy un desastre, de verdad.

El hombre gruñó algo incomprensible, se limpió y se fue sin decir nada más.

Strike uno.

Lucía salió de la cafetería sintiéndose como una idiota.

Vale, derramar café no era gracioso. Era solo molesto.

Necesitaba otra estrategia.

Caminó por el mercado de San Fernando, observando a la gente. Había vendedores, compradores, turistas tomando fotos. ¿A quién podía intentar hacer reír?

Vio a una mujer joven comprando verduras en un puesto. Parecía amigable.

Lucía se acercó al puesto de al lado, cogió una berenjena grande y empezó a examinarla con exagerada seriedad, como si estuviera evaluando una obra de arte.

—Interesante forma —dijo en voz alta, lo suficientemente fuerte para que la chica la escuchara—. Muy... aerodinámica.

La chica la miró con expresión confundida.

Lucía sostuvo la berenjena como si fuera un teléfono.

—¿Diga? Ah, no, es una berenjena. Disculpe.

La chica parpadeó, sonrió levemente con educación, y se fue.

Strike dos.



A las once de la mañana, Lucía empezaba a desesperarse.

Había intentado hacer una broma sobre el tiempo a un señor en el metro (no se rió), había intentado tropezarse de forma cómica delante de un grupo de adolescentes (la miraron como si estuviera loca), y había intentado hacerle caras graciosas a un bebé en un cochecito (el bebé lloró).

—Soy un fracaso cómico —murmuró mientras caminaba por la calle Atocha, sintiéndose cada vez más ridícula.

¿Cómo era posible que hacer reír a alguien fuera más difícil que cantar un villancico en público?

Se detuvo frente a un banco y se sentó, derrotada.

A su lado, un hombre mayor con boina y bigote blanco estaba dándole migas de pan a las palomas. Había como veinte palomas a su alrededor, picoteando, arrullando, comportándose como las pequeñas ratas con alas que eran.

El hombre las miraba con el cariño de un abuelo mirando a sus nietos.

Lucía lo observó durante un momento.

—¿Son suyas? —preguntó, señalando a las palomas.

El hombre la miró con una sonrisa.

—No exactamente. Pero vienen a visitarme todos los días. Son más fiables que mi propia familia.

—Parecen muy... entusiastas.

—Son unas glotonas. Si pudieran, me dejarían sin pan en dos minutos.

Una de las palomas, una particularmente gorda y agresiva, saltó sobre el banco y se acercó peligrosamente a la bolsa de pan del hombre.

—Eh, tú, espera tu turno —le dijo el hombre, apartando la bolsa.

La paloma no se intimidó. Se acercó más, inflando el pecho como un matón de película.

Lucía no pudo evitar reírse.

—Esa tiene actitud.

—Esa es Paquita. Es la jefa de la banda. Las otras le tienen miedo.

—¿Le puso nombre a las palomas?

—Por supuesto. Esa de ahí es Manolo —señaló a una paloma con una pata coja—. Perdió la pata en una pelea territorial el año pasado. Pero sigue viniendo. Es un luchador.

Lucía estaba empezando a disfrutar esta conversación.

—¿Y la pequeña de ahí?

—Esa es Carmen. La más joven. Todavía está aprendiendo. Las otras se burlan de ella porque no sabe robar pan correctamente.

—Vaya ecosistema complejo tiene aquí.

—Es como una telenovela, pero con plumas.

Lucía se rió. Una risa pequeña, pero real.

El hombre parecía feliz de tener audiencia. Continuó:

—El año pasado tuve un drama tremendo. Paquita se enamoró de Roberto, ese de allá, el gordito. Pero Roberto también estaba con Dolores, esa gris de ahí. Hubo peleas. Plumas volando. Fue un desastre.

—¿Y cómo terminó?

—Roberto se fue con una paloma más joven. Se llama Shakira porque mueve mucho las caderas al caminar.

Lucía se rió más fuerte esta vez.

—No puedo creer que tenga una telenovela de palomas pasando frente a sus ojos.

—Es mejor que la tele, te lo aseguro. Y gratis.

Entonces pasó algo inesperado.

Paquita, la paloma jefa, decidió que había esperado suficiente. Se lanzó hacia la bolsa de pan, el hombre intentó apartarla, y en el proceso, el pan salió volando por los aires.

Todas las palomas, y cuando digo todas son TODAS, se abalanzaron sobre él como si fuera el último pan en la Tierra.

En cuestión de segundos, el hombre estaba cubierto de palomas. En su cabeza, en sus hombros, en sus brazos, en su regazo. Parecía un árbol de Navidad decorado con pájaros gritones.

—¡Traidoras! —gritó el hombre, agitando los brazos—. ¡Os he dado de comer durante años y así me lo agradecéis!

Una paloma le cagó en la boina.

Lucía explotó en carcajadas. Carcajadas reales, profundas, de las que hacen que te duela el estómago. No podía parar. La imagen era demasiado perfecta: el pobre hombre completamente invadido por sus propias "amigas", gritándoles traición mientras ellas ignoraban completamente sus protestas.

El hombre finalmente logró sacudirse a la mayoría de las palomas y se quedó ahí sentado, respirando pesadamente, con plumas en el

pelo y migajas por toda la ropa.

Se miró a sí mismo. Luego miró a Lucía, que todavía se reía.

Y entonces él también empezó a reírse.

—Bueno —dijo entre carcajadas—, supongo que eso me pasa por tener amigas con plumas.

Lucía se limpió las lágrimas de risa de los ojos.

—Lo siento. No debería reírme. ¿Está bien?

—Estoy perfecto. Esto pasa al menos una vez por semana. Ya estoy acostumbrado. —Se sacudió las plumas del abrigo—. Pero me alegra ver que al menos alguien se divierte con mi humillación.

—Han sido las palomas. Ellas lo han hecho por mí.

—Les diré que merecen un aumento de sueldo.

Lucía se despidió del hombre, todavía sonriendo de oreja a oreja.

Misión cumplida. Y ni siquiera había tenido que hacer nada. Las palomas habían hecho todo el trabajo por ella.



Pero mientras caminaba de vuelta a casa, Lucía se sintió... extraña.

Sí, había hecho reír al hombre. Técnicamente había cumplido la misión.

Pero ella no había sido la causante de la risa. Había sido un espectador de la comedia, no la comediante.

Y algo en eso le molestaba.

La carta había dicho "hacer reír a un desconocido". No "estar presente cuando un desconocido se ríe".

Lucía se detuvo en medio de la acera.

¿De verdad iba a hacer trampa en una misión que ni siquiera entendía completamente? ¿Una misión que un extraño anónimo le había puesto?

Aparentemente, sí. Porque su sentido de la integridad era más fuerte que su sentido común.

—Mierda —murmuró.

Necesitaba hacer reír a alguien. De verdad. Intencionalmente.

Miró a su alrededor. Estaba en plena Gran Vía. Había cientos de personas. Turistas, madrileños, vendedores ambulantes, artistas callejeros.

Y entonces vio algo que le dio una idea terrible.

Había un mimo en la esquina, haciendo su actuación de "atrapado en una caja invisible". La gente pasaba sin prestarle mucha atención. Algunos dejaban monedas. La mayoría simplemente lo ignoraba.

Lucía se acercó.

El mimo la vio acercarse y comenzó a hacer gestos exagerados, pretendiendo que ella también estaba atrapada en la caja con él.

Lucía siguió el juego. Fingió empujar las paredes invisibles. Fingió buscar una salida.

Y entonces, con toda la seriedad del mundo, sacó una "llave" imaginaria de su bolsillo, "abrió" una "puerta" en el aire, y salió.

Luego, también con total seriedad, cerró la puerta detrás de ella con llave y se alejó, dejando al mimo todavía "atrapado" dentro.

El mimo se quedó congelado, con la boca abierta en shock cómico exagerado.

Un grupo de turistas que había estado observando explotó en carcajadas.

El mimo recuperó la compostura, aplaudió en silencio, e hizo una reverencia en dirección a Lucía.

Ella le devolvió la reverencia y siguió caminando, sintiéndose absurdamente orgullosa de sí misma.

Ahora sí. Esa había sido toda ella.



Cuando llegó a casa, eran las tres de la tarde.

Lucía preparó un sándwich y se sentó frente a las plantas.

—Hoy he hecho reír a gente —les dijo—. Bueno, primero las palomas hicieron reír a un señor, y luego yo hice reír a unos turistas. Fue raro. Pero divertido.

El capullo del cactus de Navidad se había abierto un poco más. El color fucsia era vibrante, hermoso.

Lucía lo tocó suavemente con un dedo.

—Tú también estás haciendo tu trabajo —le dijo—. Bien hecho.

Su móvil vibró. Un mensaje de Carla:

"¿Cómo estás hoy? ¿Mejor que ayer?"

Lucía sonrió y respondió:

"Mucho mejor. Hoy mi misión era hacer reír a alguien. Lo conseguí con la ayuda de palomas agresivas y un mimo."

"Ok, NECESITO la historia completa. Llamada de emergencia en 5 minutos."

Lucía se rió y esperó a que Carla llamara.

Cuando lo hizo, le contó toda la historia: el café derramado, la berenjena-teléfono, el hombre de las palomas, el ataque de Paquita y su gang, y finalmente la escapada del mimo.

Carla se rió tanto que tuvo que colgar dos veces porque no podía respirar.

—Eres increíble —dijo cuando finalmente pudo hablar—. No sé qué está pasando contigo, pero me encanta. Hace años que no te oía tan... viva.

—Es raro —admitió Lucía—. No sé si estoy mejor o si solo estoy distraída de estar mal.

—¿Importa la diferencia?

Lucía se quedó pensativa.

—Supongo que no.

—Entonces disfrútalo. Sea lo que sea que esté pasando, está funcionando. Y yo estoy feliz de verte feliz. O al menos menos miserable.

—Gracias, Carla. Por todo.

—Para eso están las amigas. Y ahora cuéntame más sobre este Papá Noel misterioso. ¿Ninguna pista nueva?

—Ninguna. Es como un fantasma.

—Un fantasma muy bien informado y extrañamente considerado.

—Sí. Es inquietante pero también... no sé. Está ayudando.

—Bueno, mientras no sea un psicópata, supongo que está bien.

—Esa es una barra muy baja.

—Es lo mejor que puedo ofrecerte en estas circunstancias.

Hablaron durante casi una hora. Sobre nada y todo. Sobre trabajo, sobre las plantas de Lucía, sobre los planes de Carla para Navidad.

Y cuando colgaron, Lucía se sintió... ligera.

No feliz, todavía. Pero ligera.

Como si algo del peso que había estado cargando durante años estuviera empezando a evaporarse.



Esa noche, Lucía encontró la nota de confirmación bajo la puerta.

Misión cumplida.

El mimo me ha mandado sus saludos. Dice que eres una traidora magnífica.

Las carcajadas te quedan bien. Deberías hacerlo más seguido.

Mañana: algo diferente.

P.

PD: Las palomas también envían saludos. Paquita especialmente.

Lucía se rió en voz alta.

Este tipo, quienquiera que fuera, tenía sentido del humor.

Y conocía al hombre de las palomas. Y al mimo.

¿Cuántas personas tenía en su red? ¿Cuántos ojos vigilando?

Debería asustarla. Realmente debería.

Pero en cambio, se sentía... cuidada.

Como si alguien, en algún lugar, estuviera prestando atención. No de forma espeluznante, sino de forma protectora.

O quizá estaba perdiendo la cabeza.

Probablemente ambas cosas eran ciertas.

Se preparó para dormir sintiéndose extrañamente feliz.

Había hecho reír a gente hoy. Había reído ella misma.

Y por primera vez en mucho tiempo, había pasado un día entero sin pensar en el dolor.

Sin olvidarlo. El dolor seguía ahí. Siempre estaría ahí.

Pero hoy no había sido lo único que sentía.

Y eso, pensó mientras se quedaba dormida, era progreso.



En Rascafría, Mateo estaba tallando otra pieza cuando recibió los mensajes de sus contactos.

El hombre de las palomas (Raúl, un jubilado encantador que era amigo de su padre) había enviado un mensaje:

"Misión cumplida. Paquita y yo hicimos un buen trabajo. La chica tiene una risa preciosa."

El mimo (Javier, un artista callejero que Mateo había ayudado años atrás) había enviado:

"Esa tía es un genio. Me ha dejado encerrado en mi propia caja invisible. Brutal."

Mateo sonrió mientras leía.

Lucía estaba haciendo más que solo cumplir las misiones. Estaba improvisando. Estaba siendo creativa. Estaba viva.

Y algo en su pecho se infló con un sentimiento que no había experimentado en mucho tiempo.

Orgullo, sí. Pero también algo más. Algo más peligroso.

Afecto.

Se estaba encariñando con ella. Con su terquedad. Con su humor seco. Con la forma en que hablaba con sus plantas. Con su determinación de cumplir cada misión a pesar del miedo.

Estaba cruzando la línea que se había prometido no cruzar.

Y no sabía cómo detenerlo.

Ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo.

Dejó la talla a medias y cogió papel y pluma.

Misión número cinco. Tenía que ser buena.

Porque cada misión era una excusa para seguir conectado con ella.

Cada misión era un día más en su vida.

Cada misión era un paso más cerca del momento en que tendría que revelar la verdad.

Y cada vez que pensaba en ese momento, el miedo lo paralizaba.

Porque ¿qué pasaría cuando ella supiera?

¿Cuándo supiera que él no era Papá Noel sino solo un hombre roto intentando arreglar a otra persona rota?

¿Lo odiaría?

Probablemente.

¿Valdría la pena?

Miró por la ventana hacia la noche nevada.

Sí.

Aunque lo odiara. Aunque nunca lo perdonara.

Ver a Lucía Navarro sonreír, reír, vivir de nuevo... valía cualquier precio.

Incluso el de su propio corazón roto.

Mojó la pluma en tinta y empezó a escribir.

Capítulo 9: El carpintero del mercadillo



La mañana del 7 de diciembre amaneció con un frío penetrante que convertía cada respiración en una pequeña nube blanca. Lucía se despertó temprano, envuelta en el edredón, escuchando el sonido distante del tráfico matutino de Madrid mezclándose con el canto de algún pájaro solitario que había decidido quedarse en la ciudad durante el invierno. Se quedó así durante unos minutos, sin moverse, observando cómo la luz gris del amanecer se filtraba por las cortinas y proyectaba sombras suaves sobre las paredes de su habitación.

Por primera vez en muchos años, despertar no le pareció una tarea agotadora. No sentía ese peso familiar que solía aplastarle el pecho cada mañana, esa sensación de tener que arrastrarse fuera de la cama como si cada movimiento requiriera un esfuerzo titánico. Todavía había tristeza, por supuesto. La tristeza nunca se iba completamente. Pero ahora compartía espacio con otras cosas: curiosidad, anticipación, incluso algo parecido a la esperanza.

Se levantó, se puso las zapatillas de estar en casa que estaban deshilachadas por los bordes, y caminó descalza hacia el salón. Las plantas la esperaban en su lugar habitual junto a la ventana, bañadas por la luz tenue de la mañana. El cactus de Navidad había florecido un poco más durante la noche, y ahora tres de sus capullos mostraban flores completas de un color fucsia tan vibrante que parecía brillar contra el gris del cielo madrileño. La peperomia también parecía más animada, sus hojas habían adquirido un tono verde más brillante, más vivo, como si estuviera despertando de un largo sueño.

Lucía las regó con cuidado, tomándose su tiempo para revisar cada hoja, cada tallo, buscando señales de salud o problemas. Germán le había enseñado bien. Ahora podía distinguir entre una hoja que necesitaba más agua y una que necesitaba menos luz. Había aprendido a leer el lenguaje silencioso de las plantas, y ese conocimiento la hacía sentir competente de una forma que no había experimentado en mucho tiempo.

Mientras preparaba café en la cocina, esperando a que el agua hirviera en la cafetera italiana que había heredado de su madre, escuchó el sonido familiar del papel deslizándose bajo la puerta. Su corazón dio un pequeño salto involuntario. Ya se había acostumbrado a ese sonido, a esa anticipación matutina. Era extraño cómo algo que al principio le había parecido invasivo y amenazante ahora se sentía casi reconfortante, como un ritual diario que daba estructura a sus mañanas.

Dejó el café a medio preparar y caminó hacia la puerta. El sobre rojo estaba ahí, como siempre, con su nombre escrito en esa caligrafía elegante que había llegado a reconocer de inmediato. Lo recogió con manos que ya no temblaban de ansiedad, sino de curiosidad genuina. ¿Qué vendría hoy? ¿Otra misión dolorosa como la carta a su madre? ¿Algo ligero como hacer reír a desconocidos? Con este "Papá Noel" misterioso, nunca se sabía.

Se sentó en el sofá, abrió el sobre con cuidado para no rasgar el papel, y desplegó la carta:

Querida Lucía,

Hoy es sábado. Un día perfecto para perderse en la ciudad.

Tu misión: ve al mercadillo navideño de la Plaza Mayor. Camina entre los puestos. Observa a la gente. Respira el ambiente. Y cuando encuentres algo que te hable, algo que sientas que está esperándote, cómpralo.

No importa qué sea. Solo importa que conectes con ello. Que lo elijas no con la cabeza, sino con el corazón.

A veces las cosas más importantes nos encuentran cuando dejamos de buscarlas.

Tienes todo el día.

Disfrútalo,

P.

PD: Lleva efectivo. Los artesanos no siempre aceptan tarjetas.

Lucía releyó la carta dos veces, sintiendo cómo algo cálido se expandía en su pecho. Esta misión era diferente a las anteriores. No había un objetivo específico, no había una acción concreta que cumplir. Era más una invitación que una orden. Una invitación a simplemente existir, a vagar, a dejarse llevar.

Y la Plaza Mayor... hacía años que no iba. La evitaba durante diciembre porque se llenaba de turistas, de villancicos, de puestos navideños que vendían figuritas del belén y adornos brillantes. Era el epicentro de todo lo que había estado evitando. Pero ahora, mientras sostenía la carta entre sus manos y observaba las flores del cactus brillando en la ventana, la idea no le parecía tan terrible. Casi le parecía... interesante.

Se terminó el café, que ya se había enfriado un poco, se duchó con agua casi demasiado caliente, dejando que el vapor llenara el baño y relajara sus músculos tensos, y se vistió con capas de ropa: camiseta térmica, suéter grueso de lana que le había regalado Carla hacía dos navidades y que nunca se había puesto, vaqueros, botas que necesitaban urgentemente ser lustradas, y su abrigo largo de color gris oscuro. Hacía frío afuera, y si iba a pasar el día caminando por un mercadillo al aire libre, necesitaba estar preparada.

Antes de salir, se detuvo frente al espejo del recibidor. La mujer que la miraba desde el reflejo todavía tenía ojeras, todavía tenía esa expresión de cansancio perpetuo en los ojos, pero había algo diferente en ella. Algo en la forma en que sostenía los hombros, en el ángulo de su barbilla. No era confianza exactamente, pero era algo parecido a la determinación. O quizá solo era curiosidad. De cualquier forma, era mejor que la resignación que había visto en ese espejo durante años.



El metro estaba sorprendentemente lleno para ser sábado por la mañana. Lucía se apretujó entre turistas cargados con mochilas enormes y madrileños que parecían tener prisa por llegar a algún lado importante. Había un grupo de estudiantes universitarios que hablaban en voz alta sobre una fiesta de la noche anterior, sus risas resonando en el vagón. Una pareja de ancianos compartía un periódico, sus cabezas inclinadas juntas en un gesto de intimidad que había sobrevivido décadas. Un niño pequeño con un gorro de Papá Noel presionaba su nariz contra la ventana, haciendo círculos de vaho en el cristal con su respiración.

Lucía los observaba a todos con una atención que era nueva para ella. Normalmente, cuando viajaba en metro, se encerraba en su propio mundo, con auriculares puestos aunque no estuviera escuchando música, evitando el contacto visual con cualquiera. Pero hoy se permitía mirar, realmente mirar a las personas que la rodeaban. Y lo que veía no era amenazante ni abrumador. Solo era... humano.

Cuando llegó a la Plaza Mayor, eran casi las once de la mañana. La plaza estaba completamente transformada por el mercadillo navideño. Hileras de casetas de madera pintadas de rojo y verde se extendían en todas direcciones, cada una rebosante de mercancía: figuritas del belén hechas a mano, coronas de adviento decoradas con piñas y cintas, gorros de Papá Noel en todos los colores imaginables, adornos de cristal que capturaban la luz del sol y la multiplicaban en arcoíris diminutos. El aire olía a castañas asadas, a churros recién fritos, a vino caliente especiado con canela y clavo. Los altavoces tocaban villancicos en un volumen moderado, lo suficientemente alto para crear ambiente pero no tanto como para ser invasivo.

Había gente por todas partes. Familias con niños pequeños que corrían entre los puestos con los ojos muy abiertos de asombro. Parejas jóvenes tomadas de la mano, deteniéndose en cada caseta para examinar la mercancía con esa seriedad fingida que usan las personas enamoradas cuando fingen estar interesadas en algo que no sea el otro. Turistas con cámaras colgando del cuello, tomando fotos de todo: los edificios antiguos que rodeaban la plaza, las estatuas, los puestos, incluso las palomas que se paseaban con la arrogancia de quien sabe que este es su territorio.

Lucía se quedó parada en el borde de la plaza durante un momento, abrumada por la cantidad de estímulos. Parte de ella quería dar media vuelta y volver a casa, al silencio seguro de su apartamento. Pero otra parte, la parte que había estado creciendo durante la última semana, la parte que había cantado villancicos y hablado con desconocidas y comprado plantas, esa parte quería quedarse. Quería explorar. Quería ver qué encontraba.

Respiró hondo, sintiendo cómo el aire frío llenaba sus pulmones, y se adentró en el mercadillo.



Durante la primera hora, Lucía simplemente vagó sin rumbo fijo. No estaba buscando nada en particular, solo dejaba que sus pies la llevaran de un puesto a otro, deteniéndose cuando algo llamaba su atención. En un puesto encontró figuras de belén talladas en madera de olivo, cada una con una expresión única en el rostro. En otro, velas hechas a mano con formas de árboles de Navidad y copos de nieve. Había un puesto completo dedicado a calcetines navideños con diseños absurdos: renos haciendo yoga, Papás Noel surfistas, muérdagos con gafas de sol.

Se detuvo en un puesto que vendía chocolates artesanales y compró una caja pequeña, más por apoyar al vendedor que por

necesidad real. El hombre, que tenía acento francés y un bigote espectacular, le explicó cada chocolate con el entusiasmo de un sommelier explicando vinos raros: este tenía lavanda y limón, aquel otro tenía chile y naranja, este de aquí tenía sal marina de Bretaña y caramelo oscuro. Lucía lo escuchó con una sonrisa, pagó, y continuó caminando mientras saboreaba un chocolate que sabía a navidad y a infancia al mismo tiempo.

Había algo curiosamente terapéutico en simplemente estar ahí, rodeada de tanta humanidad caótica. No estaba sola, pero tampoco tenía que interactuar más allá de lo superficial. Podía ser anónima en medio de la multitud, una observadora invisible de las vidas de otras personas. Era liberador de una forma que no había anticipado.

Cuando llevaba casi dos horas caminando y estaba considerando tomar un descanso para comprar churros y chocolate caliente, vio un puesto que era diferente a los demás. Estaba ubicado en una esquina menos transitada de la plaza, parcialmente oculto detrás de una caseta más grande que vendía adornos de cristal. Era más pequeño que los otros, más modesto. No tenía carteles llamativos ni decoraciones excesivas. Solo una mesa de madera vieja cubierta con un paño de lino natural, y sobre ella, dispuestas con cuidado casi reverencial, había figuras de madera tallada.

Lucía se acercó, atraída por algo que no podía identificar completamente. Las figuras eran preciosas, cada una única. Había animales: un ciervo con astas intrincadas, un búho con plumas talladas con tanto detalle que parecían reales, un zorro con expresión astuta. Había cajas pequeñas con incrustaciones de diferentes maderas creando patrones geométricos. Había rompecabezas imposibles hechos de piezas entrelazadas. Y había otras cosas más abstractas: formas que sugerían movimiento, piezas que parecían capturar emociones en madera.

El hombre detrás del puesto estaba tallando algo, concentrado completamente en su trabajo. Tenía entre treinta y cuarenta años, era difícil precisar. Pelo oscuro ligeramente despeinado por el viento, barba de varios días que le daba un aspecto desaliñado pero no descuidado, manos grandes y callosas que manejaban el cuchillo de

tallar con una precisión que hablaba de años de práctica. Vestía un suéter de lana gruesa de color azul marino, vaqueros manchados de serrín, y botas de trabajo que habían visto mejores días. Había algo en él que resultaba inmediatamente familiar, aunque Lucía estaba segura de no haberlo visto nunca.

Cuando levantó la vista y la vio mirando, sus ojos la sorprendieron. Eran de un color avellana cálido, con pequeñas arrugas en las esquinas que sugerían que sonreía a menudo, o que solía hacerlo. Había algo en esos ojos que era a la vez triste y amable, una combinación que reconoció porque la había visto en su propio reflejo durante años.

—Buenos días—dijo él, y su voz era grave, suave, como madera pulida—. ¿Buscas algo en particular o solo estás explorando?

—Solo mirando—respondió Lucía, sintiendo ese impulso automático de ser educada pero breve, de no extender la conversación más de lo necesario.

—Siéntete libre de tocar cualquier cosa. La madera está hecha para ser tocada, no solo vista.

Lucía asintió y volvió su atención a las figuras. Extendió la mano vacilante y tocó la cabeza del ciervo tallado. La madera estaba suave, increíblemente suave, y cálida bajo sus dedos. Podía sentir cada línea, cada curva, el trabajo de horas que había ido a crear algo tan delicado.

—Es precioso—dijo, sin pensar realmente en lo que decía.

—Gracias. Es madera de nogal. Tiene una veta hermosa cuando la trabajas correctamente. Este me llevó casi una semana terminarlo.

Lucía miró otras piezas, fascinada por la variedad y la habilidad evidente en cada una. Había algo profundamente personal en este trabajo, algo que lo diferenciaba de los productos manufacturados en masa que llenaban la mayoría de los otros puestos. Estas piezas habían sido hechas con cuidado, con atención, con algo que se parecía mucho al amor.

Y entonces la vio.

En la esquina de la mesa, casi escondida entre una caja de rompecabezas y un búho de madera, había una pequeña figura que la hizo detenerse en seco. Era un sobre. Un sobre de carta, tallado en madera clara, quizá pino o arce, con detalles tan precisos que parecía que podías abrirlo y encontrar una carta real adentro. Incluso tenía una pequeña cera de sello tallada en relieve, y líneas delicadas que sugerían escritura en el frente.

Lucía la cogió con manos que de repente temblaban ligeramente. Era pequeña, del tamaño de su palma, y pesaba casi nada. La madera era suave como seda, calentándose inmediatamente con el calor de su mano. Y en el frente, tallado con letras tan pequeñas que tuvo que acercársela a los ojos para leerlas, había una sola palabra: "Esperanza".

Algo en su pecho se apretó. Algo que era mitad dolor, mitad reconocimiento.

—Esa es mi favorita—dijo el hombre, y cuando Lucía levantó la vista, lo encontró observándola con una intensidad que debería haberla incomodado pero que en cambio se sintió como comprensión—. La tallé hace unos días. Sigo sin estar seguro de por qué, honestamente. Simplemente sentí que necesitaba existir.

—¿Esperanza?—preguntó Lucía, su voz saliendo más suave de lo que pretendía.

—A veces las cartas llevan las cosas más importantes que podemos dar a alguien. No dinero, no objetos. Solo palabras. Esperanza. Perdón. Amor. Esas cosas que no podemos tocar pero que pesan más que cualquier cosa física.

Lucía cerró los dedos alrededor de la pequeña carta de madera, sintiendo cómo encajaba perfectamente en su palma como si hubiera sido hecha específicamente para ella. Y quizá lo había sido. Quizá este extraño con ojos tristes y manos hábiles había tallado esto sabiendo, de alguna forma imposible, que ella vendría y lo necesitaría.

—Me la llevo—dijo, las palabras saliendo antes de que pudiera pensarlas.

—Son quince euros—dijo él, pero había algo en su expresión, una suavidad alrededor de su boca, que sugería que habría estado dispuesto a regalársela si ella hubiera necesitado eso en su lugar.

Lucía buscó en su bolso, encontró un billete de veinte, y se lo entregó. Sus dedos se rozaron brevemente durante el intercambio, y Lucía sintió algo extraño, como una corriente eléctrica muy suave, un reconocimiento que no tenía nombre ni explicación lógica.

Él le devolvió el cambio y envolvió la figura con cuidado en papel de seda blanco, luego en una pequeña bolsa de papel kraft.

—Espero que te traiga lo que necesitas—dijo mientras le entregaba la bolsa.

—Gracias—respondió Lucía, y por alguna razón, sintió que estaba agradeciendo algo mucho más grande que solo una transacción comercial.

Se quedó ahí parada un momento más, incapaz de irse todavía aunque no había razón para quedarse. El hombre había vuelto su atención a su talla, pero ella podía sentir que era consciente de su presencia, que parte de su atención seguía en ella.

—¿Haces esto a tiempo completo?—preguntó finalmente, sorprendiéndose a sí misma con la pregunta. Normalmente no prolongaba conversaciones con desconocidos, pero algo en este hombre la hacía sentir segura, o al menos menos ansiosa de lo habitual.

Él levantó la vista, sorprendido por la pregunta pero no molesto.

—Sí y no. Tengo un taller en Rascafría, en la sierra. Hago muebles principalmente, reparaciones, ese tipo de cosas. Pero en diciembre... en diciembre hago juguetes y figuras como estas. Los vendo aquí, o los doy a orfanatos, hospitales infantiles. Es una tradición.

—Una bonita tradición.

—A veces las tradiciones son lo único que nos mantiene cuerdos cuando el mundo se vuelve demasiado ruidoso.

Lucía asintió, entendiendo perfectamente a qué se refería. Había algo en este hombre, en la forma en que hablaba, en la tristeza que reconocía en sus ojos, que le decía que él también había perdido

algo importante. Que él también sabía lo que era construir muros para sobrevivir. Y que quizá, como ella, estaba aprendiendo lentamente a derribarlos.

—Deberías volver otro día—dijo él, volviendo a concentrarse en su talla pero con una media sonrisa jugando en sus labios—. Siempre tengo piezas nuevas. Nunca sé qué voy a tallar hasta que la madera me lo dice.

—Quizá lo haga—respondió Lucía, y se sorprendió al darse cuenta de que lo decía en serio.

Se despidió con un movimiento de cabeza y se alejó del puesto, apretando la pequeña bolsa contra su pecho como si contuviera algo infinitamente precioso. Y en cierto modo, así era.



Lucía pasó el resto de la tarde en la plaza, pero su mente seguía volviendo a ese encuentro. Compró churros que apenas probó, tomó chocolate caliente que se enfrió en sus manos mientras miraba sin ver los puestos circundantes. Había algo en ese hombre, ese carpintero con ojos tristes y manos hábiles, que la había tocado de una forma que no podía explicar completamente.

No era atracción física, aunque tenía que admitir que era objetivamente atractivo de esa forma desgastada y real que pocas personas conseguían. Era algo más profundo. Era reconocimiento. Como mirar en un espejo y ver no tu propio reflejo sino el de alguien que entendía exactamente qué tipo de heridas llevabas escondidas bajo la piel.

Cuando finalmente volvió a casa, eran casi las seis de la tarde y el sol invernal ya se estaba poniendo, tiñendo el cielo de Madrid de tonos naranjas y rosas que se reflejaban en las ventanas de los edificios. Sus pies le dolían de tanto caminar, sus mejillas estaban

frías del viento, pero se sentía... bien. Cansada pero bien. Como si hubiera hecho ejercicio físico y emocional al mismo tiempo.

Lo primero que hizo al entrar fue regar las plantas, su nuevo ritual diario. Luego se preparó un té que esta vez sí bebió, enrollándose en una manta en el sofá con la bolsa de papel kraft en su regazo. La abrió con cuidado, desenvolvió el papel de seda, y sacó la pequeña carta de madera.

La luz de la lámpara la bañaba con un resplandor cálido, haciendo que la veta de la madera brillara con vida propia. Lucía la giró entre sus dedos, admirando el trabajo meticuloso, la atención al detalle. La palabra "Esperanza" tallada en el frente parecía brillar, o quizá era solo su imaginación.

Pensó en el carpintero, en sus manos callosas manejando el cuchillo con tanta precisión, en sus ojos que habían visto dolor y habían decidido crear belleza a pesar de él. Se preguntó qué historia llevaba consigo. Qué había perdido. Qué estaba buscando en esos pedazos de madera que transformaba en arte.

Su móvil vibró, interrumpiendo sus pensamientos. Era Carla:

"¿Cómo va el día? ¿Otra misión loca?"

Lucía sonrió y tomó una foto de la carta de madera, enviándosela a su amiga.

"Fui al mercadillo de la Plaza Mayor. Compré esto. Me habló."

La respuesta de Carla fue inmediata:

"Es preciosa. ¿Quién la hizo?"

"Un carpintero. Tenía un puesto pequeño en una esquina. Era... interesante."

"Interesante cómo? ¿Interesante 'tiene tres cabezas' o interesante 'me parece guapo'?"

"Interesante como en que parecía entender cosas sin que yo tuviera que explicarlas."

Hubo una pausa antes de la siguiente respuesta de Carla, y Lucía podía imaginarla perfectamente, mordiéndose el labio mientras decidía qué decir.

"Lu, eso suena como alguien que deberías conocer mejor."

"No lo sé. Fue solo una compra."

"Nada es 'solo' nada contigo últimamente. Todo significa algo. Así que si ese hombre te hizo sentir algo, presta atención."

Lucía dejó el móvil a un lado sin responder. Carla tenía razón, por supuesto. Carla siempre tenía razón cuando se trataba de leer entre líneas de las cosas que Lucía no decía en voz alta. Pero admitir que ese carpintero había provocado algo en ella, aunque no supiera exactamente qué, se sentía peligroso. Se sentía como abrir una puerta que había mantenido cerrada durante mucho tiempo.

Se levantó y colocó la carta de madera en la estantería junto a las plantas, donde pudiera verla fácilmente. "Esperanza", decía. Tal simple palabra, tal concepto complicado.

Desde que tenía dieciséis años, Lucía había vivido sin esperanza. Había sobrevivido, sí, pero sin esperar realmente que las cosas mejoraran, sin creer que el dolor disminuiría o que volvería a sentir algo más allá de la ausencia perpetua. La esperanza requería vulnerabilidad. Requería creer que las cosas podían ser diferentes, mejores, y esa creencia llevaba consigo el riesgo del desengaño.

Pero ahora, mirando esa pequeña carta tallada brillando suavemente bajo la luz de la lámpara, sintió algo moverse en su pecho. No era esperanza todavía, no completamente. Pero era la posibilidad de esperanza. Era una grieta más en el muro, dejando entrar más luz.



Esa noche, como había empezado a esperar, encontró una nota bajo la puerta. Esta vez la había estado esperando, casi anticipando con algo parecido al placer.

Misión cumplida.

Elegiste bien. Esa carta es especial. El hombre que la hizo también lo es.

A veces las personas que necesitamos encontrar aparecen cuando dejamos de buscar desesperadamente y empezamos simplemente a estar abiertos a la posibilidad.

Descansa. Mañana viene algo diferente.

P.

PD: La madera de arce tiene una cualidad especial. Se calienta con el contacto humano y guarda ese calor. Como los recuerdos. Como las promesas. Como la esperanza.

Lucía leyó la nota varias veces, sintiendo cómo su corazón latía un poco más rápido con cada lectura. Este "Papá Noel" conocía al carpintero. Por supuesto que lo conocía. Parecía conocer a todos, tener ojos en todas partes, saber exactamente qué necesitaba ella antes de que lo supiera ella misma.

Debería asustarla más de lo que lo hacía. Debería estar llamando a la policía, instalando cerraduras adicionales, huyendo de esta situación cada vez más extraña. Pero en cambio, se sentía cuidada. Protegida. Guiada por alguien que genuinamente parecía querer lo mejor para ella, incluso si sus métodos eran poco ortodoxos.

Se preparó para dormir, pero antes de meterse en la cama, volvió al salón una vez más. Cogió la carta de madera de la estantería y la llevó consigo. La puso sobre la mesita de noche, junto al cuaderno de cuero donde había guardado la carta a su madre y todas las notas rojas que había estado coleccionando.

En la oscuridad de su habitación, con solo la luz tenue de las farolas de la calle filtrándose por las cortinas, Lucía miró la pequeña figura tallada. Y mientras se quedaba dormida, sus dedos la rozaban suavemente, sintiendo el calor de la madera que había absorbido el calor de su mano.

Soñó con un taller lleno de virutas de madera y luz dorada. Soñó con manos callosas creando belleza de la nada. Soñó con ojos tristes que sonreían de todas formas. Y por primera vez en años, sus sueños no fueron pesadillas de accidentes y pérdidas, sino algo suave, algo cálido, algo que se sentía peligrosamente parecido a la esperanza.

Capítulo 10: Comer con un desconocido



La mañana del 8 de diciembre llegó con un cielo sorprendentemente azul, uno de esos días raros de invierno madrileño en los que el sol brillaba con suficiente fuerza como para hacer olvidar, aunque fuera momentáneamente, que estaban en pleno diciembre. Lucía se despertó con la luz entrando directamente por la ventana del dormitorio, creando rectángulos dorados sobre las sábanas arrugadas. Por un instante, antes de que su cerebro procesara completamente dónde estaba o qué día era, se sintió completamente en paz, suspendida en ese estado de duermevela donde los problemas todavía no existen y el mundo parece lleno de posibilidades infinitas.

Se levantó con una energía que no había experimentado en años, casi con ganas de enfrentarse al día. Las plantas la esperaban como siempre, y mientras las regaba con su ritual matutino que se había vuelto casi meditativo, notó que el cactus de Navidad había florecido completamente. Cinco flores de un fucsia vibrante se abrían hacia la luz del sol como pequeños milagros vegetales. La peperomia también había crecido, sus hojas ahora de un verde brillante y saludable que le recordó lo que Germán le había dicho: cuando cuidas bien a una planta, esta te lo muestra despertando.

El sobre rojo llegó justo cuando estaba terminando su primera taza de café. Lucía casi corrió hacia la puerta, una sonrisa ya formándose en sus labios antes de saber siquiera qué diría la carta. Se había acostumbrado a estas misiones, a esta estructura diaria que le daba propósito a sus mañanas. Ya no le asustaban. Ahora las anticipaba con algo parecido al entusiasmo.

Abrió el sobre con manos expertas, desplegó la carta y leyó:

Querida Lucía,

¿Recuerdas tu misión del día 12 original? Hoy la adelantamos un poco.

Hoy comerás con un desconocido. Pero no en una cafetería rápida. Una comida de verdad. Sentada en un restaurante. Al menos una hora.

Elige a alguien que parezca tener historias que contar. Alguien cuya vida sea completamente diferente a la tuya. Alguien que te recuerde que hay mil maneras de existir en este mundo.

Invítala. No aceptes un no por respuesta. Paga la cuenta. Y escucha. Realmente escucha.

A veces las mejores lecciones vienen de las personas más inesperadas.

Tienes hasta las ocho de la noche.

Que aproveche,

P.

PD: El restaurante La Carmencita en Malasaña es perfecto para este tipo de encuentros. El menú del día es excelente y el ambiente acogedor.

Lucía leyó la carta dos veces, sintiendo una mezcla familiar de aprensión y curiosidad. Comer con un desconocido. No solo invitarlo a un café de quince minutos, sino compartir una comida completa. Una hora entera de conversación mantenida con alguien que no conocía de nada. La idea le provocaba ese tipo de ansiedad social que había cultivado durante años, esa preferencia por la soledad que había confundido con seguridad.

Pero después de Reme, después del hombre de las palomas, después del carpintero con ojos tristes, Lucía estaba empezando a entender que estos encuentros con desconocidos no eran castigos o pruebas imposibles. Eran regalos. Eran ventanas a vidas que nunca habría conocido de otra forma. Eran recordatorios de que el mundo estaba lleno de historias fascinantes si solo te atrevías a preguntar.

Se duchó, se vistió con unos vaqueros que le quedaban cómodos y un suéter color mostaza que Carla insistía en que le favorecía, aunque ella siempre había pensado que el color era demasiado llamativo, se puso su abrigo gris de siempre, y salió a la calle con la determinación de alguien yendo a la batalla. O al menos, a una batalla social menor.



Llegó a Malasaña alrededor de las dos de la tarde, justo cuando el barrio empezaba a llenarse de gente buscando sitio para comer. La Carmencita estaba en una calle lateral, un restaurante tradicional con aspecto de haber estado ahí desde siempre, con azulejos antiguos en las paredes y mesas de madera que habían absorbido décadas de conversaciones. Lucía se quedó parada en la acera de enfrente durante varios minutos, observando a la gente que entraba y salía, intentando reunir el coraje necesario para entrar ella misma.

El problema era obvio: ¿a quién invitaba? No podía simplemente entrar y señalar a alguien al azar. Eso sería demasiado extraño incluso para los estándares de esta serie de misiones absurdas. Necesitaba encontrar a alguien antes de entrar, alguien que estuviera solo, alguien que pareciera abierto a la conversación, alguien que tuviera esa cualidad indefinible que "Papá Noel" había mencionado: historias que contar.

Caminó por la calle durante media hora, observando a las personas con una atención que bordeaba lo inquietante. Había un hombre de negocios hablando intensamente por teléfono, claramente no disponible. Había una pareja de turistas estudiando un mapa con expresión confundida. Había grupos de estudiantes que reían ruidosamente, completamente absortos en sus propios mundos. Pero nadie que pareciera adecuado para lo que necesitaba.

Estaba a punto de rendirse y simplemente entrar al restaurante para ver si alguien dentro podía ser su objetivo cuando la vio.

Una mujer estaba sentada en un banco cerca de la entrada del metro, fumando un cigarrillo con la elegancia de alguien que lo había convertido en un arte. Tendría unos cuarenta y tantos años, quizá cincuenta, era difícil saberlo con certeza. Tenía el pelo teñido de un rojo brillante que definitivamente no era natural pero que le quedaba perfectamente, cortado en un bob asimétrico que enmarcaba un rostro con rasgos afilados y expresivos. Llevaba un abrigo de piel sintética leopardo que era absolutamente imposible de ignorar, pantalones negros ajustados, y botas de tacón que añadían al menos diez centímetros a su estatura. Sus uñas, incluso desde la distancia, Lucía podía ver que estaban pintadas de un morado metálico brillante.

Pero lo que realmente llamó la atención de Lucía fueron sus ojos. Incluso desde donde estaba parada, podía ver que eran ojos que habían visto cosas, que llevaban historias escritas en cada arruga de sus esquinas. Ojos que miraban al mundo con una mezcla de escepticismo y humor, como si hubiera decidido hace mucho tiempo que la vida era demasiado absurda para tomársela demasiado en serio.

Lucía respiró hondo, se recordó a sí misma que ya había hecho cosas más vergonzosas durante la última semana, y se acercó.

—Disculpe—dijo, su voz saliendo más firme de lo que esperaba—. Sé que esto va a sonar completamente raro, pero ¿le gustaría comer conmigo?

La mujer levantó la vista lentamente, dio una calada larga a su cigarrillo, y la examinó de arriba abajo con una intensidad que hizo que Lucía quisiera encogerse. Luego, para sorpresa absoluta de Lucía, sonrió. Era una sonrisa amplia, genuina, que transformó completamente su rostro.

—¿Estás tratando de ligar? —preguntó, y su voz tenía un tono ronco, probablemente de años de fumar, pero también cálido y lleno de humor.

—No—se apresuró a aclarar Lucía, sintiendo cómo se le subían los colores—. No, no es eso. Es que... es complicado. Estoy cumpliendo una especie de misión. Necesito comer con un desconocido. Alguien que tenga historias interesantes. Y tú... bueno, tú tienes pinta de tener muchas historias.

La mujer se rió, una carcajada profunda que venía desde el estómago.

—Cariño, tengo más historias de las que puedes manejar en una sola comida. Pero me caes bien. Tienes agallas para acercarte así. Y además, iba a comer sola de todas formas, así que ¿por qué no? Soy Valentina, pero todo el mundo me llama Val.

—Lucía—respondió ella, sintiendo cómo la tensión en sus hombros se aliviaba un poco—. Y gracias. De verdad. No sabía si ibas a pensar que estaba loca.

—Oh, definitivamente pienso que estás loca—dijo Val, aplastando su cigarrillo en el cenicero del banco y levantándose con un movimiento fluido—. Pero las mejores personas siempre lo están. ¿Dónde comemos?

—Hay un sitio aquí cerca, La Carmencita. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Me encanta ese lugar. Tienen un bacalao que te hace llorar de felicidad.

Caminaron las dos manzanas hasta el restaurante lado a lado, Val contándole sobre cómo había descubierto el lugar hace años cuando todavía era un secreto del barrio, antes de que Malasaña se llenara de hipsters y turistas buscando autenticidad manufacturada. Hablaba con las manos, gesticulando ampliamente, y Lucía se encontró fascinada por la forma en que ocupaba el espacio con total confianza, sin disculparse por su presencia ruidosa y colorida.



El restaurante estaba moderadamente lleno, con el murmullo agradable de conversaciones superponiéndose unas con otras. Les dieron una mesa junto a la ventana, pequeña pero acogedora, con un mantel a cuadros rojos y blancos que le daba un aire de trattoría italiana aunque el menú era inequívocamente español. Val pidió vino tinto sin consultar a Lucía, asumiendo correctamente que necesitarían algo para lubricar la conversación.

—Entonces—dijo Val una vez que el camarero les había traído el vino y tomado sus pedidos—, cuéntame sobre esta misión tuya. ¿Es una apuesta? ¿Un reto de internet? ¿Terapia experimental?

Lucía tomó un sorbo de vino, sintiendo cómo el líquido cálido bajaba por su garganta y relajaba algo en su pecho. Había algo en Val que la hacía sentir que podía ser honesta, que no necesitaba mantener las máscaras habituales.

—Es... complicado. Alguien me está enviando cartas. Misiones. Una cada día. Cosas que tengo que hacer. Cosas que normalmente nunca haría.

—¿Como invitar a desconocidas a comer?

—Exactamente. También he cantado villancicos en un supermercado, comprado plantas, hecho reír a gente. Cosas así.

Val se reclinó en su silla, estudiándola con ojos inteligentes.

—Suena como alguien intentando sacarte de tu zona de confort. ¿Funciona?

Lucía se quedó pensativa un momento, considerando realmente la pregunta.

—Creo que sí. No sé quién está detrás de esto. No sé por qué lo hacen. Pero... sí. Está funcionando. Me siento diferente. Más viva, supongo.

—Más viva es bueno. Más viva siempre es bueno—dijo Val, levantando su copa en un brindis—. Por estar más viva.

Lucía levantó la suya y chocaron los vasos con un tintineo suave.

—Ahora tú—dijo Lucía—. Háblame de ti. ¿A qué te dedicas?

La expresión de Val cambió, adquiriendo ese brillo travieso que Lucía estaba empezando a reconocer como su modo por defecto.

—Bueno, cariño, técnicamente soy bailarina. Pero no del tipo que probablemente estás pensando. No hago ballet ni flamenco. Hago burlesque. Striptease artístico, si quieres llamarlo por su nombre real.

Lucía casi se atragantó con su vino.

—¿En serio?

—En serio. Llevo haciéndolo veinticinco años. Empecé cuando tenía veintitrés y necesitaba dinero desesperadamente. Pensé que sería temporal, solo hasta conseguir algo mejor. Pero resultó que era buena. Muy buena. Y me encantaba. Así que me quedé.

—Wow—fue todo lo que Lucía pudo decir, completamente fascinada.

—La mayoría de la gente tiene esa reacción. O se escandalizan o se fascinan. Tú pareces más del segundo grupo, lo cual aprecio—Val tomó otro sorbo de vino—. No es lo que la gente piensa. O sea, sí, implica quitarme la ropa. Pero el burlesque es arte. Es teatro. Es contar una historia con tu cuerpo. Es hacer que el público sienta algo, no solo mirarte como un pedazo de carne.

—Nunca he visto un show de burlesque—admitió Lucía.

—Deberías. Ven a verme alguna vez. Actúo en un club en Chueca los viernes. Te pondré en la lista de invitados—Val hizo un gesto con la mano como restándole importancia, pero Lucía podía ver que estaba genuinamente emocionada ante la idea—. Pero suficiente sobre lo obvio. Déjame contarte sobre la parte realmente interesante de mi vida.

Durante la siguiente hora, mientras comían bacalao que efectivamente estaba delicioso y bebían más vino del que probablemente debían, Val le contó historias que dejaron a Lucía completamente cautivada. Le habló sobre la vez que había actuado en un club en Berlín donde el público estaba completamente desnudo pero los artistas vestidos, una inversión completa de lo esperado que había sido al mismo tiempo perturbadora y liberadora. Le contó sobre su breve matrimonio con un contorsionista ruso que podía doblarse en formas imposibles pero que era emocionalmente inflexible como una tabla de madera. Le habló sobre la noche que

conoció a David Bowie en un after party en Londres en los noventa, y cómo él le había dicho que su actuación había sido "deliciosamente subversiva", palabras que ella llevaba tatuadas en su muñeca izquierda.

—La gente piensa que mi trabajo es sobre sexo—dijo Val en algún momento, su tercera copa de vino en la mano, sus ojos brillantes con pasión—. Y sí, hay sexualidad en él, obvio. Pero realmente es sobre poder. Sobre controlar exactamente cómo te perciben. Sobre ser vulnerable y fuerte al mismo tiempo. Cada vez que subo a ese escenario, decido quién soy. No mi pasado, no mi edad, no lo que la sociedad dice que debería ser. Solo yo.

Lucía la escuchaba absorta, fascinada no solo por las historias sino por la forma en que Val las contaba, con ese humor autocrítico y esa honestidad brutal que convertía incluso los momentos difíciles en algo hermoso y humano.

—Una vez—continuó Val, riéndose antes incluso de empezar la historia—, estaba haciendo mi número con plumas. Ya sabes, abanicos de plumas gigantes, muy Folies Bergère. Y justo en el momento culminante, cuando estoy completamente cubierta solo por las plumas y el spotlight, una de las plumas se me metió en la nariz. Empecé a estornudar. No podía parar. Estornudé como siete veces seguidas, completamente desnuda excepto por unas plumas que volaban por todas partes con cada estornudo.

Lucía empezó a reír, una risa real que brotaba desde algún lugar profundo que había olvidado que existía.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? Me reí. El público se rió. Convertí los estornudos en parte del número, como si fueran coreografiados. Al final, recibí una ovación de pie. Porque eso es lo bonito del burlesque, del arte en general: los errores pueden ser las partes más memorables si sabes aceptarlos.

—Eso es increíble—dijo Lucía, todavía riendo—. Tú eres increíble.

—Cariño, todos somos increíbles. Solo que la mayoría de la gente tiene demasiado miedo de dejarse ver. Se esconden detrás de trabajos aburridos y vidas seguras y nunca se permiten ser

realmente ridículos o realmente apasionados—Val se inclinó hacia delante, mirando a Lucía con intensidad—. Pero tú estás empezando a salir de tu escondite, ¿verdad? Con estas misiones tuyas. Estás aprendiendo a ser vista.

Lucía sintió algo apretarse en su garganta. Val había dado en el clavo sin saber toda la historia, sin conocer el dolor o el aislamiento o los años perdidos.

—Supongo que sí—admitió en voz baja—. Aunque da miedo.

—Por supuesto que da miedo. Todo lo que vale la pena da miedo. Pero déjame decirte algo que aprendí después de veinticinco años quitándome la ropa frente a desconocidos: la vulnerabilidad es poder. Cuando aceptas que la gente te va a juzgar de todas formas, que no puedes controlar lo que piensan, es liberador. Puedes simplemente ser tú misma, en toda tu gloria imperfecta y rara.

—¿Nunca te arrepientes? ¿Nunca piensas en cómo sería tener una vida más... normal?

Val se rió, una carcajada que hizo que las personas en las mesas cercanas giraran sus cabezas.

—Cariño, normal es la palabra más aburrida del diccionario. He tenido una vida extraordinaria. He conocido personas fascinantes. He viajado por el mundo. He hecho cosas que la mayoría de la gente solo fantasea. ¿He cometido errores? Un millón. ¿Me he roto el corazón? Varias veces. ¿He tenido momentos de duda? Por supuesto. Pero nunca he sido aburrida. Y cuando sea vieja y esté muriendo, voy a tener historias increíbles para recordar.

Lucía se dio cuenta de que estaba sonriendo, una sonrisa genuina que le hacía doler las mejillas porque hacía tanto tiempo que no sonreía así. Había algo profundamente inspirador en Val, en su falta de disculpas por quién era, en su abrazo completo de una vida que la sociedad probablemente juzgaría pero que ella había convertido en algo hermoso de todas formas.

—Ahora tú—dijo Val—. Háblame de por qué necesitas estas misiones. ¿Qué te pasó que te hizo encerrarte?

Lucía vaciló. No había hablado de su madre con nadie excepto con Carla en años. Pero había algo en Val, en su honestidad brutal y su falta de juicio, que la hacía sentir segura.

—Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. En diciembre. Justo antes de Navidad. Desde entonces... supongo que dejé de vivir realmente. Solo existía. Trabajaba, dormía, evitaba sentir cualquier cosa demasiado intensamente. Y especialmente evitaba diciembre.

Val asintió despacio, su expresión suavizándose con comprensión.

—El dolor hace eso. Te congela. Es un mecanismo de supervivencia, pero se vuelve una prisión si lo dejas demasiado tiempo—extendió su mano sobre la mesa y la puso sobre la de Lucía —. Lo siento por tu madre. Y lo siento por los años que perdiste. Pero mira lo que estás haciendo ahora. Estás saliendo. Estás viviendo. Eso requiere un coraje increíble.

—No me siento valiente. La mayoría del tiempo me siento aterrorizada.

—Eso es lo que es el coraje, tonta. No es la ausencia de miedo. Es hacer las cosas a pesar del miedo—Val apretó su mano—. Y quien sea que te esté enviando esas cartas, ese misterioso Papá Noel tuyo, sabe exactamente lo que estás haciendo. Te está dando permiso para ser humana otra vez. Para reír, para conectar, para joder las cosas y estar bien con eso.

Lucía sintió lágrimas picando en sus ojos, pero eran del tipo bueno, el tipo que venía de ser vista y entendida de verdad.

—Gracias—susurró—. Por venir a comer conmigo. Por compartir tus historias.

—El placer es mío, cariño. Créeme. No tengo muchas oportunidades de hablar de mi vida con alguien que realmente escucha en lugar de solo esperar para juzgar—Val le guiñó un ojo—. Además, este vino está excelente y tú estás pagando, según dijiste.

Lucía se rio, limpiándose discretamente las lágrimas.



Pasaron casi tres horas en ese restaurante. Mucho más de la hora que la misión había especificado, pero ninguna de las dos parecía querer que terminara. Pidieron postre, luego café, encontrando siempre una excusa más para quedarse un poco más. Val le contó más historias: sobre la vez que actuó para un príncipe árabe y casi causó un incidente internacional, sobre su relación de diez años con una mujer que hacía trapecio y que terminó cuando ambas se dieron cuenta de que querían cosas diferentes, sobre cómo había aprendido a coser todos sus propios trajes porque los diseñadores nunca entendían su visión.

Y Lucía, para su sorpresa, también compartió. Le habló sobre sus plantas, sobre Reme y el hombre de las palomas, sobre cantar en el supermercado, sobre el carpintero del mercadillo y la carta de madera tallada que ahora guardaba en su mesita de noche. Le habló sobre cómo cada misión se sentía imposible hasta que la completaba y entonces se daba cuenta de que era exactamente lo que necesitaba.

—Este Papá Noel tuyo—dijo Val pensativa—, suena como alguien que te conoce bien. O que al menos te ha estudiado. ¿Ninguna idea de quién podría ser?

—Ninguna. He pensado en todas las personas que conozco y ninguna encaja. A veces pienso que quizá es alguien que mi madre conocía, alguien que prometió cuidarme o algo así. Pero eso es probablemente una fantasía.

—O quizá—dijo Val con un brillo travieso en sus ojos—, es ese carpintero guapo que te vendió la carta. Quizá está secretamente enamorado de ti y esta es su forma elaborada de cortejarte.

Lucía sintió cómo se sonrojaba.

—Eso es ridículo. Solo lo vi una vez. Por cinco minutos.

—El amor no sigue lógica, cariño. Y las mejores historias de amor siempre empiezan con algo ridículo—Val se reclinó en su silla con satisfacción—. Deberías volver a ese mercadillo. Ver si está ahí otra vez. Investigar.

—No sé...

—Ay, por favor. Acabas de pasar tres horas conmigo, una completa desconocida. Has cantado en supermercados. Has hecho reír a mimos. ¿Y te da vergüenza hablar otra vez con un hombre guapo? ¿Dónde está tu sentido de la aventura?

Lucía se rió a pesar de sí misma.

—Tienes un punto.

Cuando finalmente salieron del restaurante, con Lucía pagando la cuenta como había prometido y dejando una propina generosa, el sol ya estaba bajo en el cielo, tiñendo Madrid de tonos naranjas y dorados. Val encendió un cigarrillo apenas salieron, exhalando el humo hacia el cielo con evidente placer.

—Esto ha sido maravilloso—dijo, sonriendo a Lucía con afecto genuino—. No recuerdo la última vez que tuve una conversación tan buena con alguien nuevo.

—Yo tampoco—admitió Lucía, y se dio cuenta de que era completamente cierto. No solo no recordaba la última vez que había tenido una conversación así, sino que no recordaba la última vez que había reído tanto, que se había sentido tan conectada con otro ser humano, que había compartido tanto de sí misma sin sentirse vulnerable de forma negativa.

Val sacó su móvil y prácticamente exigió el número de Lucía.

—Vamos a ser amigas—anunció con la autoridad de alguien acostumbrada a conseguir lo que quería—. Y vas a venir a uno de mis shows. Y si descubres quién es tu Papá Noel misterioso, me vas a llamar inmediatamente porque necesito saber cómo termina esta historia.

—Trato hecho—dijo Lucía, guardando el número de Val en su móvil con una sensación de calidez en el pecho.

Se despidieron con un abrazo que Val convirtió en dramático, sosteniéndola por un largo momento y susurrándole al oído:

—Sigue viviendo, cariño. Sigue siendo valiente. Tu madre estaría orgullosa.

Lucía tuvo que pestañear rápidamente varias veces para contener las lágrimas mientras veía a Val alejarse, su abrigo de leopardo imposible de perder entre la multitud, caminando con esa confianza que convertía las calles de Madrid en su propia pasarela personal.



Cuando Lucía llegó a casa, eran casi las siete de la tarde. Estaba exhausta pero de la forma buena, la forma en que te sientes después de un día bien vivido. Regó las plantas, que ahora parecían casi prosperar bajo su cuidado constante, y se dejó caer en el sofá con una taza de té.

Su móvil vibró. Carla:

"¿Dónde has estado todo el día? He intentado llamarte."

"Comiendo con una bailarina de burlesque llamada Val. Hemos estado tres horas. Fue increíble."

"OK, NECESITO TODOS LOS DETALLES. Llamándote en 2 minutos."

Lucía sonrió y esperó la llamada, anticipando la reacción de Carla. Cuando su teléfono sonó, contestó inmediatamente.

—No puedo creer que hayas estado tres horas con una bailarina exótica—fueron las primeras palabras de Carla, sin ni siquiera un hola—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga?

—Ha sido idea de Papá Noel. Bueno, no específicamente Val, pero me dijo que comiera con un desconocido—Lucía se acurrucó en el sofá, sintiéndose cómoda y relajada de una forma que no había experimentado en años—. Y Carla... me reí. Me reí tanto que me dolió el estómago. No recordaba cómo se sentía eso.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y cuando Carla habló de nuevo, su voz estaba cargada de emoción.

—Lu, no sabes cuánto me alegra escuchar eso. Has estado tan... apagada durante tanto tiempo. Y ahora es como si estuvieras despertando.

—Eso es exactamente cómo se siente—admitió Lucía—. Como despertar de un sueño muy largo. O de una pesadilla. Y el mundo sigue siendo complicado y doloroso y confuso, pero también es... más. Hay más colores, más risas, más posibilidades.

Hablaron durante casi una hora, con Lucía contándole cada detalle de su comida con Val, las historias escandalosas y las lecciones de vida y la forma en que alguien tan diferente a ella había logrado hacer que se sintiera completamente comprendida. Carla escuchó todo con ese interés genuino que era una de las razones por las que habían sido amigas durante tanto tiempo, interrumpiendo solo para reír o hacer preguntas o expresar asombro.

Cuando colgaron, Lucía encontró la nota de confirmación esperándola bajo la puerta:

Misión cumplida.

Val es especial, ¿verdad? Una de las personas más auténticas que conocerás.

Te dijo algo importante hoy: la vulnerabilidad es poder. Recuerda eso.

Y sobre todo, recuerda cómo se sintió reír así. Tu risa es preciosa. Merece ser escuchada más a menudo.

Descansa. Mañana: algo que requiere valentía de otro tipo.

P.

PD: Val me ha mandado un mensaje. Dice que si hago llorar a su nueva amiga, me encontrará y me dará una patada en el culo. La quiero.

Lucía se rió en voz alta al leer la postdata. Por supuesto que Val conocía a "Papá Noel". Por supuesto que estaba en su red de

contactos. Esta persona misteriosa parecía tener amigos en todos los rincones posibles de Madrid.

Se preparó para dormir sintiendo algo que tardó un momento en identificar. Era satisfacción. Había pasado un día realmente bueno. No solo tolerable o soportable, sino genuinamente bueno. Había conocido a alguien extraordinario, había compartido historias, había reído hasta que le dolió el estómago, se había permitido ser vista y conocida.

Y lo más importante: por primera vez en años había vuelto a sentirse bien.

Mejor.

Feliz.

Capítulo 11: La cita que no fue



La mañana del 9 de diciembre comenzó con niebla. Una de esas nieblas densas y poco comunes en Madrid que convertían la ciudad en algo fantasmal, difuminando los contornos de los edificios y haciendo que los sonidos llegaran amortiguados, como si el mundo entero estuviera envuelto en algodón. Lucía se despertó con la sensación de que algo importante iba a pasar, aunque no sabía qué exactamente. Era esa intuición molesta que te hace revisar constantemente el móvil, que te mantiene ligeramente tensa sin razón aparente.

Después de su ritual matutino con las plantas—que ahora incluía hablarles sobre su día anterior, sintiéndose solo moderadamente ridícula al hacerlo—encontró el sobre rojo deslizándose bajo la puerta exactamente a las ocho y cuarto. Era como un reloj suizo, este Papá Noel. Nunca fallaba, nunca se retrasaba. Había algo reconfortante en esa consistencia, en saber que cada mañana traería una nueva misión, un nuevo reto, una nueva oportunidad de sorprenderse a sí misma.

Abrió el sobre con las manos que ya no temblaban por nerviosismo sino por anticipación. La carta estaba escrita en la misma caligrafía elegante de siempre, pero cuando empezó a leer, sintió cómo su estómago daba un vuelco.

Querida Lucía,

Hoy la misión es simple pero aterradora: una cita.

Descarga una app de citas. Cualquiera. Crea un perfil honesto, sin mentiras, sin filtros excesivos, solo tú. Y acepta la primera invitación que recibas de alguien que parezca genuinamente interesante.

No hace falta que termine en nada. No hace falta que haya química o que sea el amor de tu vida. Solo hace falta que te permitas ser vista como mujer, no solo como editora o hija o amiga. Como alguien que merece ser deseada, cortejada, conocida en ese contexto específico.

Has pasado años evitando la intimidad. Hoy das el primer paso para volver a permitirla.

La cita debe ser esta noche. Sin excusas.

Tienes hasta medianoche.

Suerte. La vas a necesitar.

P.

PD: Ponte algo que te haga sentir bonita. No para él. Para ti.

Lucía leyó la carta tres veces, sintiendo cómo su pulso se aceleraba con cada lectura. Una cita. Una cita de verdad. Con un desconocido de internet. La idea le provocaba el tipo de pánico que normalmente reservaba para hablar en público o para interacciones sociales forzadas en eventos laborales que ya no asistía.

No había tenido una cita en... ¿cuánto? ¿Tres años? ¿Cuatro? Desde que Javier, su último intento de relación, se había cansado de esperar a que ella se abriera realmente, a que dejara de mantenerlo a distancia emocional. Él había sido paciente al principio, comprensivo incluso. Pero eventualmente su paciencia se había agotado y una noche, después de que ella cancelara planes por quinta vez consecutiva, le había dicho con voz cansada: "Lucía, no puedo seguir enamorado de un fantasma. Necesito estar con alguien que realmente esté aquí."

Había tenido razón, por supuesto. Ella no había estado realmente ahí. No había permitido que nadie se acercara demasiado desde la muerte de su madre. Las relaciones románticas requerían vulnerabilidad, y la vulnerabilidad significaba riesgo, y el riesgo significaba la posibilidad de más pérdida. Era más seguro estar sola. Más simple. Más controlable.

Excepto que ahora su misterioso Papá Noel le estaba pidiendo que abandonara esa seguridad, que se lanzara directamente a la incomodidad de ponerse ahí fuera otra vez.

—Hijo de puta—murmuró Lucía al vacío de su apartamento, pero había algo en su voz que no era solo molestia. Era también admiración reluctante. Este tipo, quienquiera que fuera, realmente sabía cómo empujarla exactamente donde más le dolía crecer.

Pasó la mañana postergando. Revisó tres manuscritos que no necesitaban revisión urgente. Limpió su apartamento con más minuciosidad de la habitual. Reorganizó su estantería de libros alfabéticamente, luego por género, luego por color porque claramente había perdido la cabeza. Pero eventualmente, alrededor del mediodía, tuvo que admitir que estaba evitando lo inevitable.

Se sentó en el sofá con su móvil en la mano y el estómago hecho un nudo. Había oído hablar de estas apps, obviamente. Carla le había contado historias sobre sus propias aventuras en Tinder, algunas hilarantes, otras desastrosas, unas pocas que habían resultado en relaciones breves pero memorables. Pero Lucía nunca había considerado realmente usarlas. La idea de reducir conexiones humanas a fotos y biografías de cincuenta palabras le parecía simultáneamente fascinante y aterradora.

Descargó Tinder casi al azar—era la más conocida, la más popular, lo cual significaba que había más gente y por tanto más posibilidades de encontrar a alguien medianamente normal. La app le pidió que conectara su Facebook, que subiera fotos, que escribiera una biografía. Cada paso se sentía como exponer partes de sí misma que había mantenido cuidadosamente ocultas.

Eligió fotos honestas, como había pedido la carta. Nada posado, nada con filtros excesivos. Una selfie reciente donde se la veía razonablemente presentable aunque cansada. Una foto que Carla había tomado de ella riendo en una cafetería hace un año, antes de que el aislamiento se volviera tan intenso. Una tercera donde estaba en un parque, con el sol capturando algo en su expresión que podía pasar por paz interior si no mirabas demasiado cerca.

La biografía fue más difícil. ¿Qué escribía? ¿"Editora freelance que ha pasado los últimos años escondida del mundo y ahora está intentando recordar cómo ser humana"? Eso probablemente no atraería muchos matches.

Finalmente escribió:

"Editora que lee demasiado y socializa muy poco. Intentando cambiar lo segundo. Me gustan las plantas, las conversaciones profundas y la gente con historias interesantes. No busco nada específico. Solo ver qué pasa."

Era honesto sin ser demasiado intenso. Vulnerable sin ser desesperado. O al menos eso esperaba.

Configuró sus preferencias—hombres entre treinta y cuarenta años, dentro de un radio de diez kilómetros—y presionó el botón que activaba su perfil. Y entonces empezaron a aparecer.

Caras. Docenas de caras. Hombres sonriendo en playas, hombres con perros, hombres haciendo senderismo, hombres en bodas donde claramente habían sido obligados a ponerse traje. Biografías que iban desde lo genuino hasta lo ridículo: "Busco a mi reina", "Solo fotos recientes, nada de filtros", "Aquí por diversión, nada serio", "Si no te gusta la aventura, desliza a la izquierda".

Lucía deslizaba mecánicamente. Izquierda, izquierda, izquierda. Algunos perfiles la hacían pausar—un hombre con ojos amables sosteniendo un gato, otro con una sonrisa genuina en una foto claramente tomada en medio de una carcajada—pero la mayoría simplemente no le hablaban. ¿Cómo se suponía que eligiera a alguien basándose en tan poca información?

Después de veinte minutos de deslizar, su teléfono vibró. *"¡Es un match!"* Un hombre llamado Adrián. Lucía abrió su perfil para recordar quién era. Treinta y cuatro años, arquitecto, pelo castaño peinado con producto pero no excesivamente, sonrisa agradable en todas sus fotos. Su biografía decía: *"Me gusta el café fuerte, las películas raras y las conversaciones que se extienden hasta las tres de la madrugada. Prometo no ser aburrido."*

Antes de que pudiera pensarlo demasiado, él le escribió:

"Hola Lucía. Me ha gustado tu perfil. Pareces alguien que tiene cosas interesantes que decir. ¿Te apetece tomar algo esta noche?"

Directo. Sin juegos. Sin conversación trivial eterna antes de llegar al punto. Lucía apreciaba eso. Respiró hondo y escribió:

"Hola Adrián. Sí, esta noche me viene bien. ¿Alguna sugerencia?"

"Conozco un bar de vinos en Malasaña. Tranquilo, buena música. ¿Te va bien a las ocho?"

"Perfecto. ¿Cómo nos reconocemos?"

"Estaré en la barra, probablemente con una camisa azul. Y tú seguro que eres fácil de reconocer—tienes esa expresión de 'acabo de hacer algo valiente y no estoy segura de si fue buena idea'."

Lucía se sorprendió riendo. Había captado algo de ella solo por las fotos. Eso era... prometedor.

"Nos vemos a las ocho entonces."

"Genial. Va a ser divertido."

Lucía dejó el móvil y se quedó mirando al techo durante un largo momento. Lo había hecho. Tenía una cita. Con un hombre llamado Adrián que parecía razonablemente normal y hasta gracioso. En seis horas estaría sentada frente a él, intentando mantener una conversación, intentando ser interesante, intentando recordar cómo funcionaba toda esa dinámica de cortejo que había dejado oxidarse durante años.

El pánico empezó a trepar por su columna vertebral. ¿De qué hablaría? ¿Qué se ponía? ¿Y si era completamente distinto a sus fotos? ¿Y si ella lo era? ¿Y si no tenían nada de qué hablar y se quedaban sentados en silencio incómodo durante una hora?

"Cálmate", se dijo a sí misma en voz alta. *"Es solo una cita. Solo una conversación. Si es un desastre, nunca tienes que verlo otra vez. Si va bien, genial. No tiene que ser más complicado que eso."*

Pero era más complicado, obviamente. Porque esto no era solo una cita. Era permitirse ser vulnerable de una forma específica que había evitado durante años. Era reconocer que sí, seguía siendo una mujer con deseos y necesidades y la capacidad de conectar con alguien en un nivel romántico. Era admitir que la soledad que había

cultivado tan cuidadosamente no era realmente una elección sino un mecanismo de defensa.

El resto de la tarde lo pasó en un estado de ansiedad controlada. Se duchó con demasiado tiempo de anticipación. Se secó el pelo con más cuidado del habitual, usando el secador que normalmente dejaba acumular polvo. Se maquilló ligeramente—nada dramático, solo lo suficiente para sentirse un poco más confiada. Eligió ropa tres veces antes de decidirse por unos vaqueros oscuros que le quedaban bien y un suéter color vino que Carla le había regalado y que nunca había usado porque le parecía demasiado femenino, demasiado "estoy intentando gustar". Pero hoy... hoy quería intentar gustar. Al menos un poco.

Se miró en el espejo antes de salir. La mujer que la miraba de vuelta no era la misma que había abierto el primer sobre rojo nueve días atrás. Había algo diferente en sus ojos, algo que no era exactamente confianza pero que se le acercaba. Determinación, quizá. O simple terquedad de no dejar que el miedo ganara otra vez.

—Puedes hacer esto—le dijo a su reflejo—. Es solo una cita. Has hecho cosas más difíciles esta semana.

Llegó al bar diez minutos antes de las ocho, lo cual fue un error porque le dio tiempo de sobre para ponerse más nerviosa. Se quedó en la acera de enfrente, observando el lugar. Era como Adrián había descrito: pequeño, acogedor, con ventanas grandes que mostraban un interior cálido iluminado por luces tenues. Podía ver la barra, algunas mesas ocupadas por parejas y grupos pequeños, paredes decoradas con estanterías llenas de botellas de vino de todas las regiones imaginables.

Respiró hondo, cruzó la calle y entró.

El calor la golpeó inmediatamente, un contraste agradable con el frío de diciembre que se había instalado en Madrid. El bar olía a madera y vino y algo parecido a queso curado. Había música sonando suavemente—algo de jazz, saxofón y piano en conversación íntima.

Y ahí, en la barra como había prometido, estaba Adrián.

Se parecía a sus fotos, lo cual ya era un punto a favor. Camisa azul, vaqueros, pelo peinado pero no excesivamente, expresión de alguien esperando pero no ansiosamente. Cuando la vio entrar, sonrió, y era una sonrisa genuina que alcanzaba sus ojos.

—¿Lucía?—preguntó mientras ella se acercaba.

—Adrián. Hola.

—Hola.—Se levantó del taburete en un gesto anticuado de cortesía que Lucía encontró inesperadamente encantador—. Has llegado puntual. Eso me gusta. ¿Te apetece sentarnos en una mesa o prefieres la barra?

—Mesa está bien.

Encontraron una en una esquina, suficientemente alejada de otros clientes como para tener privacidad pero no tan aislada como para sentirse incómoda. Adrián le ofreció la carta de vinos.

—¿Sabes qué te gusta o quieres que recomiende algo?

—Recomienda. No soy experta.

—Hay un tinto de la Ribera del Duero que es increíble. No demasiado fuerte, perfecto para compartir.

—Suena bien.

Adrián pidió la botella y dos copas. El camarero trajo también una tabla de quesos y embutidos que nadie había pedido pero que apareció como si supiera que la necesitarían. Cuando se quedaron solos, Adrián levantó su copa.

—Por las citas a ciegas digitales y por esperar que ninguno de los dos sea un asesino en serie.

Lucía se rió, sintiendo cómo parte de su tensión se aliviaba.

—Por eso. Aunque técnicamente no estamos completamente a ciegas. Hemos visto fotos.

—Fotos cuidadosamente seleccionadas que pueden no reflejar la realidad. Pero me alegra informar que la tuya era precisa. Eres tan bonita en persona como en tus fotos. Más, incluso.

Lucía sintió cómo se sonrojaba ligeramente.

—Gracias. Tú también... quiero decir, te pareces a tus fotos.

—Es un cumplido mediocre, pero lo acepto.—Adrián sonrió con humor autoconsciente—. Así que, editora freelance. Eso suena interesante. ¿Qué tipo de cosas editas?

—Principalmente novelas. Ficción contemporánea, algunos thrillers, ocasionalmente algo de no ficción. Trabajo con varios sellos pequeños y algunos autores independientes.

—¿Te gusta?

—Me encanta, en realidad. Hay algo muy satisfactorio en tomar algo que es casi bueno y ayudar a pulirlo hasta que brilla.

—Como esculpir. Quitar lo que no hace falta hasta revelar la forma que siempre estuvo ahí.

—Exacto. ¿Y tú? ¿Arquitecto de qué tipo?

Adrián se lanzó a hablar sobre su trabajo y Lucía se encontró genuinamente interesada. Diseñaba espacios comerciales principalmente, pero su pasión eran los proyectos de vivienda social, crear espacios habitables y dignos para personas con recursos limitados. Hablaba con las manos, gesticulando para ilustrar conceptos de flujo espacial y luz natural. Había pasión ahí, compromiso real con lo que hacía.

La conversación fluyó con una facilidad que Lucía no había anticipado. Hablaron sobre trabajo, sobre Madrid, sobre las dificultades de ser freelance versus tener la seguridad de un empleo fijo. Adrián era gracioso sin esforzarse demasiado, haciendo observaciones secas sobre la vida que la hacían reír genuinamente. Era inteligente pero no presuntuoso, interesado en ella sin ser invasivo.

—Entonces—dijo él en algún momento de la segunda copa—, tu biografía decía que estás intentando socializar más. ¿Puedo preguntar qué te hizo decidir eso?

Lucía vaciló. Era una pregunta razonable, pero la respuesta completa—dieciséis años de aislamiento autoimpuesto, un duelo sin procesar, un misterioso Papá Noel enviándole misiones—no era exactamente conversación de primera cita.

—Supongo que me di cuenta de que me había encerrado demasiado. Que estaba dejando que la vida pasara sin realmente participar en ella.

—Eso es muy honesto. Y valiente reconocerlo.—Adrián la miró con lo que parecía genuino respeto—. Mucha gente se queda atrapada en patrones cómodos y nunca intenta salir. El hecho de que tú lo estés intentando dice mucho.

—¿Y tú? ¿Por qué las apps?

—Honestamente, porque conocer gente en la vida real se ha vuelto casi imposible. Todos están siempre con prisa, siempre mirando sus móviles. Al menos aquí hay una intención clara. Estamos todos buscando conexión, aunque sea solo temporal.

—¿Temporal?

Adrián se encogió de hombros.

—No tengo expectativas. Si alguien especial aparece, genial. Si no, al menos he conocido gente interesante. Como tú, por ejemplo. Independientemente de lo que pase después de esta noche, esta conversación ya ha valido la pena.

Era encantador. Realmente lo era. Atento sin ser empalagoso. Interesante sin dominar la conversación. Atractivo de esa forma madura y segura que viene con la treintena bien vivida. Lucía podía imaginarse fácilmente una segunda cita, quizá una tercera. Podía ver cómo esto podría convertirse en algo.

Y sin embargo...

Sin embargo algo faltaba. Alguna chispa que debería estar ahí pero que no lo estaba. Adrián era perfecto sobre el papel. Pero cuando sus manos se rozaron accidentalmente al alcanzar la tabla de quesos al mismo tiempo, no sintió nada más allá del contacto físico. No hubo electricidad, no hubo ese tirón en el estómago que se supone que debes sentir cuando hay química real.

Quizá era demasiado pronto. Quizá necesitaba más tiempo. Quizá la chispa vendría después, con más encuentros, más conversación, más familiaridad.

O quizá simplemente no estaba ahí.

Habían estado hablando durante casi dos horas cuando Adrián se disculpó para ir al baño. Lucía aprovechó el momento para revisar su móvil, que había estado ignorando obedientemente durante toda la cita. Tenía mensajes de Carla preguntando cómo iba todo, pero también notó algo extraño.

En la barra, un hombre la estaba mirando. Cuando sus ojos se encontraron, él apartó la vista rápidamente, pero no antes de que Lucía notara algo familiar en él. ¿Lo conocía? Tenía pelo oscuro, barba de varios días, llevaba un suéter de lana y... espera.

El corazón le dio un vuelco.

Era él. El carpintero del mercadillo. El hombre que le había vendido la carta de madera tallada con la palabra "Esperanza".

¿Qué hacía aquí? ¿Era coincidencia? Madrid era grande pero no tanto. La gente se encontraba por casualidad todo el tiempo.

Excepto que la forma en que la había estado mirando no parecía casual. Parecía intencional. Como si hubiera estado observando deliberadamente.

Lucía sintió una mezcla de emociones que no sabía cómo procesar. Sorpresa, definitivamente. ¿Confusión? También. ¿Y eso otro, ese calor extraño en su pecho? No estaba segura de querer identificarlo.

Adrián volvió de baño, inconsciente del pequeño drama interno que Lucía estaba experimentando.

—¿Todo bien?—preguntó, notando probablemente algo en su expresión.

—Sí. Solo... creo que he visto a alguien que conozco.

—¿Quieres ir a saludar?

—No, no. Es... complicado.

Adrián sonrió con comprensión.

—Complicado siempre es interesante.

Durante los siguientes treinta minutos, Lucía intentó concentrarse en Adrián, en su conversación sobre un proyecto nuevo que estaba empezando, sobre sus planes de viajar a Portugal en primavera. Pero parte de su atención seguía desviándose hacia la barra, donde

el carpintero seguía sentado, tomando lo que parecía ser whisky, mirando ocasionalmente en su dirección con expresión indescifrable.

¿La estaba vigilando? ¿Por qué? ¿Era él Papá Noel? La idea era absurda y simultáneamente perfectamente lógica. Un carpintero que tallaba cartas de madera con palabras como "Esperanza". Un hombre con ojos tristes que entendía el dolor. Alguien que parecía saber exactamente qué decir sin decir demasiado.

Cuando finalmente decidieron terminar la noche—eran casi las once y ambos tenían que trabajar mañana—Adrián insistió en pagar la cuenta.

—La próxima la pagas tú—dijo con una sonrisa que asumía que habría una próxima vez.

—Trato hecho—respondió Lucía, aunque no estaba segura de creerlo ella misma.

Salieron a la calle. El frío de diciembre había intensificado, y sus alientos formaban pequeñas nubes blancas en el aire. Adrián se giró hacia ella con expresión esperanzada.

—Esto ha sido realmente agradable. Me gustaría volver a verte.

—A mí también me ha gustado—dijo Lucía honestamente—. Eres... eres genial, Adrián.

—Pero—adivinó él con una sonrisa resignada—. Siempre hay un pero.

—Pero creo que... no sé. No he sentido esa...—Lucía buscó las palabras correctas—. Esa conexión que se supone que debes sentir. Y tú eres increíble, de verdad. Cualquier mujer sería afortunada. Pero no sería justo seguir adelante cuando sé que algo falta.

Adrián asintió, decepcionado pero comprensivo.

—Lo respeto. Y honestamente, aprecio la honestidad. Mejor saberlo ahora que después de tres citas más.—Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Cuídate, Lucía. Y buena suerte con lo que sea que estés buscando. Espero que lo encuentres.

—Tú también.

Lo vio alejarse por la calle, sus manos en los bolsillos, caminando con la postura de alguien que está decepcionado pero que lo

superará. Era un buen hombre. Solo que no era su hombre.

Lucía se dio la vuelta para caminar hacia el metro y casi chocó con alguien. El carpintero. Estaba ahí, a menos de un metro de distancia, mirándola con esos ojos avellana que había estado viendo en sus pensamientos más de lo que quería admitir.

—Hola—dijo él, su voz grave y suave, exactamente como la recordaba.

—Hola—respondió ella, su corazón latiendo estúpidamente rápido —. Tú... tú eres el carpintero del mercadillo.

—Mateo—dijo él, extendiendo la mano en un gesto formal que contrastaba extrañamente con la situación—. Sí, te vendí la carta de madera. La de "Esperanza".

Lucía estrechó su mano, sintiendo las callosidades que ya había notado la primera vez, el calor de su palma, y algo más que no supo identificar. Una corriente, quizá. Una conexión.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, todavía procesando la coincidencia—. ¿Vives por esta zona?

—No, yo... —Mateo pasó una mano por su pelo con un gesto que sugería nerviosismo—. Venía a entregar unas piezas a una tienda cerca y vi este bar. Parecía acogedor. Necesitaba tomar algo antes de volver a Rascafría.

Mentira. Era mentira y él lo sabía. Había venido aquí deliberadamente, siguiendo la dirección que su contacto le había dado, incapaz de resistir la tentación de verla, de asegurarse de que estaba bien. Y luego la había visto con ese hombre, riendo, conectando, y algo oscuro y primitivo se había retorcido en su pecho. Celos. Jodidos celos de alguien que no tenía ningún derecho a sentirlos.

—Ah—dijo Lucía, aceptando la explicación, aunque algo en su expresión sugería que no estaba completamente convencida—. Qué casualidad.

—¿Estabas en una cita? —preguntó Mateo, odiándose a sí mismo por la pregunta pero incapaz de no hacerla.

—Sí. Primera cita. De una app. —Lucía se sorprendió siendo honesta—. Fue... agradable. Él fue agradable. Pero no... no fue lo correcto.

Mateo sintió algo aflojarse en su pecho. Alivio. Estúpido, inapropiado alivio.

—A veces la química no está ahí, supongo—dijo, intentando sonar casual cuando por dentro estaba celebrando de forma completamente irracional.

—Supongo que no. —Lucía lo miró con curiosidad—. ¿Vas a volver a Rascafría ahora? Es tarde.

—Tengo el coche aparcado cerca. No es tan lejos. —Mateo vaciló, debatiendo internamente, y luego decidió arriesgarse—. ¿Vas hacia el metro? Puedo acompañarte si quieres. Madrid de noche puede ser...

—¿Peligroso? —Lucía sonrió levemente—. Llevo viviendo aquí años. Sé cuidarme.

—No lo dudo. Pero aun así...—Mateo se encogió de hombros, intentando parecer casual—. Me sentiría mejor sabiendo que llegaste bien a casa. Si no te molesta la compañía, claro.

Lucía lo estudió durante un momento, sus ojos buscando algo en su expresión. Mateo intentó mantener su rostro neutral, no dejar que se viera la esperanza ridícula que sentía, ni los celos que todavía le quemaban en el pecho como brasas calientes, ni la necesidad casi desesperada de pasar aunque fueran solo diez minutos más con ella.

—Vale—dijo finalmente Lucía—. Me gustaría la compañía.

Empezaron a caminar lado a lado, sus pasos sincronizándose naturalmente. Las calles de Malasaña estaban moderadamente llenas para un martes por la noche, grupos de gente joven saliendo de bares, parejas caminando tomadas de la mano, el sonido ocasional de música filtrándose desde puertas abiertas.

—¿Cómo están las plantas?—preguntó Mateo después de un momento de silencio cómodo.

Lucía lo miró sorprendida.

—¿Cómo sabes que tengo plantas?

Mierda. Mateo sintió pánico por un segundo antes de recuperarse.

—Me dijiste que estabas empezando a cuidarlas. El día que compraste la carta. Me preguntaste si la madera era buena para hacer maceteros.

Otra mentira. Ella no había dicho nada de eso. Pero Lucía pareció aceptarlo, frunciendo el ceño como intentando recordar.

—Ah, cierto. Pues están bien. Mejor que bien, en realidad. El cactus de Navidad ha florecido. Es precioso.

—Eso es bueno. Los cactus de Navidad son delicados. Si está floreciendo, significa que estás haciendo algo bien.

—O significa que tengo suerte.

—No. La suerte no hace florecer las plantas. El cuidado sí.

Caminaron en silencio durante otro minuto. Mateo era intensamente consciente de cada detalle: la forma en que el viento movía su pelo, cómo se había puesto ese suéter color vino que le quedaba increíblemente bien, el sonido de sus pasos en el pavimento, la distancia entre ellos—demasiado lejos y demasiado cerca al mismo tiempo.

Esto es una locura, pensó. *Debería alejarme. Debería mantener la distancia. Soy Papá Noel, no un hombre con derecho a sentir lo que estoy sintiendo.*

Pero no podía alejarse. No ahora que estaba aquí, caminando con ella, escuchando su voz, sintiendo su presencia de una forma que iba mucho más allá de observar desde la distancia.

—¿Puedo preguntarte algo?—dijo Lucía de repente.

—Claro.

—Ese día en el mercadillo, cuando te compré la carta... me dijiste algo. Que a veces las cartas llevan las cosas más importantes. Esperanza, perdón, amor. ¿Por qué dijiste eso específicamente?

Mateo sintió su garganta apretarse. Porque él sabía. Sabía todo sobre ella, sobre su dolor, sobre lo que necesitaba. Pero no podía decir eso.

—Trabajo con madera—dijo cuidadosamente—. Tallo cosas que la gente compra, normalmente como regalos. Y he aprendido que los

mejores regalos no son los más caros o elaborados. Son los que llevan significado. Intención. Emoción real.

—¿Y la carta de esperanza? ¿Para quién la tallaste?

Para ti, quiso decir. *La tallé pensando en ti, en lo que necesitabas oír, en lo que quería darte.*

—Para quien la necesitara—dijo en cambio—. A veces tallo cosas sin saber exactamente para quién son. Confío en que encontrarán a la persona correcta.

—Pues encontró a la correcta—dijo Lucía suavemente—. La guardo en mi mesita de noche. La miro cada noche antes de dormir.

Mateo sintió algo expandirse en su pecho, tan intenso que casi dolía. Ella guardaba su trabajo junto a su cama. Lo miraba todas las noches. La palabra que él había tallado pensando en ella, esperando que de alguna forma la alcanzara, lo había hecho.

—Me alegra saberlo—dijo, su voz saliendo más ronca de lo que pretendía.

Llegaron a la boca del metro de Tribunal. Lucía se detuvo, girándose hacia él.

—Bueno, aquí es donde nos separamos. Gracias por acompañarme.

—De nada.—Mateo no quería que terminara, este momento robado, esta conversación que no debería estar teniendo—. ¿Volverás al mercadillo? Sigo teniendo mi puesto los fines de semana hasta Nochebuena.

—Quizá—dijo Lucía, y había algo en su expresión, algo suave y esperanzado, que hizo que el corazón de Mateo latiera más rápido—. Si tengo tiempo.

—Estaré ahí. Por si acaso.

Se quedaron mirándose durante un momento que se extendió demasiado largo, ninguno de los dos queriendo ser el primero en irse. Mateo memorizó cada detalle: cómo la luz de las farolas capturaba reflejos en su pelo, las pequeñas pecas en su nariz que no había notado en el mercadillo, cómo sus labios estaban ligeramente

entreabiertos como si estuviera a punto de decir algo pero no supiera qué.

—Buenas noches, Mateo—dijo finalmente Lucía.

—Buenas noches, Lucía.

Ella bajó las escaleras del metro, girándose una vez para mirarlo antes de desaparecer en las profundidades de la estación. Mateo se quedó ahí parado como un idiota, mirando el espacio vacío que había ocupado, sintiendo una mezcla confusa de emociones que no sabía cómo procesar.

Celos. Todavía sentía celos de ese hombre, Adrián, que había tenido el privilegio de sentarse frente a ella durante dos horas, de hacer que riera, de ser visto como una opción romántica. Mateo era solo el carpintero extraño del mercadillo, el Papá Noel secreto que nunca podría revelar su verdadera identidad sin arruinar todo.

Pero también sentía esperanza. Porque ella había dicho "quizá". Porque guardaba su carta junto a su cama. Porque algo en la forma en que lo había mirado sugería que él no era completamente invisible para ella, no como hombre.

Caminó de vuelta a su coche, las manos en los bolsillos, la cabeza llena de pensamientos que no debería estar teniendo. Cuando llegó y se sentó al volante, no arrancó inmediatamente. En cambio, se quedó ahí sentado, mirando las luces de Madrid, procesando.

Había cruzado una línea esta noche. Había dejado de ser simplemente el remitente anónimo de cartas y se había convertido en... ¿qué? ¿Un conocido? ¿Un casi-amigo? ¿Un hombre que sentía cosas que no tenía derecho a sentir?

Su móvil vibró. Un mensaje de Raúl, el hombre de las palomas, uno de sus contactos:

"La chica estuvo en una cita esta noche. ¿Necesitas que averigüe algo sobre el tipo?"

Mateo escribió rápidamente:

"No. Gracias, pero no. Ella puede tomar sus propias decisiones."

Porque eso era lo correcto. Aunque le estuviera matando por dentro. Aunque cada fibra de su ser quisiera interferir, proteger,

reclamar algo que nunca había sido suyo para empezar.

Arrancó el coche y empezó el largo viaje de vuelta a Rascafría, la carretera oscura serpenteando a través de las montañas. Pero su mente no estaba en la conducción. Estaba en Lucía, en cómo había sonreído cuando habían hablado, en cómo había aceptado su compañía sin dudarlo demasiado, en la posibilidad de que quizá, solo quizá, ella sintiera algo también.

Peligroso, se dijo a sí mismo. *Esto es peligroso. Tienes que mantener la distancia. Terminar las misiones y desaparecer, como siempre has hecho.*

Pero mientras conducía a través de la noche, ya sabía la verdad.

Era demasiado tarde para la distancia.

Ya era personal.

Y los celos que había sentido esta noche, viéndola con otro hombre, le habían enseñado algo que había estado negando durante días:

Se estaba enamorando de Lucía Navarro.

Y eso, en diciembre, con todo su dolor y sus promesas rotas, era lo más peligroso que podía pasarle.

Capítulo 12: El peso de los fantasmas



Mateo llegó a Rascafría pasada la medianoche. La carretera de montaña había estado vacía, solo su coche cortando la oscuridad, los faros iluminando la nieve acumulada en los bordes del camino como fantasmas blancos. Normalmente le gustaba conducir de noche, el silencio y la soledad le daban espacio para pensar. Pero esta noche sus pensamientos eran un torbellino caótico que no conseguía ordenar.

Casi lo había arruinado todo.

Aparcó frente a su apartamento y se quedó sentado en el coche durante largos minutos, con las manos todavía agarrando el volante aunque el motor ya estaba apagado. El frío empezaba a filtrarse desde fuera, convirtiendo su aliento en pequeñas nubes blancas, pero no se movía. No podía moverse. Cada vez que cerraba los ojos veía la misma imagen: Lucía mirándolo con esa mezcla de curiosidad y algo más, algo que podría haber sido interés o solo su imaginación desesperada.

Y él había estado a punto de confesarlo todo. Las palabras habían estado ahí, en la punta de su lengua, luchando por salir: *"Soy yo. He sido yo desde el principio. Las cartas, las misiones, todo. Y no puedo seguir pretendiendo que esto es solo un proyecto, solo una forma de ayudar a una desconocida. Porque ya no eres una desconocida y esto ya no es ayuda altruista."*

Pero se había contenido. En el último segundo, el instinto de supervivencia había ganado sobre la honestidad suicida. Había mentido, improvisado una excusa absurda sobre estar en el barrio por casualidad, y de alguna forma milagrosa ella lo había aceptado. O al menos había fingido hacerlo.

—Eres un cobarde—murmuró al vacío del coche—. Un maldito cobarde.

Salió finalmente del vehículo, el aire frío de la montaña golpeándole como un puñetazo. Diciembre en la sierra era brutal, cada respiración dolía en los pulmones, cada paso crujía sobre la escarcha. Abrió la puerta de su apartamento y fue recibido por el silencio familiar, ese silencio denso de un espacio donde solo vive una persona, donde nadie te espera, donde nadie pregunta cómo te fue el día.

Dejó las llaves en el cuenco junto a la puerta—el mismo cuenco de cerámica que Emma había hecho en el colegio cuando tenía cuatro años, con sus manitas marcadas en la arcilla, ahora endurecido y agrietado pero imposible de desechar—y se quitó el abrigo. El apartamento estaba helado. No había encendido la calefacción antes de irse porque no había planeado volver tan tarde. O quizá porque parte de él había esperado... ¿qué? ¿Quedarse en Madrid? ¿Confesarlo todo y enfrentar las consecuencias?

Encendió la estufa de leña en el salón, el ritual familiar le daba algo que hacer con las manos mientras su mente seguía dando vueltas. Papel de periódico arrugado, astillas secas, troncos ordenados con cuidado. Cerilla, llama pequeña creciendo hasta convertirse en fuego real. El crepitar de la madera ardiendo era uno de los pocos sonidos que todavía encontraba reconfortante.

Se sirvió un whisky—demasiado generoso, pero esta noche lo necesitaba—y se dejó caer en el sofá, mirando las llamas danzar en la estufa. Y entonces, como siempre pasaba cuando bajaba la guardia, cuando el cansancio y el alcohol empezaban a disolver las defensas que mantenía tan cuidadosamente erigidas durante el día, los recuerdos vinieron.



Emma tenía tres años y medio y estaba aprendiendo a montar en bicicleta.

Era una bicicleta pequeña, rosa con ruedines blancos, con una cesta en el manillar donde llevaba a su peluche favorito—un conejo llamado Señor Orejas. Mateo corría detrás de ella en el pequeño parque cerca de su casa, una mano en el asiento para mantenerla estable, el corazón en la garganta cada vez que se tambaleaba.

—¡No me sueltes, papá! ¡No me sueltes!—gritaba Emma, sus rizos castaños rebotando bajo el casco demasiado grande.

—No te suelto, cariño. Te tengo.

Pero eventualmente tuvo que soltarla. Eso era lo que hacían los padres, ¿no? Te enseñaban a mantener el equilibrio y luego, cuando estabas lista, te soltaban. Confiaban en que habías aprendido lo suficiente como para no caerte, o al menos como para levantarte cuando lo hicieras.

Emma había pedaleado tres metros por su cuenta antes de darse cuenta de que papá ya no estaba sujetándola. Se había girado, sorprendida y encantada, y en ese momento de distracción había perdido el equilibrio y se había caído. No fue una caída mala—la hierba era suave, los ruedines habían evitado que se volcara completamente. Pero Emma había llorado de todas formas, más de sorpresa que de dolor.

Mateo había corrido hacia ella, levantándola, revisando rodillas y codos en busca de rasguños.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Me has soltado—había acusado Emma entre sollozos—. Dijiste que no lo harías.

—Tenía que hacerlo, cariño. Es la única forma de aprender.

—¡Pero me caí!

—Y te levantaste. Eso es lo importante. Siempre te levantarás.

Emma lo había mirado con esos ojos enormes llenos de lágrimas y confianza absoluta.

—¿Y si un día me caigo y no puedo levantarme?

Mateo había sentido algo apretarse en su pecho, algún presentimiento inexplicable.

—Entonces papá estará ahí para levantarte. Siempre, Emma. Siempre estaré ahí.

Otra promesa que no había podido cumplir.



Mateo tomó un trago largo de whisky, el líquido quemándole la garganta. Siete años. Habían pasado siete años desde la muerte de Emma y todavía se despertaba algunas noches esperando oírla llamándolo, esperando tener que levantarse a darle agua o a revisar debajo de la cama por monstruos imaginarios. El cerebro era cruel de esa forma—seguía funcionando con patrones antiguos, recordándole constantemente lo que había perdido.

Y Raquel... Raquel se había ido seis meses después del funeral. No físicamente al principio—había tardado otro mes en empacar sus cosas y mudarse—pero emocionalmente había desaparecido la misma noche que Emma murió. Mateo la había visto apagarse como una vela, toda esa luz y amor drenándose hasta dejar solo una cáscara vacía que lo miraba con ojos muertos.



La última conversación había sido en abril, cuatro meses después de enterrar a su hija.

Raquel estaba empacando ropa en una maleta sobre su cama—la cama que habían compartido durante ocho años, donde habían concebido a Emma, donde se habían susurrado secretos en la oscuridad. Ahora era solo un espacio frío donde dos extraños ocasionalmente dormían sin tocarse.

—No tienes que irte—había dicho Mateo desde la puerta, aunque ambos sabían que era mentira. Sí tenía que irse. Se estaba ahogando y él no podía salvarla porque estaba ahogándose también.

—No puedo quedarme—había respondido Raquel sin levantar la vista, doblando una blusa con manos mecánicas—. Cada vez que te miro, la veo a ella. En tus ojos, en tu sonrisa cuando olvidas estar triste, en la forma en que mueves las manos cuando hablas. Eres un recordatorio constante de lo que perdimos.

—Tú también me lo recuerdas a mí. Pero eso no significa que tenga que dejarte ir.

Raquel había levantado la vista entonces, y Mateo había retrocedido ante la intensidad del dolor en sus ojos.

—¿De verdad quieres que me quede? ¿De verdad? Porque cuando me miras, Mateo, sé lo que estás pensando. Sé que me culpas.

—Nunca he dicho eso.

—No tienes que decirlo. Lo siento cada vez que me tocas, cada vez que estamos en la misma habitación. Me culpas por no llevarla al hospital antes. Por pensar que era solo fiebre. Por no insistir cuando el primer médico dijo que no era nada grave. Por no salvarla.

Las palabras habían quedado colgadas entre ellos, verdades feas que habían estado festering durante meses. Y lo peor era que Mateo no podía negarlas completamente. En sus momentos más oscuros, sí la había culpado. Del mismo modo que se culpaba a sí mismo por no estar ahí, por estar en el taller trabajando en lugar de en casa con su familia, por no darse cuenta de que algo estaba terriblemente mal.

—Yo también me culpo—había dicho finalmente, su voz apenas un susurro—. Me culpo por estar trabajando en ese maldito caballo de madera que nunca terminé. Por prometer cosas que no cumplí. Por no estar ahí cuando me necesitabas. Cuando Emma me necesitaba.

—El caballo—Raquel había reído, un sonido amargo sin humor—. Ese maldito caballo. ¿Sabes qué? Yo también te culpo por eso. Emma preguntaba por él todos los días. '¿Cuándo estará listo mi caballo? Papá prometió que estaría listo para Navidad.' Y tú seguías

posponiendo, seguías trabajando en otros proyectos, seguías diciendo 'pronto, cariño, pronto.' Hasta que se acabó el tiempo.

Cada palabra había sido una puñalada precisa. Mateo había querido defenderse, explicar que había estado trabajando constantemente para mantenerlos a flote, que el negocio había estado pasando por un mal momento, que cada encargo contaba. Pero ¿qué importaba ahora? Todas las excusas del mundo no cambiarían el hecho de que había fallado en la promesa más importante.

—No podemos seguir así—había dicho Raquel, volviendo a su maleta con movimientos bruscos—. Nos estamos destruyendo el uno al otro. Nos estamos ahogando y solo conseguimos arrastrarnos más profundo. Necesito irme. Necesito intentar respirar de nuevo en algún lugar donde no todo me recuerde lo que perdimos.

—¿Y yo?—había preguntado Mateo, odiándose por sonar tan necesitado—. ¿Qué se supone que haga yo?

—Sobrevivir. Como todos tenemos que hacer. Solo que tú tendrás que hacerlo sin mí.

Había terminado de empacar esa noche. Mateo no había intentado detenerla, aunque cada fibra de su ser había querido caer de rodillas y suplicarle que se quedara, que lo intentaran una vez más, que no abandonara lo que habían construido junto. Pero ¿qué habían construido realmente? Un castillo de naipes que se había derrumbado con la primera ráfaga de viento verdaderamente fuerte.

Raquel había vacilado en la puerta antes de irse, mirándolo con algo que podría haber sido arrepentimiento o solo cansancio.

—Lo siento—había dicho—. Siento no ser lo suficientemente fuerte como para quedarme. Siento no poder salvarnos a ambos. Pero si me quedo aquí, Mateo, voy a morir. Y Emma no querría eso para mí. Para nosotros.

—Emma querría que estuviéramos juntos—había respondido Mateo con amargura.

—Emma querría que fuéramos felices. Y no podemos serlo así. No ahora. Quizá nunca.

Había sido la última vez que habían hablado cara a cara. Después solo hubo papeles de divorcio enviados por correo, algunos mensajes cortos sobre asuntos prácticos, y finalmente nada. Silencio absoluto. Raquel había desaparecido de su vida tan completamente como Emma, solo que ella había elegido irse.



El fuego crepitaba, lanzando sombras danzantes por las paredes del apartamento. Mateo se sirvió más whisky, consciente de que probablemente estaba bebiendo demasiado pero sin importarle realmente. Esta noche necesitaba algo que amortiguara el filo de los recuerdos, que hiciera más suave el dolor constante que vivía en su pecho como un segundo corazón, uno que solo bombeaba tristeza.

Y ahora esto. Lucía.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Qué derecho tenía de sentir algo por alguien, de querer algo para sí mismo después de haber fallado tan espectacularmente en proteger lo más importante que había tenido?

Había empezado como un proyecto, como todos los demás. Una mujer rota que necesitaba ayuda, que merecía una segunda oportunidad de vivir después del trauma. Él sería el Papá Noel anónimo, el ángel secreto que la empujaría suavemente hacia la luz sin pedir nada a cambio, sin esperar reconocimiento, sin involucrarse emocionalmente. Terminaría las veinticuatro misiones, la vería transformarse, y luego desaparecería como había hecho con todos los demás. Limpio, simple, seguro.

Excepto que nada de esto había sido simple. Desde el primer día, desde la primera misión cuando su contacto le había enviado un video de Lucía invitando a Reme a tomar café con esa mezcla de terror y determinación, algo había cambiado. Había dejado de ser

solo otro proyecto y había empezado a ser... ¿qué? ¿Importante? ¿Personal?

¿Obsesión?

La palabra apareció en su mente como una piedra lanzada a un estanque tranquilo, creando ondas perturbadoras. ¿Era esto obsesión? ¿Había cruzado alguna línea invisible entre ayudar y controlar, entre guiar y manipular? Había estado vigilándola, siguiéndola, orquestando encuentros. Conocía sus rutinas, sus miedos, sus esperanzas. Y ella no sabía nada de él, no realmente.

Se levantó del sofá, demasiado inquieto para quedarse quieto, y caminó hacia la ventana. Fuera, Rascafría dormía bajo una manta de nieve. Las calles estaban vacías, las casas oscuras excepto por el brillo ocasional de una ventana iluminada. Era un pueblo pequeño, el tipo de lugar donde todos se conocían, donde los secretos eran imposibles de mantener. Excepto el suyo. Nadie aquí sabía lo que hacía cada diciembre, las cartas que enviaba, las vidas que intentaba tocar desde la distancia segura del anonimato.

Y esta noche... esta noche había estado en ese bar viéndola reír con otro hombre, viéndola ser cortejada, viéndola ser feliz sin él, y algo oscuro y primitivo había rugido en su pecho. Celos. Celos puros, irracionales, completamente injustificados.

Cuando había visto a ese tipo—Adrián, se llamaba según había oído—inclinarse hacia ella con esa sonrisa encantadora, cuando había visto a Lucía responder con su propia sonrisa tímida, algo en Mateo se había roto. O quizá se había despertado. Alguna parte de él que había estado dormida desde que Raquel se fue, desde que había decidido que no merecía tener nada bueno después de fallar tan espectacularmente en proteger lo que amaba.

Había querido cruzar ese bar, interrumpir su conversación, decir... ¿qué exactamente? *"Aléjate de ella. Es mía."* Excepto que no lo era. No tenía ningún derecho sobre ella. Era solo el acosador bien intencionado que le enviaba cartas anónimas.

—¿Qué coño estás haciendo, Mateo?—se preguntó en voz alta, su aliento empañando el cristal de la ventana.

No tenía respuesta. O más bien, tenía demasiadas respuestas y todas contradecían a las demás.

Estaba ayudándola. Estaba manipulándola. Estaba sanando su propio dolor a través de ella. Estaba evitando enfrentar sus propios demonios concentrándose en los de otra persona. Estaba enamorándose. Estaba obsesionado. Estaba proyectando. Estaba siendo genuino. Estaba cruzando líneas. Estaba siendo cuidadoso. Estaba jodiendo todo.

La verdad era probablemente alguna combinación caótica de todas esas cosas.

Se obligó a alejarse de la ventana y fue al pequeño dormitorio que había convertido parcialmente en estudio, donde guardaba sus herramientas y sus proyectos a medio terminar. Sobre el escritorio, iluminado por la luz de la luna que entraba por la ventana, estaba el corazón de madera que había tallado pensando en Lucía. Grietas en la superficie, pero vetas manteniéndolo unido. Un corazón roto pero completo.

Lo cogió, sintiendo el peso familiar de la madera pulida. Lo había lijado hasta que estaba suave como seda, había trabajado cada grieta con precisión obsesiva, asegurándose de que fueran visibles pero no destructivas. Un equilibrio delicado entre mostrar el daño y mantener la integridad estructural.

Como él. Como Lucía. Como cualquiera que hubiera perdido algo importante y hubiera tenido que aprender a seguir adelante con las piezas rotas.

¿Era justo? ¿Era justo que él estuviera aquí, vivo, permitiéndose sentir cosas por alguien cuando Emma estaba muerta? ¿Cuándo había sido la última vez que había pensado en su hija sin que viniera acompañado de ese tsunami de culpa? ¿Cuándo había empezado a pasar horas enteras sin recordarla, sin sentir ese hueco en el pecho donde solía estar su risa?

La culpa era una bestia familiar que conocía íntimamente. Había vivido con ella durante siete años, había aprendido sus contornos, sus ritmos, sus trucos. Y uno de sus trucos favoritos era aparecer exactamente cuando empezabas a sentirte un poco menos

miserable, cuando te permitías un momento de felicidad o esperanza o simple normalidad. Entonces llegaba, susurrándote: *"¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a ser feliz cuando ella no puede serlo? ¿Cómo te atreves a seguir adelante?"*

Su móvil vibró en su bolsillo, interrumpiendo la espiral descendente de sus pensamientos. Lo sacó, esperando algún mensaje de trabajo o quizá de alguno de sus contactos en Madrid. Pero era de un número que tenía guardado simplemente como "LC":

"Gracias por acompañarme esta noche. Fue... agradable tener compañía. Que tengas buen viaje de vuelta. L."

Mateo se quedó mirando el mensaje durante un largo momento, su pulso acelerándose estúpidamente. Lucía. Le había escrito. Había pensado en él lo suficiente como para enviarle un mensaje después de llegar a casa.

Era solo cortesía, probablemente. Un mensaje educado, una nota de agradecimiento simple. No significaba nada. No debería significar nada.

Pero significaba algo. Significaba que él había dejado una impresión. Significaba que este momento breve y robado había sido lo suficientemente importante como para merecer un mensaje. Significaba que tal vez, solo tal vez, ella también había sentido algo en esa caminata compartida bajo las luces de Malasaña.

Sus dedos se movieron sobre el teclado antes de que su cerebro pudiera detenerlos:

"De nada. Espero que hayas llegado bien. Y sobre lo de volver al mercadillo... me gustaría que lo hicieras. M."

Presionó enviar antes de poder arrepentirse. Demasiado directo. Demasiado honesto. Revelaba demasiado.

La respuesta llegó unos minutos después:

"Lo intentaré. Buenas noches, Mateo."

"Buenas noches, Lucía."

Dejó el móvil sobre el escritorio y se quedó ahí de pie, sosteniendo todavía el corazón de madera, sintiendo algo expandirse

en su pecho que era parte esperanza, parte terror, parte culpa, parte algo que no se atrevía a nombrar.

¿Y si esto funcionaba? ¿Y si al final de las veinticuatro misiones, cuando revelara quién era realmente, Lucía no lo odiaba? ¿Y si entendía por qué había hecho lo que había hecho? ¿Y si había algo real entre ellos, algo que valía la pena explorar?

¿Podría permitirse eso? ¿Permitirse ser feliz de nuevo? ¿Permitirse amar a alguien sabiendo que el amor podía ser arrebatado en cualquier momento, que las promesas podían romperse, que las personas que amabas podían desaparecer y dejarte con nada excepto recuerdos y culpa?



La última Navidad con Emma había sido perfecta.

Bueno, no objetivamente perfecta. El árbol se había caído dos veces porque Mateo lo había montado mal. La cena se había quemado ligeramente porque Raquel se había distraído jugando con Emma. Los regalos habían sido modestos porque el dinero estaba ajustado ese año.

Pero Emma había estado radiante, corriendo por la casa con un vestido rojo que le quedaba grande, cantando villancicos completamente desafinados, riendo con esa alegría pura que solo los niños pequeños pueden tener. Había abierto sus regalos con ceremonia exagerada, dando las gracias por cada uno como si fuera el tesoro más precioso del mundo.

Y cuando había llegado la hora de dormir—mucho más tarde de lo habitual porque en Navidad las reglas normales no aplicaban—Emma había abrazado a sus padres con fuerza.

—Esta ha sido la mejor Navidad del mundo—había deRaqueldo con absoluta convicción—. El año que viene será aún mejor cuando tenga mi caballo de madera. ¿Verdad, papá?

—Verdad, cariño—había prometido Mateo, besando su frente—. Te prometo que el año que viene tendrás tu caballo.

Cuatro días después, Emma había empezado con fiebre. Una semana después, estaba muerta. No hubo siguiente Navidad. No para ella.

Y Mateo había tenido que vivir sabiendo que la última promesa que le había hecho a su hija, la última vez que ella había confiado en su palabra, él había fallado.



Mateo volvió al salón, dejando el corazón de madera en la estantería junto a una foto de Emma—la única que mantenía visible, tomada ese última Navidad perfecta, donde ella sonreía con ese vestido rojo demasiado grande y los ojos brillantes de felicidad. Se dejó caer en el sofá, exhausto de repente.

Eran casi las dos de la mañana. Debería dormir. Mañana tenía trabajo—varios muebles que terminar, un pedido de juguetes para un orfanato en Segovia. Pero sabía que no dormiría, no esta noche. Los pensamientos seguirían dando vueltas, los recuerdos seguirían llegando, y la confusión sobre qué sentía exactamente por Lucía seguiría sin resolverse.

¿Era amor lo que sentía? ¿O era solo desesperación por llenar el vacío que Emma y Raquel habían dejado? ¿Era Lucía real para él, una persona completa con sus propias complejidades y defectos? ¿O era solo una proyección, una idea, un proyecto en el que podía verter toda su necesidad de redención?

No lo sabía. Honestamente no lo sabía.

Lo que sí sabía era esto: cuando la había visto esta noche, caminando a su lado por las calles de Malasaña, algo en él se había sentido... completo. Por primera vez en siete años, había experimentado algo parecido a la paz. No la ausencia de dolor—el

dolor seguía ahí, siempre estaría ahí—pero sí la presencia de algo más. Algo bueno compartiendo espacio con todo lo malo.

Y eso lo aterraba más que cualquier otra cosa.

Porque si se permitía sentir esto, si se permitía querer esto, y luego lo perdía... no estaba seguro de poder sobrevivir a esa pérdida otra vez. Ya había estado en el fondo del abismo una vez. Había contemplado seriamente no seguir viviendo. Lo único que lo había mantenido fue la cobardía pura—no el coraje para vivir, sino la cobardía para morir, para tomar esa decisión final.

Y esas cartas. Esas malditas cartas anónimas que alguien le había enviado, empujándolo suavemente hacia alguna versión de vida que pudiera soportar. Había pasado los últimos cinco años intentando devolver ese favor a otros, intentando ser para ellos lo que ese remitente anónimo había sido para él. Una voz en la oscuridad diciendo: *"Sigue adelante. Solo un día más. Solo una misión más. Sigue moviéndote aunque no sepas hacia dónde vas."*

Pero con Lucía había dejado de ser sobre ayudar a alguien más y se había convertido en algo egoísta. En algo que necesitaba para sí mismo. Y eso lo convertía en un fraude, ¿no? Un manipulador disfrazado de benefactor.

O quizá solo lo convertía en humano. Complicado. Imperfecto. Roto pero intentando.

Como el corazón de madera con grietas que mantenían unido pero visible.

Se quedó dormido ahí en el sofá, con el fuego reduciéndose a brasas y la botella de whisky medio vacía en la mesa. Y sus sueños fueron un collage caótico de imágenes: Emma riendo en su bicicleta, Raquel empacando maletas, Lucía mirándolo con ojos que no sabía si confiaban o juzgaban, y él mismo corriendo por un pasillo interminable intentando alcanzar una puerta que seguía alejándose.

Cuando se despertó unas horas después, con el cuello adolorido por la mala postura y la cabeza palpitando por el whisky, el sol de la mañana entraba a través de las cortinas y su móvil mostraba varios mensajes perdidos.

Pero lo primero que pensó no fue en el trabajo o en las responsabilidades del día. Fue en Lucía. En si estaría despierta ya. En si habría regado sus plantas. En si habría pensado en él, aunque fuera por un momento.

Y mientras se levantaba para enfrentar otro día en esta vida que había aprendido a tolerar si no exactamente a amar, Mateo tomó una decisión.

Continuaría con las misiones. Las veinticuatro, como había planeado. Pero al final, cuando llegara el momento de revelar la verdad, no desaparecería. No esta vez. Esta vez sería honesto. Le contaría todo—sobre Emma, sobre las cartas, sobre sus motivaciones complicadas y sus sentimientos confusos. Y dejaría que ella decidiera.

Le daría el poder de elegir si quería algo con él sabiendo toda la verdad. Le daría la opción que él nunca había tenido, la de entrar en esto con los ojos completamente abiertos, sin secretos, sin manipulaciones.

Y si ella lo rechazaba—lo cual era probablemente lo más sabio que podría hacer—al menos habría sido honesto al final. Al menos habría intentado hacer lo correcto, aunque tarde.

Era lo menos que podía hacer. Lo menos que le debía.

A ella. A Emma. A sí mismo.

Por primera vez en siete años, Mateo se permitió imaginar un futuro que no estaba definido completamente por su pasado. Un futuro donde podía cargar sus grietas abiertamente, donde podía ser amado a pesar de ellas—o quizá incluso por ellas.

Un futuro con posibilidades.

Con Lucía.

Y aunque todavía no sabía si merecía ese futuro, decidió que al menos valdría la pena intentarlo.

Capítulo 13: El regalo imperfecto



La mañana del 10 de diciembre llegó con un cielo sorprendentemente azul y la promesa de un día frío pero soleado. Lucía se despertó antes de que sonara la alarma, lo cual era extraño en sí mismo. Normalmente tenía que luchar contra el impulso de quedarse en la cama, de esconderse bajo las mantas y posponer el mundo un poco más. Pero últimamente las mañanas se habían vuelto más fáciles. Incluso las anticipaba un poco.

Regó las plantas con su ritual habitual, notando con satisfacción que el cactus de Navidad había florecido completamente. Siete flores fucsia brillaban como pequeños faros de color contra el verde oscuro de las hojas. La peperomia también se veía espléndida, sus hojas brillantes y saludables, tan diferentes de cuando la había traído del vivero de Germán.

—Buenos días, chicas—les dijo, sintiéndose solo moderadamente ridícula—. Hoy es un buen día. Puedo sentirlo.

El sobre rojo llegó exactamente a las ocho y cuarto, deslizándose bajo la puerta con el susurro familiar que ahora asociaba con aventura inminente en lugar de ansiedad. Lucía lo recogió con una sonrisa anticipatoria.

Querida Lucía,

Misión número 10:

Hoy harás un regalo que no se pueda comprar.

Algo hecho a mano. Algo que requiera tiempo, esfuerzo y un poco de tu alma. No tiene que ser perfecto, de hecho, mejor si no lo es. Los regalos imperfectos llevan más amor porque muestran que te importó lo suficiente como para intentarlo.

Elige a alguien que haya hecho algo amable por ti, aunque sea pequeño. Alguien que quizá no espera ser reconocido. Y hazle saber que lo notaste.

A veces los actos más significativos son los que hacemos por las personas que menos lo esperan.

Tienes hasta medianoche.

Con cariño,

P.

PD: Si no sabes dibujar, no importa. Los dibujos de palitos también cuentan.

Lucía leyó la carta sonriendo. Un regalo hecho a mano. Eso era... en realidad bastante dulce. Y la postdata la hizo reír en voz alta porque, efectivamente, sus habilidades artísticas eran cuestionables en el mejor de los casos.

Se preparó café mientras pensaba. ¿Para quién haría el regalo? Tenía que ser alguien que hubiera sido amable con ella, alguien que mereciera reconocimiento. Su mente pasó por las posibilidades: Carla, obviamente, pero Carla ya sabía cuánto la apreciaba. Germán del vivero, quizá. O Val, su nueva amiga bailarina de burlesque.

Pero entonces pensó en Don Julián.

Don Julián vivía en el primer piso de su edificio. Tendría unos setenta años, siempre llevaba una boina gris y olía ligeramente a tabaco de pipa y a aftershave anticuado. Y cada vez, absolutamente cada vez que Lucía llegaba al portal con bolsas de la compra o cargada de libros, él sostenía la puerta del ascensor para ella. Incluso cuando claramente iba con prisa. Incluso cuando ella todavía estaba a varios metros de distancia.

"Pase, pase, jovencita", decía siempre con esa sonrisa amable. Nunca "señorita" ni nada formal. Siempre "jovencita", como si ella tuviera veinte años en lugar de treinta y dos.

Lucía nunca le había agradecido realmente. Solo había murmurado "gracias" apresuradas mientras entraba al ascensor, evitando el contacto visual, ansiosa por llegar a su apartamento y

encerrarse. Pero Don Julián había sido consistentemente amable con ella durante años, pequeños gestos que ella había dado por sentado.

Perfecto. Haría algo para Don Julián.

El problema era qué exactamente.

Lucía no era artista. Había hecho manualidades en el colegio, obviamente, pero eso había sido hace décadas y nunca había sido particularmente buena. Sus manos no eran hábiles para ese tipo de cosas. Pero la carta había dicho que no tenía que ser perfecto. Que los regalos imperfectos llevaban más amor.

Vale. Imperfecto podía hacerlo. Imperfecto era su especialidad.

Se vistió rápidamente y salió hacia la papelería más cercana. Si iba a hacer algo a mano, necesitaba suministros. El dueño de la papelería, un hombre mayor con gafas de culo de vaso, la saludó con entusiasmo cuando entró.

—¡Buenos días! ¿Buscas algo especial?

—Necesito cosas para hacer una tarjeta de Navidad. Cartulina, pinturas, lo que sea. Pero no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, así que quizá puedas aconsejarme.

El hombre se iluminó como si le hubiera pedido que le explicara el sentido de la vida.

—¡Ah! Un proyecto artesanal. Excelente. Ven, te muestro.

Durante los siguientes veinte minutos, el hombre—que insistió en que lo llamara Paco—le mostró más opciones de las que Lucía sabía que existían. Cartulinas de todos los colores imaginables. Pinturas acrílicas, acuarelas, témperas. Pinceles de diferentes tamaños. Rotuladores permanentes. Purpurina. (Dios, tanta purpurina.)

—¿Es para alguien especial?—preguntó Paco mientras Lucía intentaba decidirse entre una cartulina roja o verde.

—Para mi vecino. Un señor mayor que siempre me sostiene el ascensor.

—Ah, qué detalle tan bonito. Los vecinos amables son un tesoro. Coge la verde. El rojo es muy obvio para Navidad. El verde es más sofisticado.

Lucía no estaba segura de que Don Julián apreciara la sofisticación por encima del simbolismo obvio, pero confió en Paco. Al final salió de la papelería con una bolsa llena de suministros: cartulina verde, acuarelas, pinceles, un rotulador dorado, y—porque Paco insistió—un poco de purpurina plateada.

—La purpurina hace que todo sea mejor—había dicho con absoluta seriedad—. Es un hecho científico.

Lucía lo dudaba, pero no iba a discutir con un hombre que claramente vivía y respiraba materiales de arte.

De vuelta en su apartamento, extendió todo sobre la mesa de centro del salón. Las plantas la miraban desde su lugar en la ventana, testigos silenciosos de lo que estaba a punto de ser un desastre artístico.

—No os riáis—les advirtió—. Esto es difícil.

Empezó con la cartulina, doblándola cuidadosamente por la mitad para crear la forma de tarjeta. Ya iba bien. Eso lo había conseguido. El resto... bueno, el resto sería improvisación pura.

Abrió las acuarelas, que venían en una pequeña caja con doce colores. Mojó el pincel en agua y luego en el verde oscuro, intentando pintar... ¿qué? ¿Un árbol de Navidad? ¿Acebo? ¿Una escena invernal?

El pincel tocó el papel y dejó una mancha verde aguada que inmediatamente empezó a sangrar hacia los bordes de forma caótica.

—Mierda.

Lucía intentó controlar la mancha, añadiendo más verde, luego un poco de azul para darle sombra. Pero cada pincelada parecía empeorar las cosas. La mancha creció, adquirió formas extrañas, se convirtió en algo que definitivamente no era un árbol de Navidad. Quizá era una planta alienígena. O un monstruo verde. O simplemente evidencia de su completa falta de talento artístico.

Después de diez minutos de luchar con las acuarelas, Lucía se rindió con esa técnica. Dejó que la mancha verde se secara y decidió trabajar alrededor de ella. Con el rotulador dorado, dibujó pequeñas

estrellas en el cielo sobre la mancha verde. No estaban mal. Un poco temblorosas, pero reconocibles como estrellas.

Luego intentó dibujar un muñeco de nieve en la esquina inferior. Este fue... bueno, fue un intento. Tres círculos de diferentes tamaños, dos palitos para brazos, puntos para ojos y botones. El resultado parecía más un alienígena de tres cabezas que un muñeco de nieve, pero al menos era claro lo que se suponía que era.

—Está bien—se dijo a sí misma en voz alta—. No tiene que ser perfecto. Solo tiene que ser hecho con amor. O con algo parecido al amor. O al menos con esfuerzo genuino.

Añadió algunas campanitas doradas flotando alrededor de las estrellas. Intentó pintar copos de nieve con pintura blanca, pero salieron más como manchas de pasta de dientes. Usó el rotulador plateado para añadir algunos detalles brillantes aquí y allá.

Y entonces, contra todo juicio sensato, añadió la purpurina.

Paco tenía razón. La purpurina sí hacía que todo fuera mejor. O al menos más llamativo. Lucía espolvorea un poco sobre las partes que todavía estaban húmedas de pegamento que había aplicado estratégicamente. El resultado fue... bueno, fue brillante. Muy brillante. Posiblemente demasiado brillante.

Pero también era alegre. Y festivo. Y definitivamente único.

Mientras la portada se secaba, trabajó en el interior. Con su mejor caligrafía—que no era muy buena pero era legible—escribió:

Querido Don Julián,

Solo quería darle las gracias por todos los años de sostenerme el ascensor. Son esos pequeños gestos de amabilidad los que hacen que el mundo sea un poco mejor.

Espero que tenga una feliz Navidad.

Con aprecio,

Lucía (4º piso, 2º puerta)

Simple. Sincero. Sin cursilerías excesivas.

Dejó la tarjeta sobre la mesa para que se secara completamente, observando su creación con una mezcla de orgullo y horror. Era

objetivamente fea. Las proporciones estaban todas mal. Los colores no combinaban particularmente bien. La purpurina era excesiva.

Pero la había hecho ella. Con sus propias manos. Con esfuerzo real. Y eso tenía que contar para algo, ¿no?

Se preparó un sándwich para comer mientras esperaba a que se secara, revisando su móvil. Tenía varios mensajes de Carla:

"Lu, necesito chismorreo. ¿Cómo va todo?"

"¿La app de citas funcionó? ¿Conociste a alguien?"

"¿SIGUES VIVA?"

Lucía sonrió y escribió una respuesta:

"Viva y bien. La cita fue... educativa. El chico era genial pero no hubo química."

La respuesta de Carla fue inmediata:

"Pero hay otra persona, ¿verdad? Lo siento en tus mensajes. Tienes esa vibra de 'hay alguien pero no voy a admitirlo todavía'."

"No hay nadie. Bueno, hay un carpintero. Pero no es nada. Probablemente."

"¿PROBABLEMENTE? Cuenta. Inmediatamente."

"Es complicado. Te cuento más tarde. Ahora estoy haciendo manualidades."

"¿MANUALIDADES? ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga antisocial?"

"Sigo siendo antisocial. Solo estoy siendo antisocial de formas más creativas."

Dejó el móvil y volvió a examinar la tarjeta. Ya estaba seca. Era ahora o nunca.

Se puso el abrigo, cogió la tarjeta con cuidado—la purpurina todavía se caía un poco—y bajó al primer piso. El corazón le latía estúpidamente rápido. Era solo entregar una tarjeta. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Porque era un gesto personal. Porque estaba exponiendo su terrible habilidad artística. Porque estaba abriendo una pequeña puerta de conexión con alguien que hasta ahora había sido solo un vecino anónimo amable.

Tocó el timbre del apartamento de Don Julián. Escuchó pasos lentos acercándose, el sonido de cerraduras abriéndose.

La puerta se abrió y ahí estaba él, con su boina gris habitual y una expresión de curiosidad.

—¿Jovencita? ¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—Hola, Don Julián. No, todo bien. Solo... bueno, quería darle esto.

Extendió la tarjeta. Don Julián la cogió con manos que temblaban ligeramente, probablemente por la edad más que por emoción, y la examinó. Sus ojos recorrieron la portada—la mancha verde, el muñeco de nieve deformado, las estrellas temblorosas, la purpurina excesiva.

Lucía sintió cómo se sonrojaba.

—Sé que es fea. No soy artista. Pero la hice yo misma y quería...

—Es preciosa—interrumpió Don Julián, su voz sorprendentemente emocionada. Abrió la tarjeta y leyó el mensaje interior. Cuando levantó la vista, sus ojos estaban húmedos—. Nadie me había hecho algo así en... no sé cuántos años.

—¿En serio? Pero usted es tan amable con todos...

—Eso no significa que la gente se dé cuenta. O si se dan cuenta, no dicen nada. La mayoría de las veces siento que soy invisible.—Don Julián sonrió, limpiándose discretamente los ojos—. Mi esposa solía hacer tarjetas como esta. Horribles desde el punto de vista artístico pero llenas de amor. Ella murió hace tres años. Echo de menos esas tarjetas horribles.

Lucía sintió un nudo en la garganta.

—Lo siento mucho.

—No, no, no te disculpes. Esto es... esto es maravilloso. De verdad.—Don Julián miró la tarjeta de nuevo, tocando suavemente la purpurina con un dedo—. ¿Sabes? Pensaba que esta Navidad iba a ser muy solitaria. Mi hijo vive en Barcelona y no puede venir. Pero esto... esto me ha alegrado el día más de lo que imaginas.

—Me alegro. Y gracias, Don Julián. Por todos los ascensores. Y por ser amable incluso cuando yo no lo he sido tanto.

—Tú siempre has sido educada, jovencita. Solo un poco cerrada, eso es todo. Pero últimamente te veo diferente. Más... presente, diría yo.

Lucía sonrió.

—Estoy intentándolo.

—Se nota. Y me alegra verlo.

Se despidieron con cálido afecto. Don Julián le dio un abrazo inesperado que olía a tabaco de pipa y aftershave y a algo parecido a la nostalgia. Cuando Lucía volvió a su apartamento, tenía una sonrisa en la cara y algo cálido en el pecho que tardó un momento en identificar.

Satisfacción. Había hecho algo bueno. Algo pequeño pero significativo. Y la reacción de Don Julián había valido cada minuto de lucha artística.

El resto del día pasó tranquilamente. Lucía trabajó en un manuscrito, revisó emails, hizo una carga de lavandería. Cosas normales, mundanas, pero que de alguna forma se sentían más agradables que de costumbre. Como si el mundo se hubiera vuelto un poco más suave, un poco más amable.

Esa noche, mientras preparaba la cena—solo pasta con salsa de tomate, nada elaborado—su móvil sonó. Carla, exigiendo los detalles prometidos.

—Vale—dijo Carla sin preámbulos cuando Lucía contestó—. Cuéntame sobre el carpintero. No me dejes en suspenso.

—No hay mucho que contar. Lo conocí en el mercadillo de la Plaza Mayor. Me vendió una figura de madera. Luego lo vi por casualidad cuando salía de mi cita y me acompañó a casa.

—¿Te acompañó a casa?

—Para asegurarse de que llegara bien. Fue muy caballeroso.

—Lu, eso suena a interés romántico.

—O suena a un tipo siendo educado.

—Los tipos educados no aparecen casualmente donde estás teniendo una cita. A menos que te estén siguiendo, lo cual sería

preocupante. O a menos que estén interesados y estén celosos, lo cual sería romántico.

Lucía no había considerado esa posibilidad. ¿Mateo había estado... celoso? No. Era ridículo. Apenas la conocía.

Excepto que la forma en que la había mirado cuando dijo que su cita no había funcionado... había habido algo en sus ojos. Alivio, quizá.

—No lo sé, Carla. Es complicado.

—Todo es complicado contigo. ¿Él es complicado o tú haces que sea complicado?

—Probablemente yo.

—Okay, pregunta seria: ¿te gusta?

Lucía vaciló. ¿Le gustaba Mateo? Apenas había hablado con él. Dos encuentros breves, algunas palabras intercambiadas, un paseo corto. Pero sí, había algo. Una chispa. Una conexión. Una sensación de reconocimiento mutuo, como si ambos llevaran el mismo tipo de heridas y pudieran verlas en el otro.

—Creo que podría gustarme. Si lo conociera mejor.

—Entonces conócelo mejor. Vuelve al mercadillo. Habla con él. Invítalo a café. Sé valiente.

—He sido valiente este mes más de lo que he sido en años.

—Exacto. Así que un poco más no te va a matar.—Carla hizo una pausa—. Lu, te oigo en la voz. Estás diferente. Más ligera. Más... viva. Y si ese carpintero tiene algo que ver con eso, vale la pena explorarlo.

—¿Y si no es lo que parece? ¿Y si me estoy imaginando cosas?

—Entonces descubrirás que no funciona y seguirás adelante. Pero al menos lo habrás intentado. Y eso ya es más de lo que has hecho en mucho tiempo.

Tenía razón, como siempre. Carla tenía esa molesta habilidad de ver a través de todas las excusas de Lucía y llegar directo al corazón del asunto.

—Está bien—dijo Lucía finalmente—. Iré al mercadillo este fin de semana. Veré si está ahí.

—¡Sí! Esa es mi chica. Y quiero actualizaciones inmediatas. Si pasa algo romántico, quiero saberlo antes de que termines de procesarlo tú misma.

—Trato hecho.

Hablaron durante otra media hora sobre nada y todo—el trabajo de Carla, sus propias aventuras en apps de citas, un chisme sobre un conocido mutuo que se había casado con alguien que conoció en un supermercado. Cosas normales, cotidianas, confortables.

Cuando colgaron, Lucía se sintió agradecida por Carla. Por su persistencia, por su lealtad, por negarse a dejarla esconderse incluso cuando eso era exactamente lo que Lucía quería hacer.

Esa noche, la nota de confirmación llegó como siempre:

Misión cumplida.

Don Julián ha llorado después de que te fuiste. Lágrimas buenas. Hacía tres años que nadie le regalaba algo hecho a mano.

El arte no tiene que ser perfecto para ser significativo. A veces lo imperfecto es más hermoso porque muestra humanidad real. Vulnerabilidad. Esfuerzo genuino.

Tu tarjeta fea era perfecta.

Descansa. Mañana viene algo diferente.

P.

PD: Carla tiene razón. Deberías volver al mercadillo.

Lucía leyó la postdata tres veces, sintiendo una mezcla de sorpresa y algo parecido a la exasperación afectuosa.

Por supuesto que Papá Noel conocía a Carla. Por supuesto que había estado escuchando de alguna forma. Este tipo tenía oídos en todas partes. Era como tener un guardián ángel extremadamente entrometido pero bien intencionado.

Guardó la nota con las demás en su cajón, apagó las luces, y se metió en la cama. La carta de madera tallada con "Esperanza" seguía en su mesita de noche, brillando suavemente bajo la luz de la luna que entraba por la ventana.

Mañana iría al mercadillo. Vería a Mateo. Hablaría con él, realmente hablaría, no solo intercambios breves y educados. Averiguaría si esta chispa que sentía era real o solo su imaginación desesperada por sentir algo después de años de entumecimiento.

La idea la aterraba y la emocionaba en igual medida.

Pero mientras se quedaba dormida, lo último que pensó fue en la expresión de Mateo cuando la había encontrado saliendo del bar. Esa mirada en sus ojos que había sido parte alivio, parte algo más profundo.

Y por primera vez en mucho tiempo, Lucía se permitió pensar que quizá, solo quizá, había alguien ahí fuera que la miraba y veía no solo su dolor o sus paredes defensivas, sino también la posibilidad de algo más.

Algo bueno.

Algo que valía la pena explorar.

Algo como esperanza.

Capítulo 14: Soltar con amor



El sobre rojo llegó temprano, antes de que Lucía hubiera terminado su primer café. Lo recogió del suelo con las manos todavía entumecidas del frío de la mañana, notando que era ligeramente más pesado que los anteriores. Como si las palabras dentro tuvieran más peso.

Se sentó en el sofá, acurrucándose bajo una manta, y abrió el sobre con cuidado. La carta estaba escrita en la misma caligrafía elegante de siempre, pero algo en la forma en que las letras se curvaban le hizo presentir que esta misión sería diferente.

Querida Lucía,

Misión número 11:

Deja una huella. Dona algo que sea realmente importante para ti. No algo que te sobre o que ya no uses. Algo que duela soltar.

A veces el amor significa dejar ir. Significa permitir que las cosas que guardamos como reliquias del pasado encuentren nueva vida, nuevo propósito. Significa confiar en que los recuerdos no viven en los objetos sino en nosotros.

Elige algo que hayas estado guardando, algo que te conecte con alguien que perdiste. Y déjalo ir con amor. Dónalo a alguien que lo necesite más que tú.

Será difícil. Pero necesario.

Tienes hasta la medianoche.

Con cariño,

P.

PD: Llorar está permitido. Recomendado, incluso.

Lucía leyó la carta tres veces, sintiendo cómo algo se apretaba en su pecho con cada lectura. Donar algo importante. Algo que doliera

soltar. Algo conectado con alguien que había perdido.

Solo había una persona que había perdido que importaba tanto. Su madre.

Y solo había una cosa de su madre que había estado guardando durante dieciséis años sin poder siquiera mirarla la mayoría del tiempo.

El abrigo.

Se levantó del sofá como si estuviera en trance, caminó hacia su dormitorio, hacia el armario que raramente abría completamente. Al fondo, envuelto en una funda de plástico que lo protegía del polvo y el tiempo, estaba el abrigo de lana azul oscuro de su madre.

Lucía lo sacó con manos temblorosas, quitó la funda de plástico, y lo sostuvo frente a ella.

Era un abrigo hermoso, de esos que ya no se hacen. Lana de buena calidad, corte clásico, botones grandes de nácar. Su madre lo había comprado en unas rebajas cuando Lucía tenía diez años, emocionada por haber encontrado algo tan elegante a un precio razonable. Lo había usado durante años, en cada ocasión especial, en cada evento importante.

Lo había llevado puesto la noche que murió.

Lucía enterró su rostro en la tela, inhalando profundamente. Después de dieciséis años, no debería quedar ningún rastro del perfume de su madre, ningún eco de su presencia. Y sin embargo, Lucía juraba que todavía podía oler algo. O quizá era solo su imaginación desesperada, su memoria llenando los espacios vacíos con lo que necesitaba que estuviera ahí.

—No puedo—susurró al vacío de su habitación—. No puedo hacer esto.

Pero sabía que tenía que hacerlo. Porque este abrigo no era un tesoro. Era una prisión. Llevaba dieciséis años guardándolo como si guardando la ropa pudiera de alguna forma mantener viva a su madre. Como si soltarlo significara olvidarla, traicionarla, admitir finalmente que se había ido y no volvería.

Pero su madre no vivía en este abrigo. Vivía en los recuerdos de Lucía, en las lecciones que le había enseñado, en la forma en que Lucía se reía igual que ella, en mil pequeños gestos y expresiones que había heredado sin darse cuenta.

Y alguien en algún lugar tenía frío. Alguien necesitaba un abrigo de buena calidad que la mantuviera caliente durante este invierno brutal. Alguien podría usar esto, podría beneficiarse de esto, mientras que Lucía solo lo había dejado colgado en un armario acumulando polvo y dolor.

Se sentó en el borde de la cama, sosteniendo el abrigo en su regazo, y dejó que las lágrimas vinieran. No intentó detenerlas. Lloró por su madre, por los dieciséis años sin ella, por todas las conversaciones que nunca tuvieron, por todos los momentos importantes que su madre se había perdido. Lloró por la adolescente aterrorizada que había sido, por la mujer cerrada en la que se había convertido, por todo el tiempo perdido.

Y lloró porque soltar dolía. Incluso cuando sabías que era lo correcto, incluso cuando sabías que era necesario, dolía de todas formas.

Después de lo que podrían haber sido diez minutos o una hora—el tiempo perdía significado cuando estabas llorando de verdad—Lucía se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y respiró profundo.

—Vale, mamá—dijo en voz alta, sintiendo solo moderadamente ridícula al hablarle a alguien que no estaba—. Voy a hacer esto. Voy a dejar que tu abrigo ayude a alguien. Eso es lo que tú habrías querido, ¿verdad? Tú siempre estabas ayudando a gente. Siempre dabas cosas. Dirías que soy tonta por haber guardado esto durante tanto tiempo.

Podía imaginar la respuesta de su madre, su voz cálida con ese tono de humor afectuoso: "Cariño, es un abrigo. Un abrigo muy bonito, sí, pero un abrigo al fin y al cabo. Yo no estoy en él. Estoy aquí." Y tocaría el pecho de Lucía, justo sobre el corazón.

Lucía se levantó, dobló el abrigo con cuidado—un último acto de reverencia—y lo puso en una bolsa de tela. Luego se duchó, se

vistió, se puso su propio abrigo gris que de repente le pareció inadecuado y gastado, y salió a la calle.

Había buscado en su móvil refugios que aceptaran donaciones de ropa. Había varios en Madrid, pero eligió uno que estaba a media hora en metro, un centro que ayudaba específicamente a mujeres sin hogar. Le parecía apropiado. Su madre siempre había tenido un punto débil por las mujeres en situaciones difíciles, siempre había sido la primera en ofrecer ayuda.

El viaje en metro fue extrañamente tranquilo. Lucía sostenía la bolsa en su regazo, sintiendo el peso del abrigo, y miraba a las otras personas en el vagón. Una mujer con tres niños pequeños que no paraban de moverse. Un hombre mayor leyendo el periódico. Una pareja de adolescentes compartiendo auriculares, sus cabezas juntas, completamente absortos en su propia burbuja.

Todos tenían sus propias historias, sus propias pérdidas, sus propios objetos que guardaban como talismanes contra el olvido. Y todos, de alguna forma, seguían adelante.

El refugio estaba en un edificio antiguo que había sido renovado con cuidado. Tenía un aspecto acogedor a pesar de su propósito serio, con ventanas grandes que dejaban entrar luz natural y plantas en macetas flanqueando la entrada. Lucía empujó la puerta y entró.

La recepción era pequeña pero limpia, con carteles en las paredes sobre servicios disponibles y números de ayuda. Una mujer de unos cincuenta años con pelo corto gris y una sonrisa amable la saludó desde detrás de un escritorio.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Hola. Vengo a donar un abrigo.

—Ah, qué bien. Siempre necesitamos ropa de abrigo, especialmente ahora en invierno. Déjame ver.

Lucía sacó el abrigo de la bolsa, sosteniéndolo un momento más antes de entregarlo. La mujer lo cogió, examinándolo con ojos expertos.

—Oh, esto es de muy buena calidad. ¿Estás segura de que quieres donarlo?

—Sí. Era... era de mi madre. Pero creo que es hora de que alguien más lo use.

La expresión de la mujer se suavizó con comprensión inmediata.

—Entiendo. Eso es muy generoso. Y muy valiente.

—No me siento muy valiente.

—Nunca lo hacemos cuando estamos siendo valientes. Ese es el truco.—La mujer colgó el abrigo cuidadosamente en una percha—. ¿Puedo preguntarte tu nombre? Me gusta poder decirle a las mujeres quién donó las cosas, para que sepan que hay gente ahí fuera que se preocupa por ellas.

—Lucía. Lucía Navarro.

—Gracias, Lucía. Esto va a hacer muy feliz a alguien. Tenemos una mujer que llegó hace dos días. Más o menos tu talla, creo. Ha pasado por tiempos muy difíciles pero está intentando rehacer su vida. Este abrigo... —La mujer sonrió—. Este abrigo le va a quedar perfecto.

Lucía sintió algo apretarse en su garganta de nuevo.

—Me alegro. Mi madre habría querido eso. Ella siempre... siempre ayudaba a la gente. Especialmente a mujeres que lo estaban pasando mal.

—Entonces tu madre era una buena persona. Y claramente te enseñó bien.

Lucía no confiaba en su voz para responder, así que solo asintió. La mujer pareció entender, porque no presionó más. Simplemente le dio las gracias de nuevo, le ofreció un recibo para efectos fiscales que Lucía rechazó educadamente, y la acompañó a la puerta.

Antes de irse, Lucía se giró.

—¿Puedo... puedo pedirle un favor?

—Claro.

—¿Podría decirle a la mujer que reciba el abrigo que... que lo cuide? No tiene que ser nada sentimental ni raro. Solo... que lo cuide.

—Se lo diré. Prometo que va a ir a buenas manos.

Lucía salió del refugio sintiéndose extrañamente ligera. Como si hubiera dejado algo muy pesado en ese edificio, algo que había estado cargando durante demasiado tiempo. Las lágrimas seguían viniendo intermitentemente mientras caminaba hacia el metro, pero eran diferentes ahora. No eran lágrimas de dolor crudo sino de liberación. De dejar ir. De permitirse finalmente soltar algo que había estado aferrando con tanta fuerza que le había dejado marcas.

Se detuvo en una cafetería de camino a casa, necesitando un momento para procesar antes de volver a su apartamento vacío. Pidió un café con leche y se sentó junto a la ventana, mirando a la gente pasar por la calle.

Su móvil vibró. Un mensaje de Carla:

"¿Cómo estás? Tengo un presentimiento raro. ¿Todo bien?"

Carla y sus presentimientos. A veces Lucía estaba convencida de que su amiga era un poco psíquica.

"Acabo de donar el abrigo de mi madre."

Hubo una pausa larga antes de la respuesta. Lucía podía imaginarse a Carla en su oficina, leyendo el mensaje, procesándolo, entendiendo inmediatamente lo significativo que era.

"Lu. Dios. ¿Estás bien?"

"Creo que sí. Dolió. Pero también... se siente bien. Como correcto."

"Estoy muy orgullosa de ti. ¿Necesitas que vaya? Puedo escaparme del trabajo."

"No, estoy bien. De verdad. Solo necesitaba hacerlo."

"¿Fue una de las misiones de tu Papá Noel misterioso?"

"Sí."

"Ese tipo, quienquiera que sea, realmente sabe lo que está haciendo."

"Eso parece."

"¿Sigues pensando en ir al mercadillo mañana?"

Lucía se había olvidado completamente de eso en medio del drama emocional del abrigo. Pero sí, había dicho que iría. Había

decidido buscar a Mateo, hablar con él, ver si esta chispa que sentía era real.

"Sí. Creo que iré."

"Bien. Y Lu... tu madre estaría orgullosa. De lo que estás haciendo. De cómo estás creciendo."

Lucía tuvo que parpadear rápidamente varias veces para contener las lágrimas que amenazaban con volver.

"Gracias, Carla. Por todo. Por no rendirte conmigo."

"Nunca me rendiría contigo, tonta. Eres mi persona."

"Tú también eres mi persona."

"Lo sé. Ahora ve a casa, cuida tus plantas, y prepárate mentalmente para coquetear con un carpintero guapo mañana."

"No voy a coquetear."

"Claro que sí. Y vas a ser terrible en eso porque no has coqueteado en años. Pero eso es parte del encanto."

Lucía se rió a pesar de sí misma, ganándose miradas curiosas de otras personas en la cafetería.

"Eres ridícula."

"Pero me quieres. Hablamos luego. Cuídate."

Lucía se terminó su café y emprendió el camino de vuelta a casa. Las calles de Madrid estaban decoradas con luces navideñas que brillaban incluso durante el día, anticipando la oscuridad temprana del invierno. Había villancicos sonando desde algunas tiendas, gente comprando regalos con expresiones que iban desde la alegría hasta el estrés puro.

Y por primera vez en dieciséis años, Lucía no sintió el impulso de alejarse de todo eso. No le encantaba—probablemente nunca le volvería a encantar la Navidad como cuando era niña—pero podía tolerarlo. Podía incluso encontrar algo de belleza en ello, algo de valor en la forma en que la gente se esforzaba por crear alegría en medio del mes más oscuro del año.

Cuando llegó a casa, las plantas la saludaron como siempre. El cactus de Navidad estaba completamente florecido ahora, una

explosión de color fucsia contra el verde. La peperomia se veía robusta y saludable, sus hojas brillando bajo la luz de la ventana.

—He hecho algo difícil hoy—les dijo mientras las regaba—. Dejé ir algo importante. Y dolió. Pero también me hizo sentir... libre. Como si finalmente pudiera respirar completamente después de años de respirar solo a medias.

Las plantas, obviamente, no respondieron. Pero Lucía encontraba consuelo en hablarles de todas formas. Era como terapia gratuita, excepto que la terapeuta era una planta suculenta que ocasionalmente florecía.

Se preparó la cena—sopa de verduras del día anterior recalentada—y se sentó en el sofá con su portátil. Tenía trabajo que hacer, manuscritos que revisar, pero le costaba concentrarse. Su mente seguía volviendo al abrigo, a cómo se había sentido entregarlo, a la expresión de la mujer en el refugio cuando había dicho que iba a hacer muy feliz a alguien.

Su madre habría aprobado. De eso Lucía estaba segura. Su madre siempre había creído en dar, en compartir, en la idea de que las cosas eran solo cosas y que lo que realmente importaba era cómo tratábamos a las personas.

"Las cosas materiales vienen y van," solía decir. "Pero la bondad deja una huella que dura para siempre."

Dejar una huella. Eso era lo que la misión había pedido. Y Lucía había dejado una, había donado algo que significaba mucho para ella con la esperanza de que ayudara a alguien más. Era una huella pequeña en el gran esquema del universo, pero era suya. Y era real.

Esa noche, la nota de confirmación llegó como siempre:

Misión cumplida.

Sé lo difícil que fue. Sé cuánto tiempo has guardado ese abrigo, cuánto significaba para ti. Pero lo hiciste. Y la mujer que lo recibió—se llama Patricia, por cierto—lloró cuando se lo probó. Dijo que era el regalo más bonito que había recibido en años.

Tu madre estaría orgullosa. Y no solo por donar el abrigo. Estaría orgullosa de quién te estás convirtiendo. De cómo estás permitiéndote sentir de nuevo, vivir de nuevo, conectar de nuevo.

Los objetos no contienen a las personas que amamos. Los recuerdos sí. Y esos nadie te los puede quitar.

Descansa. Lo has ganado.

P.

PD: Mañana es sábado. El mercadillo estará hasta tarde. Solo digo.

Lucía leyó la nota varias veces, sintiendo algo cálido expandirse en su pecho. Patricia. La mujer tenía nombre ahora. No era solo una abstracta "alguien" sino una persona real con una historia real que estaba intentando rehacer su vida.

Y el abrigo de su madre la estaba ayudando a hacerlo.

Había algo perfectamente simétrico en eso. Su madre, que había pasado su vida ayudando a otros, seguía ayudando incluso después de muerta. A través de Lucía, a través de este acto de soltar con amor, su bondad continuaba resonando.

Guardó la nota con las demás y se preparó para dormir. Pero antes de apagar la luz, hizo algo que no había planeado. Algo impulsivo que la sorprendió a sí misma.

Abrió los mensajes en su móvil y buscó el nombre de Mateo. Había guardado su número el día que le había enviado ese mensaje agradeciéndole por acompañarla a casa. Y ahora, con los dedos temblando ligeramente, escribió:

"Hola, Mateo. Soy Lucía. Estaba pensando en pasar por el mercadillo mañana. ¿Estarás ahí?"

Presionó enviar antes de poder arrepentirse. Y entonces se quedó mirando la pantalla como una adolescente esperando respuesta de su crush, sintiendo una mezcla de anticipación y terror.

El móvil vibró casi inmediatamente. Él había respondido:

"Hola, Lucía. Sí, estaré ahí todo el día. Sería bueno verte."

Sencillo. Sin complicaciones. Sin presión.

Y sin embargo, Lucía sintió cómo su corazón latía un poco más rápido.

"Bien. Nos vemos mañana entonces."

"Hasta mañana."

Dejó el móvil sobre la mesita de noche y se quedó mirando el techo en la oscuridad. Mañana iría al mercadillo. Vería a Mateo. Hablaría con él, realmente hablaría, no solo conversaciones breves y superficiales. Averiguaría si esta conexión que sentía era real o solo su imaginación proyectando lo que quería ver.

La idea la aterraba. Pero también la emocionaba de una forma que no había experimentado en años.

Porque esto era vivir realmente. No solo existir, no solo sobrevivir día a día, sino tomar riesgos, abrirse a posibilidades, permitirse querer cosas incluso cuando no había garantía de conseguirlas.

Su madre le había enseñado eso, aunque Lucía lo había olvidado durante mucho tiempo. "La vida sin riesgo es vida sin recompensa," solía decir. "A veces tienes que saltar sin saber exactamente dónde vas a aterrizar. Confía en que tus alas aparecerán en el camino."

Lucía no estaba segura de tener alas. Pero estaba dispuesta a saltar de todas formas.

Y mientras se quedaba dormida, con la carta de madera tallada todavía en su mesita de noche y las plantas respirando suavemente en el salón, Lucía soñó con abrigos azules que volaban como pájaros, con carpinteros que tallaban esperanza en madera, y con versiones de sí misma que no reconocía del todo pero que le gustaba cada vez más.

Versiones que reían más fácilmente.

Que lloraban sin vergüenza.

Que se permitían sentir sin miedo a romperse completamente.

Y mañana, enfrentaría lo que viniera.

Con todo el coraje que había estado cultivando, una misión a la vez.

Capítulo 15: El carpintero nervioso



Mateo había revisado su puesto tres veces esa mañana.

Había reorganizado las figuras de madera, asegurándose de que cada pieza estuviera en su mejor ángulo, capturando la luz del sol invernal de forma que resaltara las vetas naturales de la madera. Había limpiado el polvo inexistente del paño de lino que cubría la mesa. Había ajustado el cartel con sus precios dos veces, aunque los números no habían cambiado mágicamente desde la última vez que los había mirado.

Estaba actuando como un idiota. Lo sabía. Pero no podía evitarlo.

Lucía había dicho que vendría. Había enviado ese mensaje la noche anterior—un mensaje simple, casual, que probablemente no significaba nada más allá de una visita educada al mercadillo. Pero Mateo había leído ese mensaje aproximadamente cincuenta veces, analizando cada palabra como si contuviera secretos ocultos.

"Estaba pensando en pasar por el mercadillo mañana."

¿"Pensando"? ¿Eso significaba que todavía no estaba segura? ¿O era solo una forma casual de decir algo que ya había decidido?

"¿Estarás ahí?"

Por supuesto que estaría ahí. Estaba ahí todos los sábados y domingos hasta Nochebuena. Pero el hecho de que hubiera preguntado... ¿significaba que quería verlo específicamente? ¿O solo estaba confirmando antes de hacer el viaje?

Mateo se pasó una mano por el pelo, consciente de que probablemente lo estaba dejando más despeinado de lo normal. Había intentado arreglarse esta mañana, más de lo habitual. Se había duchado dos veces porque la primera vez se había dado cuenta de que había usado el champú equivocado. Se había afeitado con más cuidado, dejando solo la barba de varios días que había

empezado a mantener porque... bueno, porque Lucía lo había visto así la primera vez y no quería cambiar demasiado su apariencia.

Se había puesto su mejor suéter—uno de lana gris oscuro que Raquel le había regalado años atrás, antes de que todo se derrumbara. Normalmente evitaba usar cosas que ella le había dado, pero era su suéter más presentable y hoy necesitaba estar presentable.

Porque Lucía vendría.

Posiblemente.

Si no cambiaba de opinión.

—Estás nervioso—dijo una voz a su lado.

Mateo giró la cabeza para encontrar a Carmen, la mujer que vendía velas artesanales en el puesto contiguo, mirándolo con una sonrisa conocedora. Tenía unos sesenta años, pelo canoso recogido en un moño desordenado, y ese tipo de sabiduría que viene de haber vivido suficiente como para reconocer todos los tipos de nerviosismo humano.

—No estoy nervioso—mintió Mateo.

—Claro que no. Por eso has reorganizado tu puesto tres veces y llevas mirando hacia la entrada cada treinta segundos durante la última hora.

Mateo abrió la boca para protestar, luego la cerró. No tenía sentido mentirle a Carmen. Era como intentar mentirle a una vidente.

—Vale. Quizá un poco nervioso.

—¿Es por esa chica que vino hace unos días? ¿La que compró la carta de esperanza?

¿Cómo demonios había notado Carmen eso? Mateo había pensado que había sido discreto.

—¿Tan obvio fue?

—Cariño, la miraste como si fuera la única persona en toda la plaza. Y luego pasaste los siguientes tres días tallando con una sonrisa tonta en la cara. No eres exactamente sutil.

Mateo sintió cómo se le subían los colores. A sus treinta y cinco años, todavía podía sonrojarse como un adolescente. Era embarazoso.

—Ella dijo que vendría hoy. Quizá. Posiblemente.

—¿Y estás aterrado?

—Completamente.

Carmen se rió, una risa cálida que no contenía burla sino afecto genuino.

—Eso es bueno. Significa que te importa. ¿Cuánto hace que no te importa alguien así?

Mateo no tuvo que pensar la respuesta.

—Siete años.

La expresión de Carmen se suavizó.

—Tu hija.

No era una pregunta. Carmen era uno de los pocos vendedores del mercadillo que conocía su historia, que sabía por qué tallaba juguetes cada diciembre, que entendía el peso que llevaba. Habían compartido muchas conversaciones durante los fríos días de invierno, cuando los clientes eran escasos y el tiempo pasaba lentamente.

—Y mi ex esposa—añadió Mateo—. Después de que Emma murió, dejé de permitirme... sentir cosas por nadie. Parecía más seguro así.

—Pero ahora esta chica ha aparecido y te ha recordado que todavía tienes corazón.

—Algo así. Aunque "aparecido" no es exactamente correcto. Yo la busqué. Yo empecé todo esto. Y ahora no sé cómo... —Se detuvo, consciente de que estaba al borde de confesar demasiado.

Carmen lo miró con esos ojos que veían demasiado.

—Tienes que decirle la verdad, lo sabes.

—Lo sé.

—Y la vas a cagar si esperas demasiado. Las mujeres no aprecian los secretos grandes. Especialmente las mujeres inteligentes, y esa chica se ve inteligente.

—Es muy inteligente. Y probablemente me va a odiar cuando descubra lo que he hecho.

—O quizá te va a entender. Dale algo de crédito. Y date algo de crédito a ti mismo. Tus intenciones eran buenas.

—El camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

—También está pavimentado de cobardía y oportunidades perdidas—replicó Carmen—. Prefiero ir al infierno por intentarlo que por no hacer nada.

Mateo estaba a punto de responder cuando vio una figura familiar entrando a la plaza.

Lucía.

Su corazón hizo algo estúpido en su pecho, un salto seguido de un ritmo acelerado que le hizo preguntarse si era posible tener un ataque cardíaco por puro nerviosismo.

Llevaba su abrigo gris habitual, pero algo en ella se veía diferente. Más ligera, quizá. Caminaba con la cabeza alta, mirando a su alrededor en lugar de mantener la vista en el suelo. Su pelo caía suelto sobre sus hombros, moviéndose ligeramente con la brisa fría.

Era hermosa. Siempre lo había sido, pero hoy había algo en su expresión, algo en la forma en que se movía, que la hacía especialmente radiante.

—Esa es ella—dijo Carmen, más una afirmación que una pregunta.

—Sí.

—Respira. Y por el amor de Dios, no se te ocurra decir algo estúpido.

—No prometo nada.

Carmen se rió y volvió a su propio puesto, pero Mateo podía sentir que seguía vigilando, probablemente disfrutando del espectáculo inminente de él haciendo el ridículo.

Lucía todavía no lo había visto. Estaba mirando un puesto de adornos de cristal, tocando una bola navideña que capturaba la luz del sol en fragmentos de arcoíris. Mateo tuvo un momento para observarla sin ser observado, para memorizar cada detalle: la forma

en que fruncía ligeramente el ceño mientras examinaba los adornos, cómo sus dedos tocaban las cosas con cuidado, como si tuviera miedo de romperlas.

Y entonces ella giró la cabeza y sus ojos se encontraron.

Mateo vio el momento exacto en que lo reconoció. Sus ojos se abrieron ligeramente, una sonrisa pequeña apareció en sus labios, y empezó a caminar hacia su puesto.

No la cagues, se ordenó a sí mismo. *Solo sé normal. Amigable. No menciones las cartas. No confieses nada. Solo... sé tú mismo.*

El problema era que no estaba seguro de quién era él mismo cuando estaba cerca de ella.

—Hola—dijo Lucía cuando llegó a su puesto, y su voz sonaba ligeramente sin aliento, como si hubiera caminado más rápido de lo previsto.

—Hola—respondió Mateo, y para su horror su voz salió medio octava más alta de lo normal. Se aclaró la garganta—. Viniste.

—Dije que vendría.

—Sí, pero la gente dice muchas cosas. No siempre las hace.

Lucía inclinó la cabeza, estudiándolo con una expresión que Mateo no supo interpretar.

—¿Tú dices cosas que no haces?

Constantemente, quiso responder. *Te digo que soy solo un carpintero cuando en realidad soy tu Papá Noel secreto. Te digo que nos encontramos por casualidad cuando en realidad te he estado siguiendo. Te digo que apenas te conozco cuando en realidad probablemente te conozco mejor que la mayoría de la gente en tu vida.*

—Intento no hacerlo—dijo en cambio—. ¿Cómo estás?

—Bien. He tenido una semana... interesante.

Mateo sabía exactamente qué tan interesante había sido su semana. Sabía sobre la cita con Adrián, sobre Don Julián y la tarjeta hecha a mano, sobre el abrigo de su madre. Lo sabía todo y no podía admitir que sabía nada.

—¿Interesante de forma buena?

—Mayormente. Difícil a veces, pero bueno.—Lucía miró las figuras en su mesa—. Has hecho cosas nuevas desde la última vez que estuve aquí.

Mateo siguió su mirada. Había varias piezas nuevas, incluyendo un búho tallado con plumas tan detalladas que parecían reales, y un pequeño corazón de madera con grietas visibles pero bellamente trabajadas.

—Sí, siempre estoy tallando. Me mantiene... ocupado.

Lucía extendió la mano hacia el corazón, luego vaciló.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

Ella cogió el corazón con cuidado, girándolo entre sus dedos. Mateo observó su rostro mientras lo examinaba, viendo cómo sus dedos trazaban las grietas talladas, cómo fruncía ligeramente el ceño como si estuviera pensando en algo profundo.

—Es hermoso—dijo finalmente—. Triste, pero hermoso.

—A veces las dos cosas pueden ser ciertas al mismo tiempo.

Lucía levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de él, y por un momento Mateo olvidó cómo respirar. Había algo en su expresión, algo abierto y vulnerable, que lo hacía querer confesar todo, arrodillarse ahí mismo en medio del mercadillo y contarle cada verdad que había estado ocultando.

Soy yo. He sido yo todo el tiempo. Y sé que es raro y probablemente espeluznante, pero lo hice porque vi algo en ti que reconocí en mí mismo. Y en algún punto dejó de ser sobre ayudarte y se convirtió en querer conocerte. En necesitar conocerte. En...

—¿Mateo? ¿Estás bien?

Mateo parpadeó, dándose cuenta de que había estado mirándola sin decir nada durante demasiado tiempo.

—Sí. Sí, lo siento. Solo... ¿quieres el corazón?

Suave, idiota. Muy suave.

Lucía sonrió, y no había forma de que pudiera saber cómo esa sonrisa lo atravesaba como una flecha.

—¿Cuánto cuesta?

—Para ti, nada.

—No puedo aceptar eso.

—Claro que puedes. Considéralo un... —¿Un qué? ¿Un regalo? ¿Una disculpa anticipada por toda la manipulación? ¿Una declaración romántica encubierta?— Un regalo de un amigo.

—¿Somos amigos?

La pregunta lo tomó desprevenido. Había algo en la forma en que lo dijo, casual pero con un filo de algo más, que hizo que Mateo tuviera que elegir sus palabras con cuidado.

—Me gustaría serlo. Si tú quieres.

—Me gustaría eso también.

Lucía devolvió el corazón a la mesa, y en el proceso sus dedos rozaron los de Mateo. Fue un contacto breve, probablemente accidental, pero Mateo sintió cada punto de contacto como si estuviera marcado con fuego.

Y entonces, porque aparentemente el universo había decidido que hoy era el día de humillarlo completamente, su codo golpeó una pequeña figura de un zorro que había estado equilibrada en el borde de la mesa.

El zorro salió volando, Mateo intentó atraparlo, falló espectacularmente, y en el proceso derribó dos búhos más y el corazón que acababa de mostrarle a Lucía.

Las figuras cayeron al suelo con una serie de golpes que sonaron ensordecedores en el mercadillo relativamente tranquilo.

—Mierda—masculló Mateo, agachándose rápidamente para recogerlas.

Lucía se agachó al mismo tiempo, y sus cabezas casi chocaron. Ambos se echaron hacia atrás, rieron nerviosamente, y luego empezaron a recoger las figuras juntos.

—Lo siento—dijo Mateo—. Normalmente no soy tan torpe.

—No te preocupes. Yo rompí una taza esta mañana porque estaba nerviosa.

Mateo levantó la vista, sus rostros ahora a solo centímetros de distancia mientras ambos seguían agachados recogiendo figuras de

madera.

—¿Nerviosa por qué?

Lucía se sonrojó ligeramente, una mancha rosa apareciendo en sus mejillas que Mateo encontró absolutamente adorable.

—Por venir aquí. Por verte.

—¿Por qué venirme a ver te pondría nerviosa?

—Porque no hago esto normalmente. No... busco gente. No inicio cosas. Generalmente evito cualquier situación que requiera vulnerabilidad social.

Mateo sonrió a pesar de su propio nerviosismo.

—Bueno, te diré un secreto. Yo también estoy nervioso. He reorganizado mi puesto tres veces esta mañana. Carmen ha estado burlándose de mí durante la última hora.

—¿Carmen?

—La vendedora de velas de al lado. Tiene un radar para detectar patetismo romántico.

Lucía se rió, una risa genuina que hizo que algo en el pecho de Mateo se expandiera dolorosamente.

—¿Patetismo romántico?

—Es un término técnico.

Terminaron de recoger las figuras y se levantaron, ambos todavía sonriendo como idiotas. Mateo revisó cada pieza para asegurarse de que no hubiera daños. Milagrosamente, todas estaban intactas.

—Madera dura—explicó—. Hago las figuras resistentes específicamente porque sé que soy un desastre.

—Eso es planificación inteligente.

—He aprendido de experiencias pasadas traumáticas.

Hubo un momento de silencio cómodo mientras Mateo recolocaba las figuras en la mesa. Podía sentir a Lucía observándolo, y tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no ponerse más nervioso bajo su mirada.

—¿Vives lejos de aquí?—preguntó ella finalmente.

—En Rascafría. En la sierra. Es un viaje de una hora más o menos.

—¿Haces ese viaje todos los días?

—Los fines de semana durante diciembre, sí. El resto del año trabajo principalmente en el taller.

—¿Haciendo qué?

—Muebles principalmente. Reparaciones. Cosas personalizadas para gente del pueblo. Los juguetes y las figuras son más... un proyecto personal.

—¿Por qué juguetes?

Mateo vaciló. Esta era una pregunta que lo acercaba peligrosamente a territorio personal, a verdades que no había compartido con nadie excepto con personas muy cercanas.

—Tenía una hija—dijo finalmente, decidiendo que al menos esta verdad podía compartir—. Emma. Murió hace siete años. Tenía cinco. Y yo... le había prometido un juguete de madera para Navidad. Un caballo. Nunca lo terminé a tiempo.

Vio cómo la expresión de Lucía cambiaba, cómo la sorpresa se transformaba en comprensión y luego en algo parecido a la empatía dolorosa.

—Mateo, lo siento mucho.

—Después de que murió, estuve... perdido durante mucho tiempo. Hasta que alguien me envió una carta. Una carta anónima que me pedía que terminara el caballo. Que se lo diera a alguien que lo necesitara. Que siguiera creando en su memoria.—La voz le temblaba ligeramente—. Y lo hice. Y de alguna forma eso me ayudó a seguir adelante. Así que ahora, cada diciembre, hago juguetes. Los vendo, los dono. Es mi forma de... no sé. ¿Honrarla? ¿Redimirme? Probablemente ambas cosas.

Lucía tenía lágrimas en los ojos. Extendió la mano y, sin decir nada, la puso sobre la de Mateo donde descansaba en la mesa.

—Ella estaría orgullosa de ti.

Mateo tuvo que tragar el nudo en su garganta.

—Espero que sí.

Se quedaron así durante un momento, la mano de ella sobre la de él, dos desconocidos que no eran realmente desconocidos, compartiendo dolor silencioso en medio de un mercadillo navideño ruidoso.

Y Mateo quiso decirle todo. Quiso confesar que sabía sobre su madre, que entendía exactamente el tipo de pérdida que ella llevaba porque él llevaba la suya propia. Quiso decirle que las cartas, las misiones, todo había sido diseñado para ayudarla a sanar de la misma forma en que él había sido ayudado.

Pero no podía. No aquí. No ahora. No cuando finalmente estaban conectando como personas reales, sin los trucos y las manipulaciones.

—Mi madre murió hace dieciséis años—dijo Lucía suavemente—. En diciembre también. Justo antes de Navidad. Por eso odio este mes. O solía odiarlo. Últimamente... ha sido más fácil.

—¿Qué ha cambiado?

Lucía lo miró con una expresión que Mateo no pudo descifrar completamente.

—Alguien me ha estado empujando a hacer cosas. A salir de mi zona de confort. A recordar que hay más en la vida que solo dolor y ausencia.

Ese alguien soy yo, quiso gritar Mateo. *He sido yo todo el tiempo, intentando darte lo que me fue dado a mí: una razón para seguir adelante, un día a la vez.*

—Suena como un buen alguien—dijo en cambio.

—No sé quién es. Es anónimo. Pero sí, es bueno. Incluso cuando las tareas son difíciles. Especialmente cuando son difíciles.

—A veces necesitamos que alguien nos empuje. Que crea en nosotros incluso cuando no creemos en nosotros mismos.

Lucía asintió, y Mateo vio algo en sus ojos, alguna sospecha o pregunta no formulada, que lo hizo contener la respiración. ¿Sabía? ¿Había adivinado?

Pero el momento pasó. Un cliente se acercó al puesto, interesado en uno de los juguetes, y Mateo tuvo que atenderlo. Lucía se quedó

cerca, mirando las otras figuras, tocando ocasionalmente una con dedos suaves y reverentes.

Después de que el cliente se fue—habiendo comprado un tren de madera para su nieto—Lucía miró su reloj.

—Debería irme. Tengo trabajo que terminar.

Mateo sintió una punzada de decepción desproporcionada.

—Claro. Gracias por venir.

—Gracias por el corazón.—Lucía lo cogió de la mesa, sosteniéndolo con cuidado—. Lo guardaré con la carta.

—¿La carta de esperanza?

—Sí. La tengo en mi mesita de noche. La miro cada noche.

Mateo sintió algo expandirse en su pecho, cálido y doloroso.

—Me alegra que signifique algo para ti.

—Significa mucho.—Lucía vaciló, como si estuviera debatiendo algo internamente—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Te gustaría tomar café alguna vez? Fuera del mercadillo, quiero decir. Como amigos.

Como amigos. Las palabras deberían haberlo decepcionado, pero en lugar de eso se sintió flotar.

—Me encantaría.

—¿Tienes mi número?

—Sí. Del mensaje de anoche.

—Bien. Escríbeme cuando tengas tiempo libre. Organizaremos algo.

—Lo haré.

Lucía sonrió, una sonrisa que era tímida y valiente al mismo tiempo, y Mateo sintió que se enamoraba un poco más de ella, lo cual era un problema porque ya estaba demasiado enamorado para su propio bien.

—Hasta pronto, Mateo.

—Hasta pronto, Lucía.

La vio alejarse, caminando entre los puestos del mercadillo hasta que desapareció entre la multitud. Y solo entonces Mateo se permitió soltar el aliento que había estado conteniendo.

—Bueno, eso fue adorable—dijo Carmen desde su puesto—. Torpe, pero adorable.

—Cállate—respondió Mateo sin malicia.

—Le gustas. Es obvio.

—Es complicado.

—Todo es complicado. Pero ella vino. Te buscó. Eso significa algo.

Significaba algo. Significaba que Mateo tenía que decidir pronto cuándo y cómo iba a decirle la verdad. Porque cada día que pasaba, cada conversación que tenían, hacía que mantener el secreto fuera más difícil y más traicionero.

Pero hoy... hoy había sido perfecto en su imperfección. Había sido real. Dos personas rotas compartiendo sus heridas, conectando sobre pérdidas similares, permitiéndose ser vulnerables.

Y Mateo sabía, con una certeza que era a la vez aterradora y liberadora, que fuera lo que fuera que pasara después, fuera cual fuera la reacción de Lucía cuando descubriera la verdad, este momento había valido la pena.

Porque por primera vez en siete años, se había permitido sentir algo real por alguien.

Y eso, independientemente de cómo terminara, era su propio tipo de magia navideña.

Capítulo 16: El perdón silencioso



Lucía se despertó el domingo con una sensación extraña en el pecho. No era mala exactamente, pero tampoco era completamente cómoda. Era algo entre anticipación y aprensión, como estar al borde de un precipicio sin saber si vas a saltar o a retroceder.

La visita al mercadillo de ayer seguía dándole vueltas en la cabeza. Mateo. Su sonrisa tímida. La forma en que se le había caído todo cuando sus dedos se habían rozado. Cómo le había hablado de su hija con esa mezcla de dolor y amor que Lucía reconocía demasiado bien. Y al final, ella—ella, Lucía Navarro, que llevaba años evitando cualquier tipo de conexión social—le había pedido quedar para café.

¿Quién era esta persona en la que se estaba convirtiendo?

Las plantas la saludaron con su silencio habitual. El cactus de Navidad estaba en pleno esplendor, las flores fucsias brillando como pequeñas victorias vegetales. Lucía las regó con su ritual matutino, hablándoles en voz baja sobre el día anterior, sobre Mateo y sus manos callosas y sus ojos tristes que de alguna forma conseguían sonreír de todas formas.

—Creo que me gusta—les confesó a las plantas—. Y eso me aterra. Porque no sé cómo hacer esto. No sé cómo ser normal con alguien que me importa.

Las plantas, como siempre, guardaron sus opiniones para sí mismas.

El sobre rojo llegó exactamente a las ocho y cuarto. Lucía lo recogió con las manos que ya no temblaban por nerviosismo sino por algo más parecido a la expectación. Cada carta era un desafío, sí, pero también era una oportunidad de seguir creciendo, de seguir rompiendo los muros que había construido tan meticulosamente durante años.

Se sentó en el sofá con su café y abrió el sobre.

Querida Lucía,

Misión número 12:

Perdona a alguien que no te lo ha pedido.

Esta es quizá la más difícil hasta ahora. Porque perdonar a alguien que te ha herido y que ni siquiera ha reconocido el daño requiere una fortaleza especial. Requiere soltar el derecho a tu rabia, a tu resentimiento justificado. Requiere decidir que tu paz es más importante que tener razón.

Sabes a quién necesitas perdonar. Ha estado en tu mente desde que empezamos este viaje, aunque no quieras admitirlo.

Escríbele. Dile cómo te sentiste. Dile cómo te sientes ahora. Y luego, suéltalo. No por él. Por ti.

No tienes que enviar la carta si no quieres. Pero tienes que escribirla.

Tienes hasta medianoche.

Con cariño,

P.

PD: El perdón no significa olvidar. Significa dejar de cargar el peso de lo que pasó.

Lucía leyó la carta dos veces, sintiendo cómo algo se enroscaba en su estómago. Sabía exactamente a quién se refería. No necesitaba que se lo aclararan.

Su padre.

Miguel Navarro. El hombre que había sido su héroe cuando era niña, que la había subido a sus hombros en festivales, que le había enseñado a montar en bicicleta, que había leído cuentos con voces tontas hasta que ella se quedaba dormida.

El mismo hombre que se había desmoronado completamente después de la muerte de su esposa. Que había dejado de ser padre porque no podía soportar mirar a Lucía sin ver a su madre. Que se había encerrado en sí mismo tan completamente que Lucía, a los

dieciséis años, había tenido que aprender a sobrevivir emocionalmente sola.

No habían hablado desde hacía tres años. La última conversación había sido en el cumpleaños de Lucía, cuando él había llamado con la voz pastosa del whisky y le había dicho entre sollozos que lo sentía, que era un mal padre, que no sabía cómo arreglar lo que había roto. Lucía le había dicho que no quería oír sus disculpas borrachas, que era demasiado tarde, y había colgado.

Desde entonces, silencio.

Y ahora se suponía que debía perdonarlo. Escribirle. Dejarle saber que... ¿qué exactamente? ¿Que estaba bien que la hubiera abandonado emocionalmente cuando más lo necesitaba? ¿Que entendía que su dolor había sido mayor que su capacidad de ser padre?

Lucía se levantó del sofá bruscamente, sintiendo la rabia familiar trepar por su garganta. Esta misión era injusta. Era pedir demasiado. Las otras habían sido difíciles, sí, pero esto... esto era diferente.

Caminó en círculos por el salón durante veinte minutos, discutiendo con la carta, con Papá Noel, consigo misma. Consideró ignorar esta misión. Dejar que el trato se rompiera. Ya había hecho suficiente, ¿no? Ya había crecido suficiente. No tenía que perdonar a nadie si no quería.

Pero incluso mientras pensaba eso, sabía que era mentira. Sabía que parte de ella quería hacer esto, necesitaba hacer esto. Porque llevar esta rabia, este resentimiento, durante todos estos años había sido agotador. Y aunque su padre no merecía su perdón, ella merecía su paz.

Se obligó a sentarse en el escritorio, abrió su portátil, y creó un documento nuevo. El cursor parpadeaba en la pantalla blanca, acusador, esperando.

Lucía puso las manos sobre el teclado y comenzó a escribir.

Papá,

No sé si leerás esto. No sé si debería enviarlo. Pero alguien me ha dicho que necesito escribirlo, así que aquí

estoy, intentándolo.

Se detuvo, borrando las últimas dos líneas. Demasiado débil. Demasiado vacilante. Empezó de nuevo.

Papá,

Han pasado tres años desde que hablamos. Dieciséis desde que mamá murió. Y creo que es hora de que finalmente diga las cosas que he estado guardando durante todo este tiempo.

Estoy enfadada contigo. He estado enfadada durante años. Porque cuando mamá murió, yo también perdí a mi padre. Sé que estabas sufriendo. Sé que tu dolor era inmenso. Pero yo también estaba sufriendo. Tenía dieciséis años y acababa de perder a mi madre, y te necesitaba. Necesitaba que me dijeras que todo iba a estar bien, incluso si era mentira. Necesitaba que me abrazaras. Necesitaba que siguieras siendo mi padre.

Pero te fuiste. No físicamente al principio, pero emocionalmente desapareciste. Te encerraste en tu habitación durante días. Empezaste a beber. Dejaste de ir a trabajar. Y yo me quedé sola, intentando mantener la casa funcionando, intentando terminar el instituto, intentando sobrevivir al dolor más grande que había experimentado nunca sin ningún apoyo.

Las lágrimas empezaron a caer, manchando el teclado. Lucía las limpió con impaciencia y siguió escribiendo.

Me dijiste una vez, años después, que no podías mirarme sin ver a mamá. Que cada vez que me mirabas, veías sus ojos, su sonrisa, y que dolía demasiado. Y lo entendí. De verdad lo entendí. Pero también me dolió más de lo que puedo expresar. Porque significaba que elegiste tu dolor sobre tu hija. Elegiste escapar en lugar de quedarte. Elegiste el alcohol y el aislamiento en lugar de intentar sanar juntos.

Te he culpado durante mucho tiempo. Te he odiado incluso. Y sé que no es justo porque tú también eres víctima

de lo que pasó. Pero yo era una niña, papá. Era tu hija. Y merecía mejor.

Lucía tuvo que parar, abrumada por la emoción. Se levantó, fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua que bebió de un trago. Se lavó la cara con agua fría. Respiró profundamente hasta que sintió que podía continuar.

Volvió al escritorio y siguió.

Pero también he aprendido algo durante estos años. He aprendido que aferrarse a la rabia es como beber veneno y esperar que la otra persona muera. He aprendido que puedo estar enfadada contigo y simultáneamente entender que hiciste lo mejor que pudiste con las herramientas que tenías. He aprendido que perdonar no significa olvidar o excusar. Significa dejar de cargar el peso.

Así que esto es lo que quiero decirte: te perdono. No porque lo merezcas. No porque me lo hayas pedido. Ni siquiera porque creo que cambiarás o que intentarás arreglar lo que rompimos. Te perdono porque necesito hacerlo. Por mí. Porque seguir cargando esto me está impidiendo ser la persona que quiero ser.

Te perdono por no poder ser el padre que necesitaba después de que mamá murió. Te perdono por elegir tu dolor sobre el mío. Te perdono por todas las veces que te necesité y no estuviste ahí. Te perdono por hacerme sentir que era más fácil amarme cuando mamá estaba viva para recordarte cómo hacerlo.

Y también quiero decir gracias. Porque antes de que mamá muriera, fuiste un buen padre. Me enseñaste cosas importantes. Me hiciste sentir amada. Me diste recuerdos felices que he guardado incluso en los momentos más oscuros. Eso cuenta para algo. Eso siempre contará para algo.

No sé qué pasa después de esto. No sé si alguna vez tendremos una relación de nuevo. Honestamente, no sé si

quiero intentarlo. Pero sí sé que no quiero seguir enfadada. No quiero que lo último que nos defina sea rabia y silencio.

Así que te suelto, papá. Te suelto con amor por lo que fuiste y con perdón por lo que no pudiste ser. Y espero que tú también encuentres alguna forma de soltar el dolor que has estado cargando durante todos estos años. Espero que encuentres paz. Espero que encuentres una forma de perdonarte a ti mismo.

Y espero que, aunque sea de lejos, aunque nuestros caminos nunca vuelvan a cruzarse, puedas estar orgulloso de la persona en la que me he convertido. Porque yo he tenido que aprender a estarlo sin ti.

Con cariño, a pesar de todo,

Lucía

Terminó de escribir y se quedó mirando la pantalla, las lágrimas corriendo libremente ahora. Su cuerpo entero temblaba con sollozos silenciosos, años de rabia y dolor y pérdida derramándose en palabras que quizá nunca serían leídas.

Pero las había escrito. Las había sacado de su pecho y las había puesto en algún lugar fuera de ella. Y eso tenía que ser suficiente.

Se levantó del escritorio con piernas temblorosas y se fue al baño. Se lavó la cara, se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, el rostro manchado, el pelo revuelto. Parecía alguien que había pasado por una guerra emocional.

Y en cierto modo, así era.

Volvió al ordenador y releyó la carta. Cada palabra, cada frase. Y mientras la leía, sintió algo aflojarse en su pecho. Algo que había estado apretado durante tanto tiempo que había olvidado cómo era respirar sin esa presión.

La pregunta ahora era: ¿la enviaba?

Tenía la dirección de su padre. O al menos la última dirección que conocía, de hace tres años. Un apartamento pequeño en Getafe donde se había mudado después de vender la casa familiar. Lucía

nunca había ido a visitarlo, aunque había pensado en hacerlo cientos de veces.

Podía copiar la carta en un correo electrónico y enviarla. O podía imprimirla y enviarla por correo postal. O podía simplemente guardarla en una carpeta de su ordenador y nunca más mirarla.

Después de cinco minutos de debatir consigo misma, tomó una decisión.

La enviaría. No porque esperara una respuesta o porque quisiera reconciliarse. La enviaría porque las palabras merecían ser dichas, incluso si caían en oídos sordos o corazones cerrados. La enviaría porque, de alguna forma, eso haría que el perdón fuera más real.

Copió el texto en un email, encontró la antigua dirección de correo electrónico de su padre en sus contactos, y antes de poder cambiar de opinión, presionó enviar.

El email desapareció en el éter digital. Entregado. Leído o no leído, eso ya no dependía de ella.

Lucía cerró el portátil y se quedó sentada en silencio durante un largo rato. No se sentía mejor exactamente. El dolor seguía ahí, la pérdida seguía ahí. Pero algo había cambiado. Algo se había suavizado.

Había elegido el perdón. No por él, sino por ella. Y esa elección, por sí misma, era un tipo de poder.

El resto del día lo pasó en una especie de limbo emocional. Intentó trabajar pero no pudo concentrarse. Intentó ver una serie pero las palabras de la carta seguían dándole vueltas en la cabeza. Finalmente se rindió y simplemente se acurrucó en el sofá con una manta, mirando por la ventana cómo el sol invernal cruzaba lentamente el cielo.

No hubo respuesta de su padre. Ni ese día ni al siguiente. Lucía revisaba su email compulsivamente, sintiendo una mezcla de decepción y alivio cada vez que veía que no había nada nuevo.

Pero la carta decía "perdona a alguien que no te lo ha pedido". No decía "perdona a alguien y espera que te agradezcan". El perdón, aparentemente, no requería reciprocidad para ser válido.

Esa noche, mientras preparaba la cena—solo pasta otra vez, su dieta era patéticamente predecible—su móvil vibró. Carla, como siempre, con un timing psíquico.

"Siento que has tenido un día pesado. ¿Todo bien?"

Lucía sonrió a pesar de su agotamiento emocional. Carla realmente tenía un sexto sentido.

"Le escribí a mi padre. Una carta de perdón."

"LUCÍA. Wow. ¿Cómo te sientes?"

"Como si me hubieran puesto en una lavadora emocional en ciclo de centrifugado."

"Eso es increíblemente específico y completamente entendible. ¿Respondió?"

"No. Y probablemente no lo hará. Pero está bien. No lo hice esperando respuesta. Lo hice porque necesitaba soltarlo."

"Estoy tan orgullosa de ti que podría llorar en mi escritorio y asustar a mis compañeros de trabajo."

"Por favor no hagas eso. Ya tienes suficiente reputación de ser la dramática de la oficina."

"HEY. Yo prefiero el término 'emocionalmente expresiva'. Y cambiando de tema porque necesito chismorreo positivo: ¿qué tal el mercadillo ayer? ¿Viste al carpintero guapo?"

Lucía sintió cómo se le subían los colores solo de recordar el encuentro.

"Sí. Fue... bueno."

"'Bueno' en plan 'agradable' o 'bueno' en plan 'me quiero casar con él'?"

"Carla, por favor."

"Eso es un 'me quiero casar con él'. Lo sabía."

"No es eso. Es solo que... es fácil estar con él. No siento que tenga que pretender ser alguien que no soy. Y me contó sobre su hija. Murió hace siete años. En Navidad."

"Oh, Dios. Eso es... devastador."

"Sí. Pero la forma en que habló de ella... no con amargura sino con amor. Como si el dolor fuera el precio que pagaba por haber tenido algo tan hermoso. Me hizo pensar en cómo hablo yo de mi madre."

"¿Y?"

"Y creo que puedo aprender de eso. De recordarla con amor en lugar de solo con dolor."

"Lu, cada día me sorprendes más. Estás creciendo tanto que es casi alarmante."

"No sé si estoy creciendo o simplemente estoy teniendo un colapso nervioso muy bien estructurado."

"Pueden ser ambas cosas. Y hablando de crecer, ¿vas a volver a verlo?"

"Le pedí que quedáramos para café. Como amigos."

"COMO AMIGOS dice. Claro, Jan."

"¿Acabas de citarme una película de los 2000?"

"Es un clásico atemporal. Y no cambies el tema. ¿Cuándo es el café?"

"No lo hemos fijado todavía. Quedó en que me escribiría."

"Y tú vas a esperar pasivamente a que él te escriba o vas a tomar acción?"

"No sé. ¿Esperar es lo normal?"

"Lucía, tu vida entera ha sido sobre esperar. Esperar a sentirte mejor, esperar a que el dolor pase, esperar a que alguien más haga el primer movimiento. Quizá es hora de que dejes de esperar y empieces a actuar."

Sus palabras resonaron con algo profundo en el pecho de Lucía. Carla tenía razón. Toda su vida adulta había sido reactiva en lugar de activa. Había dejado que las cosas le pasaran en lugar de hacer que pasaran.

"Tienes razón."

"Siempre tengo razón. Es una bendición y una carga."

"Eres imposible."

"Pero me quieres. Ahora ve y escríbele a ese carpintero. No seas rara al respecto, solo algo casual. 'Hola, ¿qué tal?' Esas cosas."

"Vale. Lo intentaré. Gracias, Carla. Por todo. Por estar siempre ahí."

"Siempre, Lu. Hablamos mañana. Y descansa. Has tenido un día muy heavy."

"Lo haré. Te quiero."

"Yo también te quiero. Ahora ve a ser valiente."

Lucía dejó el móvil sobre la mesa y miró la hora. Eran casi las nueve de la noche. ¿Era muy tarde para escribirle a Mateo? ¿Parecería desesperada? ¿O era exactamente el tipo de pensamiento autosaboteador que había estado teniendo durante años?

Antes de poder convencerse a sí misma de no hacerlo, abrió sus mensajes y empezó a escribir.

"Hola, Mateo. ¿Cómo estuvo el resto del día en el mercadillo?"

Simple. Casual. Sin presión.

La respuesta llegó sorprendentemente rápido.

"Hola, Lucía. Bien, aunque más tranquilo después de que te fuiste. ¿Cómo estuvo tu domingo?"

"Complicado. Pero bueno. Hice algo difícil hoy."

"¿Quieres hablar de ello?"

Lucía vaciló. ¿Quería compartir esto con él? Apenas lo conocía. Pero algo en la forma en que preguntaba, sin presionar pero ofreciendo espacio, la hacía sentir segura.

"Le escribí a mi padre. No hemos hablado en años. Fue... catártico."

"Eso requiere mucho coraje. ¿Respondió?"

"No. Y está bien. No esperaba que lo hiciera. Solo necesitaba decir las cosas."

"A veces eso es lo más importante. Decir las cosas que llevamos dentro, independientemente de si alguien las oye."

"Exacto. ¿Tú has hecho algo así?"

"Sí. Después de que Emma murió, le escribí muchas cartas. Cartas que nunca enviaría porque no había dirección. Solo necesitaba hablar con ella, aunque solo fuera en papel."

Lucía sintió algo apretarse en su garganta. Había algo intensamente íntimo en esta conversación, más de lo que había esperado.

"¿Todavía lo haces?"

"A veces. Cuando la echo especialmente de menos. Es mi forma de mantenerla cerca."

"Eso es hermoso, Mateo."

"O patético, dependiendo de cómo lo mires."

"No. Definitivamente hermoso."

Hubo una pausa en la conversación. Lucía miraba los tres puntos que indicaban que Mateo estaba escribiendo algo, luego desaparecían, luego aparecían de nuevo.

Finalmente, su mensaje llegó:

"¿Te gustaría hacer ese café pronto? ¿Quizá el próximo fin de semana?"

El corazón de Lucía dio un salto estúpido.

"Me encantaría. ¿Sábado?"

"Perfecto. Te escribo durante la semana para fijar hora y lugar."

"Suena bien. Buenas noches, Mateo."

"Buenas noches, Lucía. Y bien hecho por hoy. Sé que no fue fácil."

Lucía se quedó mirando el mensaje, sintiéndose calientita de una forma que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación. Había algo en él, en la forma en que la entendía sin juzgarla, que la hacía sentir vista de verdad.

Dejó el móvil y se preparó para dormir. Había sido un día agotador emocionalmente, pero también había sido importante. Había perdonado a su padre, no por él sino por ella. Había soltado un peso que no sabía que estaba cargando hasta que ya no estaba ahí.

Y había hecho planes con Mateo. Planes reales, no solo vagos "deberíamos hacer algo alguna vez". Planes específicos para el sábado.

Cuando llegó la nota de confirmación esa noche, Lucía casi la esperaba:

Misión cumplida.

Sé lo difícil que fue escribir esa carta. Sé cuánto dolor tuviste que remover para encontrar el perdón debajo.

Tu padre la leyó. Lloró. No responderá porque no sabe qué decir, porque la vergüenza es más fuerte que su coraje. Pero la leyó. Y significó algo. Incluso si nunca te lo dice.

El perdón no siempre trae reconciliación. A veces solo trae paz. Y eso es suficiente.

Descansa. Has ganado tu ligereza.

P.

PD: Mateo está nervioso por el café del sábado. Ustedes dos son adorables en su torpeza mutua.

Lucía leyó la nota con lágrimas en los ojos. Su padre había leído la carta. Había llorado. No respondería, pero la había leído. Y de alguna forma, eso era suficiente.

Guardó la nota con las demás y se metió en la cama. Por la ventana entraba la luz de las farolas, creando patrones en el techo que la acompañaron hasta que el sueño la reclamó.

Y cuando soñó, no soñó con pérdidas o dolor. Soñó con carpinteros de manos callosas, con palabras escritas que sanaban aunque no fueran respondidas, y con versiones futuras de sí misma que habían aprendido a perdonar, a soltar, a vivir sin el peso constante del resentimiento.

Soñó con libertad.

Y por primera vez en muchos años, se sintió merecedora de ella.

Capítulo 17: Entre dos verdades



Mateo llevaba tres horas sentado frente a la hoja de papel en blanco.

Tres horas mirando la superficie inmaculada, con la pluma estilográfica en la mano, sin conseguir escribir una sola palabra. El taller estaba silencioso excepto por el crepitar ocasional de la estufa de leña y el viento golpeando contra las ventanas. Afuera había empezado a nevar, copos gruesos que caían con la pesadez del invierno de montaña.

Pero Mateo apenas notaba nada de eso. Su mente estaba completamente ocupada con un problema que no tenía solución fácil.

La misión número trece. Tenía que escribirla. Tenía que mantener el ritmo, la estructura, el plan que había trazado semanas atrás cuando Lucía era solo un proyecto, solo otra persona rota a la que podía ayudar desde la distancia segura del anonimato.

Excepto que ya no era solo un proyecto. Ya no era una desconocida. Y la distancia había dejado de ser segura hace días.

Se levantó de la silla, frustrado consigo mismo, y caminó hacia la ventana. La nieve se acumulaba sobre los tejados de Rascafría, transformando el pueblo en algo sacado de una postal navideña. Hermoso y silencioso y completamente ajeno al caos en su cabeza.

El problema era simple y complicado a la vez: se estaba enamorando de Lucía.

No, eso era mentira. Ya se había enamorado. Probablemente llevaba enamorado desde el día que la había visto invitar a Reme a tomar café con esa mezcla de terror y determinación. Desde que había leído los informes de sus contactos describiendo cómo cantaba villancicos horriblemente en supermercados. Desde que había visto

la foto que le enviaron de ella sosteniendo las plantas que había comprado con Germán, sonriendo sin darse cuenta.

Se había enamorado de su vulnerabilidad valiente, de su humor seco, de la forma en que hablaba con sus plantas como si fueran terapeutas. Se había enamorado de cómo estaba aprendiendo a abrirse de nuevo, paso a paso, misión a misión.

Y ahora había compartido cosas con él—con Mateo el carpintero, no con Papá Noel anónimo—que lo hacían sentir cercano a ella de una forma que era real, tangible, peligrosa.

Esos mensajes de texto de anoche. La forma en que le había contado sobre su padre, sobre la carta de perdón. Cómo había confiado en él lo suficiente como para compartir algo tan personal. Y él había respondido con su propia verdad, sobre las cartas que le escribía a Emma, sobre cómo manejaba el dolor.

Había sido íntimo. Genuino. Real.

Y completamente construido sobre una mentira.

Porque ella no sabía que él era quien orquestaba todo. Que él había leído su carta al padre antes de que la enviara, su contacto Raúl se la había fotografiado discretamente cuando Lucía la había dejado sobre la mesa mientras iba al baño. Que él sabía cada detalle de sus días porque tenía ojos por toda la ciudad reportándole.

Ella pensaba que estaba conociendo a Mateo, el carpintero con un pasado triste. No tenía idea de que estaba conociendo a su manipulador benevolente.

Y el sábado tenían planes. Café. Una cita, aunque ninguno de los dos la había llamado así. Una oportunidad de conocerse mejor, de ver si esta conexión que ambos sentían era real.

¿Cómo podía ir a esa cita sabiendo lo que sabía? ¿Cómo podía mirarla a los ojos y fingir que no conocía cada rincón de su dolor, cada grieta en sus muros?

Mateo se frotó la cara con ambas manos, sintiendo el agotamiento que venía de noches sin dormir bien. Llevaba días así, desde el encuentro en el mercadillo. Desde que ella le había pedido

quedar para café con esa sonrisa tímida que le había atravesado el pecho como una flecha.

Volvió al escritorio y miró la hoja en blanco. Tenía que escribir la siguiente carta. Tenía que continuar. Once misiones completadas, trece más por delante hasta Nochebuena. No podía detenerse ahora. Ella estaba creciendo, sanando, transformándose exactamente como había esperado.

Pero las cartas habían cambiado. Las últimas tres que había escrito habían sido diferentes. Más suaves. Más personales. Escritas no con la distancia clínica del terapeuta anónimo sino con la ternura de alguien que se preocupaba profundamente.

Y eso lo aterraba.

Porque significaba que ya no podía pretender que esto era solo altruismo. Era egoísmo disfrazado. Estaba ayudándola, sí, pero también la estaba moldeando, empujándola hacia la versión de sí misma que él creía que necesitaba ser. Y parte de él—la parte oscura y honesta que aparecía a las tres de la madrugada—sabía que la estaba moldeando hacia alguien que pudiera amarlo.

¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Creando su pareja ideal a través de manipulación psicológica elaborada?

El pensamiento le revolvió el estómago.

Su móvil vibró sobre el escritorio. Un mensaje de Raúl:

"La chica salió hoy. Compró flores en el mercado. Se veía feliz. Sonriendo a desconocidos. Es un cambio grande desde hace tres semanas."

Mateo leyó el mensaje y sintió esa mezcla familiar de orgullo y culpa. Orgullo porque sí, ella estaba mejor. Culpa porque había llegado allí a través de sus manipulaciones.

Escribió una respuesta:

"Gracias por el reporte. Pero creo que ya no necesito más seguimiento. Puede manejar las misiones por su cuenta."

La respuesta de Raúl llegó casi inmediatamente:

"¿Seguro? Pensé que querías estar al tanto de todo."

"Ya no. Confío en que está bien. Y necesito... necesito darle espacio."

"Como quieras. Pero para que sepas, creo que lo que has hecho por ella ha sido bueno. La has ayudado. No lo olvides."

Mateo dejó el móvil y volvió a mirar el papel. Raúl tenía razón, había ayudado a Lucía. Las misiones estaban funcionando. Ella estaba saliendo de su caparazón, reconectando con la vida, permitiéndose sentir de nuevo.

Pero ¿a qué precio? ¿Y quién le había dado el derecho de decidir qué necesitaba ella?

Cogió la pluma y finalmente empezó a escribir. Las palabras fluyeron más fácilmente de lo que esperaba, como si hubieran estado esperando ser liberadas.

Querida Lucía,

Misión número 13:

Hoy quiero que hagas algo diferente. Algo más ligero después de la intensidad de la última misión.

Compra flores. No para ti, sino para dejarlas en lugares aleatorios de la ciudad. En bancos de parques. En paradas de autobús. En buzones. Con pequeñas notas que digan: "Para alegrarte el día."

No necesitas ver la reacción de la gente. De hecho, es mejor si no la ves. Esto no es sobre recibir gratitud. Es sobre dar alegría sin esperar nada a cambio.

A veces los actos más significativos son los que hacemos en secreto. Los que nadie sabrá nunca que fueron nuestros.

Mateo se detuvo, releyendo lo que había escrito. Había ironía en esas últimas líneas, ¿no? Él estaba haciendo exactamente eso—actos significativos en secreto que nadie sabría que eran suyos. Excepto que sus motivos ya no eran puros.

Continuó escribiendo:

Cuando regalamos alegría sin rostro, sin identidad, le damos a la gente algo precioso: la creencia de que hay

bondad aleatoria en el mundo. Que no toda amabilidad viene con precio o expectativa.

Sé esa bondad anónima hoy. Sé para otros lo que alguien intentó ser para ti.

Con cariño,

P.

PD: Las margaritas son flores humildes pero alegres. Perfectas para esto.

Terminó la carta y la releyó tres veces. Era más corta que las anteriores. Más simple. Pero había algo en ella que se sentía personal de una forma que las otras no habían sido.

"Sé para otros lo que alguien intentó ser para ti."

Ese "alguien" era él. Y ella no lo sabía. Y él estaba a punto de ir a tomar café con ella el sábado mientras mantenía ese secreto.

Era insostenible. Lo sabía. En algún momento tendría que decirle la verdad. Pero ¿cuándo? ¿Cómo?

Si se lo decía ahora, destruiría todo lo que habían estado construyendo—tanto Papá Noel con Lucía como Mateo con Lucía. Ella se sentiría traicionada, manipulada. Probablemente lo odiaría. Y tendría razón en hacerlo.

Pero si esperaba demasiado, si dejaba que la relación progresara mientras mantenía el secreto, la traición sería aún peor cuando finalmente saliera a la luz. Porque saldría. Los secretos así siempre salían.

Mateo dobló la carta, la metió en un sobre rojo, escribió el nombre de Lucía con su caligrafía cuidadosa. Mañana por la mañana su contacto en Madrid—uno de los pocos que todavía usaba—la deslizaría bajo su puerta.

Se levantó y caminó hacia la estantería donde guardaba las figuras que tallaba en su tiempo libre. El corazón con grietas que había hecho pensando en ella seguía ahí, esperando. Originalmente había planeado dárselo en la misión número veinticuatro, el final dramático de todo este experimento.

Pero ahora... ahora no sabía si llegarían a la misión veinticuatro. No sabía si debían llegar.

Lo cogió, sintiendo el peso familiar de la madera pulida. Había trabajado cada grieta con precisión obsesiva, asegurándose de que fueran visibles pero no destructivas. Un corazón roto pero funcional. Como el suyo. Como el de ella.

¿Era justo darle esto? ¿Era justo darle cualquier cosa cuando toda su relación estaba construida sobre información asimétrica?

Su móvil vibró de nuevo. Esta vez era un mensaje de Lucía.

"Hola. Sé que es tarde, pero no puedo dormir. ¿Estás despierto?"

El corazón de Mateo se aceleró. Eran las once de la noche. Ella no podía dormir y había pensado en él lo suficiente como para escribirle.

"Despierto. ¿Todo bien?"

"Sí. Solo... pensando mucho. Sobre mi padre. Sobre las cosas que he estado haciendo últimamente. Sobre cómo todo está cambiando."

"¿Cambio bueno o cambio que asusta?"

"Ambos. Definitivamente ambos."

Mateo miró la pantalla, sus dedos flotando sobre el teclado. Quería decirle tantas cosas. Quería confesar todo. Quería preguntarle si podía perdonar lo imperdonable si las intenciones habían sido buenas.

En lugar de eso, escribió:

"El cambio siempre asusta. Incluso el bueno. Especialmente el bueno, porque significa dejar atrás quién eras. Y a veces nos encariñamos con nuestro dolor porque al menos es familiar."

"Exacto. Es como... no sé quién soy sin toda esta tristeza que he estado cargando. ¿Tiene sentido?"

"Perfecto sentido. Cuando perdí a Emma, mi dolor se convirtió en mi identidad. Soy el padre que perdió a su hija. Soy el hombre roto. Y cuando empecé a sanar, sentí que la estaba traicionando. Como si estar mejor significara que ella importaba menos."

"Pero eso no es cierto, ¿verdad?"

"No. Ella siempre importará. Pero aprendí que puedo cargar su recuerdo sin que me aplaste. Que puedo honrarla viviendo, no solo sobreviviendo."

Hubo una pausa larga antes de que Lucía respondiera.

"Gracias por compartir eso. Y gracias por entender. A veces siento que eres la única persona que realmente entiende lo complicado que es esto."

Mateo sintió algo retorcerse en su pecho. Culpa y ternura mezcladas en proporciones iguales.

"No eres la única que encuentra consuelo en estas conversaciones. Yo también."

"¿En serio?"

"En serio. No hablo de Emma con mucha gente. Es más fácil fingir que estoy bien que explicar que nunca estaré completamente bien pero que eso está bien también."

"Entiendo perfectamente. Es agotador fingir."

"Por eso estas conversaciones son importantes. No tengo que fingir contigo."

Excepto que sí estaba fingiendo. Estaba fingiendo no saber todo sobre ella. Estaba fingiendo que su conexión era orgánica cuando él la había orquestado desde el principio.

"Yo tampoco tengo que fingir contigo", escribió Lucía. *"Es raro. Apenas te conozco pero siento que te conozco. ¿Eso es extraño?"*

Sí. Era extraño. Porque ella no lo conocía pero él sí la conocía a ella. Cada detalle. Cada secreto. Cada miedo.

"No es extraño. A veces conectamos con personas de formas que desafían la lógica. La empatía no requiere tiempo, solo honestidad."

"Supongo que tienes razón. Bueno, debería intentar dormir. Gracias por hablar. Me has ayudado más de lo que sabes."

"De nada. Duerme bien, Lucía."

"Buenas noches, Mateo."

Mateo dejó el móvil sobre el escritorio y se quedó mirándolo durante largos minutos. Esta doble vida que estaba llevando era insostenible. Era injusto para ella y era agotador para él.

Necesitaba tomar una decisión. O dejaba de enviar las cartas y solo continuaba como Mateo el carpintero, permitiendo que su relación se desarrollara naturalmente. O confesaba todo y dejaba que ella decidiera si podía perdonarlo.

Pero ambas opciones tenían problemas. Si dejaba de enviar las cartas, estaría abandonando el proyecto a mitad de camino. Y aunque ella estaba mejor, todavía quedaban trece misiones diseñadas para ayudarla a completar su sanación. ¿Era justo privarla de eso?

Pero si confesaba... si le decía la verdad ahora, cuando apenas estaban empezando a conocerse, la perdería. Estaba seguro de eso. Nadie perdonaba ese nivel de invasión de privacidad, no importaba cuán buenas fueran las intenciones.

Había una tercera opción. La que había planeado desde el principio: continuar con ambos roles hasta la misión veinticuatro y confesar en Nochebuena, cuando el proyecto estuviera completo. Darle todas las herramientas para su sanación y luego revelar quién había estado detrás de todo.

Pero esa opción ahora parecía increíblemente egoísta. Porque significaba continuar la farsa mientras desarrollaba sentimientos más profundos por ella. Significaba ir a ese café el sábado, probablemente tener más citas después, tal vez besarla, Dios, quería besarla, todo mientras le mentía activamente.

¿Podía hacer eso? ¿Podía mirarla a los ojos sabiendo lo que sabía?

Se levantó y caminó hacia el pequeño dormitorio que había convertido en estudio. Había tallado tres figuras nuevas esta semana, todas pensando en Lucía aunque no se había permitido admitirlo hasta ahora.

Un pájaro con alas extendidas, medio volando, medio aterrizando. En transición.

Una puerta entreabierta, mostrando luz al otro lado. Posibilidad.

Y un nudo de madera transformado en algo hermoso. Imperfección convertida en arte.

Cada una era una metáfora demasiado obvia de su relación, de lo que sentía por ella, de lo que esperaba que pudieran convertirse juntos.

Pero todas estaban construidas sobre una base de engaño.

Mateo se sentó en el suelo del estudio, rodeado de sus creaciones, y dejó que la verdad lo golpeara con toda su fuerza.

Se había enamorado de Lucía. Profunda, completamente, irrevocablemente. Y no había forma de avanzar que no implicara dolor. O le hacía daño ahora confesando y perdiendo cualquier posibilidad con ella, o le hacía daño después cuando inevitablemente descubriera la verdad y se diera cuenta de que toda su relación había sido construida sobre mentiras.

No había opción buena. Solo opciones menos malas.

Y él, cobarde como era, seguía eligiendo la opción que le daba más tiempo con ella antes del inevitable final. Seguiría enviando las cartas. Seguiría siendo Papá Noel. Y seguiría siendo Mateo el carpintero, desarrollando una relación con ella, permitiéndose enamorarse más cada día.

Era egoísta. Era injusto. Era probablemente la peor decisión que podía tomar.

Pero era la única que podía soportar ahora mismo.

Se levantó del suelo, volvió al escritorio, y empezó a escribir la siguiente carta. La número catorce. Y mientras escribía, se permitió derramar en las palabras toda la ternura que sentía, toda la empatía que le asustaba admitir.

Porque estas cartas eran lo único que tenía ahora. La única forma en que podía ser completamente honesto con ella. Como Papá Noel, podía amarla abiertamente, cuidarla sin pretensiones, empujarla hacia la luz sin pedir nada a cambio.

Como Mateo, tendría que fingir. Tendría que medir cada palabra, cada gesto. Tendría que construir una relación sobre arena movediza, sabiendo que en cualquier momento todo podría desmoronarse.

Pero por ahora, en este momento, en la soledad de su taller con la nieve cayendo afuera y sus demonios susurrando dentro, Mateo eligió el camino cobarde.

Terminaría las veinticuatro misiones. Iría al café el sábado. Se permitiría enamorarse más. Y rezaría—aunque no creía mucho en la oración—para que cuando llegara el momento de la verdad, Lucía pudiera ver más allá de la manipulación y reconocer el amor que había estado detrás de todo.

Era un plan terrible. Probablemente condenado al fracaso.

Pero era el único plan que tenía.

Y mientras terminaba la carta número catorce, escribiendo con caligrafía cuidadosa palabras que eran mitad guía mitad confesión, Mateo se permitió imaginar un futuro imposible.

Uno donde ella lo perdonaba. Donde entendía por qué había hecho lo que había hecho. Donde podían empezar de nuevo, esta vez sin secretos, sin mentiras, solo dos personas rotas intentando ser completas juntas.

Era fantasía. Lo sabía.

Pero por ahora, era todo lo que tenía para mantener la esperanza.

Y la esperanza, como le había dicho a Lucía a través de una carta de madera tallada, era lo único que merecía ser guardado incluso cuando todo lo demás se desmoronaba.

Capítulo 18: El abrazo accidental



La carta llegó un martes por la mañana, y Lucía supo por la forma en que sus manos temblaron ligeramente al recogerla que esta iba a ser una de esas misiones que la sacarían completamente de su zona de confort.

Había aprendido a reconocer los signos. Cuando su instinto inmediato era "absolutamente no", generalmente significaba que la misión era exactamente lo que necesitaba hacer.

Se preparó un café extra cargado antes de abrir el sobre. Intuición de supervivencia.

Querida Lucía,

Misión número 14:

Hoy vas a abrazar a un desconocido.

No, no es broma. Y sí, sé que probablemente acabas de escupir tu café.

Las reglas son simples: tiene que ser alguien que no conozcas. Tiene que ser un abrazo real, no un medio abrazo incómodo. Y no puede ser porque la persona esté llorando o claramente necesite consuelo. Tiene que ser completamente aleatorio. Sin motivo aparente.

Sé que suena aterrador. Sé que tu primer instinto es quemar esta carta y fingir que nunca llegó. Pero piensa en esto: ¿cuándo fue la última vez que recibiste un abrazo que no esperabas? ¿Uno que no vino con explicación o contexto? ¿Uno que fue solo... humano?

A veces la gente necesita ser recordada de que el contacto humano genuino todavía existe. Y tú necesitas recordar que puedes darlo.

Tienes hasta medianoche. Y respira. Nadie ha muerto por dar un abrazo.

Con cariño (y un poco de malicia),

P.

PD: Si terminas arrestada, lo siento de antemano. Pero confío en tu juicio para elegir bien.

Lucía había escupido su café, efectivamente.

Ahora estaba limpiando la mesa mientras procesaba lo que acababa de leer. ¿Abrazar a un desconocido? ¿Sin motivo? ¿Este Papá Noel había perdido completamente la cabeza?

—Esto es ridículo—le dijo a las plantas—. Completamente ridículo. La gente no va por ahí abrazando a desconocidos. Eso es como... invasión del espacio personal. Acoso, probablemente. Definitivamente inapropiado.

El cactus de Navidad no ofreció opinión alguna, pero Lucía estaba bastante segura de que si pudiera hablar, estaría de acuerdo en que esto era una locura.

Pasó la siguiente hora intentando convencerse de que podía ignorar esta misión. Ya había hecho suficiente, ¿no? Había crecido enormemente. Podía simplemente... saltarse esta.

Pero la curiosidad ganó, como siempre. Y también una parte terca de ella que se negaba a admitir derrota ante un desafío, por absurdo que fuera.

—Vale—dijo en voz alta, poniéndose de pie con determinación renovada—. Puedo hacer esto. Es solo un abrazo. Un abrazo simple, rápido, casual. Abrazo a alguien, la persona se sorprende pero no tanto como para llamar a la policía, ambas seguimos con nuestras vidas. Fácil.

Ni siquiera ella se creyó eso.

Se duchó, se vistió con ropa que no gritara "potencial acosadora"—había descartado tres outfits antes de decidirse por unos vaqueros y un suéter color crema que la hacía ver inofensiva—y salió a la calle con el estómago hecho un nudo.

El problema era obvio: ¿a quién abrazabas? No podía simplemente acercarse al primer desconocido y lanzarse sobre él. Eso era, en el mejor de los casos, raro. En el peor, ilegal.

Necesitaba alguien que pareciera... ¿receptivo? ¿Abrazable? ¿Esas eran palabras reales o su cerebro estaba inventando términos porque estaba teniendo un colapso nervioso?

Caminó por las calles de Madrid durante media hora, observando a la gente con lo que probablemente parecía intensidad inquietante. Un hombre de negocios hablando por teléfono con expresión estresada—no, definitivamente no. Una pareja de ancianos caminando tomados de la mano—dulce, pero abrazar a uno sin el otro sería raro. Un grupo de adolescentes riendo ruidosamente—aterrador en múltiples niveles.

Esto era imposible. ¿Por qué había aceptado este estúpido trato en primer lugar?

Estaba considerando seriamente rendirse y volver a casa cuando la vio.

Una chica de unos veinticinco años estaba sentada en un banco en el Parque del Retiro, comiendo un bocadillo con expresión de profundo contentamiento. Llevaba un abrigo rosa chicle que era objetivamente horrible pero que de alguna forma le quedaba perfecto, auriculares puestos, balanceando los pies como si estuviera escuchando una canción particularmente buena.

Había algo en ella, algo en su energía relajada, en la forma en que sonreía a su bocadillo, que sugería que no llamaría inmediatamente a las autoridades si una desconocida la abrazaba.

O al menos eso es lo que Lucía se dijo a sí misma mientras se acercaba al banco, con el corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que toda España podía oírlo.

La chica no la notó. Estaba completamente en su propio mundo, moviendo la cabeza al ritmo de la música, dando bocados enormes a su bocadillo que parecía estar relleno de al menos cinco ingredientes diferentes.

Lucía se detuvo a un metro del banco, sudando a pesar del frío de diciembre. Podía hacer esto. Solo tenía que... hacer esto.

—Disculpa—dijo, su voz saliendo dos octavas más alta de lo normal.

La chica no escuchó. Los auriculares.

Lucía lo intentó de nuevo, más alto.

—¡Disculpa!

La chica saltó, el bocadillo casi cayéndose de sus manos. Se quitó un auricular y miró a Lucía con expresión de alarma moderada.

—¿Sí?

—Yo... esto va a sonar muy raro—empezó Lucía, sintiendo cómo su cara se ponía roja—. Pero necesito abrazarte.

La chica parpadeó. Una vez. Dos veces.

—¿Perdón?

—Es una misión. Un reto. No es nada raro, lo prometo. Solo necesito abrazar a alguien. Un desconocido. Y tú pareces... amigable.

—¿Amigable? —La chica miró su bocadillo, luego de vuelta a Lucía —. ¿Es esto una táctica de robo nueva? ¿Me vas a abrazar y tu cómplice va a robar mi bolso?

—¡No! No, Dios, no. No hay cómplice. No hay robo. Solo... mira, sé que es rarísimo. Si quieres que me vaya, me voy. Pero alguien me ha retado a hacer cosas fuera de mi zona de confort y esta es la de hoy y pensé que tú parecías alguien que quizá no llamaría a la policía inmediatamente y ahora me doy cuenta de que esto suena exactamente como algo que diría una acosadora así que voy a irme antes de que esto se ponga más incómodo.

Lucía ya estaba dándose la vuelta cuando la chica habló.

—Espera.

Lucía se giró lentamente. La chica la estaba mirando con expresión considerativa, masticando pensativamente su bocadillo.

—¿Cuánto dura el abrazo?

—¿Qué?

—El abrazo. ¿Es uno de esos abrazos incómodos de dos segundos o uno real?

—Uno... real, supongo. Esa es la regla.

—¿Y no es sexual ni nada raro así?

—¡Definitivamente no! Solo un abrazo humano normal. Platónico. Sin connotaciones.

La chica asintió lentamente, como si estuviera tomando una decisión muy seria.

—Vale. Puedes abrazarme.

—¿En serio?

—Sí, ¿por qué no? He tenido un día de mierda. Mi jefe me gritó por algo que no fue mi culpa. Mi novio canceló planes otra vez. Y este bocadillo, aunque delicioso, es básicamente mi única alegría hoy. Un abrazo aleatorio de una desconocida que claramente está teniendo algún tipo de crisis existencial suena exactamente como el tipo de rareza que necesito para que este día sea memorable.

Lucía no sabía si reír o llorar de alivio.

—Gracias. De verdad. No sabes cuánto significa esto.

—De nada. Soy Marina, por cierto. Y si esto resulta ser algún tipo de culto raro de reclutamiento, solo para que sepas que hago kickboxing.

—No es un culto. Prometo. Soy Lucía.

—Bien, Lucía. Vamos a hacer esto antes de que me arrepienta.

Marina dejó su bocadillo cuidadosamente envuelto sobre el banco, se levantó, y abrió los brazos con expresión de alguien a punto de saltar de un avión.

—Lista cuando tú lo estés.

Lucía dio un paso adelante, también abriendo los brazos, sintiendo lo absurdo de toda la situación. Aquí estaban, dos completas desconocidas, a punto de abrazarse en medio del Parque del Retiro por razones que ni siquiera tenían sentido completo.

Y entonces se abrazaron.

Fue raro al principio. Lucía no sabía dónde poner las manos exactamente, si apretar fuerte o suave, cuánto tiempo mantenerlo.

Marina parecía tener las mismas dudas porque su abrazo inicial fue tenso, casi robótico.

Pero entonces algo cambió. Marina suspiró, un suspiro profundo y cansado, y de repente el abrazo se volvió real. Apretó un poco más, y Lucía respondió instintivamente, abrazándola de vuelta con más firmeza.

Y fue... agradable.

No de forma romántica ni particularmente emocional. Solo agradable. Cálido. Humano. Dos personas compartiendo un momento de conexión física simple en un mundo que generalmente mantenía a todos a distancia de brazos extendidos.

Cuando finalmente se separaron después de lo que probablemente fueron diez segundos pero se sintieron como minutos, ambas estaban sonriendo.

—Okay, eso fue raramente agradable—dijo Marina—. Como, no puedo creer que acabo de abrazar a una desconocida, pero también me alegro de haberlo hecho.

—Exactamente—concordó Lucía, sintiéndose extrañamente eufórica—. Muchas gracias. En serio.

—Oye, de nada. Y gracias a ti también, supongo. Mi día acaba de volverse considerablemente más interesante. —Marina volvió a sentarse y cogió su bocadillo—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué estás haciendo estos retos? No tienes que contestar si es muy personal.

Lucía consideró la pregunta. Era personal, pero después de abrazar a esta desconocida, mantener secretos parecía tonto.

—Pasé muchos años cerrada. Evitando conexiones. Y alguien decidió que necesitaba salir de mi burbuja. Así que me envía misiones cada día. Cosas que me sacan de mi zona de confort. Y esta era la de hoy.

Marina asintió comprensivamente.

—Eso es bastante cool, en realidad. ¿Quién te envía las misiones?

—No sé. Es anónimo. Probablemente alguien que me conoce pero no revela quién es.

—Misterioso. Me gusta. Suena como una película romántica donde al final descubres que el tipo que te gusta ha sido el que te enviaba las cartas todo el tiempo.

Lucía sintió algo revolverse en su estómago. Había pensado eso también, ocasionalmente. Que quizá Papá Noel era alguien que conocía. Pero siempre descartaba la idea como wishful thinking.

—Sería conveniente—dijo con una sonrisa—. Pero probablemente es solo un amigo bien intencionado con demasiado tiempo libre.

—Bueno, quienquiera que sea, está haciendo un buen trabajo. Tomó agallas venir a abrazar a una desconocida. Yo nunca podría.

—Me tomó cuarenta y cinco minutos de dar vueltas por el parque antes de acostarme a ti. Así que no fue exactamente valiente.

—Pero lo hiciste. Eso cuenta.

Marina le ofreció un pedazo de su bocadillo, que Lucía rechazó educadamente pero apreciando el gesto. Se sentó en el banco al lado de Marina y durante los siguientes veinte minutos, tuvieron una de esas conversaciones extrañamente íntimas que a veces pasan con desconocidos porque no hay historia, no hay contexto, solo el momento presente.

Marina le contó sobre su jefe horrible que micromanageaba todo, sobre su novio que era dulce pero emocionalmente ausente, sobre su sueño de abrir una librería especializada en novelas gráficas pero su miedo de dejar la seguridad de su trabajo de oficina.

Lucía le contó sobre sus plantas, sobre cómo había pasado años evitando diciembre, sobre Mateo y cómo la hacía sentir cosas que no había sentido en mucho tiempo.

—Deberías ir por él—dijo Marina con la seguridad de alguien que había comido suficiente bocadillo como para alcanzar sabiduría filosófica—. La vida es demasiado corta para no intentar las cosas que te asustan.

—¿Como abrir una librería?

Marina se rió.

—Touché. Okay, ambas necesitamos ser más valientes.

—Trato.

Intercambiaron números, algo que ninguna había planeado pero que pareció natural después de compartir tanto. Marina prometió mandarle fotos si alguna vez abría la librería. Lucía prometió actualizar sobre qué pasaba con Mateo.

Cuando finalmente se despidieron, con otro abrazo que esta vez fue mucho menos torpe, Lucía sintió algo ligero en su pecho.

Había hecho algo completamente ridículo. Había abrazado a una desconocida en un parque. Y en lugar de ser humillante o aterrador, había sido... maravilloso. Había ganado algo parecido a una amiga, o al menos a una conocida agradable que entendía lo que era estar atrapada entre querer cambiar y tener miedo de hacerlo.



Caminó de vuelta a casa con una sonrisa que no podía borrar de su cara, ganándose miradas extrañas de otros peatones que probablemente no estaban acostumbrados a ver a gente sonriendo tan abiertamente en el metro.

Esa noche, después de regar las plantas y prepararse la cena, le mandó un mensaje a Carla con la historia completa. La respuesta fue inmediata y mayormente en mayúsculas:

"¿ABRAZASTE A UNA DESCONOCIDA? ¿QUIÉN ERES Y QUÉ HAS HECHO CON MI AMIGA ANTISOCIAL?"

"Lo sé. Yo también estoy sorprendida de seguir viva."

"Lu, esto es increíble. Estás haciendo cosas. Cosas reales. Cosas que requieren coraje."

"O estupidez. Probablemente estupidez."

"El coraje y la estupidez son primos hermanos. Y estoy muy orgullosa de ti. ¿Sigues en pie lo del café con Mateo el sábado?"

"Sí. Me escribió ayer confirmando. Vamos a ese sitio nuevo en Chueca."

"ESTOY EMOCIONADA POR TI. ¿Nerviosa?"

"Aterrada. Pero de forma buena, creo."

"Esa es la mejor forma. Llámame después para contarme todo. Y me refiero a TODO."

"Lo haré. Te quiero."

"Yo también te quiero. Ahora ve a abrazar más desconocidos o lo que sea que hagas ahora."

Lucía se rió y dejó el móvil a un lado. Luego, porque aparentemente estaba en plan de comunicación, le escribió a Mateo.

"Hola. He tenido el día más raro. Pero bueno-raro, no malo-raro."

La respuesta llegó unos minutos después.

"¿Bueno-raro cómo?"

"Abracé a una desconocida en el Retiro. Como parte de las misiones de las que te hablé. Resultó ser realmente agradable. La desconocida, quiero decir. Marina. Creo que hice una amiga accidentalmente."

"¿Abrazaste a una desconocida? Eso sí que requiere valentía. ¿Cómo se sentó?"

"Aterrador al principio. Luego extrañamente liberador. Como recordar que los humanos somos tactiles y que el contacto físico no tiene que ser aterrador."

"Es verdad. A veces olvidamos lo simple que puede ser conectar con alguien."

"¿Tú eres persona de abrazos?"

Hubo una pausa antes de que Mateo respondiera.

"Solía serlo. Menos después de Emma. Pero estoy intentando volver a serlo."

"Entiendo eso. Yo también me cerré mucho después de mi madre. Pero últimamente... no sé. Estoy reaprendiendo."

"Me alegra oír eso. Y sobre el sábado, ¿sigue en pie?"

"Definitivamente. ¿Las tres?"

"Perfecto. Tengo ganas de verte. Fuera del contexto del mercadillo, quiero decir."

Lucía sintió mariposas en el estómago. Mariposas reales, adolescentes, ridículas.

"Yo también tengo ganas. Hasta el sábado, Mateo."

"Hasta el sábado, Lucía. Y felicidades por tu abrazo a desconocidos. Eres más valiente de lo que crees."

Lucía dejó el móvil y se acurrucó en el sofá, sintiendo algo cálido y esperanzador en el pecho. La nota de confirmación llegó poco después:

Misión cumplida.

Marina me ha mandado un mensaje diciendo que eres "extrañamente adorable para ser potencial acosadora". Lo tomo como un cumplido para ambas.

Hoy hiciste algo simple pero profundo: recordaste que el contacto humano genuino es un regalo. Que no todo tiene que ser complicado o cargado de significado. A veces un abrazo es solo un abrazo. Y a veces eso es exactamente lo que necesitamos.

Estás reaprendiendo a ser humana. Y es hermoso de ver.

P.

PD: Marina va a abrir esa librería. Dale dos años. Y tú estarás ahí para la inauguración.

Lucía sonrió mientras guardaba la nota. Luego abrió una conversación nueva con Marina:

"Papá Noel dice que vas a abrir la librería. Le creo. Y quiero estar ahí cuando lo hagas."

La respuesta de Marina llegó casi inmediatamente:

"Trato. Y tú tienes que invitarme a tu boda con el carpintero."

"No hay boda. Ni siquiera hemos tenido una cita oficial."

"Todavía. No han tenido una cita TODAVÍA. Los detalles importan."

"Eres terrible."

"Soy realista. Ahora duérmete y sueña con abrazos torpes y carpinteros guapos."

Lucía se rio y se preparó para dormir. Y mientras se quedaba dormida, pensó en cómo un día que había empezado con terror puro había terminado con una nueva amiga, conversaciones cálidas con Carla y Mateo, y la sensación creciente de que su vida estaba expandiéndose de formas que no habría imaginado posibles hace solo unas semanas.

El miedo seguía ahí. Siempre estaría ahí en algún nivel. Pero ahora compartía espacio con algo más fuerte.

Esperanza. Conexión. Y la creciente convicción de que ser valiente no significaba no tener miedo.

Significaba hacer las cosas de todas formas. Incluso cuando eran ridículas. Especialmente cuando eran ridículas.

Como abrazar a desconocidas en parques.

O enamorarse de carpinteros con ojos tristes.

O permitirte creer que después de años de oscuridad, la luz podía ser más que solo una fantasía.

Podía ser real.

Y quizá, solo quizá, podía ser tuya para quedarte.

Capítulo 19: Luces en la oscuridad



La carta del miércoles fue sorprendentemente simple.

Querida Lucía,

Misión número 15:

Decora tu casa para Navidad.

No tiene que ser todo. No necesitas un árbol de dos metros ni un belén completo. Solo una esquina. Un rincón. Un espacio pequeño que reconozca que diciembre existe y que no todo sobre este mes tiene que ser doloroso.

Compra luces. Adornos. Lo que te hable. Y crea un pequeño santuario de algo que no sea tristeza.

Sé que esto es difícil de formas diferentes a las otras misiones. Pero es importante. Estás reclamando este mes. Un adorno a la vez.

Tienes hasta medianoche.

Con cariño,

P.

PD: Las luces blancas cálidas son menos agresivas que las de colores. Solo digo.

Lucía leyó la carta tres veces, sintiendo una mezcla compleja de emociones que no sabía cómo desenredar. Decorar para Navidad. Algo que no había hecho desde que tenía dieciséis años, cuando su madre todavía estaba viva y convertir la casa en un festival de luces y adornos era una tradición sagrada.

Después del accidente, su padre había intentado mantener la tradición el primer año. Había sacado las cajas del sótano, había montado el árbol solo, con manos temblorosas y lágrimas silenciosas. Pero había sido tan doloroso—cada adorno un recordatorio de quién faltaba—que a mitad de camino se había

rendido. El árbol medio decorado se había quedado en la esquina del salón durante tres semanas, un monumento a su incapacidad colectiva de seguir adelante.

Desde entonces, Lucía había evitado cualquier decoración navideña como si fueran tóxicas. Su apartamento se mantenía deliberadamente desnudo durante diciembre, un oasis libre de festividad forzada.

Pero ahora... ahora se suponía que debía cambiar eso.

Miró alrededor de su salón. Las plantas en la ventana eran lo más cercano a decoración que tenía. El resto era minimalista hasta el punto de lo espartano. Funcional. Seguro. Vacío.

—¿Qué opináis? —les preguntó a las plantas—. ¿Es hora de hacer esto?

El cactus de Navidad, irónicamente, parecía estar de acuerdo con su explosión de flores fucsia.

Lucía suspiró y cogió su móvil. Necesitaba refuerzos para esto.

"Carla. Necesito ayuda. Emergencia de decoración navideña."

La respuesta fue inmediata:

"¿ESTÁS DECORANDO? ¿TÚ? ¿LUCÍA ANTI-NAVIDAD NAVARRO?"

"Es una misión. No tengo opción."

"Voy para allá. Dame treinta minutos. Y prepara café. Esto necesita ser documentado."

Veintiocho minutos después—Carla siempre era puntual cuando se trataba de momentos históricos—sonó el timbre. Lucía abrió la puerta para encontrar a su mejor amiga cargada con dos bolsas enormes del chino de decoración y una sonrisa que podía iluminar Madrid entera.

—He traído suministros—anunció Carla, entrando al apartamento como un tornado festivo—. Si vamos a hacer esto, lo vamos a hacer bien. O al menos memorablemente mal.

—¿Por qué traes tu cámara?

Carla sacó su cámara réflex del bolso con expresión seria.

—Porque esto es un momento histórico. Lucía Navarro decorando para Navidad. Esto necesita ser inmortalizado. Evidencia fotográfica

para cuando dentro de diez años digas que nunca pasó.

—No voy a negar que pasó.

—Lu, negaste que te gustaran las comedias románticas durante tres años hasta que te pillé llorando con 'The Notebook'. Confío en ti con mi vida pero no con tu memoria selectiva sobre cosas vergonzosas.

Lucía no pudo discutir con esa lógica.

Carla vació las bolsas sobre el sofá con el dramatismo de alguien revelando tesoros antiguos. Había luces—muchas luces—en diferentes estilos y colores. Había adornos pequeños: bolas brillantes, figuritas de renos, estrellitas plateadas. Había una guirnalda de pino artificial que olía agresivamente a canela. Y había, para horror de Lucía, un Papá Noel inflable de medio metro.

—Eso no—dijo Lucía inmediatamente, señalando al Papá Noel.

—Pero es adorable.

—Es aterrador. Parece que me va a atacar en medio de la noche.

—Bueno, técnicamente un Papá Noel ya te está atacando con misiones diarias, así que el tema ya está establecido.

—Carla.

—Vale, vale. Nada de Papás Noeles inflables. Pero todo lo demás es juego limpio.

Se prepararon café—uno para Lucía, dos para Carla porque "esto requería energía extra"—y se sentaron en el suelo del salón rodeadas de decoraciones como dos niñas planeando una travesura.

—Entonces—dijo Carla, tomando una foto de Lucía rodeada de adornos con expresión de confusión moderada—. ¿Dónde decoramos?

Lucía miró alrededor del salón. Cada rincón parecía cargado de significado. La esquina donde solía estar el árbol en la casa de su infancia. La ventana donde ahora estaban las plantas. El espacio vacío junto a la estantería que siempre había dejado libre porque llenar cada centímetro parecía demasiado comprometido con realmente vivir ahí.

—Allí—señaló finalmente la ventana con las plantas—. Junto a ellas. Parece apropiado.

—Perfecto. Las plantas necesitan hermanas festivas.

Empezaron con las luces. Carla había traído una guirnalda de luces blancas cálidas—exactamente como había recomendado la carta—y ayudó a Lucía a colgarlas alrededor del marco de la ventana. Era sorprendentemente difícil conseguir que quedaran uniformes. Las luces se enredaban, se caían, se negaban a cooperar de formas que parecían activamente maliciosas.

—¿Por qué es tan complicado?—gruñó Lucía mientras intentaba desenredar un nudo particularmente rebelde—. Es literal un cable con bombillas. No debería requerir un máster en ingeniería.

—Las luces navideñas son las pruebas de que Dios tiene sentido del humor—dijo Carla filosóficamente, tomando otra foto de Lucía peleando con el cable—. Están diseñadas para humillarte.

Después de veinte minutos de lucha, finalmente consiguieron colgar las luces de forma decente. Carla las enchufó y ambas se quedaron mirando el resultado.

Las pequeñas bombillas parpadearon a la vida, creando un resplandor cálido y suave que bañaba la ventana y las plantas en luz dorada. No era agresivo ni demasiado brillante. Era... acogedor.

—Oh—dijo Lucía suavemente—. Es bonito.

—¿Ves? No todo lo navideño tiene que ser doloroso.

—No lo admito oficialmente.

—Claro que no. Pero he tomado tres fotos de tu cara en este momento y todas muestran lo que claramente es asombro encantado.

Lucía le lanzó un cojín que Carla esquivó expertamente.

Continuaron con los adornos. Carla había traído pequeños ganchos adhesivos que podían pegar en la pared sin dejar marca —"porque sé que eres paranoica con tu depósito de alquiler"—y empezaron a colgar adornos alrededor de la ventana.

Una estrella plateada aquí. Una bola roja allí. Un pequeño ángel de cristal que capturaba la luz de las guirnaldas y la multiplicaba en

arcoíris diminutos.

—Este es bonito—dijo Lucía, sosteniendo una bola transparente llena de nieve artificial—. Aunque probablemente muy cursi.

—Todo lo navideño es cursi. Ese es el punto. Abraza el cursi.

—No soy una persona de abrazar el cursi.

—Lu, literalmente abrazaste a una desconocida en un parque hace dos días. Tu definición de quién eres claramente necesita actualización.

Colgaron la bola de nieve junto a las plantas. Con las luces brillando detrás, la nieve artificial dentro parecía moverse, crear patrones que eran casi hipnóticos.

—Tengo que admitir—dijo Lucía mientras se sentaba en el sofá para admirar su trabajo—que esto no es tan horrible como pensé que sería.

—¿No es tan horrible? Lu, es precioso. Tu esquina es como un pequeño santuario de Navidad minimalista pero elegante.

—No te emociones tanto. Es solo una esquina.

—¿Puedo preguntarte algo serio? —Carla se sentó junto a ella, su expresión volviéndose más suave.

—Claro.

—¿Cómo te sientes realmente sobre todo esto? Las misiones, las decoraciones, todo. ¿Estás bien?

Lucía consideró la pregunta. ¿Estaba bien? Era complicado.

—Es raro—dijo finalmente—. Durante dieciséis años he odiado diciembre con cada fibra de mi ser. Era mi mes de supervivencia. Contaba los días hasta que terminara. Y ahora... ahora estoy decorando mi apartamento. Estoy comprando regalos. Estoy haciendo cosas navideñas voluntariamente.

—¿Y eso te molesta?

—Me confunde. Porque parte de mí siente que estoy traicionando a mi madre al no estar miserable. Como si mi dolor fuera la única forma de honrarla.

—Lu...

—Pero también me doy cuenta de que eso es estúpido. Que ella habría odiado verme así. Que probablemente estaría furiosa conmigo por desperdiciar dieciséis diciembres siendo deliberadamente infeliz.

—Tu madre te adoraba. Y habría querido que vivieras. Realmente vivieras.

—Lo sé. En mi cabeza lo sé. Pero mi corazón tarda en ponerse al día.

Carla la abrazó, uno de esos abrazos largos y apretados que decían todo lo que las palabras no podían. Cuando se separaron, Lucía tenía lágrimas en los ojos pero estaba sonriendo.

—Okay, suficiente emoción—dijo Carla, levantándose y cogiendo su cámara—. Necesitamos fotos oficiales. Tú, de pie junto a tu creación festiva, fingiendo no estar secretamente orgullosa.

—No estoy orgullosa.

—Estás mintiendo. Puedo verlo en tu cara. Pero finge de todas formas. Es más divertido.

Lucía posó junto a la ventana decorada, sintiéndose ridícula pero también extrañamente feliz. Carla tomó aproximadamente cincuenta fotos desde cada ángulo posible, dirigiéndola como si estuvieran en una sesión de moda de Vogue.

—Más sonrisa. No, menos sonrisa. Ahora toca una planta. Sí, así. Muy natural. Ahora finge que las luces te sorprenden. Perfecto. Eres una modelo natural de decoración navideña.

—Eres ridícula.

—Pero me quieres.

—Desafortunadamente.

Pasaron las siguientes dos horas probando diferentes configuraciones, moviendo adornos milímetros a la izquierda o derecha, debatiendo sobre si la guirnalda de pino se veía mejor sobre la ventana o colgando del lado. Era absurdo y perfeccionista y exactamente lo que Lucía necesitaba—concentrarse en detalles insignificantes en lugar de en el peso emocional de lo que estaba haciendo.

Cuando finalmente terminaron, ya era media tarde. La esquina junto a la ventana había sido transformada completamente. Las luces creaban un resplandor cálido. Los adornos capturaban y reflejaban esa luz en destellos plateados y dorados. Las plantas parecían más felices rodeadas de esta energía festiva, como si también hubieran estado esperando permiso para celebrar.

—Es perfecto—declaró Carla, tomando una última foto—. Minimalista pero hermoso. Muy tú.

—¿Yo soy minimalista pero hermosa?

—Ahora sí. Antes eras minimalista y deprimida. Es un upgrade.

—Gracias, supongo.

Carla empacó su cámara pero dejó las decoraciones sobrantes.

—Guarda esto por si decides expandir tu imperio festivo. Y Lu... estoy muy orgullosa de ti. Sé que esto fue difícil.

—No fue tan difícil como pensé que sería. Lo cual es casi más perturbador.

—El cambio es perturbador. Pero también es bueno. Y tú estás cambiando de formas hermosas.



Después de que Carla se fue, con promesas de enviar todas las fotos y amenazas de publicar las peores en redes sociales, Lucía se quedó sola con su esquina decorada.

Se preparó té y se sentó en el sofá, simplemente mirando las luces parpadear suavemente. Había algo hipnótico en ellas, algo reconfortante. No eran amenazantes ni dolorosas como había esperado. Solo eran... bonitas.

Su móvil vibró. Un mensaje de Carla con una foto—Lucía sonriendo junto a la ventana, con las luces creando un halo

alrededor de su cabeza, las plantas a su lado, todo bañado en ese resplandor dorado.

Se veía... feliz. Realmente feliz.

¿Cuándo había sido la última vez que se había visto así?

Guardó la foto y luego, antes de poder pensarlo demasiado, abrió su conversación con Mateo. Había estado pensando en él todo el día, en su café del sábado, en cómo cada mensaje entre ellos se sentía más íntimo, más importante.

Escribió despacio, eligiendo las palabras con cuidado:

"Hola. Te voy a contar algo y probablemente pensarás que estoy loca."

Esperó. Los tres puntos aparecieron indicando que estaba escribiendo.

"Ya pienso que estás un poco loca. En el buen sentido. ¿Qué pasa?"

Lucía sonrió y continuó:

"Te conté sobre las misiones que alguien me envía. Las cartas. Bueno, la de hoy era decorar mi casa para Navidad. Algo que no he hecho en dieciséis años. Y lo hice. Solo una esquina, pero lo hice."

"Lucía, eso es increíble. ¿Cómo te sientes?"

"Rara. Confundida. Pero también... bien. Como si hubiera recuperado algo que pensé que había perdido para siempre."

"¿Puedo ver?"

Lucía vaciló solo un segundo antes de enviar la foto que Carla había tomado. La de ella junto a la ventana, sonriendo, rodeada de luz.

La respuesta de Mateo tardó más de lo esperado. Cuando llegó, Lucía sintió su corazón acelerarse:

"Eres preciosa."

No "la decoración es bonita" o "qué buena foto". Eres preciosa. Directo. Personal. Imposible de malinterpretar.

"Mateo..."

"Lo siento. Eso fue muy directo. Pero es verdad. Y la esquina también es preciosa. Pero sobre todo tú."

Lucía se quedó mirando el mensaje durante un largo momento, sintiendo calidez expandirse en su pecho.

"Gracias. Eso significa mucho. Especialmente hoy."

"¿El sábado sigue en pie?"

"Definitivamente. ¿Tres en punto?"

"Estaré ahí. Y Lucía... estoy orgulloso de ti. Sé que no tengo derecho a estarlo porque apenas nos conocemos, pero lo estoy de todas formas."

"Tienes derecho. Y gracias. Tu opinión importa más de lo que probablemente debería a estas alturas."

"La tuya también importa para mí. Más de lo que probablemente debería."

Lucía dejó el móvil, sintiendo mariposas en el estómago. Esto era real. Lo que fuera que estaba pasando entre ellos era real. Y daba miedo y emoción en medidas iguales.

Esa noche, la nota de confirmación llegó como siempre:

Misión cumplida.

Has recuperado una esquina. Parece pequeño, pero no lo es. Cada centímetro que recuperas del dolor es una victoria.

Y sobre Mateo... él siente lo mismo que tú. Está asustado también. Pero está dispuesto a intentarlo si tú lo estás.

Dos días hasta el café. Dos días hasta que empiecen algo que podría ser significativo. ¿Estás lista?

P.

PD: Carla tiene razón. Eres minimalista pero hermosa. Es un upgrade considerable.

Lucía leyó la nota sonriendo. Papá Noel había visto las fotos. Por supuesto que las había visto. Este tipo omnisciente probablemente había estado vigilando todo el día.

Pero en lugar de molestarle, se sentía... cuidada. Como si alguien realmente estuviera invirtiendo en su felicidad, en su crecimiento, en su capacidad de sanar.

Se preparó para dormir, pero dejó las luces de la ventana encendidas. Su resplandor suave llenaba el salón, creando sombras danzantes en las paredes que eran más reconfortantes que inquietantes.

Y mientras se quedaba dormida, pensó en esquinas recuperadas y luces que no dolían mirarlas. Pensó en Carla y su cámara documentando momentos históricos. Pensó en Mateo llamándola preciosa con una honestidad que la había atravesado como una flecha.

Pensó en cómo había pasado de odiar diciembre a decorar para Navidad. De evitar el contacto humano a abrazar desconocidas. De mantener a todos a distancia a mensajearse con un carpintero que hacía que su corazón latiera más rápido.

Había cambiado. Estaba cambiando. Y aunque daba miedo soltar quien había sido durante tanto tiempo, también era liberador permitirse convertirse en quien podía ser.

Una persona que decoraba esquinas.

Que compraba plantas y les hablaba.

Que hacía tarjetas horribles a mano para vecinos amables.

Que perdonaba a padres ausentes.

Que se permitía sentir esperanza otra vez.

Y que quizá, solo quizá, estaba lista para permitirse también sentir amor.

Aunque todavía no estaba lista para admitir esa última parte en voz alta.

Pero las luces en su ventana brillaban suavemente en la oscuridad, como pequeños faros guiándola hacia algo mejor.

Y por primera vez en dieciséis años, Lucía se quedó dormida con decoraciones navideñas en su casa.

Y no tuvo pesadillas.

Solo sueños de luz.

Capítulo 20: El deseo imposible



La carta del jueves llegó más tarde de lo habitual. Lucía había estado revisando la puerta desde las ocho de la mañana, inquieta por razones que no podía identificar completamente. Quizá era la anticipación del café con Mateo mañana. Quizá era simplemente que se había acostumbrado al ritual matutino del sobre rojo.

Cuando finalmente llegó a las nueve y media, sintió un alivio desproporcionado.

Querida Lucía,

Misión número 16:

Hoy no te voy a pedir que hagas algo. Te voy a pedir que escribas algo.

Un deseo.

No uno falso o educado. No "quiero que todos sean felices" o "quiero paz mundial". Quiero tu deseo real. El que llevas guardado en el lugar más profundo de tu pecho. El que apenas te atreves a admitir ante ti misma porque reconocerlo en voz alta lo hace real y vulnerable.

Escríbelo. En papel. Con tu propia mano. Y luego guárdalo en algún lugar seguro.

No tiene que pasar. Los deseos no son garantías. Pero necesitas nombrarlo. Necesitas darle forma con palabras. Porque los deseos sin nombre son solo anhelos vagos que nunca se materializan.

Tienes todo el día.

No te apresures. Este requiere honestidad brutal contigo misma.

Con cariño,

P.

PD: Los deseos más aterradores son los que realmente queremos. Los que nos cambiarían si se cumplieran.

Lucía leyó la carta una vez, luego otra, sintiendo cómo algo se apretaba en su pecho. Un deseo. Su deseo real. El que guardaba en lo más profundo.

Parecía simple. Engañosamente simple. Solo escribir unas palabras en papel.

Excepto que no era simple en absoluto.

Porque admitir lo que realmente quería significaba confrontar todo lo que había estado evitando. Significaba reconocer anhelos que había enterrado bajo capas de cinismo protector. Significaba ser vulnerable de una forma que ninguna otra misión había requerido.

Se preparó café y se sentó en el sofá, mirando la esquina decorada que ahora brillaba suavemente con las luces que ella y Carla habían colgado. Las plantas parecían felices junto a los adornos. Todo se veía acogedor, esperanzador.

Y ella tenía que escribir un deseo.

—¿Qué quiero? —preguntó en voz alta al apartamento vacío—. ¿Qué quiero realmente?

Las respuestas superficiales llegaron primero. Quería que sus plantas siguieran vivas. Quería que su negocio de edición freelance fuera estable. Quería un apartamento más grande. Cosas prácticas, seguras, que no requerían mucha vulnerabilidad.

Pero esos no eran deseos reales. Eran objetivos. Cosas que podía controlar, planificar, trabajar para conseguir.

Un deseo real era diferente. Era algo que anhelabas pero que no podías forzar. Algo que requería entrega, fe, la disposición de ser decepcionada.

Lucía pasó la mañana intentando escribir. Se sentó en el escritorio con papel en blanco y bolígrafo en mano, pero las palabras no llegaban. Cada vez que empezaba a escribir algo, se detenía, borraba, lo arrugaba y empezaba de nuevo.

"Quiero ser feliz."

Demasiado vago. ¿Qué significaba eso realmente?

"Quiero que mi madre estuviera viva."

Imposible. Y aunque era verdad, no era su deseo para el futuro sino un anhelo por un pasado que no podía cambiar.

"Quiero no tener miedo."

Más cerca. Pero todavía incompleto.

A mediodía, frustrada, dejó el papel y se preparó el almuerzo que apenas tocó. Su mente seguía dando vueltas alrededor de la pregunta. ¿Qué quería? Realmente, en el fondo de todo, ¿qué quería?

Las respuestas empezaron a cristalizarse lentamente, como escarcha formándose en una ventana.

Quería no despertar cada mañana con ese peso en el pecho, esa sensación de estar cargando algo invisible pero aplastante.

Quería poder pensar en su madre sin que el primer sentimiento fuera dolor puro. Quería recordarla con amor más que con ausencia.

Quería poder mirar el calendario en diciembre sin sentir ese nudo familiar en el estómago.

Quería no tener que fingir estar bien cuando la gente preguntaba cómo estaba.

Quería conexiones reales con personas. Quería dejar de mantener a todos a distancia por miedo a perderlos.

Quería...

Quería creer de nuevo.

La realización la golpeó como un puñetazo. Eso era. Eso era lo que realmente quería, lo que había estado faltando durante dieciséis años.

Quería creer en cosas.

En la bondad de extraños. En que el futuro podía ser mejor que el pasado. En que el amor no siempre terminaba en pérdida. En que estaba bien abrirse, arriesgarse, permitirse querer cosas incluso sin garantía de conseguirlas.

Había pasado dieciséis años operando desde el cinismo y el miedo. Había construido su vida entera alrededor de no creer en

nada porque creer significaba poder ser decepcionada. Y la decepción, la pérdida, el dolor—esas cosas eran intolerables.

Pero vivir sin creer en nada también era intolerable. Solo que era un tipo de sufrimiento más lento, más silencioso. Como ahogarse en cámara lenta.

Lucía volvió al escritorio. Esta vez, las palabras llegaron con claridad que la asustó.

Escribió despacio, con letra cuidadosa:

Mi deseo es volver a creer.

No en cosas grandes y abstractas como el destino o la magia o almas gemelas. Sino en cosas pequeñas y concretas.

Quiero creer que las personas son generalmente buenas. Que cuando alguien es amable, no siempre hay un motivo oculto.

Quiero creer que puedo abrirme sin ser destruida. Que puedo amar sin perder. O que si pierdo, podré sobrevivir de todas formas.

Quiero creer que mi madre estaría orgullosa de quien me estoy convirtiendo. Que no la traiciono al ser feliz. Que honrar su memoria puede incluir risa además de lágrimas.

Quiero creer que Mateo es lo que parece ser. Que esta conexión que siento es real. Que no estoy proyectando o imaginando o desesperadamente aferrándome a la primera persona que me hace sentir algo en años.

Escribir su nombre la hizo detenerse. Había estado evitando pensar demasiado directamente sobre él, sobre lo que sentía, sobre lo que podría significar. Pero ahí estaba, en papel. Mateo. Parte de su deseo más profundo involucraba creer en la posibilidad de lo que podían ser.

Continuó escribiendo:

Quiero creer que estoy haciendo lo correcto con estas misiones. Que no estoy siendo manipulada por alguien con

intenciones extrañas. Que Papá Noel, quienquiera que sea, genuinamente quiere ayudarme.

Quiero creer que puedo tener una vida que no esté definida completamente por trauma. Que puedo ser más que mi dolor. Que puedo ser Lucía completa, no solo Lucía-que-perdió-a-su-madre.

Quiero creer en diciembre otra vez. No como solía hacerlo cuando era niña—esa inocencia se fue para siempre. Pero una nueva forma de creer. Una que reconoce el dolor pero también permite la alegría. Una que dice que ambas cosas pueden coexistir.

Y más que nada, quiero creer en mí misma. En que soy lo suficientemente fuerte como para manejar lo que venga. En que merezco cosas buenas. En que puedo construir una vida que valga la pena vivir.

Este es mi deseo: volver a creer. En pequeños actos de fe diarios. En posibilidades. En personas. En futuros que todavía no puedo imaginar.

Quiero creer que estoy lista para esto.

Terminó de escribir y dejó el bolígrafo, sintiendo como si hubiera corrido un maratón. Las palabras en el papel la miraban, vulnerables y honestas de formas que la hacían querer rasgar la hoja y pretender que nunca las había escrito.

Pero no lo hizo. Las dejó ahí. Las releyó tres veces. Y cada vez que las leía, sentía algo aflojarse en su pecho.

Había nombrado el deseo. Le había dado forma. Y ahora existía en el mundo, tangible, real.

Dobló el papel con cuidado y lo guardó en el cuaderno de cuero donde había estado guardando todas las cartas importantes. Junto a la carta a su madre. Junto a la nota de Papá Noel diciéndole que era valiente.

Eran las cinco de la tarde cuando terminó. Se sentía agotada de una forma que no era física sino emocional. Como si hubiera

excavado en lugares de sí misma que habían estado sellados durante años.

Se preparó té y se acurrucó en el sofá con una manta, mirando las luces de la ventana parpadear suavemente. Afuera estaba oscureciendo—diciembre traía noches tempranas—pero dentro su pequeño santuario festivo brillaba calidez.

Su móvil vibró. Carla, con su timing psíquico habitual.

"Presentimiento raro otra vez. ¿Estás bien?"

Lucía sonrió a pesar de su agotamiento.

"Sí. He tenido un día muy introspectivo."

"¿Misión nueva?"

"Escribir un deseo. Mi deseo real."

"Uff. Eso es heavy. ¿Qué deseaste?"

"Volver a creer. En cosas. En personas. En posibilidades."

Hubo una pausa antes de que Carla respondiera.

"Lu, eso es hermoso. Y valiente. ¿Sabes que básicamente estás deseando ser vulnerable de nuevo?"

"Lo sé. Aterrador, ¿verdad?"

"Aterrador pero necesario. No puedes vivir con el corazón cerrado para siempre. Te pierdes demasiado."

"Ya me he perdido dieciséis años. No quiero perderme más."

"Entonces no lo harás. Y Lu, para que sepas, yo creo en ti. Siempre he creído. Incluso cuando tú no podías."

Lucía sintió lágrimas picando en sus ojos.

"¿Cómo haces eso? ¿Cómo dices exactamente lo que necesito oír?"

"Talento natural. Y también te conozco mejor que nadie. Sé lo fuerte que eres incluso cuando no lo ves."

"Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?"

"Por supuesto. Y yo a ti. Ahora descansa. Mañana es el gran día. Café con el carpintero guapo."

"No me lo recuerdes. Ya estoy suficientemente nerviosa."

"Vas a estar increíble. Y él ya está medio enamorado de ti, cualquiera puede verlo en la forma en que te mira en esas fotos del mercadillo."

"¿Qué fotos del mercadillo?"

"Las que investigué en Instagram. Soy una acosadora excelente cuando se trata de proteger a mi mejor amiga."

"Carla."

"¿Qué? Tenía que asegurarme de que no fuera un asesino en serie. Es mi deber como mejor amiga. Y para tu tranquilidad, parece legítimo. Tiene fotos de su trabajo, de su taller, incluso una foto vieja con una niña pequeña que asumo es su hija."

Lucía sintió algo apretarse en su garganta al pensar en Emma, en cómo Mateo había compartido ese dolor con ella.

"Gracias por investigar. Creo."

"Siempre. Ahora ve y relájate. Mañana llega pronto."

Después de despedirse de Carla, Lucía se quedó mirando el móvil, debatiendo. ¿Debería escribirle a Mateo? No querían parecer desesperada. Pero también... quería hablar con él. Especialmente hoy, después de escribir ese deseo donde su nombre había aparecido.

Antes de poder convencerse a sí misma de no hacerlo, escribió:

"Hola. ¿Cómo estuvo tu día?"

Simple. Casual. No revelar que había pasado el día entero en crisis existencial sobre creer en cosas, incluyéndolo a él.

La respuesta llegó sorprendentemente rápido.

"Largo. Bueno pero largo. He estado tallando. A veces me pierdo en el trabajo y me olvido de que existe el mundo exterior. ¿Y el tuyo?"

"También introspectivo. Otra misión. Esta era sobre escribir un deseo."

"¿Puedo preguntar qué deseaste? O es demasiado personal?"

Lucía vaciló. Podía decir algo vago. Algo seguro. Pero recordó las palabras que había escrito—sobre creer, sobre permitirse ser vulnerable.

"Deseé volver a creer. En personas. En posibilidades. En que las cosas buenas pueden pasar sin que necesariamente terminen en pérdida."

Hubo una pausa más larga esta vez. Lucía imaginó a Mateo al otro lado, en su taller rodeado de virutas de madera, procesando lo que acababa de compartir.

"Ese es un deseo hermoso, Lucía. Y valiente. Porque creer requiere coraje. Requiere estar dispuesto a ser decepcionado."

"Por eso dejé de creer después de que mi madre murió. Parecía más seguro no esperar nada."

"Lo entiendo. Yo hice lo mismo después de Emma. Construí mi vida entera alrededor de no querer nada porque querer cosas significaba poder perderlas. Y ya había perdido demasiado."

"¿Y ahora? ¿Todavía sientes así?"

"Últimamente... no. Últimamente me he permitido querer cosas otra vez. Pequeñas al principio. Pero cada vez más grandes."

Lucía sintió su corazón latiendo más rápido.

"¿Como qué?"

"Como café mañana. Como conocerte mejor. Como la posibilidad de que esto—lo que sea que sea esto—pueda ser algo real."

Lucía tuvo que leer el mensaje tres veces, apenas creyendo lo que decía. Él estaba siendo directo de una forma que ella no había anticipado. Vulnerable. Honesto.

"Yo también quiero eso. Me asusta, pero lo quiero."

"A mí también me asusta. Pero creo que las cosas que valen la pena siempre asustan un poco."

"¿Cómo sabes que vale la pena? ¿Cómo sabes que no estamos proyectando o viendo lo que queremos ver?"

"No lo sé. No puedo saberlo con certeza. Pero hay algo en cómo me siento cuando hablamos, cuando estoy cerca de ti. Se siente honesto. Real. Y hace mucho que nada se ha sentido así."

"Para mí también."

"Entonces quizá eso es suficiente. Quizá no necesitamos certeza completa. Quizá solo necesitamos estar dispuestos a intentarlo."

Lucía miró el mensaje, sintiendo cómo su deseo escrito cobraba vida. Volver a creer. Permitirse querer cosas. Ser vulnerable.

"Estoy dispuesta a intentarlo. Si tú lo estás."

"Definitivamente lo estoy. ¿Tres mañana?"

"Tres mañana. Estaré ahí."

"Yo también. Y Lucía... gracias por compartir tu deseo conmigo. Sé que no fue fácil."

"Gracias por entenderlo. Y por compartir el tuyo también."

"Buenas noches. Sueña con cosas buenas."

"Buenas noches, Mateo."

Lucía dejó el móvil y se quedó mirando el techo por un largo momento. Mañana. Mañana tendría una cita real con Mateo. No solo un encuentro casual en el mercadillo sino una cita planeada, intencional.

Y había sido honesta con él de formas que la aterraban. Sobre su deseo. Sobre sus miedos. Y él había respondido con su propia honestidad, su propia vulnerabilidad.

Esto era real. Fuera lo que fuera, era real.

La nota de confirmación llegó poco después:

Misión cumplida.

Tu deseo es perfecto. Y está empezando a hacerse realidad, aunque todavía no lo veas completamente.

Ya estás creyendo de nuevo. En Mateo. En Carla. En ti misma. En la posibilidad de que diciembre pueda ser más que solo dolor.

Cada acto de fe es un paso hacia ese deseo. Cada vez que eliges la vulnerabilidad sobre la protección, estás creyendo.

Mañana es importante. No porque determina tu futuro sino porque es una elección activa de seguir abriéndote. De seguir creyendo.

Estoy orgulloso de ti. Más de lo que las palabras pueden expresar.

P.

PD: Mateo está tan nervioso como tú sobre mañana. Es adorable. Ambos lo son.

Lucía guardó la nota con las demás, sintiendo algo cálido en su pecho. Luego se preparó para dormir, aunque sabía que probablemente pasaría la mitad de la noche despierta, nerviosa sobre mañana.

Pero antes de apagar la luz, miró hacia la esquina decorada. Las luces todavía brillaban suavemente, creando ese resplandor dorado que ya asociaba con esperanza.

Había escrito su deseo. Lo había nombrado. Y al nombrarlo, lo había hecho real.

Quería volver a creer.

Y tal vez, solo tal vez, ya estaba empezando a hacerlo.

Un pequeño acto de fe a la vez.

Una conversación honesta a la vez.

Una cita con un carpintero de ojos tristes a la vez.

Mañana vendría. Y ella estaría lista.

Asustada, sí. Pero lista.

Porque eso es lo que significaba creer.

No ausencia de miedo sino la voluntad de intentar de todas formas.

Y por primera vez en dieciséis años, Lucía estaba dispuesta a intentarlo.

Capítulo 21: El cobarde



Mateo se despertó a las cinco de la mañana del viernes, después de dormir tal vez dos horas en total. Había pasado la noche mirando el techo de su dormitorio, con el estómago hecho un nudo y la mente dando vueltas sin parar.

Hoy era la cita. Hoy a las tres de la tarde se encontraría con Lucía en ese café en Chueca. Hablarían, se conocerían mejor, tal vez él tocaría su mano sobre la mesa. Tal vez ella sonreiría de esa forma que hacía que algo en su pecho se apretara dolorosamente.

Tal vez él continuaría construyendo esta relación sobre una montaña de mentiras que eventualmente los enterraría a ambos.

Se levantó de la cama con movimientos pesados y caminó hacia la cocina. Preparó café que no quería pero necesitaba, mirando por la ventana cómo Rascafría despertaba lentamente bajo un cielo gris. Iba a nevar pronto. Podía sentirlo en el aire, esa quietud particular que precedía a la tormenta.

Su móvil estaba sobre la mesa de la cocina, la pantalla oscura acusadora. Sabía que debía escribirle a Lucía, confirmar la hora, decir algo normal y tranquilizador. Pero cada vez que levantaba el teléfono, las palabras se le atoraban en la garganta.

¿Cómo podía ir a esa cita? ¿Cómo podía sentarse frente a ella, mirarla a los ojos, y pretender que no conocía cada rincón de su dolor? ¿Que no había orquestado los últimos dieciséis días de su vida? ¿Que no era el Papá Noel anónimo que la había estado empujando, manipulando—aunque con buenas intenciones—hacia la sanación?

Anoche, cuando ella le había escrito sobre su deseo, cuando había compartido algo tan vulnerable y hermoso, Mateo había sentido algo romperse dentro de él. Porque ella había escrito sobre creer en

personas, en posibilidades, en él. Y él era exactamente el tipo de persona que justificaría su miedo de creer en alguien.

Era un fraude. Un manipulador bien intencionado pero manipulador al fin y al cabo.

Carmen del mercadillo había tenido razón semanas atrás: necesitaba decirle la verdad. Pero cada vez que consideraba hacerlo, el terror lo paralizaba. Porque decir la verdad significaba perderla. Estaba seguro de eso. Nadie perdonaba ese nivel de invasión, esa traición fundamental de confianza.

Pero continuar la mentira también significaba perderla eventualmente. Solo que sería peor porque habría más tiempo invertido, más sentimientos desarrollados, más dolor cuando todo se desmoronara.

Estaba atrapado. Y la única salida que veía requería un tipo de cobardía que se odiaba por considerar.

No ir a la cita.

El pensamiento había estado susurrando en el fondo de su mente durante días, creciendo más fuerte cada vez que hablaban, cada vez que ella compartía algo personal, cada vez que se permitía imaginar un futuro que no podía tener.

Si no iba, si la dejaba plantada, ella se enfadaría. Lo odiaría probablemente. Pero sería un odio limpio, basado en una transgresión comprensible. La dejó plantada. Es un idiota. Siguiente.

No como el odio que vendría si descubría toda la verdad. Ese sería más profundo, más complicado. Ese vendría con traición, con violación de privacidad, con la horrible realización de que cada momento entre ellos había sido construido sobre información asimétrica y manipulación cuidadosa.

Mateo se sentó en el sofá con su café, mirando el taller a través de la ventana que conectaba su apartamento con el espacio de trabajo. Las figuras que había estado tallando esperaban en las estanterías. El corazón con grietas que había hecho para ella. El pájaro a medio vuelo. La puerta entreabierta.

Todas metáforas de lo que sentía, de lo que esperaba que pudieran ser juntos.

Todas mentiras.

Su móvil vibró. Un mensaje de Raúl, uno de sus últimos contactos activos en Madrid:

"¿Todavía quieres que entregue la carta hoy?"

La carta. La número diecisiete. La había escrito anoche después de hablar con Lucía, antes de que el pánico realmente se instalara. Era sobre hacer algo bueno en secreto, sobre bondad anónima.

La ironía era demasiado perfecta. Aquí estaba él, Mr. Bondad Anónima, incapaz de ser honesto en su propia vida.

Escribió una respuesta:

"Sí. Entrégala como siempre."

Raúl respondió casi inmediatamente:

"¿Estás bien? Pareces... raro últimamente."

"Estoy bien. Solo cansado."

"Si necesitas hablar, sabes dónde encontrarme."

Mateo dejó el móvil sin responder. Raúl era un buen hombre, probablemente su amigo más cercano en esta red de contactos que había construido durante años. Pero ¿cómo explicaba esto? ¿Cómo decía que se había enamorado de alguien mientras simultáneamente la manipulaba psicológicamente bajo la apariencia de ayudarla?

Se obligó a ducharse, a vestirse, a comer algo, aunque cada bocado sabía a ceniza. Las horas avanzaban con lentitud dolorosa. Nueve de la mañana. Diez. Once.

A mediodía, su móvil vibró con un mensaje de Lucía. Lo miró durante largo tiempo antes de abrirlo.

"Buenos días. ¿Sigues bien para las tres?"

Simple. Casual. Pero podía sentir el nerviosismo detrás de las palabras. Ella también estaba ansiosa. Probablemente había cambiado de ropa tres veces. Probablemente le había pedido consejo a Carla. Probablemente estaba emocionada y aterrada en medidas iguales.

Y él iba a destrozar todo eso.

No respondió. No podía. Porque cualquier respuesta sería continuar la mentira o comenzar una confrontación que no estaba listo para tener.

Una hora después, otro mensaje:

"Mateo? ¿Estás ahí?"

El signo de interrogación le atravesó el pecho. Podía oír su voz en esas palabras, la preocupación creciente, la confusión.

Dejó el móvil boca abajo sobre la mesa. Pero podía sentirlo ahí, vibrando ocasionalmente con nuevos mensajes que no se atrevía a leer.

A las dos y media, sabiendo que debería estar en camino a Madrid si iba a llegar a tiempo, Mateo se quedó sentado en su taller rodeado de sus creaciones. Cogió el corazón de madera con grietas y lo giró entre sus manos.

Este había sido su plan desde el principio. Hacer las veinticuatro misiones. Ayudarla a sanar. Y en la última, la noche del veinticuatro de diciembre, revelar quién era. Darle este corazón. Confesar todo. Y dejar que ella decidiera si podía perdonarlo.

Era un plan terrible que dependía de que ella estuviera lo suficientemente sanada, lo suficientemente fuerte, como para no odiarlo completamente. Que dependía de una fantasía romántica donde el amor conquistaba la traición.

Pero ese plan había sido antes de que se volviera real. Antes de mensajes nocturnos y conversaciones vulnerables. Antes de que ella escribiera su nombre en su deseo más profundo.

El plan había sido factible cuando era solo un proyecto. Pero ahora que estaba enamorado—realmente, dolorosamente enamorado—el plan parecía cruel. Tanto para ella como para él mismo.

A las tres en punto, su móvil empezó a vibrar con llamadas. Lucía, llamando desde el café probablemente. Esperándolo. Revisando la puerta cada vez que alguien entraba.

Mateo dejó que las llamadas fueran al buzón de voz. Cada vibración era como un cuchillo en el pecho, pero no las contestó.

A las tres y media, un mensaje de texto:

"Mateo, estoy preocupada. ¿Estás bien? ¿Pasó algo?"

Todavía preocupada por él. Incluso cuando la había dejado plantada, su primer instinto era preocuparse por su bienestar.

A las cuatro:

"Okay, entiendo. No querías venir. Habría preferido que me lo dijeras en lugar de simplemente no aparecer, pero lo entiendo. Espero que estés bien."

Podía sentir la herida en esas palabras. El intento de sonar comprensiva cuando claramente estaba dolida.

A las cuatro y media:

"Lo siento si dije algo mal anoche. O si fui demasiado intensa. No quería asustarte."

Eso lo mató. La idea de que ella pensara que había hecho algo mal, que la culpa era suya.

A las cinco, después de dos horas de tortura auto-impuesta, Mateo finalmente respondió:

"Lo siento, Lucía. Lo siento mucho. No es tu culpa. Eres perfecta. Soy yo quien no puede hacer esto."

Breve. Cobarde. Insuficiente. Pero era todo lo que podía manejar sin derrumbarse completamente.

La respuesta llegó casi inmediatamente:

"¿Qué significa eso? ¿No puedes hacer qué? Mateo, no entiendo."

"Solo... lo siento. No debí haberte hecho perder tu tiempo."

"No perdí mi tiempo. Elegí pasar tiempo esperándote porque pensé que esto significaba algo. ¿Me equivoqué?"

Mateo miró la pregunta, sus dedos flotando sobre el teclado. ¿Se había equivocado? No. Significaba algo. Significaba todo. Pero él había arruinado cualquier posibilidad de que funcionara desde el principio con sus mentiras y manipulaciones.

No respondió. En lugar de eso, apagó el móvil completamente.

Cobarde. Era un maldito cobarde.

Se levantó y caminó hacia su escritorio donde guardaba los materiales para las cartas. Papel grueso color crema. Pluma estilográfica. Tinta dorada.

Tenía que escribir la última carta. La número veinticuatro. La que la llevaría a él, a su taller, donde finalmente confesaría todo y dejaría que las fichas cayeran donde quisieran.

Era la única forma que veía de terminar esto. No podía continuar las mentiras. No podía ser Mateo-el-carpintero y Papá-Noel simultáneamente. No podía ir a citas con ella mientras orquestaba su vida desde las sombras.

Así que terminaría las misiones. Ocho más. Y en la última, la Nochebuena, ella vendría aquí y él le diría todo. Le mostraría todas las cartas que había escrito. Le explicaría cómo había empezado, por qué había continuado, cómo se había enamorado en el proceso.

Y probablemente lo odiaría. Probablemente se iría y nunca querría verlo de nuevo.

Pero al menos sería honesto. Al menos le daría la verdad completa en lugar de fragmentos cuidadosamente curados.

Mateo mojó la pluma en tinta y comenzó a escribir. Las palabras fluían con facilidad nacida de la desesperación:

Querida Lucía,

Sé que estás confundida. Sé que estás herida. Y lo siento más de lo que las palabras pueden expresar.

Pero necesito que confíes en mí una vez más. Una última vez.

El 24 de diciembre, a las diez de la noche, ven a esta dirección:

Escribió la dirección de su taller con letra cuidadosa. No explicó qué era el lugar. No dio contexto. Solo la dirección.

Ven sola. Y ven preparada para respuestas. Para todas las respuestas que has estado buscando.

Sé que esto es pedir mucho después de todo. Pero si alguna vez confiaste en mí, si alguna parte de ti todavía cree que esto significa algo, ven.

Te lo explicaré todo. La verdad completa. No más secretos. No más medias verdades.

Y después, tú decides. Si quieres irte, lo entenderé. Si quieres odiarme, lo mereceré. Pero al menos sabrás.

Esta es mi última carta. Mi última misión para ti es simplemente esto: ven a buscarme.

Y cuando lo hagas, espero poder ser lo suficientemente valiente como para darte lo que siempre mereciste: honestidad.

Con todo mi amor, aunque no tenga derecho a sentirlo,

P.

Terminó la carta y la releyó tres veces. Era vaga pero prometedora. Misteriosa pero sincera. Le daba ocho días más para terminar las misiones restantes—misiones que ya había planeado, que la prepararían para el momento final cuando todo se revelaría.

Ocho días para que ella decidiera si su rabia por hoy era suficiente como para ignorar la carta. Ocho días para que él reuniera el coraje que no había tenido hoy.

Dobló la carta, la metió en el sobre rojo final que había estado guardando para este momento. Escribió su nombre en el frente con la caligrafía elegante que ella reconocería.

Llamó a Raúl.

—Necesito un favor—dijo cuando Raúl contestó.

—Lo que necesites.

—Esta carta. Necesito que la entregues el veinticuatro de diciembre. Por la mañana. No antes.

—¿El veinticuatro? Eso es en ocho días.

—Lo sé. Guárdala hasta entonces. Es importante.

—Mateo, ¿qué está pasando? No suenas bien.

—Estoy... estoy terminando esto. Correctamente esta vez. Pero necesito tiempo.

Hubo una pausa antes de que Raúl hablara de nuevo, su voz más suave:

—¿Es por la chica? ¿Lucía?

—Sí.

—¿Le vas a decir la verdad?

—La noche del veinticuatro. Si viene.

—Va a venir. Y va a entender. Has hecho cosas buenas por ella.

—He hecho cosas terribles disfrazadas de buenas intenciones.

—A veces es lo mismo. Las líneas no siempre son claras.

—Deberían serlo.

Raúl suspiró.

—Te llevaré la carta cuando necesites. Y Mateo... buena suerte. Realmente espero que funcione.

—Yo también.

Después de colgar, Mateo se quedó sentado en el taller rodeado de silencio. Afuera había empezado a nevar, copos gruesos cayendo con determinación. Pronto el pueblo estaría completamente blanco, enterrado bajo el peso del invierno.

Encendió su móvil de nuevo, sabiendo que era masoquismo pero incapaz de resistirse.

Tenía doce mensajes de Lucía. Los leyó todos, cada uno un puñalada:

"¿Mateo?"

"Por favor, al menos dime que estás bien."

"Estoy preocupada."

"Si cambió de opinión sobre nosotros, solo dímelo. Puedo manejarlo."

"No puedo manejar el silencio."

"Está bien. Entiendo. No quieres esto. Lo capto."

"Espero que encuentres lo que sea que estés buscando."

"Adiós, Mateo."

Ese último mensaje había llegado hace una hora. "Adiós, Mateo." Final. Conclusivo.

Él había hecho eso. Había tomado algo hermoso y frágil y lo había aplastado porque era demasiado cobarde para ser honesto.

Escribió una última respuesta, sabiendo que probablemente no cambiaría nada pero necesitando decirlo de todas formas:

"No es adiós. Por favor, no dejes que sea adiós. Solo necesito tiempo. Confía en mí. Por favor."

La envió y esperó. Cinco minutos. Diez. Veinte.

No hubo respuesta.

Mateo dejó el móvil y caminó hacia el taller. Necesitaba trabajar. Necesitaba hacer algo con las manos que no fuera revisar compulsivamente su teléfono esperando una respuesta que probablemente nunca llegaría.

Cogió un nuevo pedazo de madera—nogal, oscuro y denso—y empezó a tallar sin plan específico. Dejó que sus manos trabajaran por instinto, cortando, lijando, dando forma.

Poco a poco, una figura emergió. Una mujer con el rostro levantado hacia el cielo, los brazos extendidos. No era obvio si estaba cayendo o volando. Podía ser ambas cosas. Podía ser ninguna.

Trabajó en ella durante horas mientras la nieve continuaba cayendo afuera y su móvil permanecía tercamente silencioso. Cada corte de la madera era una especie de meditación, una forma de procesar la culpa y el dolor y el auto-odio que amenazaban con abrumarlo.

Había dejado plantada a Lucía. Después de todo lo que le había pedido que hiciera, abrirse, ser vulnerable, creer en posibilidades, él había demostrado ser exactamente el tipo de persona que justificaba su miedo.

Era un hipócrita. Un cobarde. Un fraude.

Y en ocho días, le diría todo eso. Le confesaría cada verdad que había estado escondiendo. Y entonces ella decidiría.

Si venía el veinticuatro. Si su rabia no era tan grande como para ignorar la curiosidad sobre quién era realmente Papá Noel. Si todavía le importaba lo suficiente como para querer respuestas.

Si venía, él sería honesto. Completamente. Brutalmente.

Y si no venía... bueno, eso sería su respuesta. Que él había destruido algo antes de que tuviera la oportunidad de convertirse en lo que podía haber sido.

Mateo trabajó hasta que sus manos estaban cansadas y sus ojos ardían. La figura de madera ahora mostraba detalles increíbles—cada pliegue de ropa, cada mechón de pelo, la expresión en el rostro que era mitad dolor mitad liberación.

Era Lucía. Por supuesto que era Lucía. Todo lo que tallaba últimamente era ella de alguna forma.

La dejó sobre el escritorio para que se secara y finalmente se permitió revisar su móvil una última vez antes de intentar dormir.

Nada. Ni un mensaje. Ni una llamada.

Lucía había dicho adiós y lo había dicho en serio.

Y Mateo se acurrucó en su cama esa noche con el peso de sus decisiones aplastándole el pecho. Había elegido la cobardía sobre la honestidad. Había elegido el dolor diferido sobre el dolor inmediato. Había elegido ocho días más de secretos sobre una confrontación directa.

Y ahora tenía que vivir con esa elección. Con el conocimiento de que la había herido. De que probablemente la había perdido antes de realmente tenerla.

Pero en ocho días, tendría su oportunidad. Su única oportunidad de hacer las cosas bien.

Si ella venía.

Por favor que viniera.

Era lo único que podía hacer ahora. Esperar. Y rezar a un dios en el que no estaba seguro de creer que Lucía fuera lo suficientemente fuerte, lo suficientemente curiosa, lo suficientemente generosa como para darle una última oportunidad de explicarse.

De contarle que sí, había manipulado su vida.

Pero también se había enamorado de ella en el proceso.

Y aunque eso no excusaba lo que había hecho, al menos era verdad.

Y la verdad, finalmente, dolorosamente, era todo lo que tenía para ofrecer.

Capítulo 22: La última carta



Los ocho días después de la cita que nunca fue pasaron en una especie de niebla.

Lucía había cumplido cada misión mecánicamente, sin el entusiasmo que había caracterizado las primeras semanas. Las cartas seguían llegando cada mañana, Papá Noel, al menos, no la había abandonado, pero algo fundamental había cambiado en ella.

Misión diecisiete: dejar flores anónimas por la ciudad. Lo hizo, comprando margaritas baratas y dejándolas en bancos de parques, paradas de autobús, buzones, con pequeñas notas que decían "Para alegrarte el día." No obstante, mientras lo hacía, solo podía pensar en cómo Mateo le había dicho que era preciosa. En cómo había desaparecido sin explicación.

Misión dieciocho: hacer algo bueno por un vecino sin que se enterara. Había limpiado la nieve del escalón de Don Julián una madrugada. Él nunca sabría que había sido ella. La nota de confirmación la felicitó por su bondad anónima. Pero Lucía se sentía vacía.

Misión diecinueve: escribir tres cosas por las que estaba agradecida cada día durante una semana. Lo había hecho religiosamente. Sus plantas. Carla. La amabilidad de desconocidos. Pero nunca escribió lo que realmente pensaba: que estaba agradecida por haber sentido algo real, incluso si había terminado doliéndole.

Las misiones continuaron. Cada una diseñada para sacarla de su zona de confort, para recordarle que el mundo era más grande que su dolor. Y funcionaban, en cierto modo. Pero había una sombra sobre todo.

Mateo.

Su silencio era ensordecedor. Después de aquel último mensaje —"Confía en mí. Por favor"—no había dicho nada más. Lucía había esperado uno, dos, tres días. Había revisado su móvil compulsivamente. Había escrito y borrado mensajes docenas de veces.

Finalmente había dejado de esperar. Había aceptado que lo que fuera que había entre ellos, o lo que ella había pensado que había, había terminado antes de comenzar. Que ella había malinterpretado su interés. Que había sido estúpida al creer que alguien podía verla realmente y querer quedarse.

Carla había sido su ancla durante esos días. Aparecía sin avisar con comida, la obligaba a salir de casa, la dejaba llorar en su hombro cuando las emociones se volvían demasiado pesadas.

—Es un idiota—había dicho Carla el tercer día, después de que Lucía finalmente le contara todo—. Un completo idiota. Y no te merece.

—Quizá yo no lo merecía a él.

—Lu, no. No hagas eso. No conviertas esto en algo sobre tu valor. Él te dejó plantada. Sin explicación. Eso habla de él, no de ti.

—Pero si fui demasiado intensa, si lo asusté...

—Entonces debió tener los huevos de decírtelo en lugar de simplemente desaparecer. Eres increíble. Y si él no pudo verlo, es su pérdida.

Lucía quería creer eso. Intentaba creerlo. Pero las viejas voces en su cabeza, las que llevaban dieciséis años diciéndole que era más seguro no esperar nada, no querer nada, habían regresado con venganza.

"Ves lo que pasa cuando te abres. Ves lo que pasa cuando crees en alguien. Solo terminas herida."

La noche del veintitrés de diciembre, Lucía se quedó despierta hasta tarde mirando las luces de su ventana. La decoración que había hecho con Carla seguía ahí, brillando suavemente, pero ya no le traía la misma alegría. Solo le recordaba el día que le había

enviado la foto a Mateo. Cuando él le había dicho que era preciosa. Antes de que todo se derrumbara.

Se quedó dormida en el sofá, exhausta más emocionalmente que físicamente.

La mañana del veinticuatro de diciembre amaneció clara y fría. Nochebuena. El día que su madre había muerto dieciséis años atrás. Tradicionalmente, el peor día del año para Lucía.

Pero este año... este año tenía misiones que cumplir. Tenía plantas que regar. Tenía una vida que había estado intentando reconstruir pieza por pieza.

El dolor por su madre estaba ahí, siempre estaría ahí. Pero era diferente ahora. Más suave. Compartía espacio con otras cosas.

Se levantó, preparó café, regó las plantas con su ritual habitual. El cactus de Navidad seguía floreciendo gloriosamente. La peperomia se veía robusta y saludable.

—Buenos días, chicas—les dijo, su voz cansada pero afectuosa—. Feliz Nochebuena, supongo. Hemos llegado hasta aquí. Eso es algo.

Esperó el sobre rojo. Ocho y cuarto llegó y pasó. Nueve. Nueve y media.

A las diez de la mañana, cuando ya estaba convencida de que no llegaría—que quizá las misiones habían terminado, que Papá Noel también la había abandonado—escuchó el susurro familiar del papel bajo la puerta.

Corrió a recogerlo, su corazón latiendo estúpidamente rápido. Este sobre era diferente. Más grueso. Más pesado. Como si contuviera más que solo papel.

Lo abrió con manos temblorosas.

Querida Lucía,

Esta es mi última carta. La número veinticuatro.

Has llegado hasta aquí. Has cumplido cada misión, incluso cuando dolían. Incluso cuando dudabas. Incluso cuando yo, quien sea que creas que soy, probablemente no merecía tu confianza.

Me has dejado verte crecer, transformarte, abrirte. Ha sido el privilegio más grande de mi vida.

Ahora llega la última misión. Y es simple:

Ven a buscarme.

Esta noche. 10 PM. Esta dirección:

Lucía leyó la dirección. Era en Rascafría. Una hora en coche desde Madrid. En la sierra. En medio de la nada, básicamente.

Ven sola. Ven preparada para la verdad. Toda la verdad.

Sé que tienes razones para no confiar. Sé que te he pedido mucho. Pero esta es mi última petición: dame una oportunidad de explicarte quién soy, por qué hice esto, y por qué cada palabra que te he escrito ha sido sincera incluso cuando he estado escondiendo mi identidad.

No tienes que perdonarme. Probablemente no deberías. Pero mereces saber.

Y yo merezco la oportunidad de mirarte a los ojos y decirte la verdad.

Si vienes, estaré esperando.

Si no vienes, lo entenderé. Y seguiré siendo grato por el tiempo que me permitiste ser parte de tu vida, incluso desde las sombras.

Con todo mi amor,

P.

PD: Hay algo más en el sobre. Un regalo. Por si decides no venir.

Lucía metió la mano en el sobre con dedos temblorosos. Había algo envuelto en papel de seda.

Lo desenvolvió cuidadosamente. Era una figura de madera tallada. Un corazón. Pequeño, del tamaño de su palma, tallado con detalles increíbles. Y había grietas en él, grietas visibles, profundas, pero vetas de madera más oscura las atravesaban, manteniéndolo unido.

Un corazón roto pero completo.

Lucía lo sostuvo con ambas manos, sintiendo lágrimas quemando sus ojos. Era hermoso. Y la metáfora era tan obvia que dolía. Este era su corazón. El corazón de Papá Noel. Quizá el corazón de ambos.

Se quedó ahí sentada durante largo rato, con la carta en una mano y el corazón de madera en la otra, procesando.

Papá Noel quería que lo conociera. Esta noche. En Rascafría.

Y la dirección... algo en ella le resultaba familiar, aunque no podía identificar exactamente qué.

Rascafría. ¿Dónde había oído ese nombre recientemente?

Y entonces lo golpeó como un puñetazo.

Mateo vivía en Rascafría. Lo había mencionado cuando hablaron en el mercadillo. Tenía un taller allí.

No. No podía ser. Era coincidencia. Tenía que serlo.

Pero algo en su pecho se apretó. Una sospecha. Una posibilidad imposible.

¿Y si...?

No. Era ridículo. Mateo y Papá Noel no podían ser la misma persona. Eso sería... sería demasiado elaborado. Demasiado retorcido. ¿Por qué haría algo así?

Pero mientras más lo pensaba, más encajaban las piezas. El timing. La forma en que Papá Noel parecía saber cosas sobre ella. La carta de madera con "Esperanza" que había comprado en el mercadillo, Mateo la había tallado. Este corazón con grietas, tenía el mismo estilo, el mismo cuidado meticuloso.

Las conversaciones que habían tenido. Cómo él la entendía de formas que parecían imposibles para alguien que apenas la conocía.

Y luego había desaparecido. Justo cuando las cosas se estaban volviendo reales.

—No—dijo Lucía en voz alta—. No, no, no. No puede ser.

Pero su mente seguía conectando puntos. Cada momento, cada conversación, cada detalle que no había cuestionado pero que ahora parecía obvio en retrospectiva.

Si Mateo era Papá Noel...

Eso significaba que todo había sido mentira. Que él la había estado manipulando desde el principio. Que cada encuentro "casual" había sido orquestado. Que él sabía todo sobre ella, cada secreto, cada dolor, cada vulnerabilidad, mientras ella no sabía nada real sobre él.

Eso significaba que la había estado vigilando. Siguiéndola. Invadiendo su privacidad de formas que eran, francamente, espeluznantes.

Pero también significaba... también significaba que él se había preocupado lo suficiente como para hacer todo esto. Que había invertido tiempo, esfuerzo, pensamiento en ayudarla. Que las misiones habían funcionado, ella había cambiado, crecido, sanado.

¿Las intenciones importaban cuando los métodos eran tan cuestionables?

Lucía no lo sabía.

Pasó el día en un estado de agitación creciente. No podía concentrarse en nada. Revisaba la carta cada media hora como si las palabras fueran a cambiar mágicamente y darle respuestas más claras.

Carla llamó al mediodía.

—¿Vienes a la cena de Nochebuena? Ya sabes que siempre hay lugar para ti.

Lucía miró la carta en su mano.

—No lo sé. Algo ha surgido.

—¿Algo bueno o algo malo?

—No lo sé todavía. Carla... ¿tú qué harías si alguien que te importa te hubiera estado mintiendo? Pero, ¿las mentiras fueran para ayudarte?

Hubo una pausa.

—Lu, ¿qué está pasando?

—Solo... hipotéticamente. ¿Podrías perdonarlo?

—Depende. ¿Las mentiras invadieron tu privacidad de formas serias?

—Sí.

—¿Pero genuinamente te ayudaron a estar mejor?

—Sí.

—Entonces es complicado. No hay respuesta fácil. Tendrías que decidir qué pesa más: la traición o la ayuda. Y esa respuesta es diferente para cada persona.

—Gracias. Eso no ayuda nada.

Carla se rió suavemente.

—Lo siento. Pero la verdad es que solo tú puedes decidir qué es imperdonable y qué no lo es. ¿Vas a estar bien?

—No lo sé. Pero creo que tengo que hacer algo esta noche. Y estoy aterrada.

—¿Necesitas que vaya contigo?

—No. Tengo que hacer esto sola.

—Okay. Pero llámame después. No importa qué hora sea.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero. Y Lu... confía en tu instinto. Siempre ha sido bueno incluso cuando no le hacías caso.

Después de colgar, Lucía se quedó mirando su armario durante cuarenta y cinco minutos, debatiendo.

¿Iba a ir?

Si iba, ¿qué se ponía? ¿Te vistes para una confrontación? ¿Para una revelación? ¿Para el final de algo o el comienzo?

Parte de ella quería ignorar completamente la carta. No ir. Dejar que Papá Noel, probablemente Mateo, se quedara esperando. Que sintiera, aunque fuera una fracción del dolor que ella había sentido siendo dejada plantada.

Pero otra parte, la parte más fuerte, necesitaba saber. Necesitaba respuestas. Necesitaba mirar a quien fuera que había orquestado todo esto y preguntarle: ¿por qué?

Y si era Mateo... bueno, necesitaban tener esa conversación de todas formas.

Finalmente se decidió por unos vaqueros oscuros, un suéter gris grueso que la hacía sentir protegida, y su abrigo largo. Práctico. No

demasiado arreglada pero tampoco descuidada. Como si no hubiera pensado demasiado en ello aunque había pensado en poco más durante horas.

Se maquilló ligeramente. Más por armadura emocional que por vanidad. Se cepilló el pelo tres veces, nerviosa, procrastinando.

A las ocho y media, metió el corazón de madera en su bolso junto con todas las cartas que había guardado. Evidencia. O recuerdos. Dependía de cómo terminara la noche.

A las nueve menos cuarto, salió de su apartamento. Hacía un frío brutal. Madrid en Nochebuena era una mezcla extraña de festivo y solitario, luces por todas partes pero calles vacías porque todos estaban en casa con sus familias.

Lucía caminó hacia donde había aparcado su coche que raramente usaba. Le tomó dos intentos arrancar el motor en el frío. Mientras esperaba a que se calentara, consideró una última vez no ir.

Pero metió la dirección en el GPS de todas formas.

Una hora y ocho minutos. Con tráfico mínimo porque era Nochebuena y todos los cuerdos estaban en casa.

El viaje fue largo y oscuro. Madrid se disolvió en autopista, autopista en carretera de montaña, carretera de montaña en caminos estrechos bordeados de nieve. Lucía subía hacia la sierra, hacia el frío y la oscuridad y respuestas que no estaba segura de querer.

El GPS la guió con voz mecánica a través de giros que se volvían cada vez más remotos. Pasó por el pueblo de Rascafría, pequeño, pintoresco, con luces navideñas que parecían sacadas de una postal, y continuó hacia las afueras.

A las diez menos cinco, llegó a la dirección.

Era un edificio bajo de piedra y madera. Un taller, claramente. Había un cartel descolorido: "Carpintería Ruiz."

El corazón de Lucía se detuvo.

Carpintería. Mateo era carpintero.

Esto era su taller.

Papá Noel era Mateo. Mateo era Papá Noel.

Había tenido razón. La sospecha imposible era cierta.

—Hijo de puta—susurró Lucía al vacío de su coche.

Había luz dentro. Podía ver el resplandor cálido a través de las ventanas. Y había humo saliendo de la chimenea, visible contra el cielo nocturno estrellado.

Él estaba ahí. Esperándola.

Lucía se quedó sentada en el coche durante cinco minutos completos, con el motor todavía encendido, las manos agarrando el volante con tanta fuerza que le dolían los nudillos.

Podía irse. Podía dar la vuelta y volver a Madrid y nunca hablar con él de nuevo. Nunca tener esta conversación. Nunca enfrentar esta verdad complicada y dolorosa.

Pero había conducido una hora hasta aquí. Había pasado veinticuatro días cumpliendo misiones. Había cambiado, crecido, sanado.

Y merecía respuestas.

Apagó el motor. El silencio repentino fue ensordecedor.

Salió del coche. El frío la golpeó como una pared física. Podía ver su aliento en nubes blancas. La nieve bajo sus pies crujía con cada paso.

Caminó hacia la puerta del taller, su corazón latiendo tan fuerte que podía oírlo en sus oídos. Cada paso se sentía monumental. Como caminar hacia un precipicio sin saber si había red de seguridad al otro lado.

La puerta estaba entreabierta. Luz dorada se derramaba en la nieve.

Lucía levantó la mano para tocar. Vaciló. Respiró profundo.

Y entonces empujó la puerta.

Se abrió lentamente con un crujido de bisagras que necesitaban aceite.

El taller estaba cálido, lleno del olor a madera y barniz. Había una estufa de leña en una esquina, crepitando alegremente. Había estanterías llenas de figuras talladas. Había herramientas

organizadas meticulosamente en paredes de madera. Y había virutas por todas partes, evidencia de trabajo reciente.

Y de pie en el centro del taller, con expresión de esperanza y terror mezclados, estaba Mateo.

Llevaba el mismo suéter azul oscuro que había usado el día que se conocieron en el mercadillo. Su pelo estaba despeinado como si hubiera pasado las manos por él mil veces. Tenía ojeras profundas, como si tampoco hubiera estado durmiendo bien.

Sus ojos se encontraron a través del espacio del taller.

Y Lucía supo, con certeza absoluta, que había tenido razón.

Este hombre, este carpintero de ojos tristes que le había vendido una carta de madera con la palabra "Esperanza", era quien le había estado enviando misiones durante veinticuatro días. Era quien conocía cada rincón de su dolor. Era quien la había manipulado, ayudado, transformado.

Era Papá Noel.

—Hola, Lucía—dijo Mateo, su voz apenas un susurro—. Viniste.

Lucía lo miró, procesando todo—la traición, la manipulación, las mentiras. Pero también las misiones que la habían ayudado. Las palabras amables. El cuidado genuino que había sentido en cada carta.

—Eres tú—dijo finalmente, su voz más firme de lo que esperaba —. Siempre has sido tú.

—Sí—confirmó Mateo, sin intentar negarlo—. Siempre he sido yo.

—¿Por qué? —La pregunta salió cargada de todas las emociones que había estado conteniendo durante ocho días. Rabia, dolor, confusión, y algo más que no quería nombrar todavía.

Mateo dio un paso hacia ella, luego se detuvo, como si no estuviera seguro de si tenía permiso para acercarse.

—Porque te vi sufriendo. Porque reconocí tu dolor porque era como el mío. Porque alguien una vez me envió cartas anónimas que me salvaron y quería hacer lo mismo por ti. Y porque...—su voz se quebró ligeramente—porque en algún punto dejó de ser sobre ayudarte y se convirtió en no poder imaginar mi vida sin ti en ella.

Lucía lo miró, este hombre que había sido dos personas para ella, sintiendo cómo todo lo que había creído sobre los últimos veinticuatro días se reorganizaba en su mente.

Y no supo si quería abrazarlo o abofetearlo.

Probablemente ambas cosas.

Pero primero, necesitaba escuchar toda la verdad.

—Cuéntame todo—dijo, cerrando la puerta detrás de ella con un golpe definitivo—. Desde el principio. Y no te atrevas a mentirme otra vez.

Mateo asintió, tragando visiblemente.

—Todo—prometió—. Te lo contaré todo.

Y mientras la nieve seguía cayendo afuera y el fuego crepitaba en la estufa, Mateo Ruiz se preparó para confesar cada verdad que había estado escondiendo.

Y Lucía Navarro se preparó para decidir si algunas traiciones podían ser perdonadas cuando venían envueltas en amor.

Capítulo 23: La confesión



El silencio en el taller era tan denso que Lucía podía oír el crepitar del fuego en la estufa, el viento golpeando contra las ventanas, el latido acelerado de su propio corazón. Mateo estaba de pie a unos metros de ella, con las manos a los lados, esperando. Su expresión era una mezcla de miedo y resignación, como un hombre preparándose para recibir un castigo que sabía que merecía.

Lucía dejó su bolso sobre una mesa cercana con más fuerza de la necesaria. El sonido resonó en el espacio del taller como un disparo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó, su voz cortante como cristal—. ¿Cuánto tiempo has estado... qué? ¿Vigilándome? ¿Espiándome?

Mateo se encogió visiblemente ante las palabras.

—Tres meses. Más o menos. Desde septiembre.

—¿Tres meses? —Lucía sintió algo romperse en su pecho—. Has estado... por tres meses... observando mi vida. Aprendiendo sobre mí. Sin que yo supiera. Sin mi consentimiento.

—Sí.

La simple confirmación, sin excusas, sin intentar suavizarlo, de alguna forma lo hizo peor.

—¿Cómo? —Lucía dio un paso hacia él, las manos convertidas en puños a sus lados—. ¿Cómo supiste de mí? ¿Cómo sabías dónde vivía, qué hacía, qué...?—su voz se quebró—. ¿Cómo sabías sobre mi madre?

Mateo respiró profundo, como reuniendo coraje.

—Hay un grupo de apoyo online. Para personas en duelo. Carla publicó ahí hace meses, preguntando cómo ayudar a una amiga que llevaba dieciséis años sin celebrar Navidad. Sin mencionar tu nombre, pero dio suficientes detalles. Yo... leo esos foros a veces, buscando personas que puedan necesitar lo que yo ofrezco.

—Lo que ofreces—repitió Lucía con una risa amarga—. Como si fueras un servicio. Como si tuvieras derecho a decidir qué necesito.

—No tengo ese derecho. Nunca lo he tenido.

—Pero lo hiciste de todas formas. Seguiste la pista. Me encontraste. Y luego qué, ¿decidiste que sería tu proyecto del año?

—No fue así—dijo Mateo, su voz tensa—. O al menos, no solo así.

—Entonces explícamelo. Explícame cómo diablos justificas invadir mi vida de esta forma.

Mateo se pasó una mano por el pelo, un gesto que Lucía había llegado a reconocer como nerviosismo. Antes le había parecido entrañable. Ahora solo le parecía manipulador.

—¿Puedo... puedo contarte primero mi historia? No para excusar lo que hice sino para que entiendas por qué empecé.

—No sé si quiero entender. Quizá solo quiero gritar.

—Entonces grita. Tienes todo el derecho. Pero después... ¿me dejarás explicar?

Lucía lo miró durante largo rato. Parte de ella quería irse, dar un portazo, dejarlo con su culpa. Pero había conducido una hora hasta aquí. Merecía respuestas completas, no solo fragmentos.

—Habla—dijo finalmente, cruzándose de brazos en un gesto defensivo—. Pero no te acerques a mí.

Mateo asintió y se apoyó contra una mesa de trabajo, manteniendo la distancia entre ellos.

—Te conté sobre Emma. Mi hija. Eso fue verdad. Todo lo que te dije sobre ella fue verdad.

—¿Y cuántas otras cosas fueron mentira?

—Déjame terminar. Por favor.

Lucía apretó la mandíbula, pero no interrumpió.

—Emma murió hace siete años. El veinticuatro de diciembre. Tenía cinco años. Meningitis que no detectamos a tiempo. Y yo...—su voz se quebró—. Yo le había prometido un caballo de madera para Navidad. Estaba tan ocupado con trabajo que lo fui posponiendo. "Pronto, cariño, pronto," le decía. Y luego se acabó el tiempo. Murió y nunca le di lo que le había prometido.

Lucía sintió algo ablandarse en su pecho a pesar de su rabia. Conocía ese tipo de dolor, esa culpa específica de promesas rotas.

—Mi esposa, Raquel, se fue seis meses después. No podía mirarme sin ver a Emma. Yo no podía mirarla sin ver todo lo que habíamos perdido. Nos destruimos el uno al otro intentando sobrevivir a nuestro dolor.

Mateo se limpió los ojos con el dorso de la mano, un gesto rápido como si tuviera vergüenza de las lágrimas.

—Pasé un año casi sin funcionar. Bebiendo demasiado. Trabajando mecánicamente. Existiendo sin vivir realmente. Y entonces, un 1 de diciembre, encontré un sobre rojo bajo mi puerta.

Lucía parpadeó sorprendida.

—¿Tú también? ¿Alguien te envió cartas?

—Sí. No sé quién. Nunca lo descubrí. Pero durante todo diciembre, alguien me envió misiones. Pequeñas tareas diseñadas para sacarme de mi depresión. La primera fue terminar el caballo que le había prometido a Emma. Regalárselo a un niño que lo necesitara.

—¿Y lo hiciste?

—Me tomó tres semanas. Lloré durante cada hora que trabajé en él. Pero lo terminé. Y cuando lo dejé en el orfanato, anónimamente, sentí... no alivio exactamente. Pero algo. Un pequeño aflojamiento de la culpa que había estado cargando.

Mateo miró sus manos, marcadas con cicatrices de años trabajando con madera.

—Las misiones continuaron. Cada una me empujaba un poco más hacia alguna versión de vida que pudiera soportar. Y funcionaron. No me curaron, nada podía hacer eso, pero me dieron estructura. Propósito. Una razón para seguir adelante día a día.

—¿Y decidiste hacer lo mismo por otros?

—Al tercer año. Pensé... si alguien hizo esto por mí, ¿por qué no devolverlo? Empecé a buscar personas que parecían atrapadas en su dolor. Personas que necesitaban un empujón. Y durante años,

funcionó. Ayudé a gente. De verdad. Sin involucrarme emocionalmente. Sin cruzar líneas.

—Hasta mí.

—Hasta ti.

Mateo levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de ella. Había tanto dolor en ellos que Lucía tuvo que apartar la mirada.

—Cuando leí esa publicación de Carla, algo en ella me... resonó. Una mujer que había perdido a su madre en Navidad. Que llevaba dieciséis años atrapada en ese momento. Que se había cerrado completamente al mundo. Era como leer sobre mí mismo pero en versión femenina.

—Así que decidiste que necesitaba ser arreglada.

—No arreglada. Ayudada. Hay una diferencia.

—¿Ah sí? —Lucía sintió la rabia volver, hirviendo en su pecho—. ¿Cuál es la diferencia exactamente? Porque desde donde estoy, parece que decidiste que sabías mejor que yo lo que necesitaba. Que tenías derecho a manipular mi vida sin preguntarme.

—Tienes razón. Eso es exactamente lo que hice. Y estuvo mal.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? Si sabías que estaba mal, ¿por qué seguiste adelante?

Mateo cerró los ojos como si las palabras que iba a decir le dolieran físicamente.

—Porque estaba solo. Porque llevaba años ayudando a extraños desde la distancia segura del anonimato y de repente había alguien cuyo dolor entendía completamente. Porque cuando empecé a investigarte, a aprender sobre ti, vi... me vi a mí mismo. Y pensé que si podía ayudarte, si podía sacarte de esa oscuridad, sería como salvarme a mí mismo retroactivamente.

—Eso es egoísta. Eso es usar mi dolor para tu propia sanación.

—Sí. Lo es. Y no me di cuenta hasta que ya estaba demasiado metido.

Lucía sintió lágrimas quemando sus ojos. Las contuvo con fuerza, negándose a llorar frente a él todavía.

—¿Y qué pasa con el mercadillo? ¿Ese "encuentro casual"? ¿También fue orquestado?

Mateo asintió miserablemente.

—Sabía que irías eventualmente. Una de las misiones te enviaba ahí. Tengo mi puesto todos los años. Solo fue cuestión de esperar.

—La carta de esperanza. La tallaste pensando en mí.

—Sí.

—Y cuando te "encontré" después de mi cita. Eso tampoco fue casualidad.

—No. Yo... yo estaba ahí. Vigilando. Porque no podía soportar la idea de que estuvieras con alguien más.

Eso fue lo que rompió el último control de Lucía. Las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a caer, calientes y furiosas.

—¿Cómo te atreves? —su voz salió como un grito—. ¿Cómo te atreves a sentir celos cuando tú eras quien estaba jugando conmigo? Cuando tú tenías toda la información y yo no sabía nada. Cuando cada conversación que tuvimos fue construida sobre tus mentiras.

—Lucía, yo...

—¡No!—Lucía dio un paso hacia él, señalándolo con un dedo tembloroso—. No tienes derecho a decir mi nombre como si me conocieras. Como si tuvieras algún claim sobre mí. Me conoces porque me espiaste. Porque violaste mi privacidad de las formas más fundamentales. Porque decidiste que tenías derecho a estar en mi vida sin mi permiso.

—Tienes razón. Todo eso es cierto.

—¡Deja de estar de acuerdo conmigo! —gritó Lucía, y su voz se quebró en un sollozo—. Pelea. Defiéndete. Dame algo que justifique esto. Porque no puedo... no puedo entender cómo alguien que dice que se preocupa por mí haría algo así.

Mateo se quedó quieto, las lágrimas corriendo libremente por su rostro ahora, sin intentar esconderlas.

—No hay justificación. Solo razones. Y las razones son que soy un cobarde que encontró una forma de conectar contigo sin

arriesgarme realmente. Que me enamoré de ti mientras te ayudaba y no supe cómo detener la doble vida que estaba llevando. Que cada vez que intentaba confesarte, el miedo me paralizaba porque sabía que en el momento que supieras la verdad, me odiarías. Y no podía soportar perder lo que teníamos, aunque lo que teníamos estuviera construido sobre mentiras.

—¿Enamorado? —Lucía lo miró con incredulidad—. ¿Te atreves a usar esa palabra? El amor requiere honestidad. Requiere respeto. Requiere ver a la otra persona como un igual, no como un proyecto o una forma de redimirte.

—Lo sé. Y nada de lo que sentía por ti fue amor real porque el amor real no hace lo que yo hice.

—¿Entonces qué fue? ¿Obsesión? ¿Culpa proyectada?

—Fue... fue necesidad. Necesitaba que estuvieras bien porque si tú podías salir de tu dolor, significaba que yo también podía completamente. Necesitaba que me vieras y me quisieras porque significaría que no estaba tan roto como me sentía. Necesitaba creer que podía tener algo bueno después de perderlo todo.

—Así que me usaste. Me convertiste en tu tabla de salvación emocional sin preguntarme si quería ese papel.

—Sí. Eso es exactamente lo que hice. Y lo siento más de lo que puedo expresar.

Lucía se dejó caer en una silla cercana, exhausta de repente. Las lágrimas seguían cayendo pero más despacio ahora, mezcladas con algo parecido al agotamiento emocional.

—Las misiones funcionaron—dijo finalmente, su voz más suave pero todavía tensa—. Eso es lo más jodido. Funcionaron. Me ayudaron. Me siento mejor que antes. Más abierta. Más viva. Y ahora tengo que vivir sabiendo que cada paso de mi sanación fue porque tú decidiste que necesitaba ser empujada.

—Lo habrías hecho sola. Eventualmente. Eres más fuerte de lo que crees.

—No sabes eso. No sabes qué habría pasado. Porque no me dejaste decidir. Me quitaste la agencia. Y luego...—su voz se quebró

de nuevo—. Y luego te me acercaste como Mateo. Como si fueras solo un tipo normal que había conocido por casualidad. Me hablaste de Emma como si estuvieras siendo vulnerable cuando en realidad ya lo sabías todo sobre mí. Cada conversación fue asimétrica. Cada momento de intimidad fue falso.

—No todo fue falso. Lo que sentía... lo que siento por ti es real. Complicado y retorcido y probablemente poco sano, pero real.

—¿Y se supone que eso me hace sentir mejor? ¿Que tus sentimientos manipuladores fueran genuinos?

Mateo no respondió. Lucía casi prefería cuando intentaba defenderse. El silencio resignado era de alguna forma peor.

—¿Y la cita? —preguntó Lucía después de un momento—. ¿Por qué aceptaste cuando sabías que no ibas a ir?

—No sabía que no iba a ir. Hasta el último momento, creí que podría hacerlo. Que podría sentarme frente a ti y fingir que todo era normal. Pero cuando llegó el día... me di cuenta de que no podía. Que cada palabra que dijera sería otra mentira. Y ya había tantas mentiras que me estaba ahogando en ellas.

—Así que decidiste dejarme plantada. Hacer que me sintiera rechazada, no deseada. Después de todo lo que me pediste que hiciera sobre abrirme y ser vulnerable.

—Fue la decisión más cobarde que he tomado en mi vida. Y he tomado muchas.

—¿Y por qué me citaste aquí? ¿Por qué ahora? ¿Por qué no simplemente desaparecer y dejarme en paz?

Mateo levantó la vista, sus ojos rojos pero firmes.

—Porque te merecías la verdad. Y porque si hay alguna posibilidad, por mínima que sea, de que puedas perdonarme eventualmente, necesitaba darte toda la información. No puedes decidir cómo sentirte sobre esto sin saber exactamente qué pasó.

—Qué generoso de tu parte—dijo Lucía con sarcasmo amargo—. Finalmente decidir que merezco honestidad después de meses de mentiras.

—No espero que me perdones. No espero que entiendas. Solo necesitaba que supieras que cada carta que escribí, cada misión que diseñé, venía de un lugar de genuinamente querer ayudarte. Y sí, también de necesitar ayudarme a mí mismo. Pero Lucía, cuando te veía cumplir las misiones, cuando te veía abrirte, sonreír, vivir de nuevo... eso me daba algo que no había sentido en siete años.

—¿Qué?

—Esperanza. De que el dolor no tiene que ser permanente. De que las personas pueden sanar. De que yo también podría hacerlo si me daba permiso.

Lucía se limpió las lágrimas con manos temblorosas.

—No puedo ser tu sanación. No puedo ser responsable de tu dolor además del mío. Es demasiado.

—Lo sé. Y no te pido que lo seas. Solo te pido que entiendas que cuando todo esto empezó, no eras real para mí. Eras una idea. Un proyecto. Pero en algún momento te convertiste en la persona más real en mi vida. Y eso me aterra porque significa que lo que siento por ti es verdadero incluso cuando todo lo demás fue falso.

—No sé qué hacer con eso. No sé cómo procesar que me usaste y me amaste simultáneamente.

—No tienes que hacer nada con eso ahora. Solo necesitas saber que pasó.

El fuego en la estufa crepitó, llenando el silencio que cayó entre ellos. Afuera, la nieve seguía cayendo, acumulándose en las ventanas, aislándolos del resto del mundo.

Lucía miró alrededor del taller. Las figuras talladas en las estanterías. Las herramientas en las paredes. Las virutas en el suelo. Este era el espacio de Mateo, donde creaba cosas hermosas con sus manos. Donde había tallado la carta de esperanza pensando en ella. Donde probablemente había escrito cada una de las veinticuatro misiones.

Y a pesar de toda su rabia, todo su dolor, toda su sensación de traición... una parte de ella entendía.

No justificaba lo que había hecho. Pero lo entendía.

Porque ella también sabía lo que era estar tan rota que harías cualquier cosa por sentir algo de alivio. Que usarías cualquier método, por cuestionable que fuera, para escapar del dolor.

Y las misiones la habían ayudado. Eso era innegable. Había crecido más en veinticuatro días que en dieciséis años.

¿Pero a qué precio? ¿A costa de qué?

—Necesito tiempo—dijo finalmente, levantándose de la silla—. Necesito... procesar todo esto. Lejos de ti.

Mateo asintió, limpiándose la cara.

—Lo entiendo.

—No sé si podré perdonarte. No sé si lo que hiciste es perdonable.

—Lo entiendo—repitió.

—Pero necesitas saber que las misiones funcionaron. Me ayudaron. Y odio que sea verdad porque hace todo más complicado. Sería más fácil si solo pudiera odiarte limpiamente.

—Lo siento—dijo Mateo, y había tanto peso en esas dos palabras—. Por todo. Por invadirte. Por manipularte. Por enamorarme de ti de la forma más retorcida posible. Por no tener el coraje de ser honesto desde el principio. Por cada decisión cobarde que tomé que nos llevó aquí.

Lucía lo miró una última vez. Este hombre que había sido dos personas para ella. Papá Noel, quien la había ayudado. Mateo, quien la había atraído. Y ahora solo era uno: un hombre roto que había tratado de curarse a sí mismo curándola a ella, y había arruinado cualquier posibilidad de algo real en el proceso.

—Feliz Navidad, Mateo—dijo con voz vacía—. Espero que encuentres lo que sea que estás buscando. Solo... búscalo en algún lugar que no sea dentro de otra persona.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta, recogiendo su bolso en el camino.

—Lucía, espera—la voz de Mateo la detuvo justo cuando su mano tocaba el picaporte.

Se giró a medias.

—¿Qué?

—El corazón que te envié. Con grietas pero completo. Ese soy yo. Ese eres tú. Ese somos nosotros. Y sé que no significa nada ahora, pero quería que supieras que cuando lo tallé, estaba tallando la verdad de lo que sentía. De lo que siento. Roto pero tratando de mantenerse unido.

Lucía asintió una vez, sin confiar en su voz para responder.

Y entonces salió al frío de la noche de Navidad, cerrando la puerta detrás de ella con un sonido que podría haber sido final.

O podría haber sido solo el principio del final.

Todavía no lo sabía.

Pero mientras caminaba hacia su coche a través de la nieve que caía implacable, con lágrimas congelándose en sus mejillas y el corazón latiendo dolorosamente en su pecho, Lucía supo una cosa con certeza:

Nada volvería a ser simple.

Y no estaba segura de si alguna vez podría mirar diciembre de la misma forma.

Porque ahora estaba manchado no solo con la pérdida de su madre.

Sino también con la traición del hombre que había intentado ayudarla a sanar.

Y no sabía cuál dolía más.

Capítulo 24: Vuelve a creer



Lucía caminó por las calles de Rascafría sin rumbo fijo, sus pies llevándola a través de calles cubiertas de nieve mientras su mente daba vueltas en un torbellino de emociones contradictorias.

El pueblo estaba silencioso, las casas iluminadas con luces cálidas, familias reunidas para Nochebuena visibles a través de ventanas sin cortinas. Risas llegaban amortiguadas desde algún lugar. El humo de chimeneas se elevaba hacia el cielo estrellado.

Y ella estaba sola, caminando en círculos, furiosa y rota y confundida.

¿Cómo se atrevía? ¿Cómo se atrevía Mateo a hacer lo que había hecho? A invadir su privacidad, a manipular su vida, a jugar con sus emociones mientras pretendía ser dos personas diferentes. Todo construido sobre mentiras y vigilancia y una arrogancia fundamental de pensar que sabía lo que ella necesitaba mejor que ella misma.

Sus manos se cerraron en puños dentro de los bolsillos de su abrigo. Quería golpear algo. Quería gritar hasta que su voz se quebrara.

Pero debajo de la rabia, serpenteándose como humo entre las grietas de su furia, había algo más. Algo que no quería reconocer pero que estaba ahí de todas formas, insistente y molesto.

Las misiones habían funcionado.

Lucía se detuvo en medio de la calle vacía, su aliento formando nubes blancas en el aire helado. La nieve caía suavemente sobre su pelo, sus hombros, derritiéndose al contacto con el calor de su cuerpo.

Durante veinticuatro días, había hecho cosas que nunca habría hecho sola. Había invitado a desconocidos a café. Había cantado villancicos desafinados en supermercados. Había abrazado a gente

que no conocía. Había perdonado a su padre. Había decorado para Navidad.

Y cada una de esas cosas la había cambiado. La había abierto. La había empujado hacia alguna versión de sí misma que había olvidado que existía.

Sí, Mateo la había manipulado. Pero también... también la había visto. Realmente visto. No como la gente que la rodeaba normalmente—con lástima o incomodidad ante su dolor—sino con comprensión. Con reconocimiento.

Porque él también estaba roto.

Y los rotos reconocían a otros rotos de formas que los enteros nunca podían.

Lucía se limpió las lágrimas que habían empezado a caer sin que se diera cuenta. Su teléfono vibró en su bolsillo. Lo ignoró. Probablemente era Carla, preocupada porque no había llamado.

Siguió caminando, sus pasos llevándola en un círculo cada vez más grande alrededor del pueblo. Pasó por la pequeña iglesia con su campanario iluminado. Por la plaza principal con su árbol de Navidad cubierto de nieve. Por tiendas cerradas con escaparates decorados festivamente.

Y mientras caminaba, procesaba.

Mateo había dicho que alguien lo había ayudado a él con cartas anónimas. Que había pasado años devolviendo ese favor a otros. Que con ella había sido diferente porque reconoció su dolor como reflejo del suyo propio.

¿Era eso tan imperdonable? ¿Que hubiera visto a alguien sufriendo de la misma forma que él había sufrido y hubiera querido ayudar?

Sí. Lo era. Porque la forma en que había elegido ayudar violaba cada límite básico de privacidad y consentimiento.

Pero también... también había funcionado.

Y Lucía odiaba que eso fuera verdad. Porque complicaba todo. Habría sido más fácil si las misiones no hubieran hecho nada, si

hubiera permanecido igual de cerrada y miserable. Entonces podría simplemente odiarlo sin esta capa adicional de gratitud involuntaria.

Pero no era así. Estaba mejor. Objetivamente, mediblemente mejor que hace un mes.

¿Y cuánto de eso era suyo y cuánto era de él?

Lucía se encontró de vuelta frente al taller sin siquiera darse cuenta de que había estado caminando en esa dirección. La luz seguía encendida dentro. El humo seguía saliendo de la chimenea.

Mateo seguía ahí.

Probablemente sentado en medio de sus virutas de madera y su culpa, tallando algo porque era lo que hacía cuando no sabía cómo procesar emociones.

Su mano se movió hacia la puerta antes de que su cerebro pudiera procesar la decisión.

Y entonces se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Volviendo para qué? ¿Para gritar más? ¿Para exigir más respuestas? ¿Para...?

Para entender. Necesitaba entender la pieza final del rompecabezas que faltaba.

Porque Mateo había dicho que se había enamorado de ella en el proceso. Que había dejado de ser un proyecto y se había convertido en algo real.

¿Y si ella sentía lo mismo? ¿Y si debajo de toda la rabia justificada, había sentimientos genuinos por este hombre roto que la había ayudado de la forma más retorcida posible?

Empujó la puerta.

Mateo estaba sentado en su escritorio, exactamente como había imaginado, con una figura de madera a medio tallar en las manos. Levantó la vista cuando ella entró, sorpresa y esperanza y miedo cruzando su rostro en rápida sucesión.

—Volviste—dijo, su voz apenas un susurro.

—No sé por qué—respondió Lucía, cerrando la puerta detrás de ella—. Estoy furiosa contigo. Debería estar en mi coche camino a

Madrid. Debería estar bloqueando tu número y olvidando que alguna vez exististe.

—Pero no lo estás.

—No. No lo estoy. —Lucía se quedó cerca de la puerta, sin acercarse más—. Y eso me confunde casi tanto como todo lo demás.

Mateo dejó la figura sobre el escritorio con cuidado.

—¿Por qué volviste?

—Porque hay algo que no entiendo todavía. Dijiste que las cartas te ayudaron a ti. Que alguien te envió misiones cuando estabas roto. Pero nunca explicaste cómo empezaste a hacer lo mismo por otros. ¿Cómo decidiste quién necesitaba ayuda? ¿Cómo...?—vaciló—. ¿Cómo sabías que funcionaría?

Mateo se levantó lentamente, como si tuviera miedo de asustarla con movimientos bruscos.

—No lo sabía. Nunca lo sé con certeza. Pero hay señales. Gente que se aisla completamente. Que evita fechas específicas. Que ha dejado de participar en la vida. Y cuando las encuentro, investigo lo suficiente para entender su dolor. Y luego diseño misiones específicas para ese dolor.

—Como un terapeuta sin licencia ni ética.

—Exactamente como eso—admitió Mateo—. Y sé que es problemático. Sé que no tengo derecho. Pero después de que me ayudaron, sentí que tenía una deuda. Con el universo o con quien sea que me envió esas cartas. Y esta era mi forma de pagarla.

—¿Cuántas personas? ¿Cuántas antes de mí?

—Ocho. Durante cinco años. Algunas funcionaron mejor que otras. Algunas personas simplemente ignoraron las cartas. Otras las cumplieron a medias. Pero unas pocas... unas pocas realmente cambiaron. Como tú.

Lucía procesó eso. Ocho personas. Ella era la novena. Y aparentemente la única con la que se había involucrado emocionalmente.

—¿Por qué yo? —preguntó—. De todas esas personas, ¿por qué fui yo diferente?

Mateo se pasó una mano por el pelo, ese gesto que ella conocía tan bien.

—Porque tu dolor era como el mío. Pérdida en Navidad. Culpa. Aislamiento autoimpuesto. Cuando leí sobre ti, fue como mirar un espejo. Y pensé... si puedo ayudarla, si puedo sacarla de donde yo estuve, entonces significa que hay esperanza. Para ambos.

—Entonces te ayudé sin saberlo. Fui tu terapia.

—Sí. Y eso es egoísta e injusto y todo lo que ya admití. Pero Lucía...—dio un paso hacia ella—. En algún punto dejó de ser sobre eso. Dejó de ser sobre mi sanación y se convirtió en... en simplemente querer conocerte. Querer estar cerca de ti. Querer ser parte de tu vida no como Papá Noel anónimo sino como yo mismo.

—Excepto que no podías tener ambas cosas sin confesar. Y fuiste demasiado cobarde para hacerlo.

—Exacto.

Lucía caminó más adentro del taller, sus ojos recorriendo las estanterías llenas de figuras talladas. Se detuvo frente a una que mostraba a una mujer con los brazos extendidos, mitad cayendo mitad volando.

—Esta soy yo—dijo, tocándola suavemente.

—Sí. La tallé hace unos días. Cuando estaba intentando decidir si confesarte o seguir siendo cobarde.

—¿Y cuántas otras cosas aquí son sobre mí?

—Todas las que he hecho en el último mes. Ese pájaro en transición. Esa puerta entreabierta. El corazón con grietas que te envié. Incluso esta, señaló la figura a medio terminar en su escritorio. Estaba intentando tallar esperanza, pero sigue viéndose más como miedo.

Lucía miró la figura incompleta. Tenía razón. Había algo tenso en las líneas, algo que no era paz sino aprensión.

—¿Hay algo más que deba saber?—preguntó finalmente—. ¿Algún otro secreto que todavía no me hayas dicho?

Mateo vaciló, y Lucía sintió su estómago caer.

—¿Qué?

—Hay una cosa. Una última cosa. —Caminó hacia una caja de madera vieja en una estantería y la sacó con cuidado—. Pero primero necesito que entiendas el contexto.

—Mateo, si hay otro secreto horrible, no sé si puedo...

—No es horrible. Al menos, espero que no lo sea. Es solo... complicado.

Abrió la caja y sacó una carta. Pero no era roja como las que Lucía había estado recibiendo. Era blanca, con su letra.

Lucía la reconoció inmediatamente. Era de la misión donde había tenido que escribir una carta a su madre. Pero ¿por qué la tenía Mateo?

—Esto no es para tu madre—dijo Mateo suavemente—. Esta es otra que escribiste. Una que no recuerdas porque nunca la escribiste conscientemente.

—No entiendo.

Mateo le entregó la carta.

—Una de las misiones tempranas fue práctica de caligrafía. Te pedí que copiaras un texto que te envié. Algo sobre esperanza y segundas oportunidades. ¿Lo recuerdas?

Lucía frunció el ceño, intentando recordar.

—Vagamente. Fue rara. Pensé que quizá estabas probando algo.

—Estaba capturando tu letra. Para esto.

Le mostró otra carta, esta con caligrafía que era extrañamente familiar pero que Lucía no recordaba haber escrito. Leyó las palabras:

Querido Mateo,

Tu misión: Vuelve a creer.

En que puedes tener algo bueno. En que mereces amor. En que Emma querría que vivieras, no solo que sobrevivieras.

Esta es tu última carta. Ahora toca vivir lo que has estado ayudando a otros a hacer.

Con esperanza,

Lucía

Ella lo miró, confundida.

—¿Yo escribí esto?

—No. Yo lo escribí. Con tu letra. Usando tu caligrafía que copié de la misión. Me la envié a mí mismo. Como si fuera de ti.

—¿Por qué harías eso?

Mateo se sentó en su silla de trabajo, de repente viéndose increíblemente cansado.

—Porque necesitaba creer que alguien estaba diciéndome que estaba bien seguir adelante. Y elegí tu voz. Tu letra. Porque ya entonces, incluso sin conocerte realmente, sentías como la persona adecuada para decirme eso.

Lucía leyó la carta de nuevo, procesando la implicación.

—Entonces ambos... ambos éramos la última carta del otro.

—Sí. Tú escribiste tu deseo de volver a creer. Y yo escribí mi necesidad de lo mismo pero en tu letra. Dos personas rotas diciéndose mutuamente que era hora de sanar.

—Excepto que yo no sabía que te lo estaba diciendo.

—No. Pero el universo es raro así. O al menos, me gusta pensar que lo es.

Lucía se sentó en una silla cercana, sosteniendo ambas cartas—la que había escrito para sí misma y la que Mateo había escrito para sí mismo con su letra.

El silencio se extendió entre ellos, pero era diferente ahora. Menos hostil. Más pensativo.

—No sé qué hacer con todo esto—dijo Lucía finalmente—. Sigo enfadada contigo. Sigo sintiendo que violaste mi confianza de formas fundamentales.

—Lo hice.

—Pero también... también has sido la persona que más me ha ayudado en dieciséis años. Incluso si fue de forma retorcida. Incluso si tus motivos eran parcialmente egoístas.

—No parcialmente. Completamente egoístas al principio. Menos con el tiempo. Pero siempre mezclados.

—Y me gustas—las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. Como Mateo, antes de saber que eras Papá Noel. Me gustaban tus ojos tristes. Me gustaba cómo entendías el dolor. Me gustaba cómo me mirabas como si fuera algo precioso en lugar de algo roto.

—Eres ambas cosas. Como yo.

Lucía lo miró a través del espacio del taller. Este hombre que había sido dos personas. Que había mentido y ayudado en medidas iguales. Que se había enamorado de ella mientras la manipulaba. Que era tan complicado y defectuoso y humano que dolía mirarlo.

—No sé si puedo perdonarte todavía—dijo honestamente—. Quizá nunca pueda completamente. Pero creo que puedo entender por qué lo hiciste. Y creo que... creo que debajo de todas las mentiras, había algo real.

Mateo se levantó lentamente, caminando hacia ella pero manteniéndose a distancia respetuosa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que necesito tiempo. Significa que no puedo simplemente olvidar lo que hiciste. Pero también significa que no quiero que esto termine con odio. Porque a pesar de todo, me ayudaste. Y bajo circunstancias extremadamente retorcidas... nos conectamos. Realmente.

—¿Hay alguna posibilidad...? —Mateo no terminó la pregunta, como si tuviera miedo de la respuesta.

—No lo sé. Quizá. Eventualmente. Si puedes probar que puedes ser honesto. Si puedo aprender a confiar de nuevo. Si ambos podemos descubrir cómo ser personas completas en lugar de usar al otro para llenar vacíos.

—Puedo hacer eso. Trabajar en eso. Dar todo el tiempo que necesites.

Lucía se levantó, dando un paso hacia él. Luego otro. Hasta que estaban a centímetros de distancia.

—Me llamaste preciosa—dijo suavemente—. Cuando te envié la foto de mi decoración. Antes de que todo se derrumbara.

—Porque lo eres. Incluso ahora, furiosa conmigo y llorando. Especialmente ahora.

—Y dijiste que te había enamorado de mí.

—Sí. De la forma más complicada y poco sana posible. Pero real.

Lucía levantó una mano, vacilante, y la puso sobre el pecho de Mateo. Podía sentir su corazón latiendo rápido bajo su palma.

—Yo también siento algo. No sé si es amor. No sé si puedo llamarlo así cuando todo está tan manchado con mentiras. Pero es algo. Y no quiero tirarlo simplemente porque seas un idiota.

Mateo cubrió su mano con la suya, sosteniéndola contra su pecho.

—¿Qué sugieres?

—Empezar de nuevo. Esta vez con honestidad. Esta vez como dos personas que se conocen, no como manipulador y proyecto. Esta vez admitiendo que ambos estamos rotos y que ninguno puede arreglar al otro pero quizá podemos estar rotos juntos.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó Mateo, su voz apenas un susurro —. He querido abrazarte desde que saliste hace horas.

Lucía asintió, sin confiar en su voz.

Mateo la envolvió en sus brazos con cuidado, como si fuera algo frágil que podría romperse. Y Lucía se permitió derretirse contra él, enterrando su rostro en su pecho, sus brazos rodeando su cintura.

Era el primer abrazo real entre ellos. No el roce accidental de manos. No la proximidad forzada. Esto.

Y se sentía... correcto. A pesar de todo. Se sentía como volver a casa después de un viaje largo.

—Lo siento—susurró Mateo contra su pelo—. Por cada mentira. Por cada invasión. Por no tener el coraje de hacer esto bien desde el principio.

—Yo también lo siento—respondió Lucía—. Por necesitar ser tan empujada para sanar. Por ser tan cerrada que alguien sintió que necesitaba manipularme para abrirme.

—No es tu culpa. El dolor te cierra. Es supervivencia.

Se quedaron así durante largo rato, abrazados en medio del taller rodeados de figuras de madera y secretos finalmente revelados.

Cuando finalmente se separaron, Lucía levantó la vista para encontrar los ojos de Mateo muy cerca de los suyos.

—¿Puedo...? —empezó él, su mirada bajando a sus labios.

—Si lo preguntas, la respuesta es no—dijo Lucía—. Pero si simplemente lo haces...

Mateo cerró la distancia.

El beso fue suave al principio. Tentativo. Como si ambos estuvieran probando si esto era real o solo otra ilusión que se desvanecería con el contacto.

Pero luego se profundizó. Las manos de Mateo subieron para enmarcar el rostro de Lucía. Los dedos de ella se enredaron en su pelo. Y por un momento, todo lo demás desapareció—las mentiras, la traición, el dolor. Solo quedó esto. Dos personas rotas encontrándose en medio de su quebranto y decidiendo que quizá, solo quizá, juntos podían ser algo parecido a completos.

Cuando se separaron, ambos respirando pesadamente, Mateo apoyó su frente contra la de ella.

—Todavía estoy enfadada contigo—dijo Lucía.

—Lo sé.

—Y esto no significa que todo está perdonado.

—Lo sé.

—Pero quiero intentarlo. Esta versión honesta. Sea lo que sea que pueda ser.

—Yo también.

Lucía se alejó un poco, poniendo espacio necesario entre ellos.

—Tengo que volver a Madrid. Es Nochebuena y Carla probablemente está enloqueciendo pensando que me secuestraron.

—¿Te veré de nuevo?

—Sí. Pero a mi ritmo. Cuando esté lista. Y Mateo... nada de más secretos. Nada de vigilancia. Nada de manipulación bien intencionada. Si vamos a hacer esto, tiene que ser desde la honestidad completa.

—Completa. Lo prometo.

Lucía recogió su bolso y caminó hacia la puerta. Pero antes de abrirla, se giró una última vez.

—Feliz Navidad, Mateo. Y gracias. Por las misiones. Por ayudarme. Incluso si fue de la forma más retorcida posible.

—Feliz Navidad, Lucía. Y gracias a ti. Por venir esta noche. Por no odiarme completamente. Por darme una oportunidad que probablemente no merezco.

—Probablemente no—concordó ella con una pequeña sonrisa—. Pero los corazones rotos reconocen a otros corazones rotos. Y quizá eso es suficiente para empezar.

Salió al frío de la noche, a la nieve que seguía cayendo, a su coche esperando llevarla de vuelta a su vida.

Pero mientras conducía de vuelta a Madrid, con las carreteras oscuras y su mente todavía procesando, Lucía se dio cuenta de algo.

Por primera vez en dieciséis años, Nochebuena no había terminado en dolor puro.

Había terminado en algo complicado y confuso y doloroso, sí.

Pero también en posibilidad.

Y eso, quizá, era progreso.

El tipo de progreso que venía con grietas pero que se mantenía unido de todas formas.

Como un corazón de madera tallado con cuidado.

Roto pero completo.

Exactamente como ella.

Exactamente como él.

Exactamente como ambos, juntos.

Capítulo 25: Hambre



La semana después de Nochebuena pasó en una especie de limbo temporal donde Lucía existía simultáneamente en múltiples estados emocionales contradictorios.

Estaba furiosa. Estaba agradecida. Estaba confundida. Estaba esperanzada. Estaba aterrada. Y, más que nada, estaba hambriento de algo que no había permitido sentir en años: deseo puro y sin complicaciones.

Excepto que todo sobre esto era complicado.

Había pasado los primeros tres días procesando con Carla, quien había escuchado toda la historia con expresiones que iban desde horror ("¿Te estuvo vigilando durante meses?") hasta fascinación reluctante ("Pero las misiones funcionaron, ¿no?") hasta exasperación afectuosa ("Solo tú podrías enamorarte del tipo que te acosa benevolentemente").

—No estoy enamorada—había protestado Lucía el tercer día, sentadas en el sofá de Carla con vino tinto y restos de comida china.

—Lu, besaste a un hombre que acababa de confesar que había invadido tu privacidad durante meses. Si eso no es amor retorcido, no sé qué es.

—Es... complicado.

—Todo contigo es complicado. Pero la pregunta real es: ¿qué vas a hacer ahora?

Esa era la pregunta, ¿no? Lucía había dicho que necesitaba tiempo. Que empezarían de nuevo desde la honestidad. Pero no había especificado cuánto tiempo. No había establecido parámetros claros para qué significaba "empezar de nuevo".

Y mientras tanto, su cuerpo tenía opiniones muy específicas sobre lo que quería.

Quería a Mateo. Carnalmente. Completamente. De formas que la mantenían despierta por las noches con las piernas apretadas y la respiración acelerada, recordando cómo se había sentido estar en sus brazos. Cómo había sabido su boca. Cómo sus manos grandes habían enmarcado su rostro con una ternura que contrastaba con la intensidad del beso.

El cuarto día, Mateo le había enviado un mensaje. Simple, sin presión:

"Hola. Solo quería que supieras que estoy aquí cuando estés lista. Sin prisa. Sin expectativas. Mateo."

Lucía había leído ese mensaje aproximadamente cincuenta veces, analizando cada palabra. La firma—"Mateo", no "P", no "Papá Noel"—se sentía significativa. Como si estuviera comprometiéndose a ser solo una persona para ella de ahora en adelante.

Había respondido después de dos horas de redactar y borrar:

"Gracias. Todavía procesando. Pero... también estoy aquí. En algún momento. Lucía."

El quinto día había sido complicado porque era el día después de Navidad y tradicionalmente uno de los peores para ella. Pero este año... este año había pasado la mañana cuidando sus plantas, mirando las decoraciones que todavía brillaban en su ventana, y pensando no en lo que había perdido sino en lo que estaba ganando.

Había ganado valentía. Había ganado conexiones. Había ganado la capacidad de sentir cosas intensamente otra vez, incluso cuando dolía.

Y había ganado a Mateo. Roto, complicado, imperfecto Mateo, quien la entendía de formas que nadie más podía porque él también estaba roto de formas similares.

El sexto día, Carla la había encontrado mirando su teléfono con expresión hambrienta.

—Llámalo—había dicho—. O ve a verlo. O haz algo porque esta tensión sexual no resuelta te está volviendo insoportable de estar cerca.

—No hay tensión sexual no resuelta.

—Lu, casi te corres mirando un mensaje de texto que dice "Hola". Definitivamente hay tensión.

—Eres vulgar.

—Soy honesta. Y tú necesitas follar con ese hombre antes de que explotes de frustración.

El séptimo día, Lucía se despertó con una claridad absoluta.

Necesitaba ir a Rascafría. Hoy. Ahora. Antes de que su cerebro pudiera convencerla de que era demasiado pronto, de que debería esperar más, de que necesitaba más tiempo para procesar.

Su cuerpo sabía lo que quería. Y su corazón, a pesar de toda la complicación, también lo sabía.

Quería a Mateo. Quería sus manos en ella. Quería su boca. Quería sentir algo además de confusión y dolor. Quería sentir placer, liberación, conexión física sin todas las capas de pensamiento excesivo que habían dominado la última semana.

Se duchó con agua caliente, dejando que el vapor llenara el baño mientras su mente se vaciaba de todo excepto anticipación. Se afeitó las piernas con más cuidado del habitual, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo, pero sin permitirse pensar demasiado al respecto.

Se vistió con ropa interior que no era especial pero que la hacía sentir bien—sujetador negro simple, braguitas a juego. Unos vaqueros que le quedaban bien, un suéter de cuello alto color crema que era suave contra su piel. Su abrigo largo. Práctica, pero con propósito.

No le dijo a nadie a dónde iba. Ni siquiera a Carla, quien habría hecho comentarios innecesarios sobre finalmente tomar acción. Esto era algo que necesitaba hacer sola, sin audiencia, sin presión externa.

El viaje a Rascafría se sintió más corto esta vez. Conocía la ruta ahora. Las carreteras de montaña serpenteantes, los giros específicos, el pueblo pequeño que aparecía como algo sacado de una postal.

Llegó al taller de Mateo a las dos de la tarde, con el sol invernal brillando débilmente a través de nubes grises. Había nieve acumulada por todas partes, creando ese silencio particular que solo viene con la sierra en invierno.

Su coche crujió sobre la nieve compacta mientras aparcaba. Lucía se quedó sentada durante un momento, con el motor todavía encendido, las manos en el volante, preguntándose si esto era una idea terrible.

Pero entonces recordó cómo se había sentido estar en sus brazos. Cómo había sabido su boca. Y supo que necesitaba esto, consecuencias malditas.

Apagó el motor. Salió al frío. Caminó hacia la puerta del taller con pasos que eran más firmes de lo que sentía internamente.

Tocó una vez. Dos veces.

Escuchó movimiento dentro. Pasos acercándose.

Y entonces Mateo abrió la puerta.

Se quedó congelado cuando la vio, sus ojos abriéndose con sorpresa. Llevaba una camiseta térmica gris que se pegaba a su torso de formas que Lucía no había notado antes, vaqueros manchados de serrín, pies descalzos a pesar del frío. Su pelo estaba despeinado como si hubiera estado pasándose las manos por él. Tenía una mancha de algo—¿aceite? ¿barniz?—en su mejilla izquierda.

Se veía perfecto. Real. Humano.

—Lucía—dijo, su voz cargada de algo que era mitad esperanza mitad incredulidad—. Viniste.

—Vine—confirmó ella.

—¿Estás bien? ¿Pasó algo?

En lugar de responder, Lucía dio un paso hacia adelante, cerró la distancia entre ellos, agarró su camiseta con ambas manos, y lo besó.

No fue suave como el beso en Nochebuena. Fue hambre pura. Fue una semana de tensión no resuelta. Fue todo lo que no había sabido cómo decir con palabras.

Mateo se quedó inmóvil por una fracción de segundo, procesando, y luego respondió con igual intensidad. Sus manos fueron a su cintura, tirando de ella hacia adentro, hacia el calor del taller, cerrando la puerta con el pie detrás de ella.

Las manos de Lucía subieron de su pecho a sus hombros, a su cuello, a su pelo, enredándose en las hebras cortas mientras profundizaba el beso. Mateo sabía a café y a algo que era únicamente él, y Lucía quería más, más, más.

Él la empujó suavemente contra la puerta cerrada, su cuerpo presionando contra el de ella, y Lucía pudo sentir cada línea dura de él. Su pecho contra sus pechos, sus muslos presionando entre los suyos, y Dios, esa dureza creciente contra su estómago que le decía exactamente cuánto la quería.

—Lucía—jadeó Mateo entre besos, sus manos moviéndose inquietas por sus costados—. ¿Estás segura? ¿Es esto...?

—Cállate—dijo ella, mordiendo su labio inferior lo suficientemente fuerte como para arrancarle un gemido—. Deja de pensar. Deja de hablar. Solo... tócame.

Mateo no necesitó más invitación. Sus manos encontraron el borde de su suéter, deslizándose debajo, piel caliente contra piel caliente. Lucía arqueó su espalda contra él, gimiendo en su boca cuando sus pulgares rozaron los lados de sus pechos a través del sujetador.

—Joder—murmuró él, su voz ronca—. He pensado en esto. Durante semanas. Cómo te sentirías. Cómo sonarías.

—Menos hablar—Lucía agarró su camiseta y tiró hacia arriba—. Más hacer.

Mateo se apartó solo lo suficiente como para quitarse la camiseta, arrojándola a algún lugar detrás de él. Lucía tuvo un momento para apreciar su torso, no era perfecto, tenía algunas cicatrices, probablemente de trabajar con herramientas afiladas, un poco de barriga porque era un hombre de treinta y tantos no un modelo, pero era real y masculino y hermoso de formas que la hacían querer poner su boca en cada centímetro.

Él alcanzó su suéter, mirándola con ojos oscurecidos por el deseo.

—¿Puedo?

En lugar de responder verbalmente, Lucía levantó los brazos. Mateo quitó el suéter con manos que temblaban ligeramente, arrojándolo para unirse a su camiseta en el suelo.

La miró con una intensidad que debería haberla hecho sentir cohibida. Lucía no tenía un cuerpo de revista. Tenía estrías de cambios de peso a lo largo de los años. Tenía pechos que no eran grandes ni pequeños, simplemente medianos y reales. Tenía un estómago que era suave, no plano.

Pero la forma en que Mateo la miraba... como si fuera la cosa más hermosa que había visto nunca... eso borraba cualquier inseguridad.

—Eres preciosa—dijo, exactamente como había escrito en ese mensaje semanas atrás—. Perfecta.

—No lo soy—respondió Lucía, pero sonrió mientras lo decía.

—Para mí sí.

Mateo se inclinó, capturando su boca otra vez mientras sus manos se movían a su espalda, encontrando el cierre de su sujetador. Lo desabrochó con más facilidad de la que Lucía esperaba—aparentemente años de trabajar con cierres pequeños en la carpintería habían dado sus frutos—y lo quitó, dejándola desnuda de cintura para arriba.

El aire frío del taller hizo que sus pezones se endurecieran inmediatamente. O quizá era la forma en que Mateo la miraba. O ambas cosas.

Sus manos subieron para cubrir sus pechos, pulgares rozando sobre pezones sensibles, y Lucía sintió su estómago apretarse con necesidad.

—Mateo—gimió, y el sonido de su nombre en su boca pareció hacer algo a él porque gruñó, un sonido bajo en su garganta que era pura necesidad masculina.

—Necesito... ¿dónde? —preguntó, mirando alrededor del taller como si acabara de darse cuenta de que estaban de pie en medio de un espacio de trabajo lleno de herramientas y virutas de madera.

—Aquí—dijo Lucía, tirando de él hacia abajo—. No me importa. Aquí.

Él vaciló.

—El suelo está frío. Y hay virutas. Y...

—Mateo, juro por Dios que si no me follas en los próximos cinco minutos, voy a...

No llegó a terminar la amenaza porque él la estaba besando otra vez, bajándolos a ambos al suelo. Tenía razón sobre las virutas—Lucía podía sentirlas pinchando ligeramente su espalda a través de los vaqueros—pero no le importó. No cuando Mateo estaba sobre ella, su peso agradable y sólido, su boca moviéndose de sus labios a su mandíbula, a su cuello, mordisqueando y chupando de formas que iban a dejar marcas y que Lucía no podía importarle menos.

Sus manos fueron al botón de sus vaqueros, abriéndolo con dedos que ya no temblaban sino que se movían con propósito. Bajó la cremallera, metiendo la mano dentro, sobre sus braguitas, y Lucía arqueó sus caderas hacia arriba con un gemido cuando sus dedos rozaron sobre ella.

—Joder, estás empapada—gruñó Mateo contra su cuello—. ¿Todo esto para mí?

—Sí—jadeó Lucía—. Toda la maldita semana. He estado... pensando en esto. En ti.

—¿Sí? —sus dedos se movieron más firmemente, encontrando su clítoris a través de la tela—. ¿En qué específicamente?

—En tus manos. Tu boca. Tu...—gimió cuando presionó exactamente en el lugar correcto—. Tu polla dentro de mí.

Mateo hizo ese sonido gutural otra vez, como si sus palabras lo afectaran físicamente.

—Necesitamos quitarte estos pantalones—dijo, y había algo deliciosamente desesperado en su voz.

Se movieron torpemente, riendo un poco cuando se enredaron, Mateo tirando de sus vaqueros y braguitas juntos hacia abajo por sus piernas, Lucía pateándolos finalmente al lado. Y entonces estaba desnuda en el suelo de su taller, con virutas de madera

probablemente pegándose a su piel, y no le importaba porque Mateo la miraba como si fuera la cosa más increíble que había visto nunca.

—Eres...—empezó, pero Lucía lo interrumpió.

—Si dices preciosa otra vez, te juro...

—Iba a decir impaciente—sonrió, pero había cariño en ello—. Pero también preciosa. Perfecta. Mía.

—Todavía no soy tuya—dijo Lucía, pero sin veneno en las palabras —. Pero puedes trabajar para ello.

Mateo se inclinó, besando su estómago, moviéndose más abajo.

—Déjame empezar entonces.

Lucía entendió su intención una fracción de segundo antes de que su boca llegara a su coño, y el primer toque de su lengua la hizo gritar. No un gemido educado sino un grito completo que probablemente se oyó en todo el maldito valle.

—Joder, Mateo—sus manos fueron a su pelo, enredándose, manteniéndolo ahí—. Sí. Así. Justo así.

Él trabajaba con el mismo enfoque obsesivo que probablemente usaba en sus tallas. Su lengua trazaba patrones sobre su clítoris, alternando entre golpes amplios y puntas precisas. Sus manos se envolvían alrededor de sus muslos, manteniéndola abierta, manteniéndola en su lugar mientras la devoraba.

Lucía podía sentir la presión construyéndose, ese nudo familiar de necesidad apretándose en su vientre. Hacía mucho—tanto—que alguien la había tocado así. Y nadie la había tocado con esta intensidad, este enfoque singular en su placer.

—Vas a venir para mí—murmuró Mateo contra ella, su voz haciendo vibraciones que la atravesaron—. Quiero sentirte. Quiero saberte.

—Casi—jadeó Lucía, sus caderas moviéndose contra su boca—. Estoy casi...

Y entonces él chupó su clítoris al mismo tiempo que deslizaba dos dedos dentro de ella, curvándolos para frotar ese punto que la hizo ver estrellas, y Lucía se vino con un grito que definitivamente asustó a cualquier vida salvaje en kilómetros a la redonda.

Oleadas de placer la atravesaron mientras Mateo trabajaba a través de su orgasmo, lengua y dedos moviéndose hasta que ella estaba demasiado sensible y tenía que empujar su cabeza lejos.

Él se levantó sobre sus codos, su boca y barbilla brillantes con ella, y la forma en que la miraba—hambrienta todavía, no saciada, queriendo más—hizo que algo en el pecho de Lucía se apretara dolorosamente.

—Tu turno—dijo, sentándose y alcanzando el botón de sus vaqueros.

Mateo se quitó los pantalones y bóxers juntos, y Lucía tuvo un momento para apreciar la vista. Su polla era gruesa, dura, inclinándose contra su estómago con humedad ya goteando de la punta. Lucía quería probarlo, lo haría, eventualmente, cuando su cerebro volviera a funcionar completamente, pero ahora mismo lo que quería era sentirlo dentro de ella.

—¿Tienes...? —empezó.

—Condones. Sí. Mierda. —Mateo se levantó, corriendo desnudo hacia lo que Lucía asumió era su apartamento conectado al taller. Volvió segundos después con una caja, extrayendo un paquete con manos que temblaban ligeramente.

Lucía se lo quitó.

—Déjame.

Rasgó el paquete con los dientes, sacando el látex. Mateo se quedó inmóvil mientras ella lo enrollaba sobre su longitud, sus ojos fijos en sus manos, su respiración entrecortada.

—Lucía, si no... necesito estar dentro de ti. Ahora.

—Entonces ven—ella se recostó, abriendo sus piernas en invitación—. Tómame.

Mateo se posicionó entre sus muslos, la cabeza de su polla presionando contra su entrada. Se detuvo ahí, mirándola con algo intenso en sus ojos.

—Esto... esto significa algo para mí. Solo para que lo sepas.

—Para mí también—admitió Lucía—. Ahora muévete antes de que muera de frustración.

Él empujó hacia adentro en un movimiento lento pero firme. Lucía sintió cada centímetro, el estiramiento, la llenura, esa sensación de finalmente estar completa que no había experimentado en tanto tiempo.

—Joder—gimió Mateo, sus ojos cerrándose—. Estás tan apretada. Tan perfecta. Tan...

—Mateo—dijo Lucía, y cuando abrió los ojos, ella lo miró directamente—. Muévete. Fóllame. Deja de ser tan maldito dulce y fóllame como has estado queriendo durante semanas.

Algo cambió en su expresión. Algo más oscuro, más crudo. Y entonces se movió.

No fue suave. Fue duro, profundo, exactamente lo que Lucía necesitaba. Sus caderas golpeaban contra las de ella con una fuerza que la haría estar adolorida mañana, y no podía importarle menos.

—Sí—jadeó, sus piernas envolviéndose alrededor de su cintura, talones presionando en su culo, tirando de él más profundo—. Así. Exactamente así.

Mateo enterró su rostro en su cuello, mordiendo, chupando, dejando marcas mientras follaba en ella con abandono. Una de sus manos encontró su pecho, apretando, pellizcando su pezón de formas que caminaban la línea entre placer y dolor.

—He pensado en esto—gruñó contra su piel—. Cada noche. Cómo se sentiría. Cómo sonarías. Cómo te verías debajo de mí.

—¿Y? —Lucía pudo apenas formar palabras, el placer construyéndose otra vez, imposible tan pronto pero ahí de todas formas.

—Mejor. Mucho mejor que cualquier cosa que imaginé.

Su mano se deslizó entre sus cuerpos, encontrando su clítoris, frotando círculos firmes que la hicieron gritar.

—Otra vez—demandó—. Quiero sentirte venir alrededor de mi polla.

—No puedo, es demasiado pronto, yo...

—Puedes—su pulgar presionó firmemente—. Ven para mí, Lucía.

Y lo hizo. Con un grito que era mitad su nombre mitad blasfemia incoherente, Lucía se vino otra vez, su coño apretándose alrededor de él en oleadas pulsantes que parecían no terminar.

Mateo la siguió momentos después, empujando profundamente una última vez, su cuerpo tensándose, un gemido bajo escapando de su garganta mientras se venía.

Se quedaron así por largo momento, ambos jadeando, sudados a pesar del frío, completamente desnudos en el suelo de madera del taller con virutas probablemente incrustadas en lugares incómodos.

Mateo se movió primero, retirándose con cuidado, ocupándose del condón, volviendo con lo que parecía ser su camiseta para limpiarla con ternura.

—Ven—dijo, ayudándola a levantarse—. Hay una cama a diez metros que habríamos podido usar.

—Demasiado lejos—Lucía sonrió, sintiendo sus piernas temblorosas—. Y admite que fue bueno.

—Fue...—Mateo la miró, sus ojos todavía oscuros, pero ahora también llenos de algo más suave—. Fue increíble. Eres increíble.

La guió hacia lo que resultó ser un pequeño apartamento conectado al taller. Un espacio abierto con cocina, área de estar, y una cama grande en una esquina. Simple, masculino, limpio pero vivido.

Se metieron bajo las mantas juntos, desnudos todavía, sus cuerpos encontrándose naturalmente. Lucía puso su cabeza en su pecho, escuchando el latido todavía acelerado de su corazón.

—¿Te arrepientes? —preguntó Mateo después de un momento, su mano trazando patrones perezosos en su espalda.

—No—respondió Lucía honestamente—. Debería. Probablemente debería haber esperado más, procesado más, establecido límites más claros. Pero no. No me arrepiento.

—Yo tampoco. Aunque probablemente fue demasiado pronto.

—Fue exactamente cuando necesitaba que fuera.—Lucía levantó su cabeza para mirarlo—. Una semana de pensar. Una semana de

procesar. Una semana de querer algo físico sin todas las complicaciones mentales. Necesitaba esto.

—¿Y ahora?

—Ahora... no lo sé. Todavía estoy descubriendo. Pero esto—hizo un gesto entre ellos—. Esto fue bueno. Esto fue real. Y quiero más de ello. Cuando estemos listos.

Mateo la besó, suave esta vez, sin la urgencia desesperada de antes.

—Puedo hacer eso. Ir a tu ritmo. Ser honesto. Dejarte decidir.

—Bien—Lucía se acurrucó más cerca—. Y Mateo... gracias. Por esperarme. Por no presionar. Por dejarme venir a ti cuando estuve lista.

—Esperaría eternamente si fuera necesario.

Lucía sabía que debería irse pronto. Que quedarse demasiado tiempo confundiría lo que era esto. Pero por ahora, acostada en sus brazos, todavía sintiendo el eco de su toque en su piel, decidió que podía quedarse un poco más.

Podía permitirse este momento de paz simple.

De conexión sin complicación.

De dos personas rotas encontrándose en su quebranto y decidiendo que juntos podían ser algo parecido a completos.

Al menos por hoy.

Al menos por ahora.

Y quizá, solo quizá, por mucho más tiempo del que ninguno de los dos se atrevía a admitir todavía.

Epílogo: El legado de la esperanza



Un año después

1 de diciembre

Lucía se despertó con el olor a café recién hecho y el sonido de madera siendo lijada suavemente en el taller. Sonrió antes de abrir los ojos, ese momento perfecto entre el sueño y la vigilia donde todo se sentía cálido y seguro y correcto.

Hacía un año, despertar en diciembre había sido su pesadilla anual. Ahora, en este apartamento sobre el taller de Mateo en Rascafría, con la nieve ya acumulándose en las ventanas y el fuego crepitando en la estufa de leña, diciembre se sentía como un comienzo en lugar de un final.

Se estiró perezosamente bajo el edredón grueso, sintiendo los músculos ligeramente adoloridos de una forma agradable. La noche anterior había sido... intensa. Un año juntos y Mateo todavía la miraba como si fuera algo precioso y milagroso. Como si no pudiera creer su suerte de tenerla.

El sentimiento era completamente mutuo.

Lucía miró su mano izquierda, donde un anillo simple de oro con una pequeña piedra verde brillaba en la luz matutina. Esmeralda, había explicado Mateo cuando se lo había puesto hace dos meses. "Verde esperanza," había dicho con esa sonrisa tímida que todavía la derretía. "Porque eso es lo que me diste. Esperanza de que podía tener algo bueno otra vez."

La propuesta había sido perfecta de formas que solo Mateo podía lograr. La había llevado al mercadillo de la Plaza Mayor—el mismo donde se habían conocido "oficialmente"—en una tarde de octubre cuando las hojas caían como confeti dorado. Habían caminado entre

los puestos, hablando sobre todo y nada, y entonces él la había guiado a su propio puesto de carpintería.

Allí, sobre la mesa donde una vez le había vendido una carta de madera tallada con la palabra "Esperanza", había otra figura. Esta mostraba dos personas—claramente un hombre y una mujer—con sus siluetas entrelazadas, formando un solo corazón. Y tallado en la base, con la caligrafía cuidadosa que Lucía conocía tan bien: "¿Te casarías conmigo?"

Ella había llorado. Él había llorado. Carmen de la caseta de velas de al lado había llorado. Prácticamente toda la Plaza Mayor había terminado aplaudiendo cuando Lucía había dicho que sí, una y otra vez, entre besos y lágrimas y risas.

Carla había estado furiosa por perdérselo—"¡Se supone que iba a estar ahí para documentar este momento histórico!"—pero se había redimido organizando una fiesta sorpresa esa misma noche donde había mostrado aproximadamente trescientas fotos que había tomado de Lucía y Mateo durante el último año sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

"He estado documentando su historia de amor desde el principio," había declarado con orgullo. "Incluso cuando ambos eran demasiado estúpidos para admitir que se amaban."

Lucía salió de la cama, poniéndose uno de los suéteres de Mateo, que le quedaba enorme, pero era el más suave que había encontrado nunca. Caminó descalza hacia el taller. El suelo de madera estaba frío bajo sus pies pero no le importó.

Mateo estaba inclinado sobre su mesa de trabajo, concentrado en una figura pequeña. Su pelo estaba despeinado de esa forma que significaba que había estado pasándose las manos por él repetidamente. Llevaba solo pantalones de pijama y una camiseta térmica que se estiraba sobre sus hombros de formas que todavía hacían que Lucía quisiera morderlos.

No levantó la vista inmediatamente, cuando estaba trabajando, el mundo exterior desaparecía, así que Lucía tuvo un momento para simplemente observarlo. Este hombre que la había salvado de la forma más retorcida posible. Que la había amado incluso cuando no

debería. Que se había disculpado mil veces por cada mentira pero que ella había perdonado porque las mentiras habían venido envueltas en cuidado genuino.

No había sido fácil, ese primer año. Habían tenido peleas—Dios, qué peleas—cuando la realidad de lo que él había hecho la golpeaba en momentos inesperados. Cuando se despertaba en medio de la noche preguntándose qué más no sabía sobre él. Cuando la paranoia susurraba que quizá todavía la estaba manipulando, solo de formas más sutiles.

Pero Mateo había sido paciente. Increíblemente, frustrantemente paciente. Había respondido cada pregunta, por incómoda que fuera. Había compartido contraseñas, teléfonos, correos. Había abierto cada rincón de su vida hasta que no quedaban secretos. Había ido a terapia—solo y con ella—para trabajar en sus patrones de necesidad de control y ella en sus patrones de cierre defensivo.

Y lentamente, dolorosamente, hermosamente, habían construido algo real. Algo honesto. Algo que no estaba basado en manipulación o necesidad desesperada sino en elección consciente de estar juntos.

Lucía había cerrado su apartamento en Madrid hace seis meses, mudándose oficialmente a Rascafría. Era más fácil trabajar desde aquí, la edición freelance no requería ubicación física y le encantaba la tranquilidad de la sierra. Le encantaba despertar con montañas en lugar de edificios. Le encantaba el silencio roto solo por el viento y los pájaros y el sonido de Mateo trabajando en su taller.

Sus plantas habían hecho el viaje con ella. El cactus de Navidad florecía gloriosamente cada diciembre ahora. La peperomia se había vuelto tan grande que había tenido que trasplantarla dos veces. Germán del vivero visitaba ocasionalmente, trayendo nuevas plantas y chismes del mundo vegetal de Madrid.

Carla venía cada dos semanas, incapaz de estar alejada de su mejor amiga durante demasiado tiempo. Se había enamorado de Rascafría casi tanto como Lucía, y había empezado a hablar sobre abrir una librería aquí en lugar de en Madrid. Marina—la chica del abrazo aleatorio en el parque—había visitado una vez y se había

quedado una semana entera, ayudando a Mateo en el taller y declarando que "el aire de montaña hacía maravillas para la creatividad."

Don Julián enviaba postales ocasionales. Reme llamaba cada mes para actualizarlas sobre sus últimas aventuras escandalosas. Val había venido para un show especial de burlesque en un bar cercano y había hecho que todo el pueblo hablara durante semanas.

La vida de Lucía, que había sido tan pequeña y cerrada hace solo un año, ahora estaba llena de personas. De conexiones. De amor en todas sus formas complicadas y hermosas.

Y en el centro de todo estaba Mateo.

—Buenos días—dijo finalmente, su voz todavía rasposa del sueño.

Él levantó la vista, una sonrisa inmediata cruzando su rostro.

—Buenos días, amor. ¿Dormiste bien?

—Después de que finalmente me dejaras dormir, sí.

Mateo se ruborizó ligeramente, ese color en sus mejillas que Lucía encontraba adorable después de todo este tiempo.

—No te oí quejarte anoche.

—Porque estaba demasiado ocupada gritando tu nombre para formar quejas coherentes.

—Lucía Navarro, futura señora de Ruiz, escandalosa antes del desayuno.

Lucía se acercó, rodeando su cintura con los brazos desde atrás, apoyando su barbilla en su hombro.

—¿En qué estás trabajando?

—Un ángel. Para el mercadillo. Pensé que sería apropiado para diciembre.

Lucía miró la figura tomando forma bajo sus manos. Era hermosa —alas delicadas, expresión serena, manos extendidas en bendición o bienvenida.

—Es precioso.

—Tú eres preciosa—respondió Mateo automáticamente, girándose en sus brazos para besarla suavemente—. Y hueles a mi suéter.

—Porque tu suéter es más cómodo que el mío.

—Puedes quedarte con todos mis suéteres si sigues viéndote así con ellos.

Se quedaron así un momento, abrazados en medio del taller, con virutas de madera bajo sus pies y la luz del sol invernal entrando por las ventanas. Era una vida simple. Era una vida complicada. Era su vida, y Lucía no la cambiaría por nada.

—¿Estás lista? —preguntó Mateo después de un momento.

Lucía supo inmediatamente a qué se refería. Hoy era 1 de diciembre. El día que habían estado preparándose durante semanas.

—Creo que sí. ¿Tú?

—Nervioso—admitió—. Esto se siente... importante. Como completar un círculo.

—Es importante. Estamos devolviendo lo que nos fue dado.

Se separaron, caminando juntos hacia el escritorio donde tenían todo preparado. Papel grueso color crema—el mismo tipo que Mateo había usado para las cartas originales. Pluma estilográfica con tinta dorada. Un sobre rojo esperando ser llenado.

Y en una carpeta al lado, información sobre su objetivo. Recopilada cuidadosamente, éticamente esta vez. Sin vigilancia invasiva. Sin espionaje. Solo observación pública y conversaciones abiertas con personas que conocían a la persona y estaban preocupadas.

Su nombre era Daniel Ortega. Treinta y ocho años. Vivía solo en Segovia. Había perdido a su pareja en un accidente de coche hace tres años, justo antes de Nochebuena. Desde entonces, se había cerrado completamente. Había dejado su trabajo como profesor. Apenas salía. Sus amigos estaban desesperados, buscando formas de llegar a él.

Raúl, el contacto de Mateo que ahora era también amigo de Lucía, había mencionado su caso hace dos meses. "Sé que dejaste de hacer esto," había dicho. "Pero este chico... me recuerda a ti, Mateo. Y creo que necesita lo que tú recibiste."

Lucía y Mateo habían hablado durante días sobre si hacer esto. Si tenían derecho. Si era ético. Si podían hacerlo de forma diferente, mejor, sin las invasiones y mentiras que habían manchado el caso de Lucía.

Finalmente habían decidido que sí. Pero esta vez con transparencia. Esta vez como equipo. Esta vez firmando no como "P" anónimo sino como "Papá y Mamá Noel", un guiño al pasado pero también una declaración de que esto era ambos juntos, no manipulación individual.

Y esta vez, la primera carta no sería anónima. Explicaría quiénes eran, por qué estaban haciendo esto, y daría a Daniel la opción de rechazarlos desde el principio si quería.

Lucía se sentó en la silla del escritorio. Mateo se sentó en otra al lado. Habían escrito y reescrito esta carta docenas de veces durante las últimas semanas. Pero ahora, en este primer día de diciembre con la nieve cayendo afuera y su futuro juntos brillando frente a ellos, era hora de escribir la versión final.

Mateo mojó la pluma en tinta dorada y la pasó a Lucía.

—Tú primero. Tu letra debería abrir esto.

Lucía cogió la pluma, sintiendo el peso familiar en sus dedos. Respiró profundo y empezó a escribir:

Querido Daniel,

Mi nombre es Lucía Navarro. No me conoces, y entendería completamente si decides tirar esta carta sin leerla. Pero si puedes darnos cinco minutos, mi prometido Mateo y yo queremos contarte una historia.

Hace exactamente un año y un día, yo estaba donde tú estás ahora. Rota. Cerrada. Sobreviviendo pero no viviendo. Mi madre había muerto dieciséis años atrás en diciembre, y yo había convertido ese mes en mi enemigo. Había construido muros tan altos que nadie podía alcanzarme.

Y entonces empecé a recibir cartas. Sobres rojos con misiones extrañas que me empujaban fuera de mi zona de confort. Al principio pensé que era una broma cruel. Luego

pensé que era locura. Pero cumplí las misiones de todas formas porque... bueno, porque algo en mí quería creer que podía ser diferente.

Lucía pausó, pasando la pluma a Mateo. Sus dedos se rozaron en la transferencia, un momento pequeño de conexión.

Mateo continuó escribiendo con su caligrafía que había perfeccionado durante años de escribir estas cartas:

Y aquí es donde admito mi parte en la historia. Yo fui quien envió esas cartas. Yo fui "Papá Noel".

Había perdido a mi hija siete años antes, también en diciembre. También me había cerrado. También estaba sobreviviendo sin vivir. Y alguien, nunca descubrí quién, me envió cartas similares que me ayudaron a seguir adelante.

Durante años después, devolví ese favor. Busqué personas rotas y les envié misiones, esperando ayudar como había sido ayudado. Y funcionó, con varias personas. Pero con Lucía fue diferente.

Me enamoré de ella mientras la ayudaba. Y cometí errores, terribles errores de invasión de privacidad y manipulación que nunca debí cometer. Mentí. Vigilé. Jugué con su vida de formas que no tenía derecho a hacer.

Cuando finalmente confesé, casi lo perdí todo. Ella tenía todo el derecho de odiarme. De alejarse y nunca mirar atrás.

Lucía tomó la pluma de nuevo, sintiendo lágrimas picando sus ojos al recordar esa noche en este mismo taller. Continuó:

Pero no lo hice. Y no porque fuera débil o estúpida o porque perdonara fácilmente. Lo hice porque bajo todas las mentiras, había algo real. Había alguien que genuinamente se preocupaba por mí, aunque mostrara ese cuidado de formas retorcidas.

El último año no ha sido fácil. Hemos trabajado—Dios, cómo hemos trabajado—en reconstruir confianza. En aprender a ser honestos. En crear algo nuevo que no estuviera basado en secretos o manipulación.

Y lo logramos. Hace dos meses, Mateo me pidió que me casara con él. Y dije que sí. No porque haya olvidado lo que hizo sino porque he elegido ver quién es ahora, quién estamos construyendo juntos.

Hemos crecido. Ambos. De formas que no habrían sido posibles sin ese año difícil de empujones y misiones y, eventualmente, honestidad brutal.

Mateo tomó la pluma, su mano temblando ligeramente. Escribió:

Por eso estamos escribiendo esta carta. No para manipularte. No para invadir tu privacidad. Sino para ofrecerte lo que me fue ofrecido, lo que le ofrecí a Lucía, una estructura para sanar.

Si aceptas, durante los próximos veinticuatro días recibirás una carta cada mañana. Cada una contendrá una misión diseñada para sacarte de tu aislamiento. Pequeñas tareas que te empujarán hacia la vida de formas suaves pero firmes.

No son garantía de sanación. No son cura milagrosa. Son simplemente… andamios. Estructura externa cuando tu estructura interna se ha derrumbado.

Pero esta vez, hay diferencias cruciales de cómo hice esto antes:

1. Sabes quiénes somos desde el principio. No somos anónimos. Puedes contactarnos en cualquier momento.

2. Tienes nuestros números, correos, dirección. Transparencia completa.

3. Puedes rechazar esto en cualquier momento. Si decides que no es para ti, respetaremos eso completamente.

4. No te vigilaremos. No invadiremos tu privacidad. Tu vida es tuya.

5. Las misiones son sugerencias, no órdenes. Puedes modificarlas para que se ajusten a ti.

Lucía tomó la pluma para la sección final:

¿Por qué tú? Porque tu historia nos llegó a través de amigos mutuos que están preocupados. Porque Raúl—quien nos conoce a ambos—pensó que podrías beneficiarte de esto. Porque reconocemos nuestro propio dolor en el tuyo.

Pero también porque creemos que todos merecen la oportunidad de sanar. De vivir, no solo sobrevivir. De encontrar alguna versión de paz, incluso si nunca es perfecta.

Diciembre es difícil para quienes hemos perdido gente en este mes. El mundo celebra mientras nosotros lloramos. Las luces brillan mientras nuestro interior está oscuro. La gente habla de alegría mientras nosotros apenas recordamos cómo se siente.

Pero quiero decirte algo que me tomó dieciséis años aprender: puedes honrar a quien perdiste Y permitirte vivir. No son mutuamente exclusivos. Puedes cargar tu dolor Y buscar momentos de alegría. Puedes recordar el pasado Y construir un futuro.

No será fácil. Algunos días serán terribles. Algunas misiones te parecerán imposibles. Algunas noches querrás rendirte.

Pero si decides intentar, si decides darnos estas veinticuatro oportunidades de ayudar, estaremos aquí. No como personas perfectas con todas las respuestas. Sino como personas rotas que aprendieron que estar roto no significa estar acabado.

Mateo escribió la despedida final, su letra mezclándose con la de Lucía en las últimas líneas:

Si decides aceptar, deja una señal. Cualquier cosa. Una vela en tu ventana. Un mensaje. Algo que nos diga que estás dispuesto a intentar.

Si decides rechazar, respetaremos eso completamente. No habrá presión. No habrá juicio. Solo esperanza de que encuentres tu camino hacia la sanación, con o sin nuestra ayuda.

Pero si hay una parte de ti, por pequeña que sea, que todavía quiere creer que las cosas pueden mejorar, dame esa oportunidad. Danos esa oportunidad.

Veinticuatro días. Veinticuatro misiones. Veinticuatro oportunidades de recordar que estar vivo puede ser más que solo dolor.

Con esperanza y honestidad,

Lucía Navarro y Mateo Ruiz

(También conocidos como Papá y Mamá Noel)

PD: Al final del sobre encontrarás nuestros números de teléfono, correos electrónicos y dirección física. Usa cualquiera si necesitas contactarnos. Estamos aquí.

PD 2: La primera misión está incluida, por si decides aceptar. Es simple: sal de casa. Solo eso. No importa a dónde ni por cuánto tiempo. Solo cruza tu puerta y respira aire fresco durante cinco minutos.

A veces, lo más difícil es simplemente empezar.

Lucía y Mateo dejaron la pluma al mismo tiempo, mirando las páginas llenas de sus letras entrelazadas. Tres hojas de papel crema, ahora cubiertas con tinta dorada que brillaba suavemente bajo la luz del taller.

—¿Crees que es demasiado? —preguntó Lucía.

—Cree que es honesto—respondió Mateo—. Y eso es todo lo que podemos ofrecer.

Lucía se levantó y caminó hacia la ventana, mirando la nieve que seguía cayendo. Rascafría se veía como una postal navideña, todo blanco y sereno. Tan diferente de cómo había visto diciembre durante dieciséis años.

—Mi madre estaría orgullosa de esto—dijo suavemente—. De que estamos ayudando a alguien. De que estamos usando nuestro dolor para crear algo bueno.

Mateo se unió a ella en la ventana, rodeando su cintura con un brazo.

—Emma también. Ella siempre quería ayudar a la gente. Incluso de niña. Compartía todo—juguetes, comida, abrazos. Decía que los abrazos eran infinitos así que ¿por qué no darlos a todos?

—Era sabia.

—Era perfecta.—La voz de Mateo se quebró ligeramente—. Y yo la habría arruinado probablemente. Todos los padres lo hacen. Pero me gusta pensar que esto... que ayudar a otros en su nombre... es una forma de honrarla.

Lucía giró en sus brazos, mirándolo directamente.

—Ella estaría orgullosa de ti. De quién te has convertido. De cómo has tomado tu dolor y lo has transformado en algo que ayuda a otros.

—Ambos lo hemos hecho. Tú también, Lucía. Podrías haber tomado lo que pasó entre nosotros y convertirte en amarga, cerrada, incapaz de confiar. Pero elegiste crecer. Elegiste perdonar. Elegiste construir en lugar de destruir.

—Elegimos—corrigió Lucía—. Lo elegimos juntos.

Se besaron, suave y dulce, y cuando se separaron, Mateo sonrió.

—¿Lista para doblar esta carta y cambiar la vida de alguien?

—Lista.

Trabajaron juntos para doblar las páginas cuidadosamente, deslizándolas en el sobre rojo que habían preparado. En el frente, con caligrafía cuidadosa, escribieron:

Daniel Ortega

Y debajo, la dirección en Segovia que Raúl les había proporcionado.

Dentro del sobre, además de la carta, metieron una tarjeta con su información de contacto. Números de teléfono. Correos. Dirección física en Rascafría. Y en el reverso, una foto de ambos—tomada por Carla durante una caminata en otoño, ambos riendo, hojas cayendo alrededor de ellos, claramente enamorados y felices.

"Para que sepas quiénes somos," había dicho Lucía cuando decidieron incluirla. "Para que no seamos solo nombres sin rostro."

Mateo selló el sobre con cera roja, usando el mismo sello antiguo que había usado para todas las cartas de Lucía. Una tradición continuada, un legado pasado adelante.

—¿Quieres llevarlo tú? —preguntó Mateo.

—Juntos—dijo Lucía—. Lo llevamos juntos.

Se vistieron con ropa abrigada—el invierno en la sierra era brutal—y caminaron juntos por el pueblo cubierto de nieve hasta la oficina de correos. Era temprano todavía, apenas las nueve de la mañana, pero la oficina ya estaba abierta.

Marta, la empleada de correos que los conocía bien ahora, sonrió cuando entraron.

—Buenos días, tortolitos. ¿Enviando otra de sus piezas especiales?

—Algo así—dijo Mateo, pasándole el sobre.

Marta lo miró con curiosidad, pero no preguntó. Una de las cosas hermosas de los pueblos pequeños: la gente respetaba los misterios de los demás.

—Llegará mañana por la mañana—dijo, sellando el sobre oficial—. Certificado, como pidieron.

—Perfecto—dijo Lucía.

Pagaron, salieron al frío, y caminaron de vuelta a casa tomados de la mano. Sus pasos dejaban huellas paralelas en la nieve fresca, dos caminos separados que se tocaban ocasionalmente, entrelazándose.

Como ellos.

—¿Crees que aceptará? —preguntó Lucía.

—No lo sé. Espero que sí. Pero si no... lo entenderé. No todos están listos. No todos quieren ser salvados. A veces la gente necesita estar rota por más tiempo antes de estar lista para sanar.

—Yo casi no estaba lista. Si esas cartas hubieran llegado un año antes, probablemente las habría ignorado.

—El timing es todo. Confío en que si Raúl piensa que es el momento correcto para Daniel, probablemente lo es.

Llegaron de vuelta al taller y Lucía preparó chocolate caliente mientras Mateo avivaba el fuego. Se sentaron juntos en el sofá que

habían comprado hace tres meses—el primero que habían elegido juntos, un gesto simbólico de construir su hogar—y bebieron en silencio cómodo.

—¿Sabes qué día es? —dijo Mateo después de un momento.

—Primero de diciembre.

—Y hace un año, tú recibiste tu primera carta.

Lucía sonrió, recordando.

—Y me asusté completamente. Pensé que era un acosador o un loco o ambos.

—Técnicamente no estabas completamente equivocada.

—Técnicamente eres un idiota—pero lo dijo con afecto.

—Tu idiota.

—Mi idiota—confirmó, acurrucándose más cerca.

Permanecieron así durante largo rato, mirando el fuego, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Lucía pensaba en el año que había pasado. En cuánto había cambiado. En la mujer que había sido, cerrada, amarga, apenas viva, y la mujer en la que se había convertido.

No era perfecta. Todavía tenía días difíciles. Todavía había momentos cuando el aniversario de la muerte de su madre la golpeaba con fuerza inesperada. Todavía había noches cuando despertaba con pesadillas sobre pérdida y traición.

Pero ahora tenía a Mateo. Tenía a Carla y Marina y Reme y Val y Don Julián y toda una comunidad de personas que se preocupaban. Tenía su trabajo, que amaba. Tenía este hogar en las montañas que se sentía más como hogar que cualquier lugar donde hubiera vivido.

Tenía vida. Real, complicada, hermosa vida.

—¿En qué piensas? —preguntó Mateo.

—En cómo un año puede cambiar todo. En cómo una decisión, aceptar ese estúpido trato con Papá Noel, puede alterar el curso completo de tu existencia.

—¿Te arrepientes?

—Ni por un segundo. Incluso con todo el dolor de descubrir la verdad. Incluso con las peleas y las dudas. Ni por un segundo.

—Yo tampoco. Y sé que no tengo derecho a decir esto, pero... gracias.

—¿Por qué?

—Por venir esa noche a Rascafría. Por darme la oportunidad de explicar. Por no odiarme cuando tenías todo el derecho de hacerlo. Por elegirme a pesar de todo.

Lucía giró en sus brazos para mirarlo directamente.

—Mateo Ruiz, no me diste opción. Me hiciste cantar villancicos en supermercados y abrazar desconocidos y escribir cartas a gente muerta. Me obligaste a crecer. Y sí, lo hiciste de la forma más retorcida posible. Pero también me salvaste. Me ayudaste a encontrarme a mí misma de nuevo.

—Tú te salvaste. Yo solo proporcioné el empujón.

—Entonces digamos que nos salvamos mutuamente. Tú con tus cartas manipuladoras, pero bien intencionadas. Yo con mi terquedad de cumplirlas de todas formas. Ambos con nuestra disposición eventual de ser honestos sobre cuán rotos estábamos.

—Suena justo.

Se besaron, largo y profundo, y cuando se separaron, Lucía sintió algo expandirse en su pecho. Gratitud. Amor. Esperanza.

—¿Cuándo le diremos a Daniel que si acepta, probablemente terminará encontrando al amor de su vida de la forma más retorcida posible?

Mateo se rio.

—Quizá misión número quince. Darle algo de tiempo para prepararse.

—O quizá nunca se lo decimos y simplemente lo dejamos descubrirlo por su cuenta. Como nosotros.

—Excepto que esta vez estamos siendo honestos desde el principio. Así que si encuentra a alguien, será orgánicamente. Sin nuestras manipulaciones.

—Bien. Esa es la forma correcta de hacerlo.

Lucía se levantó, estirándose.

—Tengo trabajo que hacer. Tres manuscritos esperando edición. Y tú probablemente tienes un millón de figuras que tallar para el mercadillo.

—Efectivamente. La temporada navideña es locura.

—¿Te veo para comer?

—Siempre.

Se separaron para ir a sus respectivos espacios de trabajo, Lucía al pequeño escritorio que habían montado en una esquina del apartamento, Mateo a su taller, pero la presencia del otro siempre estaba ahí, reconfortante, segura.

Lucía trabajó durante horas, perdida en las palabras de otra persona, ayudándoles a darles forma, a hacerlas mejores. Era lo que hacía, encontraba lo bueno en el caos y lo pulía hasta que brillaba. No tan diferente de lo que Mateo hacía con madera, realmente.

A mediodía preparó sándwiches y llamó a Mateo. Comieron juntos, hablando sobre nada importante, chismes del pueblo, planes para la boda en primavera, si deberían conseguir un gato.

—Un gato—estaba diciendo Lucía—. Definitivamente un gato. Uno grande y gordo que se siente en tu regazo mientras trabajas.

—Los gatos odian las virutas de madera.

—Entonces conseguiremos un gato que ame las virutas de madera. Seremos pioneros en gatos carpinteros.

—Esa no es una cosa real.

—Todo puede ser una cosa real si crees lo suficiente.

Mateo la miró con esa expresión que reservaba solo para ella, mitad exasperación, mitad adoración completa.

—Te amo, ¿lo sabes?

—Lo sé. Y yo te amo también, incluso cuando eres terco sobre los gatos carpinteros.

Esa noche, después de cenar, pasta que Mateo había hecho desde cero porque había decidido que cocinar era su nueva forma de meditar, se acurrucaron en el sofá juntos.

Ahora se tenían el uno al otro.

Sanando.

Para siempre.

Amándose.

Y la Navidad no era una fecha para olvidar, a partir de ahora sería unas fechas para celebrar.

FIN

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.
—No soy un Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—Un alfa a tus pies.
—Demonio de lujuria y caos.
—Hostal Dreamers.
—Acordes de fuego.
—Sin compasión.
—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.
—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.
—Navidad y lo que surja.
—Se busca duende a tiempo parcial.

—Todo ocurrió por culpa de Halloween.

—Cierra los ojos y pide un deseo.

—Alentadora Traición.

—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.

—Renacer.

—Recordar.
